Paul Rassinier

El Drama de los judios europeos

Ediciones ACERVO
Barcelona
1976

AAARGH
Internet
2006

Titulo de la obra original:
Le Drame des juifs européens, Paris, Les Sept Couleurs,1964.
2a ed. : Paris, La Vieille Taupe, 1984.
Internet, 2002 : http://aaargh.com.mx/fran/livres/Prdje.pdf

ISBN 84-7002-201-6
Deposito Legal: B. 31412-1976

Version española de: José M.ª Aroca

Ediciones ACERVO
Apartado 5319, Julio Verne, 5-7
Barcelona, 6
1976

AAARGH, Internet, 2006.
http://aaargh.com.mx/fran/livres/livres.html

AAARGH
DESDE 1996

http://vho.org/aaargh
http://aaargh.com.mx
http://litek.ws/aaargh

Mail : elrevisionista@yahoo.com.ar

Este libro estaba desaparecido. La edición de Barcelona, de 1976, estaba agotada desde hacía mucho tiempo. Algunos años más tarde, en Buenos Aires, se fotocopiaron algunos ejemplares. Un enviado especial de AAARGH estaba revisando los estantes de una vieja librería en Santa Fe y se topó con una de ellas, de grueso lomo negro. La hemos escaneado y aquí la presentamos a los amigos e innumerables lectores del Cono sur, que nos pedían este excepcional documentos desde antes. Damos las gracias a todos los que participaron en la fabricación y supervivencia de este libro.

INDICE

[7]

«Amicus Plato sed magis Amica veritas».

LA ANTIGUA SABIDURÍA

«Dejad que hablen, dejad que os vituperen, que os condenen, que os encarcelen; dejad que acarreen vuestra perdición, pero publicad vuestro pensamiento. No es un derecho, es un deber. La verdad pertenece a todos...

Hablar es bueno, escribir es mejor, imprimir es algo excelente... Si vuestro pensamiento es bueno, aprovecha a alguien; si es malo, es refutado y aprovecha también a alguien. Pero, ¿y el abuso?

Una . palabra estúpida, los que la han inventado son los que realmente abusan de la prensa imprimiendo lo que quieren, engañando, calumniando e impidiendo replicar ... »

PAUL-LOUIS COURIER

«No es posible, atenienses, que la injusticia, el perjurio y la mentira adquieran una potencia duradera. Esos artificios pueden, durante cierto tiempo, crear una ilusión. Pero no tardan en desplomarse».

DEMÓSTENES

[9]

INTRODUCCION

En 1950, al escribir *La Mentira de Ulises,* clasifiqué en tres categorías los testigos del fenómeno concentracionarío que estudiaba en aquella obra:

— los que nada destinaba a ser unos testigos fieles y a los que, sin ninguna intención peyorativa por otra parte, llamaba testigos menores;

— los psicólogos víctimas de una inclinación, a mi entender demasiado pronunciada, hacia el argumento subjetivo;

— y los sociólogos o reputados como tales.

No había encontrado historiadores... al menos que fueran dignos de ese nombre.

En guardia incluso contra mí mismo, para no ser acusado de hablar de cosas situadas excesivamente al margen de mi propia experiencia, de caer a mi vez en el defecto que reprochaba a los demás, es decir, a arriesgarme a quebrantar las normas de la probidad intelectual, renuncié deliberadamente a presentar un cuadro completo de la literatura concentracipnaria de la época.

El número de los testigos puestos en entredicho era, pues, forzosamente limitado en cada una de las categorías y en su conjunto: tres testigos menores ([1]) (el abate Robert Ploton, el Hermano Birin de las Escuelas Cristianas de Epernay, el abate Jean-Paul Renard), un psicólogo (David Rousset) y un sociólogo

[10] (Eugen Kogon). Fuera de categoría: Martin-Chauffier. Dado que una afortunada casualidad había querido al mismo tiempo que, exceptuando a uno de ellos, sus experiencias afectaran a los mismos campos en los que yo había adquirido las mías, aquel método por otra parte bastante sencillo, ofrecía muchas ventajas.

Desde entonces, sostenida y estimulada por la política que gobierna las relaciones ruso-norteamericanas, la literatura concentracionaria que apoya a su vez a aquella política no ha hecho más que aumentar. No es un secreto para nadie que, en la política general de los Estados Unidos, cierto número de artículos están destinados únicamente a no cortar de un modo radical los puentes con Rusia: el mito del peligro de un renacimiento del nazismo y del fascismo en Europa es uno de ellos. Stalin y Truman —digno heredero de Roosevelt—, de mutuo acuerdo, lo explotaron a fondo, el primero para evitar que Europa adquiriese consciencia de sí misma e integrara a Alemania, el segundo por deficiencia mental. Y Kruschev siguió jugando con Kennedy el juego de Stalin con Truman...

En cualquier caso, alrededor de 1950 renació y tomó cuerpo en muchas menles privilegiadas la idea de que Europa existía. Antaño provocada por la frecuencia de las guerras germano-francesas, esta toma de conciencia episódica se debía, esta vez, a otros dos argumentos complementarios: por una parte, la casi-certeza de que, dividida contra ella misma, Europa era una presa fácil para el bolchevismo, y por otra, que no había Europa posible sin que Alemania estuviera integrada en ella. En Moscú y en Tel Aviv habían intuido, desde su primer soplo, que aquel viento procedía de lejos; si degeneraba

[1] Ruego que no se vea ninguna mala intención de anticlericalismo en el hecho de que sean tres religiosos.

en tempestad, no podía dejar de desembocar en una Europa Unida, lo que habría significado para Rusia el aislamiento y, para Israel, el final de las subvenciones vitales que le eran entregadas por Alemania a título de reparaciones (al recibir al señor Gerstenmayer, Presidente del Bundestag, el señor Ben Gurion declaró el 30 de noviembre de 1962 que su importe ascendía a 850 millones de dólares el 1 de abril de 1962: ¡una bicoca!). La contraofensiva no se hizo esperar: dos ataques tan notablemente sincronizados como si hubieran sido concertados y hermanados partieron al
[11] galope de dos empresas de fabricación y falsificación de documentos históricos, una bajo la razón social de un *Comité para la persecución de los crímenes y de los criminales de guerra*, con sede en Varsovia, y otra bajo la del *Centro mundial de documentación judía contemporánea*, cuyas dos sucursales más importantes se encuentran en Tel Aviv y en París. Objetivo: Alemania. Tema: los horrores y las atrocidades cometidas durante la segunda guerra mundial por el nazismo, vocación natural de Alemania —el tema precisaba que el Gobierno de Bonn volvía a adoptar sus principios nacionalistas y militaristas fundamentales—, lo que la convertía en un pueblo que había que mantener bajo un estricto control, en perpetua cuarentena. El primer fruto de aquella contraofensiva fue, que yo sepa, *Documentación sobre el exterminio por medio de los gases* (1950) de H. Krausnik, el segundo *Médico en Auschwitz* (1951) de un tal Dr. Miklos Nyiszly, israelita húngaro deportado a ese campo en mayo de 1944, y el tercero *El Breviario del Odio* (1951) de León Poliakov. Desde entonces, el chorro no se ha interrumpido: cada vez que ha aparecido la menor señal de acercamiento entre Alemania y los otros pueblos europeos (C.E.C.A., Mercado Común, Tratado franco-alemán, etc.), hemos tenido, estampillado por el Comité de Varsovia o por un miembro importante del Centro de Documentación Judía, o por el Institut für Zeitgeschichte de Munich, que es una asociación de los dos primeros, un estudio de aquel tipo que constituía un acta de acusación más terrible que la anterior contra la Alemania de Bonn y sobre la cual la prensa mundial montaba una espectacular campaña de publicidad. Así hemos visto publicados sucesivamente*: El Tercer Reich y los Judíos* (1953), de León Poliakov y Wulf, I-Estoria de Joél Brandt, un intercambio de 10.000 camiones contra un millón de judíos (1955), *El Lagerkommandant de Auschwitz habla*, *Memorias de Rudolf Hoess* ([2]) (1958), etc., por citar únicamente los más resonantes, ya que si hubiera que citarlos todos la lista
[12] de los títulos, sin comentarios, llenaría un volumen. Muy recien. temente ha aparecido una.antología de esa literatura editada por un *Comité de estudio de la segunda guerra mundial*, con sede en París y cuyos animadores son una dama, Olga Wurmser, del Centro de Documentación Judía, y un ilustre desconocido llamado Henri Michel: la antología en cuestión recoge textos de 208 autores-testigos, y debo añadir que sólo cita a los que definen sin el menor error la línea en la cual conviene atestiguar ya que, en las estanterías de mi biblioteca de trabajo figuran casi otros tantos que no son citados y que resultan igualmente acusadores y a menudo con más inteligencia, aunque con la misma falta de respeto a la verdad histórica No hace falta decir que no figuro entre los citados. Título de esa antología: *Tragedia de la Deportación* (1962). Lo más lastimoso es que se hayan encontrado historiadores bastante dañinos como para garantizar esos testimonios con su autoridad: Labrousse y Renouvin en Francia, Rothfels en Alemania, etc. Los Estados Unidos, a su vez, acaban de aportar uno a la causa del Comité de Varsovia y del Centro Mundial de Documentación Judía: Raul Hilberg, cuyo libro *The Destruction of the European Jews* (1961), es seguramente la más importante de todas las obras que han

---

[2] Una edición de esas Memorias había sido publicada en Polonia en 1951 pero, que yo sepa, no había cruzado el Telón de acero antes de 1958.

sido publicadas sobre la cuestión y la que ha logrado asumir mejor la apariencia —sólo la apariencia— de un estudio serio. Un monumento, por otra parte no publicado todavía en Europa en el momento en que escribo, debido a la oposición de las comunidades judías europeas en virtud de las confesiones que contiene y que proporcionan a ese estudio uno de sus principales argumentos.

La ventaja de esa superproducción literaria es la de que, preocupado cada uno de esos charlatanes en mostrarse más original que su compañero de yunta —ay mejor informado—, los mismos hechos son presentados de un modo distinto por unos y otros, que se contradicen unos a otros, que de cuando en cuando un subterfugio del uno es puesto en evidencia por el otro, y que entre todos han terminado por demostrar lo contrario de lo que querían demostrar. Hasta el punto de que, rematado todo por *Le Jugement du Procès de Jérusalem* (1961), hoy sabemos
[13] casi exactamente lo que ocurrió con los seis millones de judíos exterminados durante la segunda guerra mundial, en las cámaras de gas de los campos de concentración o de otra manera.

Y de que por fin se puede hablar de ello con la certeza de no incurrir en errores de bulto, lo cual no era el caso en la época en que escribí *La Mentira de Ulises,* y por cuyo motivo no me aventuré a hacerlo. En resumen: hoy se saben muchas cosas, y este estudio se propone dar a conocer lo que se sabe.

Para completar el cuadro, hubiera sido preciso citar también las películas extraídas de aquella literatura y destinadas a condicionar a la opinión pública. *La última etapa, Kapo, Los Documentos de Nuremberg,* etc: He renunciado a ello: hubiera equivalido a redactar el catálogo de Folletines para porteras desde 1946 hasta nuestros días. Y yo no soy el archivero del Sindicato de porteros.

Tal como se presenta, este estudio me parece —seame disculpado— suficientemente amplio para el objetivo que se propone y que, no creo que se pueda estar en desacuerdo con ello, queda bastante bien definido por las dos ínformaciones siguientes, de las cuales ya di constancia en *La verdad sobre el proceso Eichmann* ([3]) y que fueron hechas públicas con dieciséis años de diferencia, una en la propia barra del Tribunal de Nuremberg el 29 de enero de 1946, la otra por el Ministro de los Ex Combatientes.

En Nuremberg, hablando en nombre de Francia, el Procurador General Dubost había declarado el 29 de enero de 1946 :

> «Los censos que hemos efectuado en Francia permiten afirmar que el número de deportados franceses superó los 250.000, de los cuales sólo regresaron 3S.000. El documento F. 497 depositado bajo el n° R.F. 339 señala que de las 600.000 detenciones que los alemanes realizaron en
>
> [14]
>
> Francia, 350.000 fueron llevadas a cabo con vistas a un internamiento en Francia o en Alemania. Número total de deportados: 250.000. Número de deportados que regresaron: 35.000 (T. VI, p. 338 de las Actas de los debates)».

El porcentaje de los supervivientes se elevaba pues al 14 %, y el de los muertos al 86 %. Pero, a una pregunta que le había sido formulada por un diputado sobre esa cuestión, el Ministro de los Ex Combatientes y Víctimas de la Guerra del Gobierno francés respondió así a través del Diario Oficial, el 24 de febrero de 1962 (Debates parlamentarios, p. 229).

[3] El lector que esté al corriente de mis obras anteriores encontrará en ésta cierto número de hechos que ya conoce y cuya repetición se imponía porque sirven de puntos de apoyo a otro razonamiento, que de otro modo difícilmente hubiera sido comprendido.

«Según los informes estadísticos existentes con fecha 1 de diciembre de 1961 en el fichero mecanográfico de los deportados e internados de la guerra 1939-1945, elaborado por el Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos, el número de tarjetas entregadas a deportados e internados o a sus causahabientes se eleva a:

	Vivos	Fallecidos
Deportados (Resistentes)	16.702	9.783
Deportados (Políticos)	13.415	9.235
Internados (Resistentes)	9.911	5.759
Internados (Políticos)	10.117	2.130
Totales	50.145	26.907

Para los deportados, pues, las cifras se presentaban así:

Total de deportados:	49.135
Total de fallecidos:	19.018 (o sea alrededor del 38 %)
Supervivientes:	30.117 (o sea alrededor del 62 %)

con fecha del 24 de febrero de 1962. Evidentemente, resulta bastante difícil determinar, partiendo de esos datos de base, el número exacto de los muertos y de los supervivientes con fecha
[15] del 8 de mayo de 1945: regresando de los campos tras una estancia en ellos más o menos larga, los supervivientes representaban una población muy frágil y en la cual el índice anual de mortalidad es, obviamente, muy superior al normal. No me sorprendería si me dijeran que, de los 19.108 que faltaban el 24 de febrero de 1962, del 35 al 45 % murieron después de su regreso. En tal caso, habría que admitir que, el 8 de mayo de 1945, las proporciones eran las siguientes: del 75 al 80 % de supervivientes, del 20 al 25 % de muertos, lo cual, siendo ya suficientemente trágico, se sitúa muy por debajo del 86 % de muertos y el 14 % de supervivientes que se deducen de las cifras presentadas en Nuremberg por el Procurador Dubost. ¡Tan por debajo, que se trata casi de proporciones inversas!

Esas dos informaciones se podrían completar con otras dos igualmente significativas :

1. - El 16 de- marzo de 1962, en un discurso pronunciado en Dachau en presencia de los representantes de 15 naciones que habían acudido a conmemorar la liberación del campo, Monseñor Neuhäussler, Obispo auxiliar de Munich, se expresó en los siguientes términos, según *Le Figaro* del día 17 del mismo mes y año:

«Esta tarde, a pesar del intenso frío y de la tormenta de nieve, los peregrinos se han reunido en el campo de Dachau donde treinta mil hombres fueron exterminados de los doscientos mil procedentes de treinta y ocho nacíones que fueron internados en él desde 1933 hasta 19453.»

Y todos los periódicos del mismo día publicaron las mismas

2. - Sin embargo, el Pastor Niemôller había pretendido, en una conferencia pronunciada el 3 de julio de 1946 y editada bajo el título «Der Weg ins Freie» por Franz M. Helbach, de Stungart, que «238.756 personas fueron incineradas en Dachau», es decir, una cifra superior a la de los internados.

¿El drama de los judíos europeos en todo eso? Concretamente: consiste, no en que seis millones de ellos fueran exter-
[16] minados como ellos pretenden, sino únicamente en el hecho de haberlo pretendido y de que, tal como ha confirmado el Proceso de Jerusalén, según todas las publicaciones dejuente judía anteriormente citadas, la exageración del Centro mundial de documentación judía contemporánea en la materia sea del mismo orden que la del Procurador Dubost puesta en evidencia por el Ministro de los Ex Combatientes, y que la del Pastor Niemöller puesta en evidencia por Monseñor Neuhäussler.

Ya que nunca se miente impunemente y he aquí que llega el tiempo de la expiación.

No hay que olvidar, en efecto, que esa falsedad ha sido cometida para procurarse los fondos necesarios para la edificación del Estado de Israel (indemnizaciones alemanas proporcionadas al número de las víctimas). Sin embargo...

Sin embargo, *de facto*, el Estado de Israel está construido actualmente ([4]) sobre una superficie de 20.000 quilómetros cuadrados. *De jure*, sólo cuenta con los 10.000 quilómetros cuadrados; aproximadamente, que le fueron otorgados por la Convención de la O.N.U. del 29 de noviembre de 1947. En consecuencia, si los 17.583.057 judíos del mundo que resultan del estudio de la estadística del *Centro mundial de documentación judía contemporánea*, ([5]) o los 18.265.601 que resultan del estudio de la del señor Raul Hilberg se instalaran allí, la densidad de la población aumentaría a 875 habitantes por quilómetro cuadrado en el primer caso, y a 915 en el segundo (densidad calculada sobre su superficie *de facto*), lo cual, a menos de practicar con éxito contra los autóctonos árabes una política del *Lebensraum* inspirada en el nacionalsocialismo alemán, ese Estado no podría soportar, desde el punto de vista económico: con sus 2.270.000 habitantes actuales confesados, es decir, con una densidad, de 110 a 115 habitantes por quilómetro cuadrado, su vida económica se encuentra ya singularmente comprometida, dado que su presupuesto experimenta un déficit de 85 a 100 millones de dólares
[17] anuales, y sólo se equilibra gracias a las indemnizaciones alemanas, las subvenciones de las comunidades judías de la Diáspora (eufemismo para designar, Bancos como los Rothschild, Kühn Loeb and Co., etc., que recuperan esos donativos con los beneficios de sus operaciones financieras con la población mundial), y los préstamos o regalos a fondo perdido de diversos Estados del mundo. Incluso si la población judía mundial fuera en la actualidad de unos 13 millones de personas, como pretende el Movimiento Sionista internacional, no habría un cambio apreciable en ese fenómeno: si se dirigían todas a Israel, la densidad de la población alcanzaría los 650 habitantes por quilómetro cuadrado y su economía tampoco podría soportarlo.

Entre los Estados europeos que participan en los donativos y regalos a fondo perdido, una determinada política, la del general de Gaulle, tiende incluso a aumentarlos y, para aumentarlos más y con más facilidad, a íncluirlos en la cuenta del Mercado Común. En mi opinión, no cabe duda de que si el Mercado Común se orientase por ese camino, por poco que otros Estados del mundo atlántico siguieran sus pasos, el Estado de Israel así estimulado se empeñaría de un modo más pronunciado en aquella política del *Lebensraum* definida por Ben Gurion sin pronunciar la palabra *(El pueblo y el*

[4] Tenga en cuenta el lector que este trabajo fue escrito en 1963. (Nota a la ed. española.)
[5] Cf. p. 263.

Estado de Israel, Editions de Minuit, 1959, pp. 75-81), que le ha empujado ya a apoderarse de 10.000 quilómetros cuadrados más de los que le había otorgado la Convención de la O.N.U. del 29 de noviembre de 1947 (Neguev, Territorio de Ammon, Eilath, etc.). Y, al término de la evolución de los acontecimientos en ese sentido, habrían pocas posibilidades de que un tercer conflicto mundial —por motivos de petróleo a los cuales la URSS no podría permanecer indiferente, diría, con razón, mi amigo Pierre Fontaine— pudiera ser evitado.

Por consiguiente, cuando el Movimiento Sionista internacional pretende que seis millones de judíos fueron exterminados en unas cámaras de gas por los alemanes, proporciona a Kruschev el principal argumento del que usa y abusa para demostrar, aparejándolo con el renacimiento del nazismo y del militarismo prusiano, que el pueblo alemán es un pueblo de bárbaros y que
[18] sería muy peligroso integrarlo a Europa de pleno derecho, apuntando con ello a matar en germen a una Europa inconcebible sin Alemania. Al presentar, por otra parte, la factura que corresponde a esa cifra (seis millones de veces 5.000 marcos), el Movimiento Sionista internacional sólo pretende aliviar en otro tanto la carga que el déficit permanente del Estado de Israel hace pesar sobre los banqueros de la Diáspora, e incluso suprimirla y transformarla en un beneficio apreciable.

Y todo, a fin de cuentas, para crear en el Oriente Medio las condiciones de un tercer conflicto mundial.

Que la verdad histórica estalle lo antes posible, con la suficiente amplitud y la suficiente fuerza para modificar el curso actual de los acontecimientos y hacer que esta expiación no adquiera esa forma en la cual el mundo entero sería, una vez más, el redentor del pecado de unos pocos, es, en función de aquella aprensión, la gracia que nos deseo.

P. R.

[19]

CAPíTULO PRIMERO

EL SEÑOR RAUL HILBERG, SU DOCTRINA Y SUS MIETODOS

Entre los *Comentarios a las Sagradas Escrituras* de Santo Tomás de Aquino (1225-1274) y ese comentario exhaustivo de los documentos de Nuremberg que es *The Destruction of the European Jews* del señor Raul Hilberg, no hay, evidentemente, ninguna medida común : se puede, en efecto, asegurar que dentro de siete siglos no se hablará del segundo, como no sea a título de ejemplo de las aberraciones más escandalosas de nuestra época. Que al cabo de siete siglos, si se habla todavía de Santo Tomás de Aquino, apenas sea para algo más que señalarle como el creador de una filosofía también equivocada, calificada de *ancilla theologiae* desde el siglo XVII por los Humanistas y los Libertinos, estoy de acuerdo en ello, aunque no puede negarse que aquella filosofía fue la de los siglos de la fe : era substancial, abría unas ventanas sobre un mundo que era el sueño de la época y, por ello, merecía convertirse en el *Tomismo* al cual es indispensable hacer referencia si se quieren explicar correctamente las grandes corrientes de la filosofía contemporánea. Para edificar su sistema, desde luego, el hombre había tenido que mutilar el pensamiento de Axistóteles; pero, en el siglo XIII no se había inventado aún la imprenta, los manuscritos eran escasos y los medios de investigación de los intelectuales tan rudi-
[20] mentarios que sólo él conocía aquella- mutilación : tres siglos más tarde, los Humanistas y los Libertinos hablaron de *ancilla theologiae* porque habían descubierto la semejanza. Pero no hubo escándalo: se atribuyó a un conocimiento imperfecto de los escritos de Aristóteles. Hoy estamos más informados sobre ese asunto. Pero el Tomismo hizo carrera. En tanto que no habrá «*Hilbergismo*». Y las 790 páginas —formato grande— basadas en casi 1.400 referencias documentales (¡una *summa*, también!) de *The Destruction of the European Jews*, si un día son acusadas de haber sido la ancilla de alguna cosa, sólo será de una política de inspiración muy poco noble.

Tal vez se me permita recordar aquí que el Estado de Israel no fue fundado hasta mayo de 1948, que las víctimas judías de los nazis eran ciudadanos de diversos Estados salvo el de Israel, y subrayar la amplitud de una estafa sin nombre en ningún idioma: por una parte, Alemania entrega a Israel unas sumas calculadas sobre alrededor de 6.000.000 de muertos; por otra, dado que al menos las 4/5 partes de aquellos 6.000.000 de «cadáveres» gozaban de buena salud al final de la guerra, a título individual, entrega a los que viven aún en otros Estados del mundo que no son Israel y a los derechohabientes de los que fallecieron posteriormente, unas substanciales reparaciones en concepto de víctimas del nazismo, lo cual significa que, por ellos, es decir, por la inmensa mayoría, Alemania paga dos veces.

Todas esas indemnizaciones tan generosamente concedidas parecen, por otra parte, haber hecho soñar a los gitanos hasta el punto de que podría decirse que el Estado de Israel y el Siomismo han creado escuela : según *Le Monde* del 29 de diciembre de 1961, he aquí que los gitanos se han dado a sí mismos un rey, que bajo el nombre de S.M. Vaïda Voïevod III ese rey se autoproclama «Jefe, supremo y espiritual del pueblo gitano» y que pretende obtener de la O.N.U. un rincón del mundo en el que se pondría término al vagabundeo de las caravanas, del mismo modo que, teóricamente, la creación del Estado de Israel debía poner fin (?) a la Diáspora. Si sé le pregunta qué rincón del mundo reivindica y dónde se encuentra, responde que se trata del *Romanestan* y lo sitúa, ora en una isla del Pacífico,
[21] ora en un país próximo a Israel. Precisa, además, que el número de sus súbditos que deambulan por todos los caminos de Europa se eleva a 12 millones y que, si no es más elevado, se debe a que desde 1939 hasta 1945 los nazis exterminaron tres millones y medio de gitanos. Pero existen estadísticas que sitúan el número de víctimas gitanas del nazismo entre 300 y 350.000, lo cual por otra parte es ya suficientemente atroz. Como, por otro, no hemos llegado aún al extremo de hacemos sospechosos de anti-romanestanismo con tanta facilidad como lo somos de antisemitismo cada vez que hablamos de las estadísticas fantásticas del *Centro de documentación judía contemporánea* ; y como, en todo caso, no corremos el riesgo de ser acusados de las mismas intenciones inconfesables si hablamos de los 3.500.000 víctimas del nazismo de S.M. Vaïda Voïevod, III en tono humorístico, no nos privamos de hacerlo. Si algún día, pues, la O.N.U. concediera a los gitanos el derecho a reagruparse en ese Romanestan del que sólo falta concretar la situación geográfica, Alemania se vería obligada a atender a su subsistencia. Ya que, habiendo otorgado al Estado de Israel una apreciable y substancial indemnización por las víctimas que el nazismo causó al pueblo judío, le resultaría difícil negarle otro tanto al Romanestan, cuyas reivindicaciones no podría dejar de apoyar la O.N.U., del mismo modo que apoyó las del Estado de Israel. Los 3.500.000 gitanos exterminados por los nazis disputarían entonces los titulares a los 6.000.000 de judíos en la prensa mundial. Pero el Rey. Padre Fleury, Capellán general de los Gitanos de Francia, advierte ya que S.M. Vaïda Voïevod III no es más que un impostor y mucha gente comparte esa opinión. Hay que admitir que hasta la fecha el número de personas que opinan lo mismo de los dirigentes del Estado de Israel y de sus valedores, cuya política tan semejante, tan falta de base y tan poco seria ha logrado triunfar, es mucho menor. En la medida en que demuestra que el Sionismo de la postguerra es pariente cercano de lo que podría llamarse el *Romanestanismo*, la historia burlesca del héroe de esa aventura merecía ser citado aquí, aunque sólo fuera para dar al lector una idea lo más concreta
[22] posible del valor del trabajo al que el señor Raul Hilberg se ha dedicado.

Pero quisiera volver sobre el problema de la prevaricación y que, a propósito de él, se me entendiera bien. Comprendo perfectamente que, después de haber pasado un

número apreciable de meses, uno, dos, tres años y a veces mucho más en las horribles condiciones materiales y morales de un campo de concentración —tengo motivos para saber de lo que hablo, y lo único que discuto es el grado del horror, porque la verdad es más que suficiente, y sus causas, porque las ciencias humanas tienen que ser fijadas—, un pobre diablo inculto venga a contamos que ha visto millares de personas entrar en las cámaras de gas del campo en el que estábamos juntos y en el que no había cámaras de gas, y otro que ha visto unas cabezas de hombres enterrados vivos hasta el cuello aplastadas por las ruedas de las carretillas empujadas por unos detenidos obedeciendo órdenes de los SS. Lo comprendo: son unas víctimas animadas de un resentimiento a la medida de lo que padecieron, y el culpable es el juez que les creyó. Que un general de un *Einsatzgruppe*, atestiguando bajo amenaza de muerte cuente lo que le parece más susceptible de salvarle la vida, que un Hoess, ex comandante del campo de Auschwitz haga otro tanto, es algo lógico y no requiere explicaci6n. Que, para atraerse la simpatía de sus superiores otro pobre diablo SS de un *Einsatzgruppe* les dé cuenta de que su unidad ha exterminado a millares o a «decenas de millares» de judíos, tal como se ve en los documentos citados por el señor Raul Hílberg, es algo que no tiene nada de asombroso. Que un Martin-Chauffier, que tiene muchas cosas que reprocharse, quiera hacérselas perdonar aullando con los lobos, que un David Rousset cuya única preocupación en el campo era la de atraerse la protección de los comunistas, que un Eugen Kogon que. no tuvo otra que la de asegurarse un equilibrio lo más cómodo posible entre las SS y los comunistas, hayan contado lo que han contado, todo eso forma parte de la psicología del testigo y la tarea del juez y del especialista en ciencias humanas consiste en separar lo verdadero de lo falso. Si me siento dolido por el hecho de que ni el uno ni el otro lo consigan, y sobre todo por
[23] que ni el uno ni el otro hagan demasiados esfuerzos por conseguirlo, me duele mucho menos cuando un periodista da crédito de buenas a primeras a todas esas personas: ¡ya es sabido que los periodistas se reclutan generalmente entre los fracasados de las profesiones académicas!

Llegaré incluso más lejos: un hombre como el Dr. François Bayle, al que he citado a propósito de la obra *Cruz gamada contra Caduceo* de la que es autor, situado ante los documentos y testimonios de Nuremberg, sólo es responsable a medias de las conclusiones que extrae de ellos.

El Dr. François Bayle es un médico, más aún, un médico de la Marina, por lo tanto un militar. Al leerle, se le adivina apasiónado por la psico-somatología y el psicoanálisis. Los acusados de Nuremberg eran para él, ante todo, unos enfermos... o unos tarados, que viene a ser lo mismo: i cuánto le hubiera gustado poder elaborar su ficha! Es un individuo brillante y las circunstancias le son propicias: el 19 de octubre de 1946 es nombrado miembro de la Comisión científica de los crímenes de guerra y, muy pronto, tiene ocasión de trabajar en directo sobre los originales de los documentos y testimonios del Proceso de Nuremberg al cual asiste y a cuyos bastidores tiene libre acceso. Es un militar: no se formula ninguna pregunta acerca del valor probatorio de los documentos con los que le han puesto en contacto las autoridades de las cuales depende. En el ejército más que en ninguna otra parte, el principio sobre el cual reposa la jerarquía es el de que «todo subordinado debe a su superior una obediencia total y una entera sumisión » ; y éste reposa a su vez sobre el postulado de que un superior no puede engafiar a su subordinado. En esta disposición de ánimo, el Dr. François Bayle no podía formularse aquellas preguntas y, de habérselas formulado, no estando preparado para la tarea hacia la cual le dejaron orientarse estimulándole a ella, no hubiera podido contestarlas correctamente. Puede, pues, disculpársele. Los que no tienen disculpa son aquellos que le dejaron adentrarse por aquel camino y le estimularon a hacerlo. En el

fondo, sucedió como en *Le Figaro* de Beaumarchais en el que una plaza de calculador podía ser atribuida a un bailarín: hacía falta un
[24] historiador, y echaron mano de un médico. ¿Que hacía falta también un médico, puesto que se trataba de experimentos médicos? De acuerdo, pero yo me limito a sostener que el médico, si no había asistido a aquellos experimentos y si no era al mismo tiempo historiador, no podía estudiarlos correctamente si no contaba con la ayuda de un historiador que hubiera comprobado previamente todos los testimonios y documentos que atestiguaban su materialidad y describían, no el medio científico —ya que el historiador no hubiese estado calificado piara ello—, sino el medio social, el momento histórico en el cual habían sido realizados. Sobre todo en una época pasional como aquella y tratándose de unos experimentos denunciados como delitos. ¿El responsable de esas costumbres lamentables? Nadie, si no es el de la distribución de los conocimientos y de la formación de las élites de nuestra época que, al mismo tiempo que impulsa a la especialización a ultranza en detrimento de la cultura general so pretexto de que la civilización industrial necesita sobre todo buenos técnicos en unos sectores bien definidos y estrechamente limitados, deja creer y, en caso necesario, hace creer que cualquier especialista está calificado para hablar **ex-cathedra** de todas las especialidades. Y ese responsable, si no es nadie, creo que es también un poco todo el mundo.

El caso del señor Raul Hilberg es muy diferente del de todas esas personas. No fue deportado, no es una víctima del nazismo, no hay motivos aparentes para que tenga tan mala conciencia como un Martin-Chauffier, un David Rousset o un Eugen Kogon. No es un ser tan inculto como ese pobre cura al que he citado como inventor de las cámaras de gas de Buchenwald y de Dora, ni un subproducto de una cultura de chapuza cómo los aventureros con unos medios de vida bastante mal definidos antes de la guerra que son los señores David Rousset y Eugen Kogon, los cuales, además de la necesidad de darse una buena conciencia, han contado todo lo que han contado probablemente para asegurarse unos medios de vida mejores y más estables, cosa que, dicho sea de paso, han logrado con creces. Ni siquiera es como el señor François Bayle un médico descarriado en el estudio de documentos históricos. El señor Raul Hilberg es un
[25] «*political scientist*» debidamente apergaminado, dice su nota biográfica, un «*Professor specialized in ínternational relations and American foreign office*»; y, a pesar de todas sus lagunas y todas sus imperfecciones, no es posible que el sistema de distribución de los conocimientos y de formación de las élites que le ha preparado para el ejercicio de una profesión en la cual tiene un lugar tan importante la ciencia estadística, no le haya armado mejor para el estudio de los documentos y los testimonios sobre los cuales se basa, y de la historia en la que hunden sus raíces los fenómenos sociales que constituyen el objeto de las estadísticas. En consecuencia, si el señor Raul Hilberg se comporta como si no tuviera la menor idea ni del crédito que puede concederse a un testigo y a su testimonio, ni de las condiciones que debe reunir un documento para ser admitido como probatorio, o, lo que viene a ser lo mismo, como si todos los que él examina pudieran serlo, sólo le queda una excusa y es la mala fe. Digo «excusa» porque, continuando la lectura de su nota biográfica encuentro en ella que es un colaborador de la *Jewish Encyclopedia Handbooks*, y todo se explica. Esto, desde luego, no es válido únicamente para el señor Raul Hilberg sino también para muchos otros : para la señora Hannah Arendt, por ejemplo, que es de la misma formación intelectual, que se refiere a menudo a él en las actas del Proceso Eichmann que ha publicado en cinco números del *The New-Yorker* (febrero-marzo de 1963), que fue o es todavía *Forschungsleiterin* de la Conference on Jewish Relations, *Verwaltungsleiterin* de la Jewish Cultural Reconstruction, *Stipendiatin* de la Gugghenheim Stiftung, etc., y

que nos informa fríamente (*The New-Yorker*, 2-23-63) de que «3 millones de judíos polacos fueron asesinados en los primeros días de la guerra. En mi opinión, la señora Hannah Arendt debería escribirle al señor Raul Hilberg para pedirle que le indique dónde encontró a los «2 millones de judíos polacos que fueron conducidos a la muerte en 1942-43» de los que habla en la página 311 de su libro. Entendámonos: ¿había en Polonia de 3 a 3,3 millones de judíos antes de la guerra, como afirman unánimemente todos los estadísticos, incluidos los que son judíos, o bien 5.700.000 como nos induce a creer la
[26] señora Hannah Arendt, puesto que el número de exterminados asciende a cinco millones y, esgrimiendo su título de Profesor de Historia Judía de la Universidad de Columbia, el señor Shalon Baron declaró, el 14 de abril de 1961, ante el Tribunal de Jerusalén, que en Polonia quedaban 700.000 judíos vivos en 1945, cuando el país fue liberado por las tropas rusas? En verdad, uno desea invitar a todas esas personas —a esas tres y a la multitud de todas las demás que se encuentran en el mismo caso— a que se expliquen entre ellas y se pongan de acuerdo antes de dedicarnos sus explicaciones. En lo que respecta al señor Raul Hilberg, podría aconsejársele de un modo especial que se pusiera de acuerdo consigo mismo: en la página 670 de su libro, en efecto, nos explica que, de los 9.190.000 judíos que, según él, vivían en los territorios ocupados por los ejércitos alemanes durante la guerra, sólo sobrevivieron 3.770.500, lo que equivale a 5.419.500 muertos; pero, en la página 767, en virtud de no sabemos qué misterio matemático, esos 5.419.500 muertos se convierten en 5.100.000. Hay que precisar, además, que en lo que respecta a Polonia, que con Rusia y los países danubianos constituye el nudo del problema estadístico, sólo ha encontrado 50.000 supervivientes, en tanto que su colega Shalom Baron ha encontrado 700.000, y que según un periódico de lengua francesa publicado en Suiza (*Europe Réelle*, n° 44, diciembre de 1961), el periódico israelí *Jedioth Hazem*, que aparece en Tel-Aviv (n° 143 del año 1961), escribe sin parpadear que «el número de judíos polacos que viven actualmente fuera de Polonia se aproxima a los dos millones». En cambio, y sin duda como compensación, en la parte de Rusia ocupada por las tropas alemanas donde los centros de documentación judía de París y de Tel-Aviv, de común acuerdo, han cifrado el número de judíos exterminados en 1.500.000 (*Figaro Littéraire*, 4 de junio de 1960), y el *Institut of Jewish Affairs World Jewish Congress* (*Eichmann's Confederates and the Third Reich Hierarchy*, citado ya) en 1.000.000, el señor Raul Hilberg sólo encuentra 420.000. Todo esto resulta muy poco serio, y me pregunto cómo es posible que unos documentos que son los mismos para todos hablen
[27] un lenguaje tan diferente a los distintos «profesores especiafizados».

Dicho esto, devolvemos al César lo que es del César : que yo sepa, de todo lo que ha sido publicado hasta ahora en ese tipo de literatura en la que se agitan y reagitan sin cesar los documentos de Nuremberg y los testimonios anexos, cada vez más numerosos de un año a otro, en la que se los tortura y se torturan incansablemente las meninges para encontrarles virtudes más probatorias pero también más contradictorias las unas que las otras dentro del marco de la tesis que postula que alrededor de 6.000.000 de judíos fueron exterminados por los alemanes durante la segunda guerra mundial, *The Destruction of the European Jews* es sin duda la obra más concreta y más completa por el número de sus referencias. Por lo mismo, sin ser más probatoria que todo lo que había sido publicado antes sobre el tema, es la más vulnerable y ofrece la ventaja de que, al poner en evidencia sus debilidades, se hacen aparecer al mismo tiempo las de todas las demás. He decidido, pues, tomarla como hilo conductor de este nuevo estudio. Se comprenderá fácilmente, creo, que no revise una por una las 790 páginas de la obra: para pasarlas todas por el banco de pruebas, necesitaría como mínimo las mismas que

necesitó el señor Raul Hilberg para elaborar su tesis, y eso resultaría fastidioso. He observado ya que el señor Raul Hilberg sólo había conseguido que sus piezas de convicción dijeran lo que dicen porque las había aceptado tal como se las habían entregado, es decir, seleccionadas y aisladas de su contexto. En consecuencia, me esforzaré por reconstruir ese contexto confrontándolas con otras, deteniéndome sólo de paso en sus artificios más burdos.

* * *

En el umbral de este estudio de las piezas de convicción del señor Raul Hilberg, mi pensamiento va en primer lugar hacia los estudiantes de la sección de Ciencias Políticas de la Universidad de Vermont : en beneficio de ellos confío en que, en aquella Universidad, el Profesor de ciencia política esté com-

[28] plementado por un Profesor de Historia, pues de no ser así, y por casualidad uno de ellos fuera llamado un día a representar a los Estados Unidos en Alemania en calidad de embajador, los alemanes le tomarían seguramente por un enviado de la Luna, ya que, si no hay otras luces sobre el Nacionalsocialismo, sus orígenes, su política general y sobre todo social, que las que aporta actualmente el señor Raul Hilberg, no veo cómo podría dar sus primeros pasos en el ejercicio de sus funciones sin cometer una serie de errores que para ellos serían incomprensibles y, para él —¡y también para los Estados Unidos, por desgracia!—, significarían otras tantas dolorosas humillaciones. En cuanto a los demás, que no están destinados a tan altas misiones, la situación no deja de plantear delicados problemas: si las nociones de Economía Política que el señor Raul Hilberg imparte son del mismo género que las que imparte en historia —de lo cual apenas cabe dudar después de haber trabado conocimiento con sus estadísticas—, aquellos alumnos que, a su vez se convertirán en profesores nos sitúan ante el fenómeno de la transmisión de la mediocridad de una generación a la otra, y no me atrevo a pensar en los efectos desastrosos que podrían tener sobre la definición de la política general de los Estados Unidos aquellos que, convertidos en altos funcionarios del Estado, tendrían que elaborarla.

Para no ocultar nada, todo eso me produce mucho miedo, en realidad. Y a fin de que se me entienda bien, tengo que abrir aquí un breve paréntesis cuyo tema será la siguiente proposición: la historia es una sucesión de momentos históricos. ¿Una verdad de Perogrullo? En la forma, sí. Por sus implicaciones, es algo muy distinto. Algunos historiadores opinan que cada momento histórico sólo propone a los hombres unos problemas que comportan una solución única: la carte forcée. Se deduce de ello que, desde el comienzo de los tiempos, todos los momentos históricos se han situado en la prolongación exacta los unos de los otros sobre una especie de línea recta que es el sentido de la historia, y que al analizar correctamente cada uno de ellos se puede prever el siguiente: el determinismo histórico. La única cuestión que el hombre se puede plantear no es ni a dónde
[29] quiere ir, ni lo que debe hacer para llegar allí, sino únicamente a dónde va. Para obtener la respuesta, le basta con mirar detrás de él y prolongar la línea: al volverse, delante de él, ve el Socialismo. Como máximo, podría tener movimientos de retroceso (ante el aspecto que ha asumido el socialismo en Rusia, por ejemplo), hacer más lenta la marcha. En ningún caso puede detenerse ni cambiar de dirección: el suelo arde bajo sus pies y a cada lado del camino hay unos precipicios mortales. En consecuencia, va hacia el Socialismo : más o menos aprisa, únicamente. Esos historiadores son los marxistas y gozaron del favor del siglo XIX. Pero, al reducir a nada o a casi nada el papel del

individuo en la historia, aquella idea era tan simplista que perdieron el del siglo XX y su raza se encuentra, hoy, en vías de extinción.

En su conjunto, los historiadores de hoy opinan en efecto que cada momento histórico propone al hombre una infinidad de problemas ; que a los ojos del hombre, cada uno de ellos comporta una infinidad de soluciones aunque, tal vez e incluso sin duda, solamente una sea racional y buena, siendo todas las otras más o menos malas ; que entre la buena y las más o menos malas, la elección del hombre depende de una toma de conciencia más o menos correcta de los datos del problema.

Opinan, además, que en esa infinidad de problemas el hombre puede caminar toda una vida sin sospechar siquiera la existencia de la mayoría de ellos; que entre los que descubre, los hay más o menos importantes, más o menos graves, más o menos urgentes que, no pudiendo resolverlos todos a la vez, el hombre se ve obligado a tomarlos uno a uno, en un orden a determinar y que la determinación de ese orden, por sí sola, supone ya una toma de conciencia que a su vez determina la elección entre las soluciones que se ofrecen. Según la calidad de sus tomas de conciencia —hay que observar aquí que se trata de tomas de conciencia colectivas ante unos problemas colectivos, y que la edad mental de las colectividades es inversamente proporcional al número de los individuos que las componen—, el hombre de cada momento histórico ve un número más o menos grande de problemas que le son propuestos, y los que
[30] nove no son necesariamente los menos importantes. Su representación de la coyuntura con la cual se enfrenta es función del número y del carácter de los problemas que capta en ella. Como, en último análisis, es en función de esa representación que decide a la vez sobre el grado de importancia, de gravedad y de urgencia de cada uno de ellos, y en consecuencia del orden de prioridad en el cual los resolverá y de la solución que conviene darles, las coyunturas que resultan de su intervención en los acontecimientos pueden ser las más diversas. Las más contradictorias, también. Y todo eso hace del sentido de la historia una línea que avanza, que retrocede, que zigzaguea, que gira, en, redondo o vira, que va en todos los sentidos y puede serlo todo menos una línea recta.

Retrotraída a sus dos principios fundamentales, pues, esa teoría se presenta así : concede un lugar muy amplio al papel del individuo en la historia y, al mismo tiempo, afirma que enfrentado —como lo ha estado siempre en todos los momentos de su historia— a unas coyunturas siempre nuevas y que siempre le han sorprendido y desbordado, el individuo siempre ha estado condenado a representar aquel papel empíricamente, es decir, como el aprendiz de brujo de la tradición representa el suyo, y con tan poco éxito como este último. Es el problema del Conocimiento y de los límites de la ciencia cuya prolongación es el de los límites del hombre en sus posibilidades. Porque tienen conciencia de la inmensa desproporción que existe entre la suma complejidad de los problemas de la coyuntura de cada momento histórico y de la extrema debilidad de los medios, en especial de conocimiento, de que el hombre dispone para resolverlos, porque saben, por otra parte — y es una de sus escasas certidumbres—, que esa coyuntura es la resultante de las reacciones adicionadas de las generaciones que le han precedido, no una creación del hombre que tiene que resolverlos ; que no hay otra alternativa que aceptar el enfrentamiento sin inventario previo o rechazarlo por medio del suicidio ; que, para decirlo todo, no es responsable de la situación en la cual se encuentra ni de los medios limitados de que dispone para salir de ella, los historiadores y, de un modo general, los espe-
[31] cialistas de las ciencias humanas cuya hipótesis de trabajo es esa teoría se muestran muy indulgentes en sus juicios sobre su comportamiento cuando tienen motivos para la censura.

No seremos insensibles a otro de sus méritos : cartesianos de corazón y, al igual que su maestro, no aceptando nunca «ninguna cosa como verdadera» sin que la conozcan «evidentemente como tal», desconfían de las ideas recibidas de las que nacen los dogmas que les inspiran horror, y no tienen más doctrina que los resultados de sus observaciones prolongadas por unos análisis exhaustivos y profundos. Partiendo de la observación trivial de que, no habiendo tenido nunca a su disposición todos los medios del conocimiento y no pudiendo, en consecuencia, disponer de todos los de la reflexión, el hombre histórico, a lo largo de los siglos, ha representado casi siempre su papel, sino con anterioridad a toda reflexión moral, al menos sin haber deducido de su reflexión más que unos conceptos erróneos o incompletos sobre el alcance de sus actos; es decir, más o menos —más que menos— empíricamente, piensan a la vez que ha orientado la historia en los sentidos más diversos, y que seguirá ocurriendo así mientras no domine todos los medios del conocimiento. El método tiene la doble ventaja de orientar las investigaciones del hombre del presente a la vez hacia los horizontes más diversos de su destino histórico, es decir, de abrir delante de él todos los caminos que conducen al universalismo del pensamiento que caracteriza a lo que nosotros llamamos cultura, y hacia la búsqueda de medios nuevos del conocimiento, cada vez más modernos y mejor adaptados a sus necesidades. Le debemos, por ejemplo, la Sociología y la Biosociología que son, es cierto, unos instrumentos todavía rudimentarios, puesto que el primero apenas tiene cien aflos de edad y el segundo acaba de nacer, pero de los que parece que cabe esperar mucho, por poco que el hombre permanezca históricamente orientado en esa dirección.

La cosa es distinta cuando se trata de historiadores y especialistas de las ciencias humanas cuya hipótesis de trabajo es la teoría anterior. En ellos, todo son ideas recibidas y dogmas. Un solo horizonte: la sociedad sin clases hacia la cual evolu-
[32] cionan fatalmente las sociedades, todos, los demás irremediablemente cerrados. Un solo papel asignado al hombre histórico: pisar más o menos a fondo o no pisar del todo un acelerador definido como la lucha de clases para alcanzar el objetivo con más o menos rapidez. Todas las fases intermedias carecen de importancia y son casi ignoradas.

En lo alto, otros dogmas introducidos más o menos artificialmente: la misión histórica del proletariado, la dialéctica en una acepción ultrajantemente sofisticada, el materialismo histórico, la conciencia de clase, etc.

Y todo eso decretado entre 1840 y 1850, es decir, casi sin referencia a las realidades, puesto que, estando aún en mantillas la filosofía positiva, ni la Sociología, ni mucho menos la Biosociología, habían nacido. Unas verdades reveladas, en suma, y por añadidura superadas hoy por la historia. Un método infantil: Hegel *dixit*, Marx *dixit*, Stalin *dixit*, Roosevelt *díxit*, Ben Gurion *dixit*... Nada de someter a críticas a los profetas. Esos individuos no se dan cuenta, por ejemplo, de que no estamos ya en la época de Hegel o de Marx, de que desde entonces ha pasado mucha agua bajo los puentes de todos los ríos del mundo, de que las clases sociales están en vías de desaparición en las sociedades civilizadas, de que se han disuelto en una infinidad de categorías muy próximas las unas de las otras, en todo caso mucho menos opuestas entre ellas que las clases y de que, en consecuencia, invitan al hombre del presente a pisar un acelerador que ya no existe y a llenar una misión histórica, a un proletariado puramente hipotético o poco menos. En eso se parecen extrafiamente a esos militares de los cuales se dice que llevan un retraso de una guerra en sus técnicas, en el sentido de que ellos llevan un retraso de una época o de un momento histórico.

El señor Raul Hilberg lleva incluso un retraso de varios momentos históricos: Lutero *dixit*, balbucea todavía. ¡En 1963! No invento nada: en la introducción de *The*

Destruction of the European Jews nos explica con la mayor seriedad del mundo y en substancia que el Nacionalsocialismo descendía en línea recta
[33] del antisemitismo medieval de los alemanes, de su catolicismo y de Lutero. Y esto merece varias observaciones:

1. — Lutero no era un antisemita, sino un antijudío, que no es lo mismo... Los historiadores consideran, en efecto, que existieron ocho pueblos semitas (asirios, caldeos, samaritanos, sirios, árabes, fenicios, hebreos y etíopes), de los cuales existen todavía al menos tres actualmente (árabes, hebreos o judíos y etíopes), y el catolicismo medieval y Lutero sólo estaban en contra de los judíos.

2. — Aquel antijudaísmo sólo tenía unas referencias religiosas : igualmente universalistas, la Iglesia romana de la época y Lutero creían que todos los pueblos de la Tierra salvo los judíos eran permeables a las seducciones de su sistema de propagación de la Fe: la cosa no llegaba más lejos.

3. — Toda la Edad Media europea fue religiosamente antijudía y con la misma intensidad en todas partes. En países como Holanda, donde el luteranismo ha permanecido idéntico a lo que era en la época de Lutero, en otros como España y Hungría donde la que ha permanecido tal como era en la Edad Media es la Iglesia Romana, los sentimientos antijudíos se han atenuado considerablemente en el curso de los seis últimos siglos, y ninguno de ellos ha sido escenario de un fenómeno semejante al Nacionalsocialismo bajo ese ángulo. Más aún: en nuestros días, en Alemania es donde la Iglesia, lo mismo luterana que romana, se muestra más accesible a los problemas de la ciencia...

4. — El Nacionalsocialismo era antisemita, pero únicamente porque era racista. Mantenía, por ejemplo, las mejores relaciones con los árabes. Y hubiera mantenido también las mejores con los judíos, si éstos no hubiesen tenido la pretensión de vivir como un pueblo distinto —¡elegido, por afiadidura!— en la propia Alemania, y sus relaciones no hubiesen sido mejores con los árabes si éstos hubieran tenido la misma pretensión. Su actitud, en ese aspecto, estaba definida por una parte doctrinalmente por su concepto de la noción de pueblo (sobre un suelo determinado, una sola raza protegida contra el mestizaje), y por otra parte por el movimiento sionista internacional al
[34] cual atribuía un papel decisivo en el desencadenamiento de la primera guerra mundial (para obtener la Palestina, según los nacionalsocialistas) y en las decisiones adoptadas en Versalles (que reservaban, también según los nacionalsocialistas, todas las posibilidades para el pueblo judío de obtener a continuación de Palestina todo el Oriente Medio, apoyándose en el bolchevismo).

Así, desde su nacimiento, el Nacionalsocialismo acusó a los judíos de ser responsables de todas las desgracias de Alemania después de Versalles. En el Poder, no cesó de acusarles de íntentar provocar una segunda guerra mundial y de estar en connivencia permanente con el bolchevismo con la esperanza de aniquilar a Alemania y, al mismo tiempo, merecer la ayuda del bolchevismo en el Oriente Medio.

Tales son los dos motivos fundamentales de la política del Nacionalsocialismo con respecto a los judíos. ¿Antisemitismo? Es decir demasiado y al mismo tiempo demasiado poco. La palabra exacta es racismo. De todos modos, no tienen ningún parentesco, ni por asociación ni por filiación, con el antijudaísmo de la Iglesia romana de la Edad Media o con Lutero, y uno se siente algo avergonzado al tener que recordárselo, si no enseñárselo, a un Profesor norteamericano, debidamente apergaminado y al parecer sólidamente acreditado, de ciencias políticas. Pero, desde 1933 (el señor Raul Hilberg era un niño), y más particularmente desde 1945 (salía apenas de la adolescencia), tantos periódicos han explicado a la opinión pública que el Nacionalsocialismo hundía sus raíces en el catolicismo romano medieval y en Lutero,

que el antisemitismo y el racismo eran una tradición alemana, esencialmente alemana, que el señor Raul Hilberg, hombre por excelencia de las ideas recibidas y de los dogmas, lo aceptó sin experimentar la necesidad de comprobarlo. En su caso, no es ni siquiera *Lutero dixít* lo que había que decir, sino *Vox populi dixit*. Y eso es grave para un universitario. Para estar correctamente informado, sin embargo, le hubiera bastado leer *Das Weltbild des Judentums: Grundlagen des Antisemitismus* del austríaco Bruno Amman (Viena, 1939), o *Warum-woher-Aber Wohin* del alemán Hans Grimm (Lippoldsberg, 1954), que a pesar de estar escritos, el primero
[35] por un partidario del Nacionalsocialismo y el segundo por un espíritu independiente pero que en la época del nazismo tuvo sólidas amistades en las altas esferas del Partido y del Gobierno, son los dos estudios más serios y más documentados sobre los orígenes del racismo nacionalsocialista y las soluciones que pretendía aportar al problema judío. Pero he aquí que el señor Raul Hilberg, al igual que todos sus afines, no cree que para estar correctamente informado sea necesario leer algo pás que lo que procede de los profetas y de los amigos políticos.

Una vez metido en ese engranaje, la única preocupación es la de demostrar que los profetas y los amigos políticos tienen razón. Y se va de error en error, ya que todo se encadena. Ejemplo: teniendo una idea falsa de los orígenes del racismo nacionalsocialista, el señor Raul Hilberg no podía tener una idea correcta de su verdadera figura histórica. Así, plantea en principio que Hitler había decidido exterminar a los judíos: Chaim Weizmann y Ben Gurion *dixunt*... En apoyo de esa tesis, cita (p. 257) un párrafo del célebre discurso pronunciado el 30 de enero de 1939 delante del Reichstag:

> «Hoy quiero ser profeta una vez más : si el judaísmo financiero internacional dentro y fuera de Europa lograra de nuevo arrastrar a las naciones a otra guerra mundial, la consecuencia no será la bolchevización de la Tierra y en consecuencia la victoria del judaísmo, sino el aniquilamiento de la raza judía en Europa».

Ya he tenido ocasión de observar (a propósito del documento Hossbach), que las frases amenazadoras de ese tipo abundan en la literatura de los hombres de Estado del mundo entero. Los historiadores suelen considerarlas como una supervivencia del reto que se lanzaban los héroes antiguos y no les atribuyen ningún significado. Entre las dos guerras, los hombres de Estado rusos las profirieron en abundancia contra el capitalismo y, después de la última guerra, en la Asamblea de la O.N.U. de 1960, golpeando su pupitre con su zapato, el señor Kruschev dirigió, palabra por palabra, exactamente la misma amenaza a los
[36] norteamericanos. En Nuremberg se citó una sola vez el párrafo en cuestión (T. III, p. 527), pero sin concederle importancia: no figura en las conclusiones del fiscal. El señor Raul Hilberg considera sin duda que fue un error, e insiste pesadamente citando (p. 266) a título de confirmación de aquella voluntad de exterminio otro párrafo de otro discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes el 30 de septiembre de 1942:

> «Hubo una época en la que los judíos de Alemania se reían de mis profecías. No sé si todavía están riendo o si han perdido ya las ganas de reír. Pero en este momento sólo puedo repetir : dejarán de reír en todas partes, y yo acertaré también en esa profecía».

Sin embargo, este último párrafo **ni siquiera fue citado** en Nuremberg. En efecto: el 30 de enero de 1939 no había empezado aún la concentración de los judíos en los campos (según el historiador judío Til Jarman, al principio de la segunda guerra mundial sólo había 6 campos de concentración en Alemania y contenían, entre todos, 21.300 internados, 3.000 de ellos judíos. *The Rise and Fall of Nazi Germany,* New York, 1956), y, el 30 de septiembre de 1942, la concentración de los judíos que sólo había tenido lugar en Polonia (1940-41) acababa de empezar (marzo de 1942) a escala de la Europa ocupada por las tropas alemanas.

Sin duda, el señor Raul Hilberg había previsto la observación ya que, en casi 700 páginas, nos expone un plan metódico en cuatro etapas de las cuales sólo la última era el exterminio ; las otras tres eran, por este orden, definición del judío, expropiación y concentración (con vistas al exterminio, desde luego, y para que todo resultara más fácil). El señor Raul Hilberg podría explicarnos por tanto que, para llevar a término una empresa de tal envergadura se necesita tiempo, y que en 1942 no podía haberse avanzado mucho en aquella tarea, pero que eso no impide que estuviera prevista. Ignoramos en qué se basa esta convicción. El señor Raul Hilberg no presenta ningún documento corroborando ese plan que supone, en todo caso, que en
[37] plena paz se necesitó mucho más tiempo (1933.1939) para definir y expropiar a unos 600.000 (?) judíos (total para Alemania en 1933 + Austria a partir de 1938 + Checoslovaquia 1939) que los alemanes tuvieron bajo su bota durante aquel período, que para transportar y exterminar a 6.000.000 en plena guerra (1942-44). Lo que resulta no.menos sorprendente es que después de habernos dicho (p. 177) que las intenciones del Nacionalsocialismo eran de exterminar a los judíos de acuerdo con aquel metódico plan, el señor Raul. Hilberg nos dice (pp. 257-258) que «Hifier vaciló en aplicar la política de exterminio, hasta que se convenció de que no había otra elección. Desde 1938 hasta 1940, realizó extraordinarios esfuerzos para poner en marcha un vasto plan de emigración». He hablado de la seriedad del señor Raul Hilberg : en otro lugar de su libro (p. 256) nos quiere demostrar que 1.400.000 judíos fueron exterminados por los *Einsatzgruppen*, pero después de haber utilizado todos sus medios de prueba (declaraciones de los jefes de aquellas unidades, testimonios de víctimas supervivientes, etc.), le faltan 500.000 cadáveres para llegar a su total ; entonces, fríamente, añade por su cuenta 250.000 por «omisión» y otros 250.000 por «lagunas en nuestras fuentes». En el género de lo absurdo, no creo que se pueda encontrar nada mucho mejor.

Por otra parte, sobre todas esas órdenes de exterminio dadas por Hitler que se repiten a cada cincuenta o cien páginas en el libro del señor Raul Hilberg, vengan o no vengan a cuento, lo mismo que sobre los planes metódicos de los cuales derivan, hoy se ha hecho la luz y, en 1961, el señor Raul Hilberg marchaba con retraso respecto a un descubrimiento histórico: tal como ya he dicho en otra ocasión, en *La Terre Retrouvée* (París) del 15 de diciembre de 1960, el Dr. Kubovy, Director del Centro mundial de documentación judía contemporánea de Tel-Aviv admitió que no existía ninguna orden de exterminio de Hitler, Himmler, Heydrich, Goering, etc.

Si descendiéramos al detalle, no terminaríamos de citar los casos de manipulación de los hechos de que el señor Raul Hilberg se ha hecho culpable : su presentación de la *Kristallnacht* (del 9 al 10 de noviembre de 1938), a propósito de la cual la
[38] acusación de haberla preparado que dirige contra las autoridades del Tercer Reich se basa en unos telegramas de comisarios de policía o de responsables de la N.S.D.A.P., todos con fecha del 10 de noviembre de 1938 y procedentes de personajes sin importancia (pp. 19 y 655); los *Einsatzgruppen* que muestra en acción en Polonia en 1939, cuando lo cierto es que no fueron creados hasta mayo de 1941 (Ohlendorff - Nur. 3-I-1946, T. IV, p. 322) ; su interpretación de la expresión alemana «*Judenfrei*» que,

aplicada a un territorio conquistado, significa que debe quedar «libre de judíos» por traslado de éstos a unos campos, en tanto que él pretende que el territorio debe quedar libre de ellos mediante su «exterminio», su manipulación de documentos tales como el Protocolo de Wannsee en el cual encuentra la expresión «*weitere Lösungsmöglichkeit*» = «*new solution possibility*» que él traduce (p. 264) como «*further solution possibility*» ; los judíos a los que hace morir dos veces, como los de Simferopol, «liberado de 10.000 judíos que vivían allí en diciembre de 1941, para que el Ejército alemán pudiera pasar unas Navidades tranquilas.» (p. 192), y luego «exterminados en febrero de 1942» (p. 245); todos esos judíos de los que nos dice (p. 192) que «en el trayecto de Smolensko a Moscú y en muchas ciudades los soviets habían evacuado a toda la población judía» (detrás de los Urales, desde donde partieron por sus propios medios hacia el Este hasta Honk Kong, o hacia el Sur en Turquía y en el Oriente Medio para acercarse a Palestina, a falta de poder llegar a ella), los 10.000 de Chernigov que no eran más que 300 a la llegada de los alemanes (*ibid.*), los 100.000 de Dniepropetrovsk que no eran más que 30.000 (*ibid.*), los de Mariupol y de Taganrov evacuados hasta el último de ellos por los soviets (*ibid.*), en total 1.500.000 personas (p. 190) que no parecen haber sido deducidas de la estadística general de las pérdidas totales judías, ya que no sería posible llegar a un total de 5.419.500 (p. 670), ni siquiera de solamente 5.100.000 (p. 767); unos errores de cálculo tan burdos como éste : 3.350.000 judíos habitando en Polonia en 1939 (p. 670), 3.000.000 de muertos en 1945 (p. 767), pero sólo 50.000 supervivientes (p. 670), etcétera, etc.

[39]

Mas, ¿para qué insistir? Creo haber dado una idea bastante completa del método y de los procedimientos del señor Raul Hilberg para que el lector sepa a qué atenerse, y que ha llegado el momento de que le hable de sus testigos, de sus testimonios y de sus documentos.

[41]

CAPÍTOLO II

TESTIGOS, TESTIMONIOS Y DOCUMENTOS

I. GENERALIDADES

Desplegando mi periódico habitual, el 17 deçqyo de 1963, mi atención quedó prendida por la siguente información Error judicial descubierto in Austria : unos inocentes han pasado quince años en la cárcel». Seguia la explicación en forma de un despacho de prensa fachado la víspera y procedente de Vuena (Austria) :

> «Condenados hace dieciséis años a trabajos forzados a perpetuidad, dos autríacos Hubert Ranneth, de 43 años, y Joseph Auer, de 30 años, fueron puestos en libertad ayer.
>
> »Como resultado de una nueva encuesta ordenada en noviembre del pasado año por el ministro de Justivia austríaco, se ha hecho la luz sobre lo que co,ntituyeuno de los errores judicilaes más graves dels iglo.
>
> »En 1947, Ranneth y Auer habían sido condenados por haber asesinado a golpes, con un barra di hierro, a tres obreros en una fundición. Pero en noviembre del pasado año se conoció un hecho importante : la «confesión completa» de Auer, en la cual se había basado la
>
> [42]
>
> acusación, había sido obtenida bajo los efectos de una inyección de escopolamina, una droga eufórica y paralizante a grandes dosis. Finalmente, los médicos forenses establecieron que la barra de hierro, pieza de convicción en la época, no había podido ser utilizada para el asesinato de las víctimas».

Muchas mentes sanas opinan que esta información explica las confesiones sensacionales de los célebres procesos de Moscú. No parece que el medio utilizado por la justicia austríaca en el caso de Joseph Auer se aplicara en Nuremberg. Al menos, en el curso de los 13 grandes procesos. Que lo haya sido en la infinidad de procesos menores que tuvieron lugar en Alemania posteriormente, contra antiguos SS o empleados subalternos del aparato del Tercer Reich, es algo muy posible : la mayoría de ellos se han celebrado tras una prolongada detención de los acusados, después de haber sido aplazados varias veces, y esto autoriza todas las suspicacias. Tal parece ser el caso, especialmente, del proceso de los «Autobuses de la muerte» (1963), en el que los acusados han dado unos detalles técnicos sobre la operación que los técnicos no pueden aceptar. Podría serlo también en el caso del proceso del segundo comandante del campo de Auschwitz, en período de instrucción desde hace tres años y aplazado ya cuatro veces de seis en seis meses, dado que en el momento que escribo el Fiscal General no ha logrado aún obtener la prueba de que 437.000 judíos húngaros fueron gaseados en Auschwitz entre el 16 de mayo y mediados de octubre de 1944. Tal vez por eso, en vez de suicidarse como Gerstein (Véase más adelante), el acusado decidió súbitamente morir de una «crisis cardíaca»: en 1963, se ha convertido en algo muy difícil suicidar a la gente... Podría serlo, finalmente, en el caso Eichmann, en el que habiendo sido confesada una primera inyección, cabe la sospecha de que pudieron seguir otras, lo cual explicaría muchas cosas.

Un segundo medio a disposición de la justicia de la época es la coacción provocada por los malos tratos (Streicher, Pohl, Ohlendorf): remitirse a sus declaraciones ante los tribunales o
[43] a sus relatos publicados *ante o post mortem*, la amenaza (Sauckel, cuyos nueve hijos y la esposa en manos de los rusos fueron, según sus declaraciones en el Proceso de los grandes criminales de guerra, utilizados como medios de presión contra él por los jueces soviéticos), el bloqueo psicológico o simplemente la situación en que se encontraba el acusado respecto a los hechos que se juzgaban (Hoess, Kurt Becher, Hoettl, Wisliceny, von dem Bach-Zelewski), etc. Habiendo ya citado y explicado todos esos casos en el curso de mis anteriores trabajos de investigación, no insistiré en ellos, a excepción del de Hoess, utilizado por el señor Raul Hilberg de una manera realmente abusiva.

Vienen a continuación los testigos que no estaban involucrados en los hechos juzgados y que declararon sin ser objeto de ninguna presión : los partidarios con mala conciencia. Se comprende fácilmente que el médico comunista checo Blaha, por ejemplo, haya visto en acción la cámara de gas de Dachau que nunca existió : era la doctrina comunista y, por otra parte, detenido perteneciente a la autoadministración del campo de Dachau, aquel individuo no podía tener la conciencia tranquila. Se comprende también una declaración análoga del SS Hoellriegel a propósito de otra cámara imaginaria en Mauthausen : la mala conciencia en estado puro de un pobre diablo que tenía que hacerse perdonar su participación en el drama y que, ademas, podía pasar de un momento a otro a ser acusado en vez de testigo. Ya he explicado los casos de Martin-Chauffier, David Rousset y Eugen Kogon. Hubiera podido alargar la lista con los nombres de todos aquellos individuos que, como el R. P. Riquet de la Compañía de Jesús, el Profesor de Facultad Pierre Bertaux y tantos otros que, habiendo extendido, bajo la ocupación alemana, certificados de buena conducta cívica a colaboracionistas o a agentes de la Gestapo, fueron a continuación los más feroces guardianes de la ortodoxia resistencialista para hacérselo perdonar.

El caso más típico de esa mala conciencia me parece ser el Pastor alemán Martin Niemöller, cuya historia voy a describir a grandes rasgos, utilizando como fuentes la documentación
[44] facilitada al *Deutsche National Zeitung* (16-4-1963) por el señor Paul Heinz, que fue uno de sus allegados, su biografía aparecida bajo el título *Martin Niemöller* (Ed. Rowohlt, Hamburgo, octubre de 1959) y su libro *Vom U-Boot zur Kanzel* (Berlín-Dahlem, 1934) :

Martín Niemöller, hijo de Pastor, nacido el 14 de enero de 1892 en Lippstadt, Westfalia, se sintió desde su más temprana juventud invenciblemente atraído por el mar. Ingresó en 1910 en la Marina imperial, se convirtió en un excelente oficial de torpedero, sirvió como oficial de patrulla en submarinos bajo las órdenes de famosos comandantes y él mismo ascendió finalmente a comandante del «U.C.-67» en el Mediterráneo. Después de la revolución, regresó con su sumergible a la patria y en 1919 renunció al mando, negándose categóricamente a entregar dos submarinos a Inglaterra. Se retiró porque no quería servir a un Estado que se había instaurado en república comunista. Con el derrocamiento de la monarquía, un mundo se había derrumbado para Niemóller.

Tal es la carrera de un nacionalista alemán como había pocos en 1919. Martín Niemöller abandonó el uniforme, pero en el fondo de su corazón continuó siendo siempre un soldado. Tomó parte como jefe de batallón en los combates de los cuerpos francos en el Ruhr y, en ocasión del bautizo de su segundo hijo, colgó detrás de las fuentes bautismales el último estandarte de su submarino. Se convirtió en Pastor y no fue más que un soldado de Cristo como ocurrió con muchos oficiales después de las dos guerras.

Martín Niemöller fue un buen soldado de Cristo y continuó siendo un convencido nacionalista alemán. Adversario de una república, se adhirió al movimiento nacionalsocialista. Desde 1924 formó parte del N.S.D.A.P. y deseó su victoria. Después de que Hitler asumiera el poder en 1933, Niemöller otorgó toda su simpatía al nuevo Canciller. En 1933, al enterarse de que los comunistas eran internados en campos de concentración, pensó: "¡Loado sea Dios, nos hemos librado del peligro ateo!'

Los judíos —según sus propias palabras— le resultaban antipáticos y extranjeros, lo cual le permitió aprobar las medidas
[45] adoptadas por el nuevo gobierno. También había asistido con sus hijos a la marcha sobre Berlín del 30 de enero de 1933. Niemöller fue uno de los consignatarios del telegrama de felicitación a Hitler después de la retirada de Alemania de la Sociedad de Naciones. El nuevo Canciller pudo leer en él:

> "En estas horas decisivas para el pueblo y la patria alemanes, saludamos a nuestro Führer... le prometemos solemnemente fidelidad y le acompañamos con nuestros fervientes pensamientos"

Verosímilmente, aquellas palabras habrían podido ser mal interpretadas por una parte de la comunidad protestante, lo que indujo al Pastor Niemöller, en su calidad de presidente de la federación de Pastores, a publicar una circular poniendo claramente los puntos sobre las íes:

> "Los miembros de la federación de Pastores se alinean íncondicionalmente detrás del Führer Adolfo Hitler" (Variante: se unen incondicionalmente al Führer Adolfo Hitler).

Era una manifestación cuyo calor sólo podía manifestarse en un antiguo afiliado político. Era un testimonio de que Niemöller se identificaba con las ideas de Hitler sobre la concepción del mundo. De una parte de ellas, el dudoso teólogo Karl Barth —que desde Suiza excitaba a las fuerzas del Este a rearmarse contra Alemania—, decía en la primavera de 1958: "¡Nunca comprobé que Niemöller se alzara contra el Tercer Reich como tal!"

Sin embargo, Niemöller se alzó, menos contra los objetivos políticos del Reich que contra la aplicación de la religíón de Estado, "la Iglesia alemana". Cuando se logró entronizar a un nuevo Obispo de Estado, la oposición de Niemöller aumentó contra este último y su "Iglesia alemana". Hitler, al que fastidiaban aquellas discusiones en el interior de las Iglesias, provocó el 25 de enero de 1934 una conferencia entre las dos partes. Niemöller redactó un memorándum dirigido a Hitler en el cual subrayaba:
[46]

> "No es necesario que os digamos cuánto os agradecemos que hayáis arrancado al pueblo de la desintegración interior y exterior y que hayáis liberado sus fuerzas para un nuevo desarrollo"
> ....

Niemöller fue detenido el 1 de julio de 1937, pero seis meses después se celebró su proceso. La, sentencia pronunciada el 2 de marzo de 1938, sorprendió : 7 meses de reclusión y 2.000 marcos de multa. Fue deportado al campo de Sachsenhausen.

He aquí su llegada al campo :

«A la mafiana siguiente apareció, con su espléndido uniforme SS, el comandante del campo, un hombre llamado Baranowsky. Veinte años más tarde, Niemöller recordaba perfectamente la conversación que se entabló:

»—¿Es usted el Pastor Niemöller? —preguntó el oficial superior SS.

»— El mismo.

»— Nos ha sido enviado aquí como prisionero personal del Führer. Hasta ahora no sé nada más. No he recibido aún instrucciones sobre el trato que debo darle. ¿Tiene usted que formular alguna queja o algún deseo?

»¡Prisionero personal del Führer ! Para Niemöller, esto era el pago por aquel 25 de enero de 1934 ; Hitler no había olvidado su lealtad. A la pregunta de si quería formular algún deseo, que le había hecho el comandante del campo, contestó: "Desde luego". Los objetos de los cuales le habían desposeído la noche anterior. Y ante todo: "Devuélvame mi Biblia. Y en seguida, por favo?"

o»Visiblemente, Baranowsky estaba impresionado por el hecho de que un prisionero se atreviera a hablarle de aquel modo y no estaba demasiado seguro de la actitud que debía adoptar. En cualquier caso, debía dejar a salvo el principio de autoridad. Niemller se daba cuenta.

»— ¿Quiere usted su Biblia? — gruñó el comandante¿ Cómo puede pedir eso? ¡En el campo no hay nada de ese tipo! ¡Sólo faltaría que autorizáramos aquí un libro tan peligroso!
[47]

»Pero a continuación se produjo lo increíble. Dio orden a su ayudante, que había permanecido en la puerta, en un tono semidespreciativo, semidesconcertado :

»— Vaya a la oficina y tráigale a este hombre su Biblia. Está encima de mi escritorio.

»Antes de que transcurrieran catorce días le habían devuelto también a Niemöller su anillo, su reloj, sus cartas y su libro de salmos ».

....

Cuando estalló la segunda guerra mundial, Niemöller escribió al Gran Almirante Raeder:

«Dado que desde hace mucho tiempo espero en vano la orden de reincorporarme al servicio... me presento formalmente como voluntario... tengo 47 años, estoy perfectamente sano de cuerpo y de mente y le ruego que me destine a un empleo cualquiera en los servicios de la Marina».

He aquí ahora cómo fue tratado durante su internamiento :

«Pudo visitar a su padre, en Elberfeld, poco antes de su muerte ; en 1944, pudo celebrar sus bodas de plata en Dachau con su esposa y cenar con ella, incluso pudo predicar».

Un hombre que, en suma, hubiera podido figurar en el banquillo de los acusados de Nuremberg, bajo la inculpación de «Crímenes cometidos contra la paz» por participación en el «Complot» que se estaba juzgando, ya que había tomado parte en él como mínimo desde 1920 hasta 1956 ó 1937.

No me atrevo a citar extractos de su libro *Vom U-Boot zur Kanzel* —¡habría que citar el libro entero, por otra parte!—, publicado en Alemania en 1934 cuando Hifier estaba en el poder desde hacía dos años y Niemöller escribía sobre el tema «*Damals versank mir eine Welt*»: la más dura de todas las acusaciones contra el bolchevismo que he tenido ocasión de leer, la más apasionada profesión de fe de nacionalismo chauvinista, también, y... la más completa adhesión a la política general del N.S.D.A.P.

Para hacerse perdonar todo eso, en la conferencia ya citada

[48] que pronunció el 3 de julio de 1946 y que fue editada bajo el título *Der Weg ins Freie* (F.M. Hellbach, Stuttgart, 1946), el Pastor Martin Niemöller, Presidente del Consejo de la Iglesia Protestante alemana, atestiguó que 238.756 personas habían sido exterminadas en Dachau, cuando hoy sabemos que en realidad fueron alrededor de 30.000, confirmó la existencia de una cámara de gas en aquel campo, cuando hoy sabemos que no había ninguna, y, desde 1945, cada vez que ha abierto la boca para hablar ha predicado la responsabilidad unilateral de Alemania y colectiva del pueblo alemán en la guerra de 1939-45. Hoy se encuentra a la cabeza de un movimiento pacifista en el seno del cual defiende, sin ninguna excepción, todas las tesis sobre las que se apoya la política exterior de la Rusia soviética. Si no se hubiera comportado así, no cabe duda de que hubiese sido uno de los puntos de mira de las acusaciones que los soviéticos no cesan de lanzar contra Alemania. Esta es la explicación: la misma que la de la actitud de todos aquellos individuos que pertenecían a la *gentry* parisiense o al mundo francés de las Letras y de las Artes, que se dedicaron a la Dolce Vita en compañía de las más altas personalidades alemanas del París ocupado, celebrando con champán las victorias de los ejércitos hitlerianos y que, cuando cambió el viento, se apresuraron a afiliarse al Partido Comunista y se convirtieron en los más severos acusadores de los colaboracionistas en la Francia de la postguerra, animados por la única preocupación de evitar el banquillo de los acusados.

Esos individuos fueron los que proporcionaron a los Fiscales y a los Jueces de Nuremberg sus argumentos más incisivos, los que continúan enriqueciendo los archivos de Rehovot (Israel) o de Varsovia (Polonia) con todos esos documentos tan fantásticos como nuevos que se descubren de cuando en cuando y se publican a tambor batiente para mantener en el mundo los sentimientos antialemanes sobre los cuales se apoya la política mundial del bolchevismo.

En Nuremberg, el Fiscal y los Jueces obtuvieron resultados sensacionales por ese medio. Testigo, ese curioso documento P.S. 3319 (Nur., T. XXXII, pp. 159-92) que el señor Raul Hilberg
[49] cita y comenta (pp. 502 y 790): se trata de la organización por el Ministerio de Asuntos Exteriores del Tercer Reich de un congreso antijudío en Krummhübel los días 3 y 4 de abril de 1944, con la participación de todos los representantes de aquel Ministerio con empleo en el extranjero. En 27 páginas (ob. cit.), Un tal Ludwig Kohlhammer, *Landesgruppenleiter*, nos informa de un modo muy concreto del número de participantes —treinta y una personas—, con sus nombres, y de lo que dijo cada uno de ellos.

Sin embargo, aquel congreso no tuvo lugar. He aquí cómo se presentó el asunto ante el Tribunal de Nuremberg :

— 27 de marzo de 1946. Von Steengracht (Secretario de Estado de Asuntos Exteriores del Tercer Reich) es interrogado por el coronel Philimore, substituto del Fiscal General inglés, que le pregunta :

«— Quisiera abordar ahora la cuestión de los judíos. Ayer nos dijo usted que el señor Ribbentrop y usted mismo habían impedido la celebración del congreso antijudío de 1944. ¿Es eso cierto?

»— Sí, responde von Steengracht. (T. X, p. 137)».

He aquí lo que había declarado la víspera, contestando una pregunta formulada por el Dr. Horn, abogado de von Ribbentrop :

«Nuestro agente de enlace cerca de Hitler nos informó de que éste, informado por Bormann, había encargado a los servicios de Rosenberg de organizar un congreso antisemita. Ribbentrop no quería creerlo, pero después de haberse entrevistado con su agente de enlace tuvo que rendirse a la evidencia. Dado que aquella decisión nos privaba de todo medio de impedir la cosa por vía oficial, nos esforzamos en hacerla imposible con una política de vacilación, de lentitud y de obstrucción. Y, aunque la orden fue dada en la primavera de 1944 y la guerra no había terminado aún en abril de 1945, el congreso no llegó a celebrarse». (T. X, p. 125).

— 2 de abril de 1946. Esta vez, el interrogado es von Ribbentrop y el interrogador Edgar Faure, que posteriormente fue
[50] Presidente del Consejo en Francia y que entonces era Substituto del Fiscal General francés:

Edgar Faure (a Ribbentrop): Durante el interrogatorio de su testigo Steengracht, el Ministerio Público inglés ha presentado el documento P.S. 3319 que ha recibido el n.o inglés G.B. 287. Desearía referirme a ese documento con una simple pregunta: «En ese documento figura el acta de un congreso, de una reunión a la cual asistían todos los especialistas en cuestiones judías de las diversas misiones diplomáticas en Europa. Ese congreso se celebró en Krummhübel los días 3 y 4 de abril de 1944. Había sido organizado por Schleier. Fue leído hace unos días. Supongo que estaba usted al corriente de ese congreso...

Von Ribbentrop: No, es la primera vez que oigo hablar de él. ¿Qué congreso era ese? Ni siquiera oí decir que tal congreso tuviera lugar. ¿De qué clase de congreso se trataba?

Edgar Faure: El documento ha sido presentado al Tribunal y sólo deseo formularle una pregunta. Usted atestiguó que no estaba al corriente de aquella reunión a la cual asistían treinta y una personas, casi todas pertenecientes al personal diplomático. Quiero subrayar que en el curso de aquella reunión el Consejero de Embajada von Thadden hizo una declaración que fue inscrita en los términos siguientes:

«El orador expone por qué deben ser rechazadas la solución sionista de Palestina y las otras soluciones similares, y por qué ha lugar el llevar a cabo la deportación de los judíos a los territorios del Este».

Sugiero que esa declaración hecha por un Consejero de Embajada delante de treinta y una personas de sus servicios representaba su propia doctrina sobre la cuestión.

Von Ribbentrop : Sí, pero no s¿ de qué me está usted hablando (...) Le ruego que ponga ese documento a mí disposición a fin de que pueda contestar.

Edgar Faure: No tengo la intención de mostrarle ese documento... (T. X, p. 420).

Era la prueba de la falsedad. Era también una violación característica de la norma de procedimiento n.° 2 del propio Tribunal, que en su párrafo a 3.° disponía que «todos los documentos
[51] anexionados al acta de acusación deben ser puestos a disposición de los acusados en el plazo de un mes antes del Proceso» (T. I, p. 21). No volvió a hablarse de aquel asunto. Si en el índice onomástico se busca el nombre del *Landesgruppenleiter* Ludwig Kohlhammer se descubrirá que no figura en él. Sin embargo, el documento P.S. 3319 fue admitido como prueba... Por otra parte, no se comprende el motivo. Si el señor Edgar Faure quería demostrar que la solución final y las otras soluciones similares no eran admitidas por el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich en abril de 1944, no había necesidad de inventar un documento: era del dominio público que los principales obstáculos procedían de la situación operacional estratégica y que, tal como lo prueba la aventura de Joël Brand al mes siguiente, los Aliados rechazaban aquella solución a través de los neutrales. Se comprende todavía menos que, diecisiete años después, el señor Raul Hilberg, Profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Vermont (U.S.A.), no sepa aún que aquel documento era una vulgar falsificación.

¿Le hablaré al señor Raul Hilberg de su principal testigo sobre las misiones de los *Eínsatzgruppen*, el *Gruppenführer* OhIendorf? El 3 de enero de 1946, en la sesión de la mañana, declara que «sobre la cuestión de los judíos y de los Comisarios comunistas, los jefes de los *Einsatzgruppen* recibían órdenes *verbales* (sic) antes de cada misión» que, «en territorio ruso (admiremos la precisión) eso significaba que debían ser asesinados» (T. IV, p. 322) ; y, en la sesión de la tarde, a la pregunta de si sabía si estaba previsto en el acuerdo concluido entre el O.K.W. y el R.S.H.A., que «no lo recuerda, pero que, en cualquer caso, aquella tarea de liquidación no era mencionada» (T. IV, p. 319). Con dos horas de intervalo, se le pregunta si «la mayoría de los jefes de los *Einsatzgruppen* procedían del R.S.H.A.», y contesta que «podían proceder de diversas partes del Tercer Reich» (ob. cit., p. 325) ; luego, a la químsma pregunta, que «eran suministrados por la policía política, la Kripo, y en menor medida por la S.D.». (ob. cit., p. 332). El pobre Ohlendorf, sobre el cual pesaba una amenaza de sentencia de muerte —fue ahorcado de todos modos en 1951, a pesar de su evidente
[52] «colaboración»— había perdido por completo la cabeza y no sabía ya a qué santo encomendarse para escapar a su destino. En su propio proceso, en 1948, cuando esgrimieron contra él lo que había declarado en Nuremberg en 1945-46, dijo que todas sus declaraciones anteriores carecían de valor, ya que le habían sido arrancadas por la fuerza. ¿Entonces?

Todo lo que antecede se refiere a los testigos, testimonios y documentos antiguos sobre los cuales se ha posado directamente el señor Raul Hilberg. Ya he dicho que en Rehovot (Israel) y Varsovia (Polonia) se está desde hace unos quince años a la búsqueda de nuevos documentos para consolidar los antiguos y no dejar que se apague la hoguera de odio encendida contra Alemania y que le hace el juego al bolchevismo. El más famoso de todos los testimonios que han pasado a ocupar un lugar en las estanterías de las bibliotecas de aquellos dos centros es seguramente *El Diario* de Ana Frank (París

(traducido del alemán), 1958. Ed. Calmann Levy). El señor Raul Hilberg no se ha ocupado de ese documento. Es posible que algún día sienta el deseo de comentarlo. Lejos de mí la idea de pretender que ese documento es una falsificación: en las proximidades de Hamburgo había un maestro que lo pretendió y que recibió una severa condena. Debo confesar que esa cuestión no me ha preocupado demasiado, aunque la he seguido de cerca; aparte de los comentarios de que ha sido objeto, me ha llamado la atención de un modo especial el hecho de que, si se leen las ediciones en distintos idiomas, no se encuentra en ellas las mismas cosas ; además, si se comparan esas ediciones con otro libro, *Spur eine Kindes*, del alemán Ernst Schnabel (1959), la escritura atribuida a Ana Frank difiere notablemente.

Cuidado, yo no digo que *El Diario* de Ana Frank es una falsificación, que quede esto bien claro. Lo único que pido es que se me diga que esas dos escrituras son de la misma persona, ya que no soy un experto en grafología. Después de lo cual llegaré a una conclusión acerca de la autenticidad del documento.

Si el señor Raul Hilberg quiere interesarse por este problema...

[53]

Y ahora, de lo general a lo particular : hablemos un poco de los difuntos señores Rudolf Hoess, Kurt Gerstein y Miklos Nyiszly, en grados diversos testigos de choque del señor Raul Hilberg.

II. EL TESTIGO RUDOLF HOESS

(*Der Lagerkommandant von Auschwitz sprícht*)

Nacido en Baden-Baden el 15 de noviembre de 1900, Rudolf Hoess fue un combatiente de la primera guerra mundial. Miembro del N.S.D.A.P. a partir de 1922. En mayo de 1923, con dos cómplices, mató a Walter Kadow que había entregado a las tropas francesas de ocupación en el Ruhr a Al. Sch1ageter, organizador de sabotajes en aquel sector de ocupación. Condenado a 10 años de prisión, cumplió 6 y entonces fue amnistiado.

Miembro de las SS a partir de 1934. Jefe de Bloque (*Blockführer*) en Dachau a finales de 1934, luego administrador de los bienes de los detenidos. Adjunto del comandante del campo de Sachsenhausen. Comandante del campo de Auschwitz desde mayo de 1940 (el campo no estuvo preparado para recibir prisioneros hasta el 14 de junio) hasta finales de noviembre de 1943. Detenido una primera vez en Heide (Schleswig-Holstein) en mayo de 1945 por los ingleses, puesto en libertad casi inmediatamente, fue detenido de nuevo en Flensburg (Schleswig-Holstein), interrogado a base de «látigo y alcohol», dice en su libro (p. 211 de la edición francesa), trasladado al cabo de unos días «a Minden, centro de los interrogatorios de la zona inglesa» donde fue sometido a «un tratamiento brutal por el fiscal militar, un comandante inglés» (*ibid*). Llegado a Nuremberg como testigo de descargo de Kaltenbrünner. Reclamado como criminal de guerra por Polonia, fue trasladado allí el 25 de mayo y, el 30 de julio, fue encarcelado en la prisión de Krakau. Entretanto, declaró en Nuremberg el 15 de mayo, bajo la amenaza de ser entregado a los soviéticos (en cuyas manos sabía la suerte que le

[54] esperaba), y es lógico que dijera lo que creyó que podía inducir a los norteamericanos a no entregarle a los rusos.

El Profesor Gustave Gilbert, psicólogo agregado al Proceso, alimenta aquella esperanza y le sugiere hábilmente lo que tiene que decir. Hoess no se queja del tratamiento, al contrario: «una cura de salud», escribe (p. 211). después de lo que ha tenido que soportar en Heide y en Minden. En Cracovia, cambio de decorado: mucho peor que en Heide y en Minden «y sin la intervención del Fiscal hubieran acabado físicamente conmigó», dice (p. 214). Su proceso fue instruido del 11 al 29 de marzo de 1947. Condenado a muerte el 2 de abril por el Tribunal Supremo de Varsovia. Ahorcado el 4 en Auschwitz.

En la cárcel, esperando su proceso, escribió sus Memorias : le facilitaron, no una pluma y tinta, sino «un lápiz». Para los que las explotan, la ventaja estriba en que las copias que se pueden obtener —y seguramente también el original— son, en gran parte, casi ilegibles: debido a ello, la autentificación sólo podría correr a cargo de unos especialistas como los que trabajan en los palimpsestos egipcios, y hasta ahora, si no estoy mal informado, el original no ha sido revisado por ninguno de ellos. El original se encuentra en el Museo de Auschwitz, bajo la custodia y el monopolio de explotación del Comité Internacional de aquel campo : ¡cualquiera lo controla! Que yo sepa, una parte ha sido publicada en alemán bajo el título de *Autobiografía* (1951), pero no parecen existir traducciones a otros idiomas, salvo al polaco —siempre, que yo sepa—, y sólo han llegado hasta mí algunos fragmentos citados por unos autores más afortunados que yo (de un modo especial Michel Borwicz, *Revue d'Histoire de la seconde guerre mondiale*, octubre de .1956, pp. 56-87). Otra parte ha sido publicada bajo el título de *El Comandante de Auschwitz habla...* (1959) en francés, inglés, alemán y polaco. Parece ser que aún no se ha publicado todo, y que actualmente unos especialistas estudian y revisan lo que queda. En resumen, con la declaración del autor en Nuremberg sobre los mismos acontecimientos, disponemos de tres textos de la misma persona. ¿Qué dicen esos textos?

La sentencia del Tribunal Supremo de Varsovia que condenó
[55] a Hoess a la pena de muerte y que sirve de introducción a *El Comandante de Auschwitz habla...* (pp. 9 a 13 de la edición francesa) da como hechos probados su participación en el asesinato de :

> — «alrededor de 300.000 personas encerradas en el campo en calidad de prisioneros inscritos en el registro del campo.
>
> — »un número de personas cuya cifra exacta resulta difícil de establecer pero que se eleva al menos a 2.500.000, en su mayoría judíos que llegaron al campo en vagones procedentes de diversos países de Europa para ser exterminados directamente y que por ese motivo no figuran en el registro del campo.
>
> — »al menos 12.000 prisioneros de guerra soviéticos encerrados en el campo de concentración, en contra de las prescripciones del derecho de las naciones sobre el régimen de los prisioneros».

En total, pues, 2.812.000 personas para el período que va desde mayo de 1940 hasta finales de noviembre de 1943. Dando esa cifra por cierta y añadiendo los que fueron exterminados desde finales de noviembre de 1943 hasta enero de 1945, los testigos de Nuremberg hablaron de 4.500.000 de muertos, y, con fecha 1 de octubre de 1956, el señor Henri Michel, antiguo deportado francés, redactor jefe de la *Revue*

d'Histoire de la seconde guerre mondiale, cifra el número total de los muertos en Auschwitz en 4.000.000, de la forma siguiente:

> «Aquel campo fue la más internacional y la más occidental de las fábricas de matar, y su suelo está abonado por las cenizas de cuatro millones de cadáveres» (p. 3).

Interrogado en Nuremberg el 15 de abril de 1946, a la pregunta que le formula el Dr. Kaufinann, abogado de Kaltenbrünner : «¿Le dijo Eichmann que en el campo de Auschwitz fueron aniquilados más de dos millones de judíos?», Hoess responde : «Sí, es cierto» (T. XI, p. 409). Entre bastidores del Proceso, interrogado por el psicólogo norteamericano Gustave Gilbert (de Long Island), agregado al Tribunal, Hoess le habría dicho : «Dos trenes traían cada día 3.000 personas, y esto durante 27 meses (por tanto, durante todo el período de deportación, desde marzo de 1942 hasta julio de 1944). Se llega así al

[56] total de casi 2.500.000 personas ». (Declaración del Profesor ante el Tribunal de Jerusalén encargado dé juzgar a Eichmann, el 30 de mayo de 1961).

Pero, cuando se trata de dar los detalles de esas 2.500.000 personas, en *Le Comandant d'Auschwitz parle*, Hoess escribe (p. 239), tal como ya he dicho en *La verdad sobre el Proceso Eichman* :

> «Por mi parte, no he conocido nunca ese total y no dispongo de ningún punto de referencia para establecerlo».

Y continúa:

> «Recuerdo únicamente las cifras de las acciones más importantes que a menudo me fueron indicadas por Eichmann o sus delegados :
>
> »De la Alta Silesia o del Gobierno General de Polonia : 250.000
> »De Alemania o de Theresienstadt : 100.000
> »De Holanda : 95.000
> »De Bélgica : 20.000
> »De Francia : 110.000 ([6])
> »De Grecia : 65.000
> »De Hungría : 400.000
> »De Eslovaquia : 90.000
>
> »Total : 1.130.000
>
> »Las cifras relativas a las acciones de menor importancia no han quedado grabadas en mi memoria, pero eran insignificantes comparadas con las que acabo de citar.
>
> »Considero la cifra de dos millones y medio como excesivamente elevada».

Esas cifras se refieren, también ellas, a todo el período de deportación, y Hoess las obtuvo de Eichmann : decididamente,

---

[6] El Considerando n.° 100 de la Sentencia de Jerusalén (Proceso Eichmann) sólo da constancia de 52.000 hasta el 21 de julio de 1943, no incluyendo ninguna deportación posterior a esa fecha.

[57] Eichmann dijo muchas cosas y, comparando la declaración de Hoess en Nuremberg con su libro, se ve que esas cosas no siempre coinciden.

Mi opinión : Auschwitz no recibió más que un número insignificante de deportados judíos procedentes de países distintos de los que figuran en esa lista, o de aquellos países aparte de aquellas acciones. Podría ser que ese total correspondiera a la realidad, aunque sea todavía muy elevado. Verosímilmente, el Institute of Jewish Affairs lo ha admitido en *Eichmann's confederates and the Third Reich Hierarchy*, y partiendo de él debió efectuar los cálculos para llegar a la conclusión (p. 18) de que «Auschwitz (con sus campos filiales, el más conocido de ellos Birkenau), al sur y no lejos de Cracovia, donde murieron alrededor de 900.000 judíos». Probablemente, el señor Raul Hilberg también se basó en él para evaluar (p. 572) en un millón el número de judíos que murieron allí. ¿En qué se basan esos dos cálculos que concluyen, el uno en 230.000 supervivientes, el otro en 130.000? Ni en *Eichmann's confederates and the Third Reich Hierarchy*, ni en *The Destruction of the European Jews*, se encuentra el menos elemento de apreciación. Siguen siendo, pues, puras conjeturas. Y, en el caso del señor Raul Hilberg, resulta bastante fastidioso, puesto que (p. 670) sólo encuentra 50.000 supervivientes para toda Polonia, algo sorprendente si en Auschwitz habían 130.000.

Pero, no nos anticipemos : aquí se trata del testigo Hoess, y no de estadística general. Y, sobre esos dos trenes que durante 27 meses llevaron cada día 3.000 personas a Auschwitz, el testigo no parece tampoco pisar terreno demasiado firme. A ese respecto, he aquí tres proposiciones sobre las cuales invito al lector a meditar unos instantes :

1. — «Que yo recuerde, los convoyes que llegaban a Auschwitz no incluían nunca a más de mil personas» (p. 229 de su libro).

2. — «A consecuencia de retrasos en las comunicaciones, nos llegaban cinco convoyes diarios en vez de los tres esperados» (p. 236).

3. - «Para el exterminio de los judíos húngaros, las llega das de convoyes se sucedían a razón de 15.000 personas por día» (p. 239).

[58] De lo cual se deduce que, en determinadas circunstancias, 1.000 x 5 = **15.000**.

Ante el Tribunal, el 15 de abril de 1946, Hoess había declarado que aquellos trenes transportaban 2.000 personas (T. XI, p. 412). Al Profesor Gustave Gilbert le dijo que transportaban 1.500, ([7]) y en su libro desciende a 1.000. Lo que es cierto es que, para el período citado, ninguno de sus cálculos sobre el contenido de los trenes corresponde a un total de 1.130.000. El último, que es el que más se acerca a la verdad, nos deja todavía un sobrante de 300.000. Y, dado que el señor Raul Hilberg habla de seis «*killing centers*», una exageración de 300.000 muertos para cada uno de ellos nos da un total de casi dos millones. Sobre 6 millones, la cifra no deja de ser importante.

La misma observación para las cámaras de gas, en cuanto a la solidez de ese testimonio :

«En plena primavera de 1942, **centenares** de seres humanos encontraron la muerte en las cámaras de gas», leemos (p. 178).

Pero, el documento de Nuremberg N.O. 4401 establece de un modo irrefutable que lo que las tesis oficiales han decretado «cámara de gas» no fueron encargadas para Auschwitz hasta el 8 de agosto de 1942, y el documento N.O. 4463 que no fueron definitivamente instaladas hasta el 20 de febrero de 1943. En Nuremberg, Hoess había declarado ya : «En 1942, Himmler realizó una visita al campo y asistió a una ejecución,

[7] 3.000 para dos trenes.

desde el principio hasta el fin» (T. XI, p. 413), y nadie le había hecho observar que, si bien era posible que Himmler visitara Auschwitz en 1942, no era posible que hubiera asistido a una ejecución, puesto que las cámaras de gas no estaban construidas. Por otra parte, era imposible que Hinmler hubiera asistido a una ejecución : desde 1946 sabemos, por su médico Karsten, que era un espectáculo que no hubiera podido soportar.

La misma observación también para la capacidad de
[59] exterminio de las cámaras de gas y de incineración de los hornos crematorios :

«La cifra máxima de gaseados y de incinerados por 24 horas se elevó un poco por encima de los 9.000 para todas las instalaciones» (p. 236).

Pero :

> «Como ya he dicho, los crematorios I y II podían incinerar alrededor de 2.000 CADAVERES en 24 horas : no era posible forzarlos más si se querían evitar las averías. Las instalaciones III y IV debían incinerar 1.500 CADAVERES en 24 horas. Pero, que yo sepa, esas cifras no se alcanzaron nunca» (p. 245).

¿Cómo no deducir de esas flagrantes contradicciones que se trata de un documento falsificado a destiempo, apresuradamente y por unos ignorantes?

La falsificación se adivinaba ya nada más efectuarse la presentación del libro : escrito a lápiz y cuidadosamente guardado en los archivos del Museo de Auschwitz, nadie puede ir a controlarlo, a menos de que se trate de un notorio comunista ; fechado en febrero-marzo de 1947, conocido desde aquella fecha y no publicado hasta 1958 ; atribuido a un muerto que, de todos modos, no puede protestar contra las declaraciones que llevan su firma, etc. Todo esto habla por sí mismo.

Finalmente, una perla:

> «A finales de 1942, todas las fosas comunes fueron limpiadas (los hornos crematorios no estaban construidos y se incineraba en unas fosas comunes). El número de cadáveres que habían sido enterrados en ellas se elevaba a 107.000. En esta cifra —precisa más adelante Rudolf Hoess— están incluidos no sólo los convoyes de judíos gaseados desde el principio hasta que se procedió a las incineraciones, sino también los cadáveres de todos los detenidos muertos en el campo de Auschwitz-Birkenau» (p. 231).

De lo cual puede inferirse que en cerca de tres años habían muerto 107.000 personas. Digo «cerca de tres años» porque los dos términos «a finales de 1942» y «hasta el momento en que se procedió a las incineraciones» son antinómicos, puesto que las incineraciones no pudieron comenzar, según las tesis oficiales,
[60] antes del 20 de febrero de 1943, en consecuencia, para que los dos acontecimientos sean concomitantes, lo cual se impone, es absolutamente preciso que se hayan producido los dos en esta última fecha. Dado que el campo estaba abierto desde el 14 de junio de 1940, hay que hablar de casi tres años. Es decir : 107.000 cadáveres antes de febrero de 1943, todo el resto posteriormente. Teniendo en cuenta que desde febrero de 1943 a octubre de 1944, fecha en que terminaron oficialmente los exterminios, van 17 meses y que, según nos dice el *Informe Kasztner*, las cámaras de gas de Auschwitz permanecieron averiadas durante 8 ó 9 meses (otoño del 43 a mayo del 44), queda por establecer a cuántas personas fue posible exterminar, además de aquellas 107.000, desde febrero de 1943 hasta octubre de 1944, estando equipado el campo con cuatro hornos crematorios de quince bocas cada uno. Me sorprendería mucho que, interrogado sobre

esos datos, un técnico de la cremación respondiera que fue posible incinerar el millón de cadáveres del señor Raul Hilberg, o incluso los 900.000 del Institute of Jewish Affairs. Conviene recordar también que Eichmann situó en el 15 de mayo de 1944 la orden dada por Himmler de suspender las ejecuciones y que, en ese caso, el período durante el cual tuvieron lugar —si es que tuvieron lugar— no sería superior a cinco o seis meses (marzo-otoño de 1943).

Se trata aquí del crédito que puede concederse a las diversas declaraciones de Hoess y, después de lo que antecede, supongo que se estará de acuerdo en que ese crédito debe ser muy limitado. Lo que sigue no es, por desgracia para el señor Raul Hilberg, mucho más convincente. Testigo, lo que 61 dice de la evolución de la solución final hacia el exterminio.

Según una cita de la *Autobiografía* de Hoess, al visitar el campo de Auschwitz en marzo de 1941, HimmIer le habló de su intención de transformar aquel campo «en una potencia central de armamentos que ocuparía a 100.000 prisioneros de guerra».

En aquella fecha, pues, Auschwitz no estaba previsto para el exterminio de los judíos, y esto destruye la tesis del señor Raul Hilberg según la cual desde el discurso de Hitler del 30
[61] de enero de 1939 tal exterminio estaba decidido de acuerdo con un plan progresivo metódicamente establecido.

Y he aquí la continuación :

La primera utilización del gas para matar a unos detenidos fue perpetrada sin orden alguna, con un gas casual y cuando entre los responsables del campo, de arriba a abajo de la escala jerárquica, nadie se lo esperaba :

> «Durante uno de mis viajes de negocios (1942) mi suplente, el *Schutzhaftlager* Fritzsch utilizó el gas contra un grupo de funcionarios políticos del ejército rojo. Empleó el preparado de cianuro (cyclon B) que tenía a mano porque era utilizado continuamente en la oficina como insecticida. Me informó a mi regreso» (p. 172).

Así, por iniciativa fortuita de un subalterno, habría nacido un método que sería utilizado en gran escala contra los judíos.

Varias veces, en el curso de la obra, Rudolf Hoess dice (o le hacen decir) que altos personajes del Gobierno del Tercer Reich, y especialmente Himmler, le reiteraron verbalmente las órdenes de exterminar a los judíos por medio del gas, pero :

> «Nunca pudo obtenerse a ese respecto una decisión clara y concreta de HimmIer» (p. 233).

Y en tanto que él, Hoess, era partidario de la gasificación en gran escala :

«A menudo traté de esa cuestión en mis informes, pero no podía hacer nada contra la presión de Himmler, que quería disponer cada vez de más detenidos para el armarnento» (p. 199), y que en consecuencia se oponía.

De todos modos, resulta dificil comprender cómo Himmler habría podido tener «cada vez más detenidos para el armamento», si los hacía exterminar en número cada día mayor por medio de los gases.

Hay que observar, además, que cuando Himmler le ordenó verbalmente a Hoess que construyera unas cámaras de gas en Auschwitz (verano de 1941), Hoess le «sometió un plan detallado de las instalaciones proyectadas» a propósito del cual declara : «No,

recibí ninguna respuesta ni me fue comunicada ninguna decisión al respecto» (p. 227). Sin embargo, las cámaras
[62] de gas fueron construidas porque, dice Roess, «a continuación, Eichmann me dijo —verbalmente: ¡todo es verbal, en este asunto!— que el *Reichsführer* estaba de acuerdo» (p. 227).

Himmler no habría dado, pues, la orden de construir aquellas cámaras de gas —la confesión es importante—, de las cuales habría reclamado que aniquilaran al mismo tiempo mucha gente y la menor cantidad posible de gente.

En la página 191 puede leerse :

> «Los detenidos especiales (es decir, los judíos) sometidos a su competencia (de Himmler) debían ser tratados con todos los miramientos... No se podía prescindir de aquella mano de obra masiva y, en particular, en las industrias de armamentos».

¡Arrégleme usted ese lío!

Las cosas no resultan más claras si nos referimos a la manera de exterminar. Hemos visto antes que el gas empleado era un insecticida, el cyclon B, que fue utilizado, nos dice Hoess, en todas las asfixias posteriores a las de los funcionarios del ejército rojo que fueron sus primeras víctimas : parece algo raro, como mínimo, que para la ejecución de una orden semejante, aunque fuese dada verbalmente, no se hubiera previsto un gas especial que no fuera un insecticida.

En cualquier caso, he aquí lo que es el cyclon B :

> «El cyclon B se presenta en forma de piedras azules de las cuales se desprende el gas bajo los chorros de vapor de agua» (p. 228). En tanto que, como veremos más adelante, el Dr. Miklos Nyisz1i pretende que el gas se desprende al contacto del aire. Su manejo es tan peligroso, que cuando se utiliza en una habitación, antes de penetrar de nuevo en ella «ES PRECISO VENTILARLA DURANTE DOS DIAS» (p. 229). Pero la gasifícación de los judíos «dura treinta minutos, por término medio» (p. 174), después de lo cual «se abren las puertas y el Sonderkommando inicia INMEDIATAMENTE su tarea de extracción de cadáveres» (p. 230)... «Arrastrando los cadáveres comiendo y fumando» (p. 180), sin que se produzca nunca el menor accidente. Más aún: la primera operación de exterminio se llevó a cabo en un depósito de cadáveres y, para hacer penetrar el gas, «mientras eran descargados los camiones (de futuras victimas) se taladraron rápidamente varios agujeros en las paredes de piedra y de hormigón del depósito» (p. 172).

[63]

No se nos dice cómo se hizo llegar el vapor de agua necesario, ni cómo se volvieron a tapar los agujeros después de haber introducido las piedras azules : apresuradamente también, sin duda, y con unos trapos viejos...

No, todo eso es poco serio. Se trata de un serial para porteras... ¡que se nos quiere presentar como un documento probatorio!

Añadiría que, además de las contradicciones que se descubren de una página a otra en *Le Commandant d'Auschwitz parle*... y las que aparecen comparándolo con lo que su autor dijo en Nuremberg, el testimonio que aporta sobre el campo de Auschwitz-Birkenau está redactado en un estilo que le confiere un extrafio parecido con las

confesiones públicas de los acusados de los célebres procesos de Moscú, que nadie ha tomado en serio en la Europa occidental.

Pero, no vale la pena.

Al publicar su famoso libro *El Cero y el Infinito*, Arthur Koestler lo ha dicho todo.

III. EL TESTIGO MiKLOS NYISZLI

(*Médico en Auschwitz*)

En marzo de 1951, en *Les Temps Modernes*, revista mensual dirigida por Jean-Paul Sartre, un tal Tiberio Kremer presentaba bajo el título SS *Obersturmführer* Docteur Mengele y el subtítulo *Journal d'un médecin déporté au crematorium d'Auschwítz*, un falso testimonio sobre aquel campo que perdurará como una de las más abominables vilezas dé todos los tiempos. Su autor, decía Kremer, era un judío húngaro llamado Miklos Nyiszli, médico de profesión, como anunciaba el subtítulo. Seguían 27 páginas (1655-1682) de fragmentos seleccionados. El número de abril de la revista publicaba otras 31 páginas (1855-1886). Aquel falso testimonio acababa de ser presentado a la opinión pública
[64] norteamericana por el señor Richard Seaver con un prefacío del Profesor Bruno Bettelheim. Hasta 1961 no fue publicado íntegramente, en lengua alemana, por el semanario ilustrado de Munich *Quick*, en cinco capítulos (enero-febrero), bajo el título *Auschwítz*, y en lengua francesa en un volumen de 256 páginas por el editor Julliard bajo el título *Médico en Auschwitz* y el subtítulo *Recuerdos de un médico deportado*.

En 1951 produjo sensación en Francia: se estaba en pleno proceso de *La mentira de Ulises*, y yo aparecí con el alma todavía más negra a los ojos de la opinión pública. En 1961 produjo de nuevo sensación, pero esta vez en todo el mundo : se estaba en pleno proceso Eichmann...

¡Decía muchas cosas, aquel Dr. Miklos Nyisz1i! Y, además, aportaba el primer relato detallado de casi todos los horrores de que el campo de Auschwitz había sido escenario, especialmente de los exterminios en las cámaras de gas. Entre otras cosas, pretendía que, en aquel campo, cuatro cámaras de gas de 200 metros de longitud (sin precisar la anchura), dobladas por otras cuatro de las mismas dimensiones para la preparación de las víctimas al sacrificio, asfixiaban 20.000 personas por día, y que cuatro hornos crematorios, de 15 bocas cada uno, los incíneraban a medida que salían de la cámara. Añadía que otras 5.000 personas eran liquidadas diariamente por medios menos modernos y quemadas en dos inmensas fogatas al aire libre. Decía también que, durante ocho meses, había asistido personalmente a aquellas matanzas sistemáticas.

Finalmente (esto se encuentra en la p. 50 del libro editado por Julliard), precisaba que en el momento en que él había llegado al campo (finales de mayo de 1944 lo más pronto) los exterminios por medio del gas al ritmo antes descrito duraban desde hacía cuatro años.

Primera observación: aquel individuo no sabía que si existieron cámaras de gas en Auschwitz no quedaron definitivamente instaladas y en estado de funcionamiento hasta el 20 de febrero de 1943 (Documento N.O. 4463, citado ya).

Segunda observación : tampoco sabía que las cámaras de gas tenían oficial y respectivamente 210 metros cuadrados de
[65] superficie la primera (que es precisamente de la que él habla), 400 metros cuadrados la segunda y 580 metros cuadrados las dos últimas. En otras palabras, la cámara de gas que él vio y cuyo funcionamiento describe minuciosamente tenía 1,05 m de anchura. Un largo pasillo, en suma. Dado que él precisa que en el centro había una hilera de columnas llenas de agujeros por los que escapaba el gas (aquellas columnas sobresalían del techo desde donde, por una abertura, unos enfermeros que llevaban unos brazaletes de la Cruz Roja echaban las tabletas de Cyclon B) y, a cada uno de los lados a lo largo de las paredes, unos bancos en los que podían sentarse las víctimas (¡unos bancos muy estrechos, seguramente!), y que 3.000 personas (¡se procedía por tandas de 3.00W) circulaban fácilmente por él. En mi opinión, una de dos: o ese Dr. Miklos Nyisz1i no existió, o, si existió, no puso nunca los pies en los lugares que describe.

Tercera observación: si las cámaras de gas de Auschwitz y la fogatas al aire libre exterminaron 25.000 personas por día durante cuatro años y medio (puesto que, según ese «testigo», continuaron exterminando durante seis meses después de su llegada al campo), esto hace un total de:

365 x 4,5 = 1.642 días.

Y, en cadáveres :

25.000 x 1.642 = 41 millones de personas (poco más de 32 millones en las cámaras de gas y poco menos de 9 millones en las fogatas al aire libre).

Añado que, si hubiese sido posible que las cámaras de gas asfixiaran 20.000 personas por día (a 3.000 por hornada, dice el testigo), hubiera sido absolutamente imposible que los cuatro hornos crematorios pudieran incinerarlas a medida que salían de las cámaras. Incluso si eran de 15 puertas. E incluso si la operación sólo requería 20 minutos, como pretende el Dr. Nyiszli, lo cual también es falso.

Tomando esas cifras como base, la capacidad de absorción de todos los hornos funcionando paralelamente no hubiera sido más que de 540 por hora, es decir, 12.960 por día de 24 horas. Y, a ese ritmo, sólo hubiera sido posible apagarlos algunos años después de la Liberación. A condición, desde luego, de no perder
[66] un solo minuto durante casi diez años. Si uno se informa de lo que dura una incineración de tres cadáveres en el cementerio Père-Lachaíse, se dará cuenta de que los hornos de Auschwitz arden todavía y de que pasará mucho tiempo antes de que se apaguen...

Paso por alto las dos fogatas al aire libre (que eran unas fosas, según nuestro autor, de 50 metros de longitud, 6 de anchura y 3 de profundidad), por medio de las cuales se habría conseguido quemar 9.000.000 de cadáveres durante los cuatro años y medio.

Existe otra imposibilidad, al menos en lo que respecta al exterminio por medio de los gases, puesto que si hubo cámaras de gas en Auschwitz, oficialmente no pudieron funcionar más que desde el 20 de febrero de 1943 al 17 de noviembre de 1944, es decir, durante 17 ó 18 meses. El número de las ejecuciones por ese medio se encontraría, según los datos del Dr. Miklos Nyiszli, reducido a unos 11 millones, y añadiendo los 9 millones de las fogatas al aire libre a unos 20 millones que, en virtud de unas misteriosas operaciones aritméticas, son reducidas a 6 millones por Tiberio Kremer en su presentación de ese «testigo». Lamentable. Sobre todo si, como pretende el Dr.

Kasztner, durante ocho o nueve de aquellos 17 ó 18 meses las cámaras no estuvieron en condicones de funcionar.

Pero, no acaba aquí la cosa : en contradicción con todos los que han atestiguado antes o después de él sobre Auschwitz, ese Dr. Miklos Nyiszly se contradice también a sí mismo. El es quien nos dice (p. 56) que el gas se desprende de tabletas de Cyclon B «al contacto del aire», cuando Hoess nos había dicho que era «al contacto del vapor de agua»; él es quien nos dice (p. 56) que «en cinco minutos» todo el mundo estaba muerto, en tanto que el Cyclon B de Hoess necesitaba «media hora» ; él es también quien nos dice (p. 36) que los judíos húngaros fueron trasladados a Auschwitz al ritmo de «cuatro o cinco trenes diarios», de cuarenta vagones, cada uno de ellos conteniendo noventa personas (p. 15), o sea 3.600 en total pero «alrededor de cinco mil personas» (p. 18).

Esta última afirmación no puede dejar de sorprender si se
[67] sabe que la deportación de los judíos húngaros duró 52 días (16 de mayo-7 de julio de 1944), según el *Informe Kasztner* y la *Historia de Joë1 Brand*, de acuerdo acerca de ese extremo. Hoess, por su parte, había dicho en Nuremberg «un período de cuatro a seis semanas» (T. XI, p. 412).

Calculemos sobre las cuatro hipótesis posibles:

— 1.ª hipótesis: 4 trenes de 3.600 personas = 14.400 personas por día. Y durante 52 días: 748.800 personas.
— 2.ª hipótesis: 4 trenes de 5.000 personas = 20.000 personas por día. Y, durante 52 días: 1.040.000 personas.
— 3.ª hipótesis: 5 trenes de 3.600 personas = 18.000 personas por día. Y, durante 52 días: 936.000 personas.
— 4.ª hipótesis: 5 trenes de 5.000 personas = 25.000 personas por día. Y, durante 52 días: 1.300.000 personas.

Sin embargo, en las propias estadísticas de origen judío, en lo que respecta a los judíos húngaros la cifra más elevada de deportados asciende a 437.000 personas. Dejo que el lector saque sus propias conclusiones sobre los datos que nos facilita tan singular testigo. Añado que el *Informe Kasztner* nos dice que, el 19 de marzo de 1944, Eichmann llegó a Budapest con un comando de 150 hombres y que 1.000 vagones estaban a su disposición para efectuar la operación de transporte de los judíos. Si, como dice el Dr. Miklos Nyisz1i, el viaje duraba cuatro dias —lo cual es verosímil : el convoy al que yo pertenecía invirtió ese tiempo desde Compiègne a Buchenwald—, a partir del 6.° día ya no había vagones en la estación de Budapest y la operación estaba bloqueada hasta el 9°. Esto, sin tener en cuenta el número de vagones necesarios para transportar, desde todos los puntos de Hungría, a todos los judíos a unos puntos de concentración. La sentencia del Tribunal de Jerusalén que condenó a Eichmann a muerte, por otra parte, destruyó por completo aquel testimonio al declarar (Considerando 112) que, «en menos de dos meses, 434.351 personas fueron deportadas en 147 trenes de mercancías a razón de 3.000 por tren, hombres, mujeres y niños, o sea de dos a tres trenes diarios por término medio», y tal como se verá más adelante, esta nueva versión no es más consistente.
[68]

Los párrafos del testimonio del Dr. Miklos Nyisz1i en los cuales se contradice a sí mismo, son incontables : cuando el crematorio estaba en funcionamiento, su nariz y su garganta se llenaban «del olor a carne quemada y a cabellos achicharrados» (p. 19), pero «se rapa a los muertos» (p. 60) después de sacarlos de la cámara de gas y antes de

incinerarlos, y luego, «unas manos bastas han cortado las trenzas de sus cuidados cabellos» (p. 168) antes de enviarlas al baño y a continuación a la cámara de gas. Y así por el estilo.

Pero lo más significativo es lo que se descubre si se compara la versión francesa de ese pretendido testimonio con la versión alemana aparecida en la revista *Quick* a partir del 15 de enero de 1961. En esta última versión, los crematorios sólo incineran 10.000 personas por día, en vez de 20.000. Un tirador de pistola que hace blanco a 40-50 metros en francés, sólo hace blanco de 20 a 30 metros en alemán. Un instituto que es «el más célebre del Tercer Reich» en el primer caso, se ha convertido en «el más célebre del mundo» en el segundo. Unas «bonitas alfombras» se transforman en «alfombras persas». El campo de Auschwitz, que podía contener «hasta 500.000 personas», queda simplemente en «gigantesco», desaparecida la precisión sin duda porque entre 1951 y 1961, el autor —por otra parte muerto desde hacía mucho tiempo como se verá más adelante— había descubierto por medio de persona interpuesta que, en Nuremberg, Hoess había declarado que el campo «había contenido hasta 140.000 personas» (T. XI, p. 416). Una distancia de 3 quilómetros queda reducida a 500 metros, etc., etc.

Una de dos ; o se trata de un documento auténtico y tiene que ser el mismo en 1951 y en 1961, en su versión francesa y en su versión alemana, o se trata de un documento apócrifo. El hecho de que las dos versiones no coincidan entre ellas casi en nada, y ni la una ni la otra con, por ejemplo, la descripción de los lugares que se deduce de los documentos presentados en Nuremberg, autoriza a creer, como mínimo, que el tal Miklos Nyiszli no puso nunca los pies en Auschwitz. Insisto: como mínimo. Debí sospecharlo a partir de la primera página de su testimonio: al hablar del convoy del que formaba parte dice
[69] que «dejando atrás nuestro el Tatra, pasamos por delante de las estaciones de Cracovia y de Lublin» (para ir a Auschwitz desde la frontera húngaro-rumana), lo cual demuestra, por añadidura que, no conociendo el campo de Auschwitz y no habiéndolo visto nunca, tampoco conocía el camino que conducía a él.

¡Y se encontró, en París, una editorial para poner en circulación aquella sarta de estupideces!

En abril de 1951, cuando los fragmentos de su testimonio fueron publicados por *Les Temps Modernes*, escribí al autor. El 24 de octubre me contestó por mediación del señor Tiberio Kremer, diciéndome que en realidad «habían sido exterminadas 2.500.000 personas en las cámaras de gas de Auschwitz».

En febrero de 1961, después de haber leído el texto íntegro en *Quick*, le escribí al señor Tiberio Kremer: la carta me fue devuelta con la mención: «No vive ya en las señas indicadas». Escribí a *Quick* : me contestaron que no podían ponerme en contacto con el Dr. Nyiszli, porque había muerto (!).

En noviembre de 1961, después de haber leído el texto íntegro en su versión francesa, escribí al editor Julliard rogándole tuviera a bien transmitir las observaciones anteriores al menos al señor Tiberio Kremer, cuyas señas debía conocer puesto que acababa de publicar el libro traducido por él. Y añadía:

> «Los documentos históricos tienen derecho al respeto y no se deben publicar de ellos unas versiones sin la menor garantía. En este caso, desde hace 10 años y debido a la índole de mis trabajos, estoy buscando el original de ese libro y nadie ha sabido decirme dónde podía consultarlo. Los historiadores más calificados del mundo lo ignoran todo acerca de él. Las versiones que se han publicado son divergentes y se contradicen de una página a la otra. El autor habla de lugares que

visliblemente no ha visitado nunca, etc. En consecuencia, si le fuera posible darme las suficientes garantías para permitirme anotar la mención «documento auténtico» en la ficha del Dr. Nyiszli en las referencias de mis trabajos, le quedaría particularmente agradecido».

[70]
El 8 de diciembre, en nombre del editor Julliard me contestó uno de sus directores literarios, el señor Pierre Javet:

«Le agradezco vivamente que me haya hecho llegar la copia mecanografiada de su carta del 16 de noviembre.
»Se la transmito hoy mismo al señor Tiberio Kremer, traductor de la obra del Dr. MikIos Nyiszli "Médico en Auschwitz" para que él le conteste.
»Sin embargo, puedo decirle que es cierto que el Dr. Nyiszli ha muerto, pero su esposa está viva. Por otra parte, he mostrado su libro a varios deportados que me han confirmado su autenticidad.
»Con mis mejores saludos,
Firmado: Pierre JAVET».

Sigo esperando la respuesta del señor Tiberio Kremer.
Es probable que no la reciba nunca. En primer lugar, tal como ya he dicho, con fecha 24 de octubre de 1951 el señor Tiberio Kremer me transmitió una respuesta del Dr. Nyiszli a mi carta del mes de abril del mismo año. Posteriormente, las investigaciones que he continuado realizando acerca de tan singular testigo me han permitido obtener una información de Nueva York, donde el libro fue publicado en 1951, según la cual el Dr. Nyiszli había muerto mucho antes de que su testimonio fuera publicado por primera vez.
Si la información era cierta, aquel testigo muerto —uno más— tendría la particularidad de que me habría escrito después de su fallecimiento.
El silencio del señor Tiberio Kremer resultaría entonces comprensible.
Sin más comentarios.

IV. EL TESTIGO KURT GERSTEIN

6 de junio de 1961. El Tribunal de Jerusalén que juzga a Eichmann se encuentra en presencia de abrumadores testimonios
[71] a propósito del exterminio de judíos supuestamente perpetrado en el campo del Belzec. Los periodistas que dan cuenta de los debates de la audiencia se expresan invariablemente en tono muy parecido al que utiliza el enviado de *Le Figaro* (París) :

«El tercer campo de exterminio del que se ha tratado (en la audiencia del 6 de junio del proceso Eichmann), el de Belzec, entre Lublin y Lemberg, dejó al final de la guerra un solo superviviente, el cual murió poco después.
»El Ministerio Público se apoya en una serie de declaraciones efectuadas ante los oficiales Aliados por Kurt Gerstein, teniente del servicio de Sanidad de las *Waffen* SS, que se ahorcó posteriormente en una prisión militar de París.

Gerstein había sido encargado por Eichmann de estudiar unos venenos más rápidos».

(*Le Figaro*, 7 de junio de 1961).

Y he aquí de nuevo en plan de «estrella» el llamado Kurt Gerstein, que lo había sido en enero de 1946 en el proceso de Nuremberg y que, después del proceso de Jerusalén, ha vuelto a serlo recientemente en Europa gracias a una obra teatral, *Der Stellvertreter* (*El Vicario*, editada por Rowohlt, Reinbck bei Hamburg, 1963), de un tal Rolf Hochhuth. Es una historia tan macabramente fantasmagórica como la del Dr. MikIos Nyiszli.

En los primeros días de mayo de 1945 (el 5, al parecer), las tropas Aliadas (francesas), al entrar en Rottweil (Württenberg) habrían encontrado y hecho prisionero en un hotel a un tal Kurt Gerstein ; llevaba el uniforme de las SS con la calavera y, en el uniforme, las hombreras de *Obersturmführer*. Se le trasladó a París donde fue internado, en una prisión militar, dicen unos, en Cherche-Midi, dicen otros, en Fresnes, precisan otros, donde se habría suicidado. En resumen, no se sabe exactamente dónde. Una mañana de julio, el 25, dicen casi todos los comentaristas y especialmente el Profesor H. Rothfels (*Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.° 2, abril de 1953, p. 185), pero nada es [72] menos seguro : con fecha del 10 de marzo de 1949, la señora viuda de Gerstein habría comunicado qué ella sólo había recibido de la *Comisión ecuménica para la ayuda espiritual a los prisioneros de guerra*, con sede en Ginebra, el siguiente y lapidario comunicado sobre la suerte de su marido :

«Leíder war es trotz mehrfacher Bemühungen nicht möglich, nahere Auskunft über den Tod Ihres Gatten zu erfahren, und auch die Lage des Grabes ist nicht festzustellen».

En su momento, ni la detención ni la muerte del hombre se hicieron públicas. Al menos, que yo sepa. De todos modos, hasta el 30 de enero de 1946, o sea, nueve meses más tarde, no asumieron una y otra un carácter sensacional, por la atención que despertaron súbitamente en determinadas personas.

La primera y más notoria de aquellas personas fue, sin duda, el señor Dubost, Fiscal francés cerca del Tribunal de Nuremberg (*Proceso de los grandes criminales de guerra*): en los archivos de la delegación norteamericana, había descubierto cierto número de facturas de CycIon B suministrado a los campos de concentración de Auschwitz y Oranienburgo por la Degesch Gesellschaft de Frankfurt, con fecha de 30 de abril de 1944, unidas a un relato en francés firmado por Kurt Gerstein, *Obersturmführer* de las SS, acerca del exterminio de judíos en las cámaras de gas de Belzec, Chelmno, Sobibor, Majdanek y Treblinka (T. VI, pp. 345-47). Posteriormente, nos dice M. Rothfels (ob. cit., p. 177), el documento fue utilizado en lengua alemana en sus principales párrafos como medio de prueba para la acusación en el Proceso de los Médicos en Nuremberg, el 16 de enero de 1947. Luego, la parte que trataba del Cielon B y las facturas anexas, en el Proceso de la Degesh Gesellschaft en Frankfurt en enero de 1949.

La fecha que llevaba el documento fue hecha pública por primera vez en el Proceso de los Médicos : 26 de abril de 1945. Y, hasta que apareció el artículo del señor Rothfels anteriormente citado, sólo se habló de una versión francesa que, para [73] las necesidades de las actuaciones judiciales, fue traducida al alemán. *En El Breviario del Odio* (París, 1961, pp. 220 y ss.), el señor Poliakov da, sin fecha, aquella versión francesa. En 1959, Heydecker y Leeb, en *El Proceso de Nuremberg*, hacen lo

mismo. En *Der Gelbe Stern* (Hamburgo, 1961), Schoerberner da la fecha del 4 de mayo de 1945. Pero, en 1961, el Considerando 124 de la sentencia del Tribunal de Jerusalén que condenó a Eichmann no da ninguna fecha y, además, la versión francesa que se encuentra en ella no se parece en nada a la que publicó Poliakov en 1951. Lo más curioso es que conocemos esa segunda versión gracias también a Poliakov (*El Proceso de Jerusalén*, París, 1962, pp. 224 y ss.), y que nos la da aparentemente sin acordarse que le debíamos la primera.

Hubo que esperar también el Proceso de los Médicos del 16 de enero de 1947, el de la Degesch Gessellschaft de enero de 1949 y sobre todo el citado artículo de H. Rothfels para saber cómo había llegado aquel documento a los archivos de la delegación norteamericana donde lo encontró el Fiscal Dubost (Kurt Gerstein había sido interrogado el mismo día de su detenci6n y los siguientes por el comandante D. C. Evans y J. W. Haught), y que no sólo estaban unidas a él dos facturas de la Degesch Gesellschaft sino una docena, escalonadas entre el 14 de febrero y el 31 de mayo de 1944. Al propio tiempo se supo también que a la versión francesa, que comprendía seis páginas mecanografiadas con una nota manuscrita al final certificando la autenticidad del contenido seguida de la firma del autor (*Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, pág. 178), iban unidas dos páginas también manuscritas y firmadas pero en inglés, fechadas el mismo día, en las que. dice que no más de 4 ó 5 personas pudieron ver lo que él vio y que se trataba de nazis, más una página en la que pedía que no se hiciera pública su declaración antes de saber si el Pastor Niemöller había muerto en Dachau o había sobrevivido, más 24 páginas mecanografiadas en alemán con una mención manuscrita, fechada el 4 de mayo de 1945 pero sin firma (*Vierteljahreschefte für Zeitgeschichte*, p. 179). Parece ser, o al menos eso es lo que pretende H. Rothfels que nos cuenta todo esto, que esa versión alemana en
[74] 24 páginas y la versión francesa son «a grandes rasgos, idénticas en todos sus extremos». Dado que existen dos versiones francesas distintas, la publicada por el señor Poliakov en 1951 y la que figura en el Considerando 124 de la sentencia de Jerusalén, no se arriesga nada preguntándole cuál de las dos toma como término de comparación.

Volviendo a esa o a esas dos versiones francesas, en enero de 1946 los norteamericanos no se habían dado cuenta aún de la importancia de aquel documento por partida doble —incluso triple, si creemos a H. Rothfels—, y no habían considerado digno de ser presentado como prueba contra los acusados ante el Tribunal.

Afortunadamente, allí estaba el señor Dubost: el 30 de enero de 1946, lo sacó de su cartera de mano y lo depositó bajo la referencia P.S. 1553 - R.F. 350.

Y he aquí lo que pasó...

* * *

Pero, antes que nada, ¿quién era Kurt Gerstein?

A esta primera pregunta, la lectura de los 42 volúmenes de actas del Proceso de Nuremberg no permite contestar : por motivos que el lector no tardará en comprender, el Tribunal, en efecto, no quiso oír hablar ni de Kurt Gerstein ni de su relato ; del fajo de documentos presentados por el señor Dubost, sólo retuvo dos facturas con fecha de 30 de abril de 1944, cada una de ellas de 555 quilogramos de CycIon B, una para Auschwitz, la otra para Oranienburgo.

Al día siguiente, 31 de enero de 1946, en una forma tal que nadie podía dudar de su autenticidad y de admisión como prueba por el Tribunal, los periódicos del mundo

entero reproducían sin parpadear y cada uno a su manera, el documento cuya lectura había sido denegada en la audiencia de la víspera.

De aquella «ofensiva de prensa» procede la explotación que se viene haciendo de ese documento desde hace quince años — i cada uno se gana la vida como puede! — por parte de esos historiadores eminentes que son el señor Poliakov (*El Breviario*
[75] *del Odio*) y algunos otros como los alemanes H. Krausnik *(Documentación sobre el exterminio por medio de los gases*), J. J. Heydecker y J. Leeb (*El Proceso de Nuremberg*), Gerhardt Schoenberner (*La Estrella Amarilla*), etc., etc., (pido disculpas por haber leído únicamente éstos: ¡no se puede leer todo, particularmente en esa clase de literatura!), que han hecho el caldo gordo con el Proceso Eichmann.

Después de un año de publicidad en torno a este último proceso se les ha visto, en efecto, unos tras otros, ascender al primer plano de la actualidad, como la zurrapa del fondo de los toneles... difícilmente, es cierto, puesto que ya no estamos en 1946 y la opinión pública es un poco más difícil, afortunadamente.

Por lo que puede deducirse de los escritos de esos brillantes historiadores, Kurt Gerstein era un ingeniero químico. En 1938 tuvo dificultades con la Gestapo y fue internado, en el campo de concentración de Welzheim. Se ignora cómo logró salir de allí. Lo cierto es que en 1941 volvemos a encontrarle en las SS (¡se había alistado en ellas, dice, para sabotear desde dentro la obra de exterminio!) y, en 1942, en las Waffen SS, con el grado de Obersturmführer, en la «sección higiene» (*Abteilung der Entwesung und der Entseuchung*) del servicio sanitario central (*Hauptamt des Sanitätsdienstes*). En calidad de tal, estaba encargado de recibir los pedidos de Cyclon B utilizado como desinfectante por la *Reichwehr* desde 1924, y luego por la *Wehrmacht*, que no tenían la suerte de conocer el D.D.T. Aquellos pedidos los transmitía con la orden de entrega a la *Degesch GesellIschaft* de Frankfurt o a su filial, la Testa de Hamburgo. Y, naturalmente, recibía las facturas...

Los hechos que cuenta —que se encuentran en el relato que se le atribuye, sería más exacto— se sitúan en 1942.

El 8 de julio de aquel año, pues, recibió en su oficina al SS *Sturmführer* Günther, el cual le dijo que necesitaba urgentemente 100 quilogramos de CycIon B para transportarlos a un lugar que sólo debía conocer el chófer del camión.

Unas semanas después, el chófer en cuestión se presenta acompañado de Günther: cargan los 100 quilogramos de
[76] Cyclon B, embarcan a Gerstein y se ponen en marcha hacia Praga primerci, y luego hacia Lublin, donde llegan el 17 de agosto. El mismo día, Gerstein se entrevista con el *Gruppenführer* (General) Globocnick, encargado del exterminio de los judíos en el Warthegau y que no ha encontrado aún otro medio para realizar su tarea que... el gas de escape de los motores Diesel (! !), que hace llegar a unas cámaras especialmente acondicionadas para ese fin.

Naturalmente, el *Gruppenführer* tiene el sentido de la lógica y empieza por contarlo todo. En su región existen tres instalaciones para exterminar a los judíos por medio del gas Diesel: Belzec (en la carretera de Lublin a Lwow), con una capacidad de 15.000 personas por día, Sobibor (¡no sabe exactamente dónde se encuentra!), con una capacidad de 20.000 personas por día; Treblinka (¡20 quilómetros al nordeste de Varsovia), sin indicación de capacidad según Poliakov, aunque Heydecker y Leeb precisen: 20.000 personas por día, pues aquel singular documento no habla el mismo lenguaje a los unos y a los otros. Hay una cuarta instalación en preparación, Maïdanek, pero nadie da ningún detalle, ni acerca de su situación, ni acerca de la capacidad prevista. Para ser completamente exactos hay que decir que, en *La Estrella Amarilla* (edición alemana) de Gerhardt Schoenberner, no aparece esa parte del documento: sin

duda se trata de otro método histórico. Sin embargo, al citar aquellas cuatro localidades, el señor Gerhardt Schoenberner pone bajo la pluma de Gerstein una capacidad total de 9.000 personas por día para las cuatro instalaciones...

Del *Breviario del Odio* de Poliakov y de la *Documentación sobre el exterminio por medio de los gases* de Krausnick, se deduce también que el Führer estuvo en Lublin la antevíspera, 15 de agosto (¡al parecer, en las fábricas de elaboración de falsedades históricas no se retrocede ante nada!), en compañía de Himmler, y que dieron la orden de «acelerar toda la acción». Pero esa parte del documento no aparece ni en *La Estrella Amarilla* de Schoenberner ni en *El Proceso de Nuremberg* de Heydecker y Leeb.

Finalmente, Globocnick pone a Kurt Gerstein al corriente
[77] de su misión : mejorar el servicio de las cámaras de gas, particularmente por medio de un gas más tóxico y más fácil de manejar.

Luego se separan, tras haber decidido visitar la instalación de BeIzec, al día siguiente.

Y, después de haber dicho lo que le han contado, Gerstein cuenta a su vez lo que ha visto...

* * *

Al llegar a Belzec el 18 de agosto, Kurt Gerstein empezó por visitar el campo acompañado por una persona que Globocnick puso a su disposición. El señor Poliakov no ha podido leer el nombre de esa persona. Pero, aplicándose un poco, ha creído descifrar «Wirth». Más afortunado que él, el señor Schoenberner ha podido leer claramente «SS *Hauptsturmführer* Obermeyer de Pirmasens». La única pega es que cuando habla del SS Wirth, que es una persona distinta de la que habla Poliakov, le endosa el grado de «*Hauptmann*»... ¡que nunca existió en las SS!

Sea como fuere, en el curso de aquella visita Gerstein ha visto las cámaras de gas que funcionan con gases de escape de motores Diesel y las ha medido: 5 x 5 = 25 metros cuadrados de superficie, por 1,90 m de altura = 45 metros cúbicos, calcula. Pasaremos por alto los 2,5 metros cúbicos de error. Los señores Krausnick, Heydecker, Leeb y Schoenberner, por otra parte, tampoco han dicho nada. Más preocupado de la verosimilitud, el señor Poliakov ha corregido el documento: 93 metros cuadrados de superficie, ha calculado él (*Breviario del Odio*, p. 223, segunda edición. ¡No he leído la primera!), sin otras indicaciones, que era lo más prudente. Pero, en *El Proceso de Jerusalén* (París, 1962), habiendo admitido el Tribunal la versión que da 25 metros cuadrados, el señor Poliakov, que no desea contradecirle en ese punto, la admite también.

¡Cuánta razón tenía al corregir el documento! En efecto, a continuación Kurt Gerstein cuenta que al día siguiente, 19 de
[78] agosto, vio las cámaras de gas —cuatro, dicen unos, diez, protestan los otros— en acción:

Al amanecer, un tren de judíos de 6.700 personas —6.000, ha leído Poliakov—, hombres, mujeres y niños, contenidos en 45 vagones (entre 148 y 150 personas por vagón, y para los que conocen los vagones de mercancías polacos, la buena medida) llega de Lemberg a la estación de Belzec situada al borde mismo del campo: es cierto que con sus 6.700 o únicamente 6.000 personas, aquel tren de 45 vagones ha sido el más incómodo de todos los trenes de deportados. Recuérdese que el Dr. Miklos Nyiszli no se

atrevió a ir más allá de «unas 5.000 personas» por tren. Kurt Gersteín no es demasiado exacto en sus cálculos y, tratándose de un ingeniero, el hecho no resulta halagador.

Pero, sigamos:

«200 ucranianos, látigo en mano, se precipitan hacia las portezuelas, las arrancan (!) y hacen bajar a todo el mundo bajo la protección de otros ucranianos, armados de fusiles... El «Hauptmann de las SS» Wirth dirige la maniobra, ayudado por algunos de sus SS. Desnudarse completamente, someterse a un corte de pelo después de haber entregado los objetos de valor, y en marcha hacia las cámaras de gas.

»Las cámaras se llenan. Apretarse bien, ha ordenado el «Hauptmann» Wirth. La gente tiene que ponerse de puntillas: de 700 a 800 sobre 25 metros cuadrados en 45 metros cúbicos. Los SS empujan con todas sus fuerzas. Las puertas se cierran», dice Schoenberner en *La Estrella Amarilla*; pero, al margen del estilo, los otros dicen lo mismo, a excepción de Poliakov que se aferra a sus 93 metros cuadrados de superficie.

En lo que todo el mundo está de acuerdo, en cambio, es en la duración de la operación cronometrada por Gerstein: en primer lugar, las 700 u 800 personas apretujadas en las cámaras de gas han tenido que esperar 2 horas y 49 minutos a que el motor Diesel consienta en ponerse en marcha, después de lo cual han sido precisos aún 32 minutos para que todo el mundo haya muerto. Cronómetro en mano, repito...

Esta es la historia macabramente rocambolesca que el señor Dubost —no un cualquiera: un Fiscal y sin duda de
[79] renombre puesto que fue elegido entre todos sus colegas para representar a Francia en Nuremberg— pretendió que admitiera el Tribunal Internacional el 30 de enero de 1946.

El Tribunal no la admitió: demos al César... Precisando sin embargo que, para que no la admitiera, era preciso que fuera excesivamente burda, ya que en otras circunstancias se había tragado sin parpadear otras fantasías por el estilo.

Ello no impidió que al día siguiente, 31 de enero de 1946, la prensa mundial presentara la increíble historia de Kurt Gerstein como un documento auténtico e indiscutible.

Todavía hoy —¡quince años después!— unos hombres que aspiran al título de historiadores se atreven a presentarla como auténtica e indiscutible en sus libros, sin que por ello pierdan el favor y la estima de la prensa mundial.

Se dio constancia de ella en el proceso Eichmann y, tal como se ha dicho anteriormente, ha sido puesta en escena reciente mente en Alemania sobre un texto escrito por el llamado Rolf Hochhuth visiblemente en busca de una publicidad literaria por medio del escándalo.

En el caso del proceso Eichmann, el relato de Kurt Gerstein es presentado por el Ministerio Público en «una serie de declaraciones hechas (por el interesado) ante las autoridades Aliadas». La sentencia de Jerusalén no hace referencia a esa serie de declaraciones, que nunca han sido hechas públicas. Una observación: no conocemos la totalidad del documento Gerstein. Y una pregunta: ¿por qué? Temo que la respuesta a esta pregunta sea demasiado evidente: en el artículo de H. Rothfels (ob. cit.) se encuentra que «*So fehlt insbesondere die im französichen Text eíngefügte, verallgemeinernde und sehr übertreibende Schätzung der Gesamtzahl an Opfern*» (p. 179), y en nota (p. 180) «*G. schätzt hier auf 25 millionen*» («*Nicht nür Juden sondern vorzungweise Polen und Tschechen*»). Era, en efecto, excesivamente burdo. Lo asombroso es que los utilizadores de ese singular documento no se dieran cuenta de que las cámaras de gas de 25 metros cuadrados de superficie que podían contener de 700 a

800 personas constituían una exageración de un carácter todavía más escandaloso, y esto habla por sí solo.

[80] Retengamos de todos modos la confesión, ya que es importante: de las declaraciones de Kurt Gerstein sólo se han hecho públicas y utilizadas ante los tribunales las que fueron consideradas como objetivas (*sachlich*, dice H. Rothfels, p. 179), y en consecuencia verdaderas. Otro testimonio manipulado. Mi opinión es que las personas que fueron encargadas de manipular esas declaraciones precisan un tratamiento psiquiátrico y que, en el caso de los que imparten alguna enseñanza, resulta muy grave que los gobiernos que les emplean no piensen en proteger contra su evidente desequilibrio mental la salud moral de la juventud estudiantil del mundo.

En el caso de la obra de teatro, sólo hay que señalar las garantías de autenticidad sobre las cuales se apoya el autor para repetir por su cuenta todas las afirmaciones contenidas en el documento Gerstein tal como ha sido llevado a conocimiento del público, especialmente «las 700 u 800 personas asfixiadas» en unas cámaras de gas de «25 metros cuadrados de superficie». Entre esas garantías figura naturalmente el Pastor Martin Niemöller (acerca de cuya moralidad y del valor que puede atribuirse a su testimonio ya hemos hablado en el primer capítulo de este libro), un tal Profesor Golo Mann que atestigua unas ejecuciones en una cámara de gas de Mauthausen —¡donde no había ninguna!— desde 1942, diversas personalidades del mismo nivel moral, artículos de periódicos firmados por individuos sin el menor prestigio, rumores... e incluso el Obispo Dibelius, considerado hasta entonces —al menos a mis ojos— como una persona dotada de mucho más discernimiento.

Todo eso sobrepasa al entendimiento. Es cierto que no hay que asombrarse de nada : en el proceso Eichmann, los jueces han aceptado como verdaderos, día tras día, relatos de índividuos que habían visto —con sus propios ojos— en acción las cámaras de gas de Bergen-Belsen, sobre las cuales todo el mundo está de acuerdo —incluso el Institut für Zeitgeschichte de Munich, centro neurálgico del resistencialismo mundial— en que nunca existieron.

Y, sin duda para poner un digno contrapunto a *El Vicario* del llamado Rolf Hochhuth, en Francia acaba de publicarse

[81] (finales de 1962) *Tragedia de la Deportación*, un libro que avalan Olga Wormser y Henri Michel y en el cual incluso personas tales como la señorita Geneviève de Gaulle y la dulce Germaine Tillon afirman la existencia de cámaras de gas y la práctica sistemática del exterminio por ese medio en uno u otro de esos campos en los que el Institut für Zeitgeschichte afirma que no existían.

Todos los días, con trémolos en la pluma, la gran prensa se asombra del renacimiento del nazismo, del racismo y del antisemitismo... entre los cuales no establece ninguna diferencia, por otra parte. Lo que a mí me asombra es que las manipulaciones de textos de Poliakov y compañía no hayan logrado, hasta la fecha, dar todavía más virulencia al racismo y al antisemitismo, al menos, que tienen como objetivo a los judíos.

Ya que no han omitido nada para conseguirlo.

* * *

Si se sabe que Kurt Gerstein era ingeniero, y si es cierto que hizo la declaración cuyo resumen se acaba de leer (se encontrará **in extenso** en el apéndice de este capítulo en la versión francesa dada dos veces bajo dos formas distintas por Poliakov), aquel

hombre no estaba en posesión de todas sus facultades, y vale la pena preguntarse por qué. A este propósito, las indicaciones que se dan sobre las circunstancias de su muerte son, en mi opinión, sumamente reveladoras. Si hemos de creer al atolondrado H. Rothfels (ob. cit., p. 185, nota 25), la señora viuda de Gerstein habría sido informada de que su marido se había ahorcado, con la precisión siguiente : «...La muerte se produjo por ahorcamiento. Esta forma de suicidarse no puede ser evitada de un modo absoluto en una prisión». Es muy posible, aunque ello no constituye un motivo para que no se sepa dónde se produjo el acontecimiento ni qué se hizo con el cadáver, y esta doble ignorancia confesada de las autoridades oficiales me parece que explica muchas cosas.

Supongamos, por ejemplo, que los dos minus habens armados hasta los dientes que se dice que interrogaron a Kurt Gerstein
[82] se encontraran en presencia de un hombre que cuando fue puesto en sus manos no había escrito nada aún, o, entre la fecha de su detención y la de su primer interrogatorio, sólo lo que había realmente visto y que debía ser ya bastante horrible si se conoce el carácter de salvajismo que había asumido la guerra en el Este, a una y otra parte de la línea de fuego : a juzgar por las memorias de todos los que fueron detenidos en Alemania en aquel período y en aquellas condiciones, es lo que ocurrió con ellos por regla general, invitados como lo fueron por los que les habían detenido a escribir su confesión. En consecuencia, la suposición no es completamente gratuita. El hecho de que Kurt Gerstein escribiera la suya en francés o en alemán no tiene importancia: por lo demás lo hizo en los dos idiomas, o al menos eso es lo que se dijo. Supongamos también que, partiendo del texto francés, se dedicaran a hacerle decir por la fuerza lo que está contenido en el documento que lleva su nombre y que representaba su opinión del momento sobre los acontecimientos en cuestión: en el campo de los Aliados era el tema central de la propaganda antialemana y no resulta sorprendente que aquellos dos interrogadores hicieran de ello su profesión de fe. En cuyo caso ellos mismos habrían procedido a la redacción del texto francés, sometiéndolo a continuación a Kurt Gerstein para que lo firmara, invitándole a escribir unas líneas manuscritas al final de la última hoja para hacer indiscutible su autenticidad. Imaginemos la escena: ingeniero —y con conocimientos de medicina, también—, Kurt Gerstein se habría negado a firmar y autentificar todas aquellas imposibilidades técnicas que no resistían a un somero examen, y los dos instructores del caso le habrían sometido al tratamiento de costumbre a tales ocasiones. Excediéndose un poco, incluso, ya que por regla general se nos presenta a Kurt Gerstein como un hombre poco inclinado a decir sin ofrecer resistencia lo que no quería decir. Un tratamiento adecuado a sir resistencia, en suma. La misma escena para el texto alemán, que es dado como mucho más largo pero presentándose de la misma forma: escrito a máquina, con una mención manuscrita pero sin firmar. Precisión complementaria : aquí, la mención manuscrita
[83] es más corta, y falta también en ella la fórmula de certificación por juramento que figura en el texto francés. De ahí mi conclusión : supongamos, finalmente, que Kurt Gerstein hubiera sido interrogado tan correctamente que hubiese quedado sin conocimiento o entrado en coma, falleciendo antes de haber llegado a la fórmula y firmar...

En tal caso, todo estaría muy claro : muerto en el curso de un interrogatorio en Rottweil (Alemania) a consecuencia del tratamiento que le habían infligido para obtener unas confesiones, Kurt Gerstein no habría sido trasladado nunca a París para ser puesto a disposición de la Seguridad Militar, y aquel traslado imaginario sólo habría sido alegado como efectivo para escamotear su cadáver sobre el cual, a falta de una autopsia, un simple examen hubiera permitido apreciar las verdaderas causas de su muerte. Y para evitar el inevitable escándalo resultante. Esta hipótesis explicaría además que los

norteamericanos dejaran dormir el documento que lleva su firma en los archivos de su delegación en Nuremberg, donde lo descubrió el Fiscal Dubost : se comprende fácilmente que, en tales condiciones, no sintieran el menor deseo de hacer salir aquel cadáver a la superficie presentando su supuesto testimonio ante el Tribunal. Al rechazarlo como no probatorio y al denegarle al señor Dubost incluso el permiso para leerlo, el Presidente de la audiencia del 30 de enero de 1946 sabía muy bien lo que se hacía. Pero el señor Dubost no se resignó a aquel fracaso y comunicó aquel testimonio a la prensa; a partir de entonces no era ya posible retroceder : había que sostener su autenticidad para no perder la cara delante de la opinión pública, alertada por la prensa.

Sólo hay otras tres hipótesis posibles :

— o bien en el mismo Rottweil, interrogado como seguramente lo fue Kurt Gerstein para obtener de él unas confesiones tan manifiestamente en contradicción con las verdades técnicas, pudo creer que se exigiría de él que las confirmase ante un tribunal, que en tal caso tendría que retractarse diciendo cómo le habían sido arrancadas y, previendo que el tratamiento a que le someterían a continuación sería mucho más severo que el que acaba de sufrir, en un momento de depresión, quiso terminar
[84] más aprisa padeciendo menos y se suicidó. Lo cual no eliminaba la necesidad de hacer desaparecer el cadáver para que no se descubrieran en él las huellas del «tratamiento» ;

— o bien fue trasladado realmente a París donde, para obligarle a ampliar sus declaraciones siguieron sometiéndole al mismo tratamiento que en Rottweil y, por el mismo motivo sugerido anteriormente, se suicidó ; también por el mismo motivo anterior era preciso que el cadáver desapareciera ;

— o bien, finalmente, en Rottweil o en París, considerando a la vez que no podrían, ni obtener de él más de lo que había dicho, ni evitar que se retractara ante un tribunal, los que le interrogaban le eliminaron fríamente para permitir que su pretendido testimonio fuera presentado por la acusación sin el menor peligro de que el interesado la contradijera. También en este caso había que hacer desaparecer el cadáver, dado el estado en que se encontraba y que hubiera desvirtuado la tesis del suicidio.

En todos los casos, como se ve, era preciso hacer desaparecer el cadáver.

Yo sostengo que la más verosímil de esas cuatro únicas hipótesis posibles es la primera. Por el motivo siguiente : en julio de 1945, todos los servicios administrativos funcionaban de nuevo, sino a la perfección, al menos normalmente en toda Francia, y en todas las prisiones militares o civiles, el registro de presos se llevaba al día. Una de dos : o el nombre de Kurt Gerstein figura en el registro de una de ellas en la columna «Ingresado el ... », la columna «Excarcelado el ... » está en blanco, y en la columna «Observaciones » figuran la fecha, la hora y las circunstancias de su muerte, la persona o el organismo que se hizo cargo del cadáver y el lugar en que fue enterado; o bien, como en este caso, no se sabe nada de todo eso y Kurt Gerstein no fue registrado nunca en ninguna prisión militar o civil de París. Lo cual significaría que, si salió de Rottweil con destino a París, nunca llegó a la capital francesa. ¿Asesinado por el camino? Es posible. En todo caso, el más concreto de todos los que nos han dicho dónde se suicidó sigue siendo el inenarrable Rothfels, que escribe :
[85]

> «*Gerstein ist dann* (después de su detención) *von der französischen Besatzungsmacht. zunächst in einer Art Ehrenhaft gehalten worden, mit der Erlaubnis sich zwischen Tübingen* (donde vivía su familia) *und Rottweil zu bewegen. Dann wurde er nach Paris íns Gefängnis gebracht* (no dice en qué

fecha). *Dort hat er am 25. Juli 1945, in* "Prison militaire de Paris" *Selbstmord begangen*» (ob. cit. p. 185).

Aparte de esa libertad de movimientos que, mientras estuvo en Rottweil, le fue concedida a aquel prisonero y que, por sí sola, constituye un motivo de asombro, la mención más curiosa de ese relato es la de que se suicidó en «la Prisión militar de París», ya que en París no hay una sino varias prisiones militares, cada una de ellas administrativamente designada con un nombre particular, siendo la más famosa la «Prisión Militar del Cherche-Midi». En 1945, dado el número extraordinario de personas, militares o civiles, que eran encarceladas, existían además unas «Divisiones militares» en la Santé, en Fresnes, etc. Por tanto, el oficio administrativo que hace mención a la muerte de Gerstein sólo puede llevar el membrete de «Subdivisión militar de París - Prisión militar de Cherche-Midi» (o del Fuerte de Montrouge, o del Cuartel Reuilly, etc.), o de «Administración penitenciaria - Prisión de la Santé (o de Fresnes), División militar». Según el escalafón administrativo que diera el comunicado podría llevar, evidentemente, otras menciones. Por ejemplo : «Seguridad Militar», o «Sûreté Générale», etc., pero en ningún caso «Prisión militar de París», y si no obstante la lleva, se trata indudablemente de un oficio falsificado para la ocasión por alguien que lo ignoraba todo acerca de los servicios franceses de policía y de seguridad. Resumiendo, una burda falsificación: ¡una más!

Todo esto que, a fin de cuentas, nos ha conducido al descubrimiento de una falsificación que hasta ahora había pasado inadvertida, para explicar únicamente que, si las declaraciones imputadas a Kurt Gerstein parecen las de un hombre que no estaba en posesión de todas sus facultades, aquel hombre tenía numerosos motivos para no estarlo: en esta hipótesis, en el momento en que fueron presentadas a, su firma se hallaba a las
[86] puertas de la muerte debido a los procedimientos utilizadas para obtenerlas de él, y sólo tuvo tiempo de firmar la versión francesa antes de morir. La misma forma de esa versión francesa, tal como se reproduce en el Considerando 124 de la sentencia de Jerusalén abona aquella tesis: a mis ojos de francés que tiene la pretensión de conocer bastante bien su idioma materno, parece mucho más un francés escrito en directo por un norteamericano (o un inglés) que un francés escrito en directo por un alemán. No me sorprendería que, el día que sea posible consultar ese documento, los especialistas descubrieran que fue mecanografiado en una máquina de escribir inglesa o norteamericana ya que, a juzgar por su tenor, el nivel intelectual de los que quisieron hacerlo avalar por Kurt Gerstein parece tan bajo que probablemente no se les ocurrió que era indispensable mecanografiarlo en una máquina de escribir alemana. En el estado actual de la cuestión, ni siquiera es aventurado preguntarse si las menciones manuscritas que figuran en la versión francesa y en la versión alemana son realmente de puño y letra de Kurt Gerstein.

* * *

Definido así el crédito que puede concederse al documento Gerstein, lo que ahora importa definir es el que le ha concedido el señor Raul Hilberg. Me apresuro a decir que en este caso, por una vez, el señor Raul Hilberg se muestra muy prudente: sólo dos páginas (570-572), y dos páginas que se refieren, no a la operación de exterminio a la cual el documento dice que asistió su autor, no a los datos numéricos que contiene sobre

la importancia de las ejecuciones por medio de los gases, sino únicamente a las facturas de Cyclon B unidas al documento y del cual no son más que un comentario. Debo concretar que, partiendo de esas facturas (en número de doce), y de las que fueron presentadas ante el Tribunal que en 1949 juzgó a la Degesch Gesellschaft, productora del Cyclon B, el señor Raul Hilberg evalúa (p. 570) las cantidades de aquel producto que en 1943 y 1944 aquella industria entregó al Ejército alemán
[87] (160 toneladas) y a los servicios sanitarios de las SS (125 toneladas, de las cuales 12 fueron a Auschwitz en 1943, ninguna en 1944, pero 7,5 en 1942).

En sus grandes masas, esas cifras me parecen verosímiles, en todo caso bien proporcionadas (sólo en sus grandes masas): si, desde 1942 hasta el final de la guerra, el Ejército alemán encargó y se hizo entregar 160 toneladas de Cyclon B, es muy posible que, calculando sus necesidades de acuerdo con las necesidades a las cuales habían tenido que hacer frente durante la primera campaña de Rusia en el curso del año 1941, los servicios sanitarios de las SS las evaluasen en 125 toneladas para los años posteriores. En el detalle, soy mucho más reservado y la mención que concierne a Auschwitz me preocupa más particularmente: en las doce facturas unidas al documento Gerstein y escalonadas entre el 14 de febrero y el 31 de mayo de 1944 las había, en efecto, que'afectaban a Auschwitz, según nos dicen los señores Dubost y Rothfels; sin embargo, en aquellas fechas no figuran en la evaluación del señor Raul Hilberg. Y resulta muy fastidioso para la exactitud de su cálculo.

No siendo un especialista en esas materias, no estoy en condiciones de pronunciarme sobre el significado de una entrega global de 19,5 toneladas de Cyclon B al campo de Auschwitz, teniendo en cuenta que la cantidad entregada fue superior, ya que el señor Raul Hilberg olvidó incluir en sus cálculos las entregas de 1944. Pero aunque lo fuera, por otra parte, me faltarían muchos elementos de apreciación. He aquí, pues, todo lo que puedo decir:

1. — El hecho de que se haya entregado Cyclon B a un campo de concentración no basta para concluir que estaba destinado a asfixiar a los internados, pues en caso contrario se tendría que llegar también a la conclusión de que fue entregado para los mismos fines a los otros campos en los cuales no se ha comprobado ninguna ejecución por ese medio, e incluso al Ejército alemán.

2. — Auschwitz era un *Stammlager* (campo central), lo que significa que tenía unos *kommandos* exteriores. Aquella entrega global, pues, no afectaba únicamente a Auschwitz, sino también
[88] a todos sus *kommandos* exteriores. Sin ser especialista, creo poder decir que 19,5 toneladas + las entregas de 1944, son una cantidad algo excesiva, incluso en aquella hipótesis.

3. — Para una apreciación correcta, sería necesario saber cuántas toneladas de aquella entrega global fueron utilizadas y cuántas no lo fueron, cuántas personas pasaron por aquellos campos y cuántos quílogramos de Cyclon B se necesitaron para desinfectar sus ropas a razón de 1.500 a 2.000 personas por convoy a tratar a la llegada y, posteriormente, de un mínimo de una desinfección de la ropa interior de toda la población. del campo y de sus *kommandos* cada quince días. Lo sé : si un día ,llega a saberse de cuántas personas se trataba, aproximadamente, y cuántas toneladas de Cyclon B hicieron falta, nunca se sabrá cuántas toneladas fueron efectivamente utilizadas porque nunca se sabrá cuántas no lo fueron, dado que no existe ningún inventario. En tales condiciones, nunca será posible estableéer la comparación y saber si se utilizó más Cyclon B del necesario para las operaciones de desinfección —y entonces, sin duda, podría hablarse de exterminio por ese medio—, o a cuánto ascendió

el sobrante. Esto significa, pues, que habrá que seguir investigando hasta que se descubran otros medios de apreciación.

4. — ¿Fue utilizado todo el Cyclon B entregado en Auschwitz? En caso afirmativo, tendríamos la prueba de que se utilizó en cantidad superior a la razonable y habría que rendirse a la evidencia, pero esta posibilidad queda excluida. Todos los campos estaban abundantemente provistos de ese producto, y citaré un solo ejemplo: el tren que me evacuó de Dora, que abandonó el campo en el último minuto, que yo abandoné y luego volví a encontrar en las circunstancias que ya he contado (cf. La mentira de Ulises), incluía un vagón -lleno en sus tres cuartas partes de cajas protegidas con aros de hierro y llenas de etiquetas anunciando, unas «*Blausäure*» sobre fondo rojo, y otras «*Vorsicht*» sobre fondo blanco. Debajo de aquel «*Vorsicht*» había también algunas líneas en caracteres más pequeños que no leí. Tenía otras preocupaciones: buscaba una mochila y unos zapatos que no podían encontrarse allí, evidentemente,
[89] y no me interesé por unas substancias anunciadas como peligrosas. Por otra parte estaba lejos, muy lejos de sospechar de lo que se trataba: fue más tarde, mucho más tarde, después de haber leído a Kogon, cuando até cabos y sumé dos y dos... Pero, lo único que quería decir es que no existe ningún motivo para que los otros campos, y particularmente el de Auschwitz, no estuvieran proporcionalmente tan bien abastecidos como lo estaba Dora y, en consecuencia, para que la cantidad global de Cyclon B suministrada a Auschwitz no hubiera sido utilizada en su totalidad, como no lo había sido la cantidad suministrada a Dora.

Y henos aquí, de nuevo, ante la pregunta sin respuesta: ¿En qué medida fue utilizado el Cyclon B?

Si no se puede contestar a esa pregunta, no se puede atribuir ningún significado a las entregas de Cyclon B al campo de Auschwitz exhibidas con tanta complacencia —¡y de un modo tan incompleto, por desgracia!— por el señor Raul Hilberg, aparte del de que aquel producto era, por definición, no un homicida, sino un desinfectante utilizado como tal desde 1924 por todos los servicios sanitarios alemanes, militares y civiles. Las facturas presentadas no son, en ningún caso, un argumento que permita ir más allá de esta última definición sin incurrir en suposiciones y conjeturas absoluta, indiscutible y a menudo escandalosamente gratuitas: lo que se acaba de leer sobre ese punto lo demuestra con creces.

Dicho esto, el señor Raul Hilberg se mostró muy inspirado al no hacerse eco ni de la descripción de un exterminio por medio del gas tal como el documento Gerstein dice que la vio su autor (recordemos : de 700 a 800 personas en una cámara de 25 metros cuadrados de superficie), ni de los datos estadísticos relativos a los campos de Belzec, Treblinka y Sobibor : al menos se ha ahorrado el ridículo en el que incurrió el pobre Rothfels.

Recordemos también esos datos estadísticos tal como figuran en el texto alemán (en el texto francés que figura en el *Breviario del Odio* de Poliakov no son los mismos, y sin duda por los mismos motivos que el señor Raul Hilberg, el Considerando 124 de la sentencia de Jerusalén no se hace eco de ellos)
[90] publicado a continuación del artículo de Rothfels (ob. cit., pp. 187-94), y según los cuales las posibilidades de exterminio de aquellos campos son las siguientes:

- BeIzec: 15.000 personas por día
- Treblinka: 25.000 personas por día
- Sobibor: 20.000 personas por día

Rothfels escribe (ob. cit., p. 181) que habiendo muerto 600.000 personas en Belzec, la evaluación de Gerstein de 15.000 personas por día no tiene nada de inverosímil («*von 15.000 pro Tag nichts unwahrscheinliches*»). Dado que aquel campo empezó a exterminar oficialmente en marzo de 1942 dejando de hacerlo en diciembre del mismo año (Poliakov, ob. cit., p. 224), son nueve meses en total, es decir, 270 días en números redondos. 15.000 x 270 = 4.050.000 personas, y no 600.000. ¡Esa es la categoría de los Profesores que imparten sus enseñanzas en nuestras Universidades!

Sigamos con el razonamiento : Treblinka y Sobibor exterminaron oficialmente desde marzo de 1942 hasta «el otoño de 1943 », es decir, durante 18 meses = 540 días. Esto nos da:

— para el primero: 25.000 x 540 = 13.500.000 personas
— para el segundo: 20.000 x 540 = 10.800.000 personas.

En total, solamente para esos tres campos, 28.350.000 personas. Todas judías. Y sin contar las que fueron exterminadas por el mismo procedimiento en Chelmno, que el documento Gerstein no cita, y en Maidanek, que cita como «en estado de preparación» en el momento de su visita en agosto de 1942, no pudiendo por ello evaluar sus posibilidades.

¡He aquí lo que se atreven a presentarnos como un testimonio «digno de fe»! Para completar el cuadro, precisemos que cuando se resumen y nos dan sus evaluaciones del total de las personas judías en cada uno de esos campos, los que nos presentan estas estupideces como cosas serias, llegan a unas cifras del orden de la que Rothfels encuentra para BeIzec. Véase a continuación un cuadro que da esas pérdidas evaluadas por la Comisión polaca de los crímenes de guerra (según Poliakov, ob. cit. p. 224) y el señor Raul Hilberg (ob. cit., p. 572) :

[91]

	Evaluación de las pérdidas	
Campos	Comisión polaca	Sr. Raul Hilberg
CheInmo	300.000	Más de cien mil
BeIzec	600.000	Cientos de miles
Sobibor	250.000	Cientos de miles
Treblinka	700.000	Cientos de miles
Maldanek	?	Decenas de miles
Totales	2.050.000	950.000 ([8])

Uno se pregunta cómo se las han arreglado la Comisión de Varsovia y el señor Raul Hilberg para llegar a esas conclusiones: es evidente que no aluden al documento Gerstein, pero no citan otras referencias documentales dignas de este nombre.

Para Auschwitz, en el mismo cuadro, el señor Raul Hilberg llega a un millón de muertos cuando, que yo sepa, nadie ha descendido nunca por debajo de los dos

[8] Para obtener este total he tomado el total general de las pérdidas judías dado por el señor Raul Hilberg (p. 767) para esos cinco campos y el campo de Auschwitz, o sea, 1.950.000, y he deducido de él su evaluación de las pérdidas judías en Auschwitz (p. 570), o sea, 1.000.000 = 950.000. Para no omitir nada, hay que precisar que en su Tabla (p. 570) Maïdanek figura bajo la denominación «Lublin district».

millones, ([9]) y'la mayoría de los testigos hablan de cuatro. No creo aventurarme mucho al
[92] decir que si, midiendo un mismo acontecimiento, unas personas que se consideran tan calificadas como la Comisión polaca de los crímenes de guerra y el señor Raul Hilberg, Profesor de la Universidad de Vermont (U.S.A.) pueden llegar a unos resultados tan distintos el uno del otro como los que acabamos de exponer, significa que sus unidades de medida, es decir, sus referencias de base, son puramente conjeturales, no reposan sobre nada positivo y proceden de fuentes a la vez distintas y superlativamente dudosas. La prueba, por otra parte, me ha sido suministrada por la propia Comisión y el propio señor Hilberg. Tengo delante de mí más de un centenar de referencias sobre las cuales se apoyó la primera para llegar a las cifras que figuran bajo su responsabilidad en ese cuadro. En ellas se encuentran cosas como éstas: *Crímenes alemanes en Polonia* (Varsovia, 1948), que es un revoltillo de contradicciones de individuos de los que ni siquiera se puede afirmar que existen y que son dados como « supervivientes », o «*Testimonio del Dr. Rothbalsam* (¡muerto!) *recogido por la señora Novitch*», o «*BeIzec*» (Cracovia, 1946), que es un libro de recuerdos sobre el campo de un tal Reder, dado como «único superviviente», del cual se nos ha dicho en el Proceso de Jerusalén (audiencia del 6 de junio de 1961) que estaba «muerto desde entonces», etc.

En cuanto al señor Raul Hilberg, en casi todas las páginas de su libro se encuentran en notas de pie de página pruebas como éstas: «Affidavit by Rudolf Schönberg, survivor» (p. 165, nota 174 y 180) o «*Grettoverwaltung*, signed Ribbe» (p. 311, nota 14), o «Bor Komorowski, The Secret Army» (p. 315, nota 32), o un testimonio de un superviviente cuyo nombre no se cita recogido por Cohen en «*Human Behavíour in the Concentratian Camp*» (p. 625, nota 22), u otro testimonio de otro superviviente, esta vez citando su nombre pero igualmente hipotético, recogido por un tal Friedrnan en su libro *Osviecim* (p. 622, nota 8), etc., etc. Abundan también los extractos de periódicos aparécidos durante la guerra o después de su terminación. En el primer caso, se trata de periódicos publicados bajo control alemán: se encuentran en ellos fragmentos de estadísticas no siempre de acuerdo entre sí, comentadas o evaluadas por unos
[93] periodístas, no especialistas, de las medidas de expoliación, de aislamiento en ghetos o de concentración, de los malos tratos, etc. de que fueron víctimas los judíos, pero nunca nada que pueda justificar una interpretación en el sentido del asesinato o del exterminio por medio de los gases o de otro modo. El vocablo «*Judenfrei*» aparece a menudo aplicado a un territorio, una comarca o una región, pero significa «libre de judíos» y no su exterminio como insinúa el señor Raul Hilberg. En el segundo caso, se trata de periódicos publicados libremente, una vez terminada la guerra. Se encuentran en ellos, comentados por notestigos, unos relatós de testigos con frecuencia anónimos o, si se cita su nombre, a menudo dados como «fallecidos», o que en el mejor de los casos, si continúan con vida, no ha sido ni será posible someterles a unos contrainterrogatorios de control por personas calificadas. Esto no es más serio que lo que nos llega de la Comisión de Varsovia. En efecto, ¿cómo puede creerse, por ejemplo, que en el caso de que continúen con vida, unos individuos que confiesan que desde que regresaron de los campos de concentración todos los actos de su vida les han sido y les son dictados aún por el odio que han jurado para siempre a los alemanes, son unos testigos objetivos?

Acusadores, puede llamárseles, no testigos. Acusadores que reclaman indemnizaciones por lo que sufrieron, que las han recibido ya, pero que las querrían más

[9] A excepción del Institut of Jewish Affairs del World Jewish Congress en *Eichmann's Confederates and the Third Reich Hierarchy* (ob. cit.) que dice 900.000 (p. 28).

substanciales. En todo este asunto de exterminio, por otra parte, no hay más que acusadores que se apoyan los unos a los otros y ningún testigo, o únicamente falsos testimonios burdamente elaborados, cuya autenticidad sólo es atestiguada por falsos testigos. Y, lo mismo que Rothfels en presencia del documento Gerstein, con una espantosa inconsciencia y un increíble desprecio de las normas más elementales de su profesión, el señor Raul Hilberg finge no haberlo visto. Henos aquí, pues, una vez más, enfrentados con el problema fundamental de nuestra época: el extraordinario hundimiento intelectual y moral de las élites.

Esto no se refiere ni a la *Comisión de los crímenes de guerra* de Varsovia ni, por ejemplo, a la señora Hannah Arendt, que no pertenecen a las élites, evidentemente. La primera ha sido
[94] creada al otro lado del Telón de Acero, no para definir una verdad histórica, sino para preparar unos argumentos susceptibles de ser utilizados por una determinada propaganda. Para formar parte de ella no es preciso ser historiador, basta con ser comunista. Lo mismo que en el campo de concentración para ser médico cuando se era desmontista o ajustador de profesión. Pero, ¿acaso Rusia no es un inmenso campo de concentración, del cual Polonia no es más que un *Kommando*?

En cuanto a la segunda, es una agente declarada del Sionismo, es decir, de una propaganda paralela sobre aquel punto y, al parecer, ese es su único medio de vida. Las nomenclaturas con las que enriquece su relato del Proceso Eichmann (*The New Yorker*, ob. cit.) se apoyan en lo que ha leído en el libro de Raul Hilberg, que sólo ha asimilado al nivel de sus medios y que vuelve a escupimos más torpemente aún de lo que él nos las había servido. Quiero decir, haciendo unas confesiones más claras y más substanciales. El señor Robert Kempner, ese ex comisario de policía de Prusia al cual la guerra convirtió en un Fiscal norteamericano en Nuremberg, que es un agente del Sionismo de una categoría mucho más elevada, no se muestra demasiado satisfecho de la manera con que la señora Arendt desempeña su tarea: en *Aufbau* (Vol. XXIX, n.° 15, 12 de abril de 1963), le administra uno de esos rapapolvos cuya lectura recomiendo.

Volviendo al documento Gerstein y para terminar con él, formulo ahora la siguiente pregunta: si es cierto que las cámaras de gas de Belzec, Treblinka y Sobiblor podían asfixiar entre 15.000 y 25.000 personas por día, si es cierto que una cámara de gas de 25 metros cuadrados de superficie puede contener de 700 a 800 personas, si es cierto que un tren de 45 vagones pueda transportar 6.700 deportados, si es cierto que Hitler se encontraba en Belzec el 15 de agosto de 1942. Y como no contiene nada más, pregunto qué contiene de cierto. ¿Las facturas de Ciclon B unidas a él? Es posible, pero como las facturas no demuestran nada...

De todos los que han garantizado la autenticidad de ese documento, uno sólo me ha apenado: el Obispo de Berlín Dibelius,
[95] que me había llamado la atención por su independencia espiritual y su acertado criterio, especialmente a propósito del Proceso de Nuremberg (cf. *La verdad sobre el Proceso Eichmann).* Según Rothfels (ob. cit., pp. 181-82), el Obispo Dibelius habría escrito una carta al Institut für Zeitgeschichte de Munich, con fecha 22 de noviembre de 1949, en la cual, después de una serie de elogios a Gerstein, se encuentra la frase siguiente: «*Dadurch war ich in der Lage, festzustellen, dass Gersteins Mitteilung an mich, soweít seine schwedische Bekanntschaft in Frage kam, absolut wahrheitgetreu gewesen war. So wird es sein eingentlicher Berícht auch gewesen sein*».

De los otros, de los Eugen Kogon, David Rousset, Golo Mann, Rothfels, Hannah Arendt, Raul Hilberg, etc., tras haber estudiado el caso particular de cada uno de ellos, no parece que pudiera esperarse otra cosa por su parte.

V. CONCLUSIÓN

En lo que respecta a las cámaras de gas, el impresionante desfile de falsos testigos y de documentos apócrifos que he hecho pasar por delante de los ojos del lector a lo largo de este extenso estudio y más particularmente en este capítulo, sólo establece de un modo indiscutible una cosa, y es que nunca, en ningún momento, las autoridades calificadas del Tercer Reich previeron y ordenaron el exterminio de judíos por ese medio, ([10])
[96] pero no prueba que,no se produjeran ese tipo de ejecuciones. ¿Se llevaron a cabo sin orden superior? A esta pregũnta que me atosiga desde hace quince años, lo que he dicho del más falso y del más inmoral de todos esos testimonios, el documento Gerstein, es lo que indirectamente me ha puesto en condiciones de contestar por fin de una manera concreta.

Nos encontrábamos en junio de 1963. *La verdad sobre el Proceso Eichmann* acababa de aparecer en lengua alemana bajo el subtítulo de «*Zum Fall Eichmann*» y el título «*Was ist Wahrheit? Oder die unbelehrbaren Sieger*». Desde hacía quince años, cada vez que, en un lugar cualquiera de la Europa no ocupada por los soviéticos, me habían señalado a un testigo que pretendía haber asistido personalmente a unas ejecuciones por medio del gas, me había trasladado inmediatamente a aquel lugar para recoger su testimonio. Y, cada vez, la experiencia había terminado igual : consultando mi fichero, le formulaba a aquel testigo tantas preguntas concretas a las cuales sólo podía contestar con unas mentiras evidentes incluso a sus propios ojos, que terminaba por confesarme que él no había visto nada, pero que un íntimo amigo suyo, muerto en la aventura y de cuya buena fe no podía dudar, le había contado la cosa. Recorrí, así, millares y millares de quilómetros a través de Europa.

Un día del mes de junio de 1963 recibí una extraña visita: un alemán, alto, bien parecido, representando unos sesenta años (en el curso de la conversación me enteré de que era, en realidad, mucho más viejo), con algo militar en el porte, sumamente distinguido y exquisitamente cortés. Llevaba en la mano mi primera obra sobre la cuestión: la versión alemana de *La mentira de Ulises*. Sobresaliendo de una página, una cartulina blanca que servía de punto.

Empezó por presentarse y me informó del objeto de su visita, la cual deseaba que tuviera un carácter absolutamente confidencial. Se lo prometí, y ese es el motivo por el que las circunstancias de aquella entrevista y la presentación del personaje aparecen aquí en términos que no permiten identificarle: lo único rigurosamente auténtico es el contenido de la conversación que sostuvimos.
[97]

He aquí por qué no quería que su nombre fuera citado: durante la guerra, había sido un oficial superior en un servicio, muy importante. No me ocultó que, si bien no había sido un militante del Nacionalsocialismo, había dado su adhesión al Partido en 1933. Terminada la guerra, había escapado por muy poco de Nuremberg debido a que su categoría no era propiamente militar, sino por asimilación por haber sido militarizado el servicio civil en el que estaba empleado, pero había sido desnazificado como todo el

[10] Hemos visto (*La verdad sobre el Proceso Eichmann*) que el Dr. Kubovy, Director del Centro mundial de documentación judia contemporánea de Tel-Aviv estaba de acuerdo. En virtud de lo cual, en *The New Yorker* (ob. cit., 9-IV-1964), la señora Hannah Arendt, que hace de la orden de exterminio de los judíos dada por el Führer el tema central de aquella parte de su reportaje sobre el proceso de Jerusalén, se cansa inútilmente: éste es un problema a arreglar entre el Dr. Kubovy y ella, y hay que aconsejarle que se ponga, ante todo, de acuerdo con ese importante personaje del Sionismo que, por una vez —¿casualidad, inadvertencia o buena fe?— está de acuerdo con la verdad histórica.

mundo y había perdido su situación anterior. Había sufrido innumerables vejaciones y no quería que la cosa volviera a empezar. La verdad que ocultaba en su interior le abrumaba desde hacía veinte años, y pedía disculpas por la cobardía que le había impulsado a reservársela hasta entonces: terminada la guerra, tenía cinco hijos -menores de edad y, cumplidos los cincuenta años, una situación que rehacer.

Le disculpé de buena gana. Muy sinceramente, también : conozco la miseria moral —y a menudo material— en la que han vivido y viven todavía millones y millones de alemanes reducidos al silencio y que sólo lo rompen para ir a votar periódicamente por el Canciller Adenauer ([11]) aunque su política no les guste, pero al que consideran como el único alemán capaz de protegerles un poco contra las empresas punitivas de esa especie de Torquemada germánico que es el Fiscal General Bauer.

Hechas las presentaciones, aceptadas sus condiciones por mí, mi interlocutor abrió *La Mentira de Ulises* por la página marcada por la cartulina, colocó el libro delante de él y, sin más preámbulos, rompió el fuego:

—Usted asegura y yo le creo —-me dijo en substancia— que ninguno de los testigos que han pretendido haber asistido a unas ejecuciones por medio del gas ha podido, hasta ahora, sostenerlo en su presencia. Acabo de leer su último estudio de la cuestión e intuyo que está usted a punto de llegar a la conclusión de que tales ejecuciones no existieron. Dada la resonancia
[98] de sus trabajos, he creído que sería muy grave a la vez para usted y para Alemania, ya que si efectivamente llegara a esa conclusión, quedaría desacreditado en un plazo más o menos breve, cosa que usted no merece, y al mismo tiempo Alemania habría perdido a su único defensor con alguna audiencia. Por lo tanto, he venido a decirle que yo asistí a una ejecución por medio del gas.

— No le entiendo — dije—. No creo que, si declarase usted públicamente eso, se expusiera como pretende a ingresar de nuevo en la cárcel. El Fiscal Bauer y el Movimiento Sionista Internacional, que hasta ahora no han encontrado ningún testigo que no sea recusable, le acogerían con los brazos abiertos y le tenderían un puente de oro...

Tenga paciencia —me interumpió—. En Alemania, para no ingresar en la cárcel no basta con declarar que se ha presenciado una ejecución por medio del gas. Hay que describirla exactamente como lo ha sido por el documento o el testigo oficialmente reconocidos, como dignos de fe, y éste no es mi caso. Va usted a comprenderlo. Me encontraba cumpliendo una misión en Lublin y acababa de entrar en casa de Globocnick cuando Gerstein se hizo anunciar ; las circunstancias quisieron que volviera a encontrarme con él en BeIzec al día siguiente y... si dijera que yo también asistí a la ejecución descrita en el documento que se le atribuye, me vería obligado a añadir que todo lo que se dice en el documento acerca de aquella ejecución, así como a las condiciones en las cuales asistió a ella, al propio campo de Belzec, a los otros campos citados y a su conversación con Globocnick, es archifalso de cabo a rabo, lo cual me valdría ser encarcelado automática e inmediatamente.

Cada vez lo entendía menos.

— Si el documento es falso de cabo a rabo —sugerí—, no hubo ninguna ejecución, y...

—La hubo —me interrunipió—. Pero empecemos por el principio.

Y así lo hizo.

De aquel largo relato, que abrevio por motivos obvios, reteniendo únicamente lo esencial, resultaba que :

[11] Después de que esto ha sido escrito, el Canciller Adenauer ha sido reemplazado por el Canciller Erhard.

[99]

1. - En la conversación que había sostenido en Lublin con Gerstein, en presencia de dos o tres personas cuyos nombres había retenido mi interlocutor porque figuraban en el documento Gerstein, Globocnick sólo había hablado de Belzec y no de los otros campos citados, y en lo que respecta a las posibilidades de exterminio no había mencionado ninguna cifra. Por otra parte, no había empezado hablando de exterminio, sino únicamente de desinfección de ropas. Transcurrido cierto tiempo, y al lamentar las escasas posibilidades de desinfección del campo de Belzec, fue cuando dijo que él había encontrado un medio muy expeditivo que al mismo tiempo resolvía radicalmente la cuestión judía : su motor Diesel de Belzec.

«—Pero —precisé Globocnick—, no es suficientemente expeditivo, se trata de una instalación ocasional, necesitaría un gas más potente y más sencillo de utilizar, y por eso envié a Günther para que le pidiera a Gerstein lo más apropiado para esa tarea que tuviera su servicio, ya que entonces podríamos proceder en gran escala a la solución de la cuestión judía. Si Günther y Gerstein me traen lo que he pedido, podremos hacer construir por los propios judíos otras instalaciones. además de la de Belzec».

— Quedé horrorizado —me dijo mi interlocutor—. Mi graduación me convertía en el único de los oyentes de Globocnick que podía arriesgar una observación. De modo que le pregunté si estaba seguro de que aquello, que era un crimen, era lo que el Führer entendía por solución definitiva.

«— Completamente seguro —se limitó a contestar Globocnick, encogiéndose de hombros.

Y, sin concretar quién le había encargado aquella misión, pero dando a entender sin palabras que había sido el propio Führer, insistió en su carácter secreto : ultrasecreto.

Contrariamente a lo que se dice en el documento Gerstein, no precisó que Hitler y Himmler hubieran estado en Lublin la antevíspera: pura invención.

2. — En la conversación, mi interlocutor había observado que Globocnick había dicho que había enviado a Günther para obtener de Gerstein un gas más tóxico y de una utilización menos
[100] complicada., Y había llegado a la. conclusión de que aquello no era normal: ¿por qué no se había dirigido personalmente al servicio, y por carta? Más que anormal, era turbio. Sabía, por otra parte, que Globocnick había sido enviado al Warthegau como castigo por una serie de atropellos que había cometido en el ejercicio de su anterior cargo de Gauleiter de la región de Viena. Parece ser que en Berlín tenía muy mala reputación... al menos eso es lo que pretendía mi interlocutor. Entonces,, con la intención de hablar de aquel asunto a su regreso a Berlín, decidió dirigirse a Belzec donde no le reclamaba su misión, para poder hablar con conocimiento de causa.

En Belzec, vio el campo: un campo muy pequeño, unos cuantos barracones que podían contener cuatrocientas o quinientas personas. Vio pasar por el campo a los internados, todos con muy buen aspecto, todos judíos. Les interrogó: todos se felicitaban del trato que recibían. Una estación muy pequeña a la cual, por una vía única, llegaban de cuando en cuando algunos vagones llenos de correligionarios suyos: le dijeron que estaban encargados de recibirlos y de exterminarlos con gas Diesel en una pequeña construcción que le mostraron y en la cual un cartel anunciaba efectivamente «Fundación Heckenholt» : el nombre del judío encargado de poner en marcha y de cuidar el motor. Contaban aquello comiendo rebanadas de pan con mermelada que unas nubes de moscas trataban de tomar por asalto y que ellos se veían obligados a ahuyentar continuamente con la mano. Un hedor infecto a tumba recién abierta planeaba sobre todo el campo: moscas y hedor eran producto de las inhumaciones en masa a las cuales se procedía después de cada exterminio. El capitán de policía Wirth, antiguo oficial de

la policía criminal de Stuttgart, comandante de aquel campo que había recibido a mi interlocutor a su llegada y su adjunto, un oficial de las SS que le acompañaba en su visita, no cesaban de quejarse del **Kommando** al que habían sido destinados y de suplicarle que a su regreso a Berlín intercediera para que les destinasen a otro. Ninguno de los dos comprendía que se les obligara a realizar aquella tarea, y estaban convencidos de que en Berlín no sabían nada de lo que ocurría aquí.
[101]

— ¿Por qué no solicitan ustedes mismos otro destino? —les preguntó mi interlocutor—. Después de haberlo obtenido, podrían denunciar este escándalo...

— Es lo que parece temer Globoenick —le contestaron—. Sólo podríamos solicitar otro, destino por conducto reglamentario, es decir, a través del propio Globocnick. Y, por miedo a ser denunciado, no tramitaría la solicitud, e incluso sería capaz de hacernos fusilar inmediatamente con un pretexto cualquiera. No sería el primer caso... Afortunadamente ha venido usted y puede, al mismo tiempo que sacarnos de aquí por medio de sus relaciones en Berlín, hacer que termine este vergonzoso escándalo... Por fortuna, también, sólo llega un convoy de algunos vagones de cuando en cuando, dos o tres hasta la fecha ([12]) sin lo cual, aunque se trate de pequeños convoyes de algunos centenares de personas cada vez, con los escasos medios de que disponemos para enterrar los cadáveres, viviríamos en un verdadero foco de infección generador de todas las enfermedades posibles e imaginables... Ha llegado usted a tiempo, por añadidura : mañana, precisamente, tiene que llegar un convoy, está anunciado para las siete de la manana, aproximadamente...

3. — Mi interlocutor me dijo que decidió quedarse. Acompañado de Wirth y de su adjunto SS, visitó la pequeña construcción destinada a los exterminios y me la describió. Una planta baja peraltada, un pasillo con tres pequeñas habitaciones a cada lado que no midió pero cuya superficie calculó que era inferior a 5 x 5, tal vez 4 X 5, como máximo, y en todo caso rectangulares,
[102] no cuadradas. Al fondo del pasillo, la sala en la que se encontraba el motor Diesel, en el centro, sobre un zócalo de cemento y un poco en pendiente. Le interrogué sobre aquel motor y la conexión de su tubo de escape con las seis habitaciones : un motor de camión, cuyas dimensiones podían ser 1,50 m de longitud, algo menos de 1 m de anchura y algo más de 1 m de altura con el zócalo de cemento. No conocía su potencia : tal vez 200 CV reales, dijo. Le señalé que se había dicho que se trataba de un motor de la marina, y que si había sido construido para un barco tenía que ser mucho mayor. Aseguró que era un motor de camión : al menos, sus dimensiones permitían imaginárselo sobre un camión. Recordaba el número de cilindros: seis en una sola hilera. En cuanto a la conexión de su tubo de escape con las seis habitaciones, para ir más aprisa, me hizo un dibujo. En aquel dibujo observé que el gas —que es más pesado que el aire— llegaba de abajo a arriba. Los técnicos a los cuales, como se verá más adelante, sometí la cuestión, estuvieron de acuerdo en que no ofrecía grandes inconvenientes técnicos, ya que en aquel caso se trataba de un gas propulsado.

— No me extraña —dije— que Globocnick buscara un medio más expeditivo : aquello tenía que ser horriblemente largo...

— Un cuarto de hora —contestó.

Si hasta entonces aquel relato me había parecido aceptable, a partir de aquel momento el cuarto de hora en cuestión gravitó pesadamente sobre nuestra

[12] La fecha era la del 18 de agosto de 1942. La construcción de aquel campo, decidida en aplicación de las decisiones de la Conferencia de Wannsee, había empezado a finales del mes de marzo y había requerido mucho tiempo, debido principalmente a la línea férrea de vía única que había sido necesario tender empalmándola con la más próxima. Y la más próxima era la que iba de Budapest a Varsovia pasando por Przcmysl y Lublin, o la de Budapest a Wilna pasando por Lvov: en uno y otro caso se trataba de un mínimo de 50 quilómetros, y la línea no pudo ser utilizada hasta finales de julio.

conversación : lo discutimos largo rato y volvimos a menudo sobre el tema ; yo sosteniendo que era absolutamente imposible, él insistiendo en que sin embargo era cierio. Yo había estudiado ya el documento Gerstein en compañía de especialistas del motor de explosión y de expertos en toxicología, y tenía argumentos : él no tenía ninguno, salvo que lo había visto y que, como él decía : « sin embargo era cierto». En vano le expuse que, aunque tuviera una potencia de 200 caballos, e incluso más elevada, un motor Diesel no podía obtener, en un cuarto de hora, la concentración tóxica indispensable en aquel volumen de 250 a 300 metros cúbicos de aire ; que Gerstein, conociendo las posibilidades del motor Diesel, había querido reducir a casi nada el volumen a intoxicar, arries-
[103] gándose a desembocar en aquella imposibilidad que consistía en hacer entrar de 700 a 800 personas — cuarenta o cincuenta como máximo, corrigió mi interlocutor— en los 40 ó 45 metros cúbicos de cada una de las cámaras, y que a. pesar de eso aquel volumen sólo había sido tóxico para todo el mundo al cabo de 32 minutos ; que si, la víspera, el propio Globocnick había dicho que aquel medio no era muy expeditivo, sus palabras eran una prueba más de que la operación duraba mucho tiempo ; que al cabo de veinte años, la memoria de un hombre tan impresionado por el espectáculo podía no ser demasiado fiel, etc., etc. Todo fue inútil : la única concesión que hizo fue declarar que no había cronometrado la operación y que, evidentemente, podía haber durado tres o cuatro minutos más. En su rostro, que en todo momento reflejó la más indiscutible buena fe, no apareció la menor señal de turbación.

Posteriormente he interrogado, croquis en mano, a muchos especialistas de los motores de explosión, de la combustión de los gases y de la toxicología : ninguno ha querido admitir una duración inferior a 90/120 minutos...

Debo decir que, en el resto de la conversación, no encontré nada que me permitiera entablar otra discusión : pero el tema de la anterior quedó sin resolver y resulta muy intrigante. Encontré también otro dato absurdo en el dispositivo asfixiante : no acababa de comprender por qué motivo el que lo había ideado lo repartió en seis cámaras en vez de concentrarlo en una sola, lo cual hubiera resultado menos complicado y hubiera requerido menos tiempo para su construcción, pero no insistí.

4. — Entretanto, Gerstein había llegado con tres o cuatro militares, mi interlocutor no lo recordaba con exactitud. Globocnick, que les había acompañado, había vuelto a marcharse inmediatamente. La víspera, en casa de Globocnick, Gerstein había contado que su viaje desde Berlín hasta Lublin había sido algo accidentado : lo que transportaba no era Cyclon B en tabletas, como cabía suponer, sino ácido prúsico (cianhidrico) en bombonas de vidrio ; los innumerables baches de una carretera en muy mal estado habían provocado la rotura de un par de aquellas bombonas en el camión. Su chófer y él habían
[104] pasado mucho miedo. Mi interlocutor le preguntó si el viaje de Lublin a Belzec había sido mejor. «Desde luego —le contestó Gerstein—, hemos dejado la mercancía en Lublin».

A continuación visitaron el campo juntos y, por la noche, juntos también, cenaron, servidos por unos judíos internados... La atmósfera era pesada : el más locuaz era Gerstein. Parecía estar muy excitado, y todo lo que decía le convertía en una especie de comparsa de Globocnick. No inspiró confianza a nadie, al menos mi interlocutor me dijo que él había tenido aquella impresión y que, varios años después, cuando uno de sus amigos que había tenido a Gerstein como estudiante en la Facultad le dijo que se trataba de un psicópata, aquella opinión no le sorprendió... A la mañana siguiente, entre las siete y las ocho, llegó el anunciado convoy de judíos : un tren de cuatro ci cinco vagones, 250 ó 300 personas en total, hombres, mujeres, niños y ancianos, y no de

6.000 a 6.700 amontonados en 45 vagones como pretende el Documento Gerstein. Asimismo, los 200 ucranianos del Documento eran en realidad judíos del campo, y su número se elevaba a un máximo de dos docenas. Nada de malos tratos, nada de puertas arrancadas, nada de latigazos : una acogida fraternal por unos correligionarios visiblemente preocupados en crear un clima de confianza en los recién llegados.

Preparación de las víctimas para el sacrificio : desfile ante la ventanilla de un banco improvisado para depositar objetos de valor y joyas contra recibo, visita al barbero, desnudarse. Fue la operación más larga : casi toda la mañana. Los desdichados interrogaban acerca de su suerte a sus correligionarios que les recibían de aquella manera bajo la vigilancia armada de algunos SS distraídos : la respuesta que recibían era que iban a ser sometidos a una desinfección y que luego serían distribuidos entre los *kommandos* de trabajo de acuerdo con sus aptitudes. También recibían consejos acerca de cómo debían comportarse durante la desinfección : respirar a fondo... Un espectáculo espantoso para los enterados.

A continuación se les hizo entrar en el edificio del crimen : a lo que salga, se repartieron en las seis cámaras... de 40 a 50 por cámara, repitió mi interlocutor. Las puertas que daban al
[105] pasillo fueron cerradas, se apagaron las luces y, en aquel momento, se oyó que los desdichados empezaban a rezar. Unos gritos de espanto, también, de las mujeres y de los niños... El motor se puso en marcha y, un cuarto de hora después, fueron sacados los cadáveres que el *kommando* de judíos del campo encargado de aquella siniestra tarea empezó a transportar a una fosa previamente excavada.

— Pero, aquella fosa —le interrumpí— tuvieron que verla, ya que para contener a 250 ó 300 personas debía ser de grandes dimensiones.

— No. La habían excavado a cierta distancia detrás del edificio, y no podían verla. Los cadáveres fueron retirados por unas puertas laterales que se abrían directamente al exterior desde cada una de las cámaras : una especie de puertas de garaje. ¿Las dimensiones de la fosa? Creó que tendría unos veinte metros de longitud, cinco de anchura y apenas dos de profundidad...

Y me explicó los peligros de aquel tipo de inhumación : Wirth le había dicho que, en aquella tumba gigantesca, se vertía gasolina en abundancia sobre la masa de cadáveres con la intención de quemarlos, pero que sólo se conseguía de un modo muy superficial. Se recubría de tierra, y al cabo de dos o tres días aquella tierra se levantaba a causa de la presión de los gases que se desprendían de los cadáveres, emponzoñando la atmósfera, la cual, por añadidura, se poblaba de nubes de aquellas moscas que s e veían por doquier.

Considerando que ya sabía lo suficiente, no asistió a aquella última operación : sin más demora, partió en dirección al lugar donde le reclamaba su misión.

Traté de centrar de nuevo la conversación en el cuarto de hora que, según él, había durado la operación, sugiriendo que tal vez las dos horas y 49 minutos de avería del Diesel de que hablaba el Documento Gerstein se explicaban, no por una avería, sino por la imposibilidad de que aquel motor intoxicara la atmósfera en menos tiempo. Sin éxito : no hubo ninguna avería, un cuarto de hora.

La misión de mi interlocutor en la región de Lublin duró
[106] más tiempo del que había previsto: tuvo que pasar por Lodz, donde le retuvieron un par de semanas, y no pudo regresar a Berlín hasta el 15 de septiembre. Lo primero que hizo, me dijo, fue visitar al Dr. Grawitz, que era amigo suyo y colaborador directo de Himmler. Al oír su relato, el Dr. Grawitz quedó aterrado y, sin perder un solo minuto, corrió a visitar a Himmler.

— No puedo precisar las fechas —añadió mi interlocutor—, pero unos diez días más tarde el Dr. Grawitz vino en persona para comunicarme, al tiempo que me felicitaba por mi intervención, que estaba en curso una investigación sobre los hechos que yo había denunciado y, al cabo de unas semanas —recuerdo que fue poco después del día de Todos los Santos—, volvió de nuevo para decirme que el campo había sido cerrado y que Globocnick había sufrido un nuevo traslado. ([13]) Es todo lo que sé.

Le hablé de la declaración en Nuremberg del Dr. Morgen, los días 7 y 8 de agosto de 1945 (I.M.T., Tomo XX, pp. 520-553) : la conocía y no le concedía ningún crédito. El retrato que había hecho de Wirth, presentándole como un criminal sin escrúpulos, no correspondía en absoluto con los que mi interlocutor había tenido ocasión de conocer. Morgen le convertía en comandante de cuatro campos y Deus ex-machina de todo el asunto (ob. cit., pp. 528-29), cuando no era más que el comandante desesperado del de Belzec, un comandante aterrorizado por Globocnick. Por otra parte, Morgen se había encontrado con Wírth. y, sí se había encontrado con él, sólo podía ser en Belzec : sin embargo, situaba la fecha de aquel encuentro «a finales de 1.944 (ob. cit., p. 527), cuando el campo había sido cerrado lo más tarde en diciembre de 1942. Un hombre, aquel Dr. Morgen, que había sido un personaje importante de las SS (jefe de un servicio de la policía criminal del Reich con
[107] poderes especiales y muy amplios del propio Himmler) y que probablemente tenía muchas cosas que hacerse perdonar, concluyó mi interlocutor.

No me resultó difícil compartir aquel punto de vista : «Morgen había conocido a Hoess como comandante del campo de Auschwitz «a finales de 1943 o comienzos de 1944 (ob. cit., p. 540), cuando no lo era desde últimos de noviembre de 1943; sitúa las ejecuciones por medio del gas en Monovitz (ob. cit., p. 540), cuando todos los testigos las han situado posteriormente en Birkenau; pretende que Wirth recibía directamente sus órdenes de la Cancillería del Führer (ob. cit., p. 531), etc., etc.

5. — En aquel momento de la conversación mi interlocutor dirigió su mirada hacia el libro *La Mentira de Ulises*, abierto delante de él y al que hasta entonces no había hecho ninguna alusión.

— He leído sus otros libros —continuó—. Opino que su crítica de los testimonios y documentos presentados en Nuremberg es impecable y que algún día dará sus frutos. Gracias le sean dadas por ello. Pero, lo que me interesa (cogió el libro abierto con las dos manos) es el problema de las ejecuciones por medio del gas, el único por el cual el honor de Alemania está realmente comprometido. En consecuencia, esto es lo que he venido a decirle : aquí (me mostró el libro) dio usted, en 1950, una interpretación de las más correctas cuando, formulando su opinión, llegó a la conclusión de que habían existido muy pocas ejecuciones de ese tipo y que sólo afectaban, le cito literalmente, «a algunos locos entre los SS». En su lugar, yo habría dicho «algunos criminales sádicos». Créame, he conocido muy bien ese medio : en su inmensa mayoría, era un medio correcto, pero no estaba exento —como todos los medios sociales— de algunos sádicos capaces de los crímenes más increíbles, y Globocnick era seguramente uno de ellos. Sólo conocí a Hoess por lo que oí decir de él a los hombres de mi servicio que sabían quién era: tenía una pésima reputación. Es posible que se comportara en Auschwitz igual que Globocnick en la región de Lublin. No puedo asegurarlo, sólo digo que es posible. Y que había de resultarle tanto más fácil por cuanto, según lo que

[13] Según las fuentes judías unánimes, el campo no habría sido cerrado hasta primeros de diciembre de aquel mismo año 1942. De todos modos, si efectivamente fue cerrado, no parece que Globocnick fuera trasladado. Y, si lo fue, la sanción era muy leve. Sobre todo si se la compara con la que recayó sobre Kock, el célebre comandante de Buchenwald, que fue fusilado por mucho menos.

[108] usted mismo ha escrito de aquel campo, sus instalaciones se lo permitían sin que tuviera la necesidad de crear unas cámaras de gas especiales como Globocníck en Belzec.

No podía dejar de estar de acuerdo con él, por cuanto, si bien no la había aplicado a ningún campo específico —debido precisamente al poco crédito que podía otorgarse a aquella multitud de falsos testigos y de documentos falsos—, era una de las hipótesis que yo mismo había avanzado para el conjunto de los campos, y todos mis esfuerzos tendían a demostrar que, si se produjeron ejecuciones por medio del gas, sólo podía haber sido en número sumamente reducido, y a falta de pruebas indiscutibles, en virtud sobre todo del antiguo adagio francés según el cual «no hay humo sin fuego» : Mi interlocutor, por otra parte, me lo recordó de un modo muy pertinente.

— Se produjeron ejecuciones por medio del gas —concluyó—, acabo de darle un ejemplo. No fueron en masa y deliberadamente ordenadas por las autoridades del Tercer Reich, como pretende la documentación creada para ese fin y justificada por unos individuos sin escrúpulos que fue presentada en Nuremberg, sino que fueron obra de algunos —muy pocos—criminales. Lo que es cierto es que cada vez que las autoridades del Tercer Reich fueron informadas de hechos de ese tipo pusieron fin a ellos, como en el caso que acabo de relatarle. En Nuremberg se limitaron a utilizar aquellos crímenes individuales aislados para establecer una verdad general insostenible y deshonrar a Alemania : es como si se pretendiera que los franceses liquidaron sistemáticamente a todos los prisioneros alemanes que hicieron durante la guerra, apoyándose en el hecho de que el caso se produjo en Annecy el 19 de agosto de 1944 (cf. Proceso Eichmann). Criminales los hay en todos los pueblos y la guerra, al permitirles dar rienda suelta a sus instintos, puede hacer que los efectos alcancen unas dimensiones increíbles : en Francia, donde también hay seres criminales lo mismo que en Alemania y que en cualquier otra nación, algunos de ellos se enrolaron en la Resistencia para cometer sus fechorías bajo su manto y en nombre de ella... Recuerde su Milicia, bajo la ocupación alemana...
[109]

Hizo una breve pausa y luego continuó:

— Lo que está en juego, caballero, es el honor de Alemania, que sólo quedará limpio cuando se establezca de un modo definitivo que las ejecuciones por medio del gas fueron una excepción, obra de algunos criminales a los que las autoridades del Tercer Reich desautorizaron inmediatamente de tener noticia de sus nefastas actividades. Todo lo demás... bueno, todo lo demás era la guerra y en ese aspecto estamos en igualdad con los adversarios de Alemania.

Le tranquilicé diciéndole que, si bien controvertía obstinadamente todos los documentos y testimonios en los cuales se apoyaba la monstruosa acusación de que Alemania era víctima, y aunque mi documentación me permitía afirmar que se trataba de vulgares y burdas falsificaciones, no me permitía asegurar por otra parte que nunca se produjeron ejecuciones por medio del gas, y nunca lo había pretendido.

— Me alegro de que mis temores fueran infundados. Discúlpeme : el honor de Alemania le debe tanto...

Aquello puso punto final al tema. La conversación languideció y murió entre algunas verdades generales sobre las cuales insistimos a propósito de Globocnick : yo sostenía que, si sólo había sido trasladado, cosa que por otra parte no me parecía muy segura, la sanción podía calificarse de muy leve.

— Eso —respondió mi interlocutor— es muy propio de los sistemas totalitarios : aquellos individuos enviados tan lejos de Berlín lo habían sido con unos poderes de Cónsules rominos. Además de totalitario, el Estado hitleriano era racista, y no consideraba con la misma medida que a los otros los crímenes cometidos contra los

judíos: se mostraba más indulgente con los que se hacían culpables de ellos. El caso de Koch, comandante de Buchenwald, que fue fusilado por unos delitos muchos peores contra unos detenidos considerados como arios, es una prueba fehaciente de ello. Pero vea, por ejemplo, la conducta del Estado de Israel que reclama la pena de muerte contra todos los *Kapos* que se hicieron culpables de crímenes, en el ejercicio de sus funciones de guardianes en los campos de concentración, si son arios, pero que, si son judíos, estima que tienen muchas
[110] disculpas y sólo merecen un severo reproche o, como máximo, algunos meses de prisión..

No aburriré al lector con la exposición de los otros temas que abordamos, con más o menos profundidad : el Tratado de Versalles responsable del Nacionalsocialismo alemán y, consecuentemente, de la segunda guerra mundial, la estupidez del capitalismo responsable del Tratado de Versalles y de la expansión del bolchevismo, la guerra, las guerras, etc., etc.

Si he querido terminar este capítulo con este testimonio es, por una parte, porque un historiador digno de ese título no debe ocultar nada de lo que sabe, y, por otra, porque sólo pude discutir seriamente una de sus afirmaciones y, con razón o sin ella, la buena fe de aquel hombre y su sinceridad me habían parecido evidentes. Una de las leyes de la historia es la de que no se puede recusar un testimonio si sólo parece incoherente en uno de sus puntos: la historia, por otra parte, apenas ofrece ejemplos de testimonios absolutamente coherentes. Además, el testimonio coincide con la opinión que, tras haber estudiado en su conjunto los documentos y testimonios presentados en Nuremberg, me he formado del asunto del exterminio de los judíos por medio del gas.

Todo esto, desde luego, no significa en absoluto que avale el testimonio : *testís unus, testis nullus*, es también una de las leyes de la historia, y demasiado sé hasta qué punto tiene razón la prudencia de las naciones al pretender que nada se parece tanto a la absoluta buena fe como la absoluta mala fe. Sin que quiera decir que ese aforismo puede aplicarse a mi interlocutor, cuya conversación me interesó vivamente y me produjo un gran placer, no puedo ocultarle que a pesar de todo lo que aboga en favor suyo y aunque su entrada en escena lamentablemente tardía pueda ser disculpada por las circunstancias, su testimonio sólo puede ser tomado en consideración con las mayores reservas. Lo único que puede decirse de él es que resulta mucho más aceptable que aquellos a los cuales nos han acostumbrado hasta ahora y que nos han inundado por encima de toda medida. Su valor exacto no se conocerá hasta que los que guardan celosamente bajo llave una verdad histórica que reconocen,
[111] renuncien a las medidas drásticas con las cuales impiden que salga a la luz y favorezcan por fin el retorno a un clima de libre discusión en el que todos aquellos que saben o creen saber algo sobre uno cualquiera de los acontecimientos de la guerra puedan decirlo públicamente sin arriesgarse a ser encarcelados.

[112]

APÉNDICE AL CAPíTULO II

LAS DOS VERSIONES FRANCESAS DEL DOCUMENTO GERSTEIN

Ofrecemos a continuación la versión francesa del documento Gerstein tal como fue dada por L. Poliakov en 1951 (*Bréviario del Odio*, pp. 220-24), con esta precisión : «Este relato fue redactado directamente, en un francés titubeante : hemos respetado, en lo esencial, el estilo» ; y, a once años de distancia en 1962, por el mismo Poliakov en su libro *El Proceso de Jerusalén* de acuerdo con el Considerando 124 de la Sentencia, con esta precisión : «Este documento fue redactado por Gerstein directamente en francés. Lo presentamos aquí tal cual». Nosotros las ofrecemos en paralelo, la primera en las páginas de la izquierda, la segunda en las páginas de la derecha, para que el lector pueda darse cuenta de hasta qué punto Poliakov se hi limitado a «respetar en lo esencial el estilo». Me asombraría que no se encontraran también enormes diferencias en cuanto al fondo. Pero, ¿qué pensar de un documento que, con once años de intervalo, puede ser presentado en dos versiones tan contradictorias? Se observará que el Tribunal de Jerusalén no ha retenido, ni las posibilidades cotidianas de exterminio de los campos citados, ni la visita de Hitler a Belzec. Y, ¿qué pensar de un hombre como Poliakov que, con once años de intervalo puede presentar sin parpadear esas dos versiones de un mismo texto?
[113]
Añado que una tercera versión del documento Gerstein, del propio Poliakov, se encuentra en El Tercer Reich y los judíos (1955, pp. 107 a 119). Esta tercera versión incluye párrafos enteros que no figuran en ninguna de las otras dos. Incluye también otros que en numerosos puntos están en contradicción con los que a continuación ofrecemos. Y, lo mismo que estas últimas, lleva la mención: «reproducido al pie de la letra»... aunque con una adición:

«Según la revista alemana de historia *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, n.o 2, abril de 1953». ¡No cabe duda de que a este paso el señor Poliakov no tardará en convertirse en empresario de una multitud de «documentos Gerstein», todos diferentes y todos contradictorios, pero todos auténticos!

Una última observación: ninguna de las tres menciona una evaluación que figura en el original y según la cual el número de víctimas judías europeas «asciende a 25 millones».

[114]

EL DOCUMENTO GERSTEIN

Primera versión francesa atribuida a Gerstein por Poliakov en 1951, en El Breviario del Odio

A. INTRODUCCIóN DE POLIAKOV

Las víctimas no están ya aquí para atestiguar ante el mundo, también los verdugos han desaparecido, o se han ocultado bajo tierra. Entre los escasos testimonios que nos han llegado sobre el funcionamiento de los campos, he aquí uno que procede de un trágico héroe de la resistencia alemana, el ingeniero químico Kurt Gerstein. Su relato fue redactado directamente en un francés titubeante ; hemos respetado, en lo esencial, el estilo.

B. TEXTO DEL DOCUMENTO

En enero de 1942 fui nombrado jefe de los servicios técnicos de desinfección de las Waffen-SS, **incluyendo también una sección de gases sumamente tóxicos.**

En calidad de tal, el 8 de junio de 1942 recibí la visita del SS *Sturmführer* Günther, vestido de paisano. Me ordenó que le procurase inmediatamente, para una misión ultrasecreta, 100 qui

[115]

EL DOCUMENTO GERSTEIN

Segunda versión francesa atribuida a Gerstein por el Tribunal de Jerusalén en 1961, presentada al público por el mismo Poliakov en *El Proceso de Jerusalén*

A. INTRODUCCIÓN DEL TRIBUNAL

Considerando 124. He aquí ahora una descripción debida a la pluma de un alemán del proceso de exterminio en el campo de BeIzec, muy parecido al de Treblinka. El autor es un oficial de las SS llamado Gerstein cuya conciencia no le dejaba en paz y que, desde 1942, trató de revelar al mundo lo que ocurría en los campos de exterminio.

Inmediatamente después de la guerra redactó el documento que vamos a citar y lo entregó a unos oficiales Aliados. Insistiremos más adelante sobre las comunicaciones de Gerstein a este respecto. De momento, nos limitaremos a decir que las declaraciones de Gerstein coinciden en todos sus extremos con las de otros testigos oídos por este Tribunal, de modo que esas pruebas se apoyan mutuamente. Consideramos que la descripción hecha por Gerstein es la descripción de lo que realmente vio. He aquí lo que escribió (T/1309,1):

(N.B. El documento fue redactado por Gerstein directamente en francés. Lo presentamos aquí, tal cual):

B. TEXTO DEL DOCUMENTO

La parte del documento que figura en la página de la izquierda es ignorada por el Tribunal de Jerusalén.

[116]

logramos de ácido prúsico y que los llevará a un lugar que sólo era conocido por el chófer del camión.

Unas semanas más tarde partimos para Praga. Yo imaginaba más o menos para qué serviría el ácido prúsico, y lo que había detrás de aquella orden, pero acepté, ya que la casualidad me brindaba la ocasión, esperada desde hacía mucho tiempo, de penetrar hasta el fondo de todas aquellas cosas. Por otra parte, en mi calidad de experto en ácido prúsico, poseía tal autoridad que me sería fácil declarar, bajo un pretexto cualquiera, que el ácido prúsico no estaba en condiciones de ser utilizado ; que se había descompuesto o algo por el estilo, evitando así que fuera empleado para el exterminio. Llevamos con nosotros, más bien por casualidad, al profesor y doctor en medicina Pfannenstiel, *SS-Obersturmbannführer*, titular de la cátedra de higiene de la Universidad de Marburgo.

Partimos a continuación con el camión hacia Lublin (Polonia). Allí nos esperaba el SS-*Gruppenführer* Globocnick. En la fábrica de Collin di a entender a propósito que el ácido estaba destinado a matar seres humanos. Por la tarde, un hombre mostró mucho interés por nuestro camión. Al sentirse observado desapareció rápidamente. Globocnick nos dijo : «Este asunto es uno de los más secretos, por no decir el más secreto de todos. El que hable de él será fusilado inmediatamente. Ayer mismo, dos charlatanes fueron fusilados». Luego nos explicó :

«En la actualidad —era el 17 de agosto de 1942— existen tres instalaciones :

»1.ª) BeIzec, en la carretera Lublin-Lwow. Máximo por día 15.000 personas.

»2.ª) Sobidor (no sé exactamente dónde), 20.000 personas por día.

»3.ª) Treblinka, a 120 quilómetros al Noroeste de Varsovia.

»4.ª) Maldanek, cerca de Lublin (en preparación)».

Globocnick dijo : «Tendrán que desinfectar grandes cantidades de ropas procedentes de judíos, polacos, checos, etc. Además, tendrán que mejorar el servicio de nuestras cámaras de gas, que funcionan con el escape de un motor Diesel. Es necesario un gas más tóxico y que actúe con más rapidez, tal como el

[117]

La parte del documento que figura en la página de la izquierda es ignorada por el Tribunal de Jerusalén

[118]
ácido prúsico. El Führer y Himmler —estuvieron aquí anteayer, 15 de agosto— me ordenaron que acompañara personalmente a todos los que tienen que ver la instalación».

El profesor Pfannenstiel le preguntó: «Pero, ¿qué dice el Führer?» Globocnick respondió: «El Führer ha ordenado que se acelere toda la acción». El doctor Herbert Linden, que estaba con nosotros ayer, me preguntó : «¿No sería más prudente quemar los cadáveres en lugar de enterrarlos? Otra generación puede juzgar estas cosas de otra manera».

Yo repliqué : "Caballeros, si algún día llegara a existir una generación tan cobarde y tan débil que no comprendiera nuestra obra tan buena y tan necesaria, el nacionalsocialismo no habría servido para nada. Por el contrario, habría que enterrar unas planchas de bronce mencionando que fuimos nosotros los que tuvimos el valor de llevar a cabo esta obra gigantesca". Entonces, el Führer dijo: "Sí, mi querido Globocnick, tiene usted razón".

Al día siguiente, partimos hacia Belzec. Globocnick me presentó al SS..., ([14]) el cual me enseñó las instalaciones. Aquel día no vimos ningún muerto, pero un hedor pestilente llenaba toda la zona. Al lado de la estación había un gran barracón «vestuario» con una taquilla «valores». Más lejos, una sala con un centenar de sillas, «barbería». A continuación un pasillo de 150 metros al aire libre, con alambre de espino en ambos lados y letreros: «A los baños y a las inhalaciones». Delante de nosotros, una casa tipo establecimiento de baños; a derecha e izquierda, grandes macetas de hormigón con geranios u otras. flores. En el tejado, la estrella de David. En la fachada, la inscripción: «Fundación Heckenholt».

Al día siguiente, poco antes de las siete de la mañana, me anunciaron:

[14] El nombre apenas resulta legible. «¿Wirth?», dice en nota Poliakov.

[119]

La parte del documento que figura en la página de la izquierda es ignorada por el Tribunal de Jerusalén

Al otro día, partimos hacia Belzec. Una pequeña estación especial de dos andenes se inclina hacia la colina de arena amarilla inmediatamente al norte de la carretera y del ferrocarril. Al sur, cerca de la calzada, algunas casas de servicio con el cartel «Puesto de Servicio Belzec de la SS armada". Globocnick me presentó al SS-*Hauptsturmführer* Obermeyer de Pírmasens, que me mostró con gran detenimiento las instalaciones. Aquel día no vi ningún muerto, pero el hedor en toda la zona, así como en la gran calzada, era pestilente. Al lado de la pequeña estación había un gran barracón "guardarropía" con una taquilla "valores". Luego, una sala con 100 sillas, "barbería". Luego un pasillo de 150 metros al aire libre, con alambre de espino en ambos lados y carteles: "¡A los baños e inhalaciones!"

Delante de nosotros, una casa parecida a un establecimiento de baños ; a derecha e izquierda, gran maceta de hormigón con geranios u otras flores. Después de haber subido una pequeña escalera, a derecha e izquierda, tres y tres cámaras parecidas a

[120]

« ¡Dentro de diez minutos llegará el primer tren! » En efecto, unos minutos después llegó un tren procedente de Lemberg: 45 vagones conteniendo más de 6.000 personas.

Doscientos ucranianos destinados a aquel servicio arrancaron las puertas y, con unos látigos de cuero, sacaron a los judíos del interior dé los vagones. Un altavoz dio las instrucciones: despojarse de todas las ropas, incluso de las prótesis y las gafas. Entregar todos los objetos de valor y todo el dinero en la taquilla «valores». Las mujeres y las jóvenes pasarán al barracón del «barbero» para que les corten el pelo». (Un *Unterführer* SS de servicio me dijo: «Son para hacer algo especial para las tripulaciones de los submarinos»).

A continuación, se inicia la marcha. A derecha e izquierda los barracones, detrás dos docenas de ucranianos, con el fusil en la mano. Se acercan. Wirth y yo nos encontramos delante de las cámaras de la muerte. Completamente desnudos, los hombres y las mujeres, los niños, los mutilados, pasan. En una esquina, un SS alto, con una voz de predicador, habla a los desdichados: «¡No os pasará nada malo! Tenéis que respirar a fondo. Eso fortalece los pulmones, es un medio excelente para prevenir las enfermedades infecciosas, una buena desinfección». Le preguntaban cuál sería su suerte. Les decía: «Los hombres tendrán que trabajar, construir casas y calles. Las mujeres no serán obligadas a hacerlo ; se ocuparán de la limpieza y de la cocina».

Era, para algunos de aquellos desdichados, un último soplo de esperanza, lo suficiente para hacerles marchar sin resistencia hacia las cámaras de la muerte. ¡Pero la mayoría de ellos lo sabían todo, el hedor era revelador! Suben una pequeña esca

[121]

garajes, de 4 x 5 metros, 1,9 m de altura. En el tejado, la estrella de David, en cobre. En la fachada, la inscripción: "Fundación Heckenholt".

No vi —aquella tarde— nada más.

A la otra mañana, unos minutos antes de las 7, me anunciaron : "¡Dentro de diez minutos, llegará el tren!"

Realmente, después de unos minutos llegó el tren de Lemberg, 45 vagones conteniendo 6.700 personas, 1.450 muertas ya a su llegada.

Detrás de las pequeñas lumbreras con alambre de espino, unos niños, amarillos, llenos de miedo, mujeres, hombres.

El tren llega : 200 ucranianos, obligados a aquel servicio, arrancan las puertas y con látigos de cuero sacan a las personas fuera de los vagones. Luego un gran altavoz da las instrucciones : "Al aire libre, algunos en el barracón, despojarse de todas las ropas, también prótesis y gafas. Con pequeño trozo de cordel, ofrecido por un niño judío de 4 años, atar juntos los zapatos. Entregar todo lo de valor, todo el dinero en la taquilla..." Todo entregado, sin recibo. Luego, las mujeres y las jóvenes a la barbería : cortar los cabellos que desaparecen en unos grandes sacos de patatas, "para hacer cosas especiales para los submarinos", me dijo el SS-*Unterscharführer* de servicio.

Luego empieza la marcha : a derecha, a izquierda el alambre de espino, detrás dos docenas de ucranianos con arma. Guiados por una joven muy guapa, se acercan. Yo mismo con el *Hauptmann* Wirth, policía, nos encontramos delante de las cámaras de la muerte. Completamente desnudos, los hombres, las mujeres, las jóvenes, los niños, los bebés, todos desnudos pasan. En la esquina, un SS robusto que, con voz de predicador, dice a los pobres: "No os pasará nada más que respirar vivamente, eso hace fuertes los pulmones, esta inhalación es necesaria contra enfermedades contagiosas, es una hermosa desinfección". Preguntado cuál sería su muerte, les dice: "Realmente los hombres deben trabajar, construir calles y casas. Pero las mujeres no son obligadas. Solamente, si ellas quieren, pueden ayudar a la limpieza o en la cocina". Para algunos de aquellos desdichados, pequeña esperanza una vez más, suficiente para hacerles mar-

[122]

lera de madera y entran en las cámaras de la muerte, la mayoría sin decir nada, empujados por los que vienen detrás. Una judía de unos cuarenta años, con los ojos como brasas, maldice a los asesinos y, después de recibir algunos latigazos del propio capitán Wirth, desaparece en la cámara de gas. Muchos rezan, otros preguntan: «¿Quién nos dará el agua para la muerte?» (rito israelita). En las cámaras, unos SS empujan a los hombres : «Llenarlas bien», ha ordenado Wirth. ¡De 700 a 800 en 93 metros cuadrados! Las puertas se cierran. En aquel momento, comprendo el motivo de la inscripción «Heckenholt». Heckenholt es el encargado del Diesel, cuyos gases de escape están destinados a matar a los infelices. El SS-*Unterscharführer* se esfuerza en poner en marcha el motor. ¡Pero no funciona! Llega el capitán Wirth. Es evidente, tiene miedo, ya que yo asisto al desastre. Sí, yo lo veo todo y espero. Mi cronómetro marca el tiempo, 50 minutos, 70 minutos, y el Diesel no funciona... Los hombres esperan en las cámaras de gas. En vano. Se les oye llorar «como en la sinagoga», dice el profesor Pfannenstiel, con el ojo pegado a una mirilla de la puerta de madera. El capitán Wirth, furioso, propina unos cuantos latigados al ucraniano que actúa como ayudante de Heckenholt. Al cabo de 2 horas y 49 minutos —el reloj lo ha registrado todo— el Diesel se pone en marcha. Transcurren 25 minutos. Muchos ya están muertos, se ve por la mirilla, ya que una linterna ilumina por un momento el interior de la cámara.

Al cabo de 32 minutos, finalmente, todos están muertos. Desde el otro lado, unos trabajadores judíos abren las puertas de madera. Se les ha prometido —por su terrible servicio— salvar la vida y un pequeño porcentaje de los objetos de valor y del dinero encontrados. Como columnas de basalto, los hombres continúan en pie, no teniendo el menor espacio para caer o para inclinarse. Incluso en la muerte, se reconocen las familias estrechándose las manos. Cuesta separarlos, vaciando las cámaras para el próximo cargamento. Sacan los cadáveres azulados, húmedos de sudor y de orina, las piernas llenas de mierda y de sangre menstrual. Dos docenas de trabajadores se ocupan de controlar las bocas que abren por medio de unos garfios de

[123]

char sin resistencia a las cámaras de la muerte, la mayoría lo sabe todo, el hedor les revela la suerte... Luego suben la pequeña escalera y... ¡ven la verdad! Madres, nodrizas, los bebés en el pecho, desnudas, muchos niños de todas las edades —desnudos—, vacilan, pero entran en las cámaras de la muerte, la mayoría sin decir palabra, empujados por los otros detrás ellos, agitados por los látigos de los SS. Una judía, alrededor de 40 años, con ojos como brasas, cita la sangre de sus hijos sobre sus asesinos. Recibiendo 5 latigazos en la cara del propio *Hauptmann* de policía Wirth, desaparece en la cámara de gas. Muchos hacen sus plegarias, otros dicen : "¿Quién nos da el agua para la muerte?" (Rito israelítico). En las cámaras, los SS empujan a los hombres. "Llenar bien", ha ordenado el *Hauptmann* Wirth. Los hombres desnudos están de pie a los pies de los otros. 700-800 en 25 metros cuadrados, en 45 metros cúbicos... Las puertas se cierran. Entretanto, el resto del tren, desnudos, esperan. Me dicen: "En invierno también desnudos". "Pero, ¡pueden pillar la muerte!" "Para eso están aquí", era la respuesta. En aquel momento, comprendo por qué "Fundación Heckenholt". Heckenholt es el chófer del Diesel "cuyos escapes están destinados a matar a los pobres". El SS-*Unterscharführer* Heckenholt se toma molestias para poner en marcha el motor Diesel. ¡Pero no funciona! Llega el *Hauptmann* Wirth. Se ve, tiene miedo, porque yo veo el desastre. Sí, yo lo veo todo, y espero. Mi cronómetro marca el tiempo. 50 minutos, 70 minutos, el Diesel no funciona... los hombres esperan en sus cámaras de gas. En vano. Se les oye llorar "como en la sinagoga" , dice el SS-*Sturmbannführer* Profesor Dr. Pfannenstiel, *ordinarius* de la higiene de la Universidad de Marburgo-Lahn, con la oreja en la puerta de madera. El Hauptmann Wirth, furioso, da 11, 12 latigazos a la cara del ucraniano que es ayudante de Heckenholt. Después de dos horas 49 minutos —el reloj lo ha registrado todo—, el Diesel empieza. Hasta aquel momento, los hombres en las 4 cámaras ya llenas viven, viven 4 veces 750 personas en 4 veces 45 metros cúbicos. De nuevo pasan 25 minutos. Muchos es verdad, están muertos. Es lo que se ve por la pequeña mirilla, por la cual la linterna hace ver por un momento el interior de la cámara. Des-

[124]

hierro. «¡Oro a la izquierda, no hay oro a la derecha! » Otros controlan anos y órganos genitales, buscando monedas, diamantes, oro, etc. Unos dentistas arrancan los dientes de oro, puentes, coronas. En medio de ellos, el capitán Wirth. Está en su elemento y, mostrándome una gran lata de conservas, llena de dientes, me dice : «¡Vea usted mismo el peso del oro! ¡Es únicamente de ayer y de anteayer! ¡No puede imaginar lo que encontramos cada día, dólares, diamantes, oro! ¡Lo verá por sí mismo!» Me llevó junto a un joyero que tenía la responsabilidad de todos aquellos valores. Me hizo conocer también a uno de los jefes de los grandes almacenes berlineses «Kaufhaus des Westens», y a un hombrecillo al cual hacían tocar el violín, los jefes de los comandos de trabajadores judíos. «Es un capitán del ejército imperial austríaco, caballero de la cruz de hierro alemana», me dijo Wirth.

C. CONCLUSIÓN DE POLIAKOV

«A continuación los cadáveres fueron echados a unas grandes fosas de unos 100 x 20 x 12 metros, situadas cerca de las cámaras de gas. Al cabo de unos días, los cadáveres se hinchaban y el montón se elevaba de 2 a 3 metros a causa de los gases que desprendían. Al cabo de unos días, terminada la hinchazón, los cadáveres volvían a asentarse. Posteriormente, me han dicho, sobre unos railes de ferrocarril quemaron los cadáveres con ayuda de aceite Diesel, para hacerlos desaparecer ...»

No nos queda mucho que añadir a esta descripción, tan válida para Treblinka o Sobidor como para el campo de Belzec. Las instalaciones eran muy similares, y el óxido de carbono, producido por un motor Diesel, era el método adoptado para provocar la muerte. En Maïdanek, que fue creado más tarde y que subsistió hasta los últimos días de la ocupación alemana, el procedimiento de asfixia por medio del ácido prúsico (Cyclon B) fue introducido a imitación de Auschwitz; hemos señalado,

[125]

pues de 28 minutos, aún pocos que sobreviven. ¡Después de 32 minutos, por fin, todo está muerto! Desde el otro lado, unos trabajadores judíos abren las puertas de madera. Se les ha prometido —por su terrible servicio— la libertad y algunos porcentajes del resultado de los objetos de valor y el dinero encontrados. Como unas columnas de basalto, los hombres están todavía de pie, no habiendo el menor espacio para caer o inclinarse.

Incluso muertos, se conoce aún a las familias que se estrechan aún las manos. Cuesta separarles, para hacer vacías las cámaras para próximo cargamento.

C. CONCLUSIÓN DEL TRIBUNAL DE JERUSALÉN

Del informe de la comisión polaca que investigó sobre el campo de BeIzec se desprende (T. 1316) que aquel campo servía sobre todo para el exterminio de judíos del sudeste de Polonia ; pero también fueron asesinados en él judíos de Checoslovaquia, de Austria, de Rumanía, de Hungría y de Alemania. La comisión calcula en 600.000 como mínimo el número de las personas que encontraron la muerte en Belzec.

125. — Los testimonios sobre el campo de Sobibor nos han dado una imagen semejante a la de los campos de Treblinka y de Belzec. Los judíos que fueron exterminados en él procedían de Polonia y de los territorios que los alemanes ocupaban en la Rusia soviética, así como de Checoslovaquia, Eslovaquia, Austria y Alemania. Aquel campo fue liquidado a raíz de una revuelta de los prisioneros judíos que estalló en octubre de 1943. Según los cálculos de la comisión polaca, al menos 250.000 personas murieron en él.

[126]

por otra parte, que Maïdanek no era un campo de exterminio inmediato.

Los trabajos de la Comisión polaca de los crímenes de guerra han establecido que el número total de las víctimas fue de casi 600.000 en BeIzec, de 250.000 en Sobidor, de más de 700.000 en Treblinka y de 300.000 en Chelmno (300). Fueron judíos polacos en más del 90 % ; sin embargo, no hubo nacionalidad europea que no estuviera representada en los 8 a 10 % restantes. En particular, de los 110.000 judíos deportados de los Países Bajos, al menos 34.000 fueron exterminados en Sobidor (301).

Después de nueve meses de intensa actividad, el campo de Belzec dejó de funcionar el diciembre de 1942. En el otoño de 1943, una vez la «solución final» prácticamente completada en Polonia, Sobidor y Treblinka fueron igualmente suprimidos, y sus rastros borrados en la medida de lo posible, los edificios desmontados o destruidos y el terreno cuidadosamente repoblado de árboles. Unicamente el campo de Chelmno, el primero de la serie, funcionó sin interrupción hasta el mes de octubre de 1944 y no fue definitivamente liquidado hasta enero de 1945.

[127]

126. - El campo de Maïdanek, un gran campo de concentración cerca de Lublin. servía igualmente de lugar de exterminio de judíos, que eran fusilados o asfixiados por medio del gas. El testigo Joseph Reznik nos ha relatado (audiencia 64) una matanza de judíos por fusilamiento que tuvo lugar en noviembre en el «5.° campo de Maïdanek». En el informe de la comisión polaca se encuentra el número de víctimas que fueron asesinadas en el espacio de un solo día, el 3 de noviembre de 1943 : 18.000 judíos. También en Maldanek fueron instaladas cámaras de gas. Los judíos eran deportados a aquel campo desde Polonia, desde Eslovaquia, desde Checoslovaquia y desde la Europa occidental y meridional. La comisión calcula en 200.000 los judíos que murieron en él. El campo de Maïdanek tenía sucursales, entre ellas el campo de Travniki, que ya ha sido mencionado como punto de destino de convoyes de judíos de Alemania.

Nota : El manuscrito de este estudio se encontraba en la imprenta cuando estalló en París el escándalo de *El Vicario*. Escribí al periódico *Le Monde*, que apoyaba la obra, diciendo que el Documento Gerstein era una falsedad histórica, tan falsa que el propio Tribunal de Nuremberg la había descartado como no probatoria, el 30 de enero de 1946. *Le Monde* (26-12-1963) publicó la información que yo le daba, añadíendo la siguiente nota de la redacción:

«Es cierto que durante el proceso de Nuremberg el presidente descartó aquel documento de las pruebas aportadas por la acusacíón francesa. Sacado de los archivos de la delegación norteamericana, no había sido aún autentificado bajo juramento. Eso ocurrió el 30 de enero de 1946, en la audiencia de la mañana. Cuando se reanudaron los debates, por la tarde, el Fiscal General británico, sir Maxwell-Fyfe, explicó que aquel documento, así como todos los de la serie PS, había sido autentificado
[128] por unos oficiales norteamericanos. El Tribunal decidió entonces tomarlo en consideración».

Escribí de nuevo a *Le Monde* para señalarle que «autentíficado por unos oficiales norteamericanos» y «tomado en consideración por el Tribunal», no significaba «aceptado como prueba». Precisando:

1. Que en la sesión de la tarde en cuestión se había decidido (Actas de los debates, p. 377), de común acuerdo con el Presidente del Tribunal y el señor Dubost, que el Documento P.S. 1553 se componía únicamente de 12 facturas de Cyclon B y que la declaración de Gerstein no formaba parte de él ; que sólo había sido introducida en él por la siguiente frase del señor Dubost : «**Al documento P.S. 1553 se UNEN** (*sic*) la

declaración de Gerstein y las explicaciones del jefe de servicio norteamericano que recogió ese documento».

2. Que todos los documentos P.S. «autentificados por oficiales norteamericanos» no lo habían sido, necesariamente —¡ni mucho menos! — por el Tribunal, que todos los que lo habían sido por este último figuraban, sea en uno de los libros que daban cuenta de los debates, sea en la lista (volumen 24) de los documentos aceptados y en uno u otro de los 18 volúmenes de documentos, lo que no ocurría con la declaración de Gerstein. En efecto, lo que el Tribunal aceptó como prueba del documento P.S. 1553 figura en el volumen 27, pp. 340-42: encontramos allí dos facturas de Cyclon B (de un total de 12), pero ni una palabra de la declaración de Gerstein.

Con fecha 30-12-1963, el señor Jacques Fauvet me contestó que efectivamente la declaración de Gerstein no había sido tomada en consideración, pero que él... «no deseaba prolongar la controversia».

En suma, yo tenía razón pero los lectores de *Le Monde* no debían saberlo. La controversia permaneció abierta en sus columnas, pero únicamente para aquellos que sostenían que el argumento de la obra estaba bien fundamentado.

Tal es el mecanismo del acondicionamiento de la opinión pública.

Sin más comentario.

[129]

CAPÍTULO III

ESTADISTICAS : ¿SEIS MILLONES, O ... ?

Remontando el curso de la historia, en quince años de investigaciones, he llegado a la siguiente conclusión : en 1943 fue cuando, por primera vez, la Alemania nacionalsocialista fue acusada de exterminar masiva y sistemáticamente a los judíos europeos en unas cámaras de gas. El autor de aquella primera, horrible e infamante acusación era un judío polaco refugiado en Inglaterra, jurista de profesión : el Profesor Rafael Lemkin. Y la expuso en un libro publicado en Londres y en inglés aquel año : *Axis Rule in Occupied Europe*. De momento, aquel libro no pareció ser tomado en serio : en noviembre de 1943, cuando fui detenido por la Gestapo, era aún completamente desconocido en los medios mejor informados de la Resistencia francesa, y yo no oí hablar de cámaras de gas hasta mediados del año 1944, en Dora. Sin embargo, en 1945-46 *Axis Rule in Occupied Europe* era tema de todas las conversaciones en los bastidores del Proceso de los grandes criminales de guerra en Nuremberg, donde fue citado como prueba de cargo contra Seyss-Inquart (T. XIX, pp. 70 y 92), y el punto de vista que se defendía en él era apoyado por el *Informe Kasztner* sobre la tragedia de los judíos húngaros, que también era tema de todas las conversaciones en los bastidores de aquel proceso. De todos modos, hay que precisar que aquellas dos obras sólo adquirieron importancia a partir del 30 de enero de 1946, fecha en la
[130] cual el Fiscal francés Dubost hizo público su descubrimiento del documento Gerstein ; en efecto, fue aquel día cuando, en la prensa mundial, las cámaras de gas empezaron a danzar en todos los tonos y a un ritmo endiablado aquella zarabanda

desenfrenada y llena de pasos en falso que no han dejado de bailar en ella desde entonces.

Tratemos de reconstruir los hechos. Hasta el 30 de enero de 1946, aparte de *Axis Rule ín Occupied Europe* y el *Informe Kasztner,* que no eran más que testimonios de segunda mano, el Ministerio Público y los jueces de Nuremberg sólo disponían de testimonios directos que, jurídicamente, no eran mucho más probatorios dada la forma en que eran presentados por sus autores : todas aquellas personas habían estado internadas en Auschwitz, desde luego, pero sólo conocían o sabían cómo habían sido utilizadas las cámaras de gas por lo que les habían dicho de ellas sus camaradas de detención, «dignos de crédito», a los que por regla general no nombraban o, si los nombraban, habían muerto. Es decir, testimonios de segunda mano, también. Del mismo tipo era el del Dr. Benedikt Kautsky, ([15]) el cual no se presentó ante el Tribunal sino que escribió un libro que atestiguaba en aquella forma y tuvo su momento de breve celebridad. O el de la señora Vaillant-Couturier, que llegó al campo de Auschwitz en enero de 1943, que era comunista, que por este motivo fue «puesta a cubierto» en el hospital donde era un personaje importante del autogobierno, y que a la pregunta de si el hospital estaba abierto para las judías en caso de enfermedad contestó fríamente al Fiscal francés Dubost : «No, cuando nosotras llegamos, las judías no tenían derecho a ingresar en el hospital ; (en aquel caso) eran conducidas directamente a la cámara de gas». I.M.T., Tomo VI, p. 219. Ningún falso testimonio fue, en mi opinión, presentado ante un Tribunal con tanta desfachatez, ya que en enero de 1943 no existía —si es que existió alguna vez— ninguna cámara de gas en Auschwitz, ya que la tesis oficial es que no fueron instaladas allí hasta finales
[131] de febrero de 1943 (Doc. N.O. 4463). Pero no terminaríamos de citar los falsos testigos de esta clase. Lo cierto es que con el documento Gerstein se disponía, por primera vez, de un testigo de primera mano. ¿Que estaba muerto? Sí, pero había escrito, o al menos firmado, una declaración... o eso era lo que se pretendía. ¿Que aquella declaración no afectaba a Auschwitz? No, por lo que él decía haber visto ; pero las facturas de Cyclon B entregado a aquel campo estaban unidas a la declaración y, por otra parte, su descripción del exterminio por medio del gas en otros campos llevaba la operación a un grado tal de horror, que los periodistas acreditados en el Proceso decidieron que la campaña sobre aquel tema podía empezar a rodar. Los jueces concedieron mucha menos importancia a todo aquello, pero dejaron las manos libres a los periodistas y, si bien no les estimularon, nunca desmintieron los informaciones que les afectaban directamente como en el caso del documento Gerstein, presentado a la opinión pública como si hubiera sido admitido como prueba cuando precisamente había sido rechazado (cf. capítulo anterior).

El libro del Dr. Benedikt Kautski no apareció hasta finales de 1946 : no figuró para nada, pues, en el Proceso de los grandes criminales de guerra. Testimonio de segunda mano sobre las cámaras de gas, no hubiera representado por otra parte una gran ayuda. Para tener una descripción tan concreta como la del documento Gerstein en lo que respecta al campo de Belzec sobre las operaciones de exterminio por medio del gas en el campo de Auschwitz, hubo que esperar hasta 1951, fecha de aparición de *Médico en Auschwitz* del doctor-ectoplasma Miklos Nyiszli, del cual se ha visto también lo que podía opinar en el capítulo anterior. Después, nada más : ningún otro testigo *de visu*. La literatura concentracionaria, los historiadores tipo Rothfels, Golo Mann o Raul Hilberg, la Comisión de los crímenes de guerra de Varsovia y los Centros de documentación judía contemporánea, sus propagandistas tipo Poliakov o Hannah Arendt, el Institut für Zeitgeschichte de Munich y los saltimbanquis o los exhibicionistas tipo Piscator

[15] Cf. *La verdad sobre el Proceso Eichmann,* p. 82 de la ed. francesa.

(director de escena de *El Vicario* del llamado Hochhuth), no han podido presentar, que yo
[132] sepa. más que esos dos que son, creo haberlo demostrado, visiblemente apócrifos. No insistiré, pues.

No habiendo logrado tampoco establecer la materialidad de los exterminios por medio del gas por orden gubernamental, los paladínes de la acusación no tuvieron mucha más suerte cuando quisieron cifrar las pérdidas en vidas humanas. En 1945-46, en el Proceso de los grandes criminales de guerra, se encontraron ante la situación siguiente :

— el Profesor Rafael Lemkin decía únicamente: «millones» ;

— el Dr. Rudolf Kasztner sólo hablaba de los judíos húngaros, cuyo número evaluaba en alrededor de 800.000 (p. 1 de su *Informe*) y calculaba (p. 8) que «500.000 habían sido deportados sobre la línea Kashau-Oderberg entre el 15 de mayo de 1944 y primeros de julio». Primeros de julio, es decir el 7, precisa un poco más adelante ;

— los datos del documento Gerstein desembocaban en unas cifras tan astronómicas que su utilización resultaba absolutamente imposible (tal vez no sea inútil recordar que el resto de su contenido sólo fue utilizado, en la época, por la prensa, dado que el Presidente del Tribunal se había negado incluso a escuchar su lectura de labios del Fiscal francés Dubost) ;

— muy afortunadamente, aparecieron Hoettl y Wisliceny que, en las circunstancias sabidas hablaron, el primero de 6 millones, el segundo de 5 millones, cifras que uno y otro decían conocer a través de Eichmann.

En tales condiciones, el Juez Jackson declaró en su requisitoria el 21 de noviembre de 1945:

> «De los 9.600.000 judíos que vivían en la Europa dominada por los nazis se calcula con todo conocimiento de causa en un 60 % el número de los que perecieron: 5.700.000 judíos faltan en los países en los que antes vivían, y más de 4.500.000 no pueden ser incluidos ní en la cuenta del índice normal de fallecimientos, ni en la de la emigración a otros países» (I.M.T., T. II, p. 128).

Tal fue, como punto de partida, la acusación: 4.500.000 exterminados.
[133]

Pero no se comprende muy bien como, entre el 8 de mayo de 1945 y el 25 de noviembre del mismo año el Juez Jackson pudo ser puesto en condiciones de hablar «con todo conocimiento de causa». No habiendo tenido lugar durante aquel período de tiempo ninguna operación oficial de empadronamiento —¿cómo hubiera sido posible, por otra parte, en medio de aquel caos de poblaciones desplazadas por los acontecimientos y en movimiento en todos los sentidos?—, se trata, sin duda alguna, de una evaluación puramente conjetural. Sea como fuere, la sentencia pronunciada contra los grandes criminales de guerra no la retuyo y, en cuanto a la prensa mundial, retuvo la de Hoettl : desde entonces, con la excepción del señor Gerald Reitlinger que es el único que llega a un resultado casi coincidente con el del Juez Jackson (de 4.200.000 a 4.600.000), todo se ha desarrollado como si, formulado el principio de que la evaluación de Hoettl a través de Eichmann era exacta, todos los otros estadísticos que han trabajado sobre las cifras de acuerdo con la tendencia de la Comisión de Varsovia, de los Centros de documentación judía contemporéinea o del Institut für Zeitgeschichte de Munich,. no tuvieran más objetivo que demostrar que las evaluaciones de Hoettl y Wisliceny correspondían a la realidad. Lo que más llama la atención, desde el primer momento, es que si bien todos llegan a un resultado global que se sitúa en tomo a aquello! 6 millones,

no llegan todos a él por los mismos caminos, y la distribución detallada de ese resultado global por países presenta en casi todos los casos diferencio considerables. El ejemplo más sugestivo de esas diferencias me parece Polonia, donde el señor Shalom Baron, titular de la cátedra de, Historia judía de la Universidad de Columbia, encontró, a la llegada de las tropas rusas a aquel país, 700.000 judíos supervivientes (su declaración del 24 de abril de 1961 en el Proceso Eichmann), el Centro mundial de documentación judía de París 500.000 (comunicado al *Figaro Littéraire* del 4 de junio de 1960), el Institute of Jewish Affairs 400.000 (*Eichmann's Confederates and the Third Reich Hierarchy*, ob. cit., p. 59), y el señor Raul Hilberg solamente 50.000 (*The Destruction of the European Jews*, p. 670). La dístribución por campo o por sector de destrucción no es tampoco
[134] la misma y ofrece diferencias igualmente considerables según se acuda a los datos de uno o de otro de esos singulares estadísticos.

Ejemplos :

— alrededor de 4.000.000 en Auschwitz, el resto en otros campos de exterminio o en campaña por los *Einsatzgruppen*, nos dicen Poliakov, Olga Wormser, Henri Michel, etc. Esta distribución se apoya manifiestamente en la Sentencia de Varsovia que condenó a Hoess a la horca bajo la acusación de haber hecho morir en Auschwitz 2.812.000 personas, 2.500.000 de ellas judíos, desde mayo de 1940 a diciembre de 1943, lo que no debe quedar muy lejos de los 4.000.000 para toda la duración del campo.

— 1.950.000 para todos los campos, de ellos 1.000.000 en Auschwitz (900.000 corrige el Institute of Jewish Affairs), 1.400.000 por los *Einsatzgruppen* y el resto en campaña («*mobile operations*»), nos dice el señor Raul Hilberg (ob. cit., pp. 670 y 767). Hay que precisar, además, que 61 mismo no sabe si debe llegar a un total de 5.100.000 (p. 767) o de 5.419.000 (p. 670).

— Para todos los campos de exterminio aparte del de Auschwitz, 950.000, nos dice el señor Raul Hilberg, pero la Comisión de Varsovia y la Sentencia del Tribunal de Jerusalén nos dicen 2.050.000 para los otros cinco de los seis (Chelmno, Belzec, Sobibor, Maïdanek y Treblinka).

Todo esto habla de lo serio de esos cálculos y del crédito que puede otorgarse a los documentos en los cuales se basan y que, siendo los mismos para todos los estadísticos, hablan a cada uno de ellos un lenguaje tan distinto que sólo les pone de acuerdo en el total general de las pérdidas judías situadas por todos, cuando hacen sus sumas, entre 5 y 6 millones de vidas humanas... con las excepciones de Reitlinger, más modesto, y de Poliakov que dice «entre 5 y 7 millones» (*El Tercer Reich y los judíos*), para apuntarse finalmente a los 6 millones que son la media aritmética de aquellas dos cifras: ¡hay que admirar la originalidad del método!

El lector comprenderá fácilmente que en presencia de ese
[135] párrafo, de cálculos tan contradíctorios, en vez de estudiar todas las referencias una por una y rehacer, también una por una, todas las sumas, haya preferido, por medio de estadísticas de origen exclusivamente judío, tratar de reconstruir en su detalle por países la población judía mundial en 1946 y compararla con lo que era, según las mismas fuentes, a la llegada al poder del Nacionalsocialismo en Alemania en 1933. Equivocado o no, este procedimiento me ha parecido la mejor manera de poner en evidencia, de pasada, las desvergonzadas falsificaciones de la Comisión de Varsovia, del Centro mundial de documentación judía contemporánea, del Institut für Zeitgeschichte de Munich y de todos sus fiadores, literatos, saltimbanquis, exhibicionistas, historiadores y demás... judíos o no judíos. Supongo que el lector comprenderá también con la misma facilidad que los datos estadísticos que siguen no

pueden ser considerados como exactos casi hasta la unidad : en materia de poblaciones, la estadística se basa en el interrogatorio de los interesados, cuyas respuestas hay que admitir con las debidas reservas cuando se puede llegar hasta ellos, cosa que no siempre es posible dadas las deficiencias e incluso la ausencia de los servicios del Estado civil en un gran número de regiones, por lo que las conclusiones sólo pueden ser aproximativas.

En materia de población judía, la aversión que a todos los judíos, sin distinción, les inspiran los empadronamientos, desde la época de Herodes, es otro factor de errores. A pesar de que esas dos constantes condenan a todas las estadísticas a la aproximacióá, todos los estadísticos admiten que basta con que dos o varias estadísticas comparadas sean del mismo origen para que las conclusiones que se extraen de ellas por diferencia presenten unos errores tan mínimos que pueden ser considerados como insignificantes.

Dicho esto, ¿cómo se presenta la cuestión en este mes de julio de 1963?

[136]

1. ESTADÍSTICAS DE ANTEGUERRA

En 1951, el *World Almanac* publicó una estadística según la cual sólo existían en el mundo 11.303.350 judíos, contra 16.643.120 en 1939. Era dada como fruto de los trabajos del American Jewish Commitee *Year Book* y de la Jewish Statistic Bureau of the Synagogue Council que habían pasado los años 1949 y 1950 estableciéndola.

Tal como se presentaba, existen muchos motivos para creer que aquella estadística del *World Almanac* de 1951 tenía como principal objetivo contestar a un estudio aparecido el 22 de febrero de 1948 en el *New York Times* sobre los datos estadísticos de su experto en materia de población judía, Hanson W. Baldwin. Este pretendía que en 1947, de un censo secreto al cual habían procedido los mismos judíos resultaba que el número de judíos vivos en el mundo aquel año se situaba entre un mínimo de 15.000.000 y un máximo de 18.000.000. Pretendía, además, que de 650.000 a 700.000 de ellos vivían en Palestina, y 500.000 en los otros Estados del Oriente Medio. En octubre de 1959, el *American Mercury* (pp. 14 a 17) reprodujo estas últimas cifras considerándolas como serias y, de este modo, volvió a actualizar la controversia. En respuesta, la edición de 1960 del *World Almanac* da, para el año 1959, una población judía mundial de 12.299.780 personas. Una última información de fuente judía ha dado la vuelta al mundo tal como apareció en el periódico de Hamburgo *Die Welt* el 1 de abril de 1963, es decir, así:

«**Nur 13 millionen Juden** (Sad. 31-3-63)

London, 31. März (sad.)

«Nur noch etwa 13 Millionen Juden gibt es in der Welt. 1939 waren es 16.763.000. Das gab das Institut für jüdische Angelegenheiten in London am Wochenende bekannt.

«Die meisten Juden, etwa 5,5 Millionen leben heute in den

[137]

U.S.A. In Israel gibt es 2,405, in der Sowjet-union 2,3 und in Grossbritannien 0,45 Millionen Juden». ([16])

Pero, en el *Israel Almanach* (5719 de la era judía, 1958-59 de la era cristiana, p. 282), un tal Eric Peretz nos dice que «la población judía del Estado de Israel equivale a la octava parte de la población judía mundial» y la fija en «un millón ochocientos mil» (con todas las letras), y un tal Marc Cohen fija (p. 9) esa octava parte en «dos millones» : aquel año, pues, los 13 millones de judíos censados en el mundo de 1962 por el Instituto de Asuntos Judíos de Londres eran, según el señor Peretz 14.000.000, y según el señor Cohen 16 millones. El *Israel Almanach* es publicado en Jerusalén por el «Departamento de la Juventud y del Hehabuts de la Organización Sionista Mundial». Sin comentarios.

A título de mera información reproduzco la pueril declaración que, esgrimiendo su título de Profesor de Historia judía de la Universidad de Columbia, el señor Shalom Baron hizo ante el Tribunal de Jerusalén el 24 de abril de 1961 (según *Le Figaro* del día siguiente), y que se resume así:

1. «El índice de crecimiento de la población judía en el mundo en relación con 1945 es del 20 %.
2. «En 1939, había alrededor de 16 millones de judíos en el mundo. Por lo tanto, hoy tendrían que haber unos 19 millones, y sólo hay 12 millones».

A falta de conocer bien la historia, que es su oficio, éste al menos conoce bien la aritmética: 16 millones - 6 millones = 10 millones + 20 % = 12 millones. ¡Aritméticamente indís-
[138] cutible! Al profesor sólo le falta establecer, primero, que el índice de crecimiento de la población judía mundial es efectivamente del 20 % en 16 años, y segundo, que 6 millones de judías fueron exterminados.

Pasemos ahora a un detalle de la información de *Die Welt* : la población judía de los Estados Unidos. En 1950, el American Jewish Committee *Year Book* y la Jewish Statistical Bureau of the Synagogue Council la evaluaban en 5.185.000 para el año 1949 y, en 1959, en 5.260.000 para el año 1958. De lo cual puede ya deducirse que, si la población judía del mundo aumentó en un 20 % en 1961 con relación a 1945, o sea, un 1,25 % anual, tal como lo proclamó el singular profesor Shalom Baron ante el Tribunal de Jerusalén, América, al menos, constituyó una excepción a aquella regla... en minusvalía.

En cuanto a Rusia, la información del Institut of Jewish Affairs de Londres no parece mucho más seria al evaluar la población judía de la URSS en 2,3 millones de personas en 1962. Al menos, si hemos de creer al señor Nahum Goldrnan que, en un *Informe* presentado en el World Jewish Congress el 12-9-1963 se expresó así: «Desde 1948 hasta 1963, la cultura judía en la URSS para alrededor de TRES MILLONES DE JUDIOS se resume en cinco libros de autores desaparecidos, un almanaque y dos periódicos ... » (*Le Figaro*, París, 13-9-1963). En 1961, por otra parte, el señor Nahum Goldrnan ya había presentado esa cifra de tres millones ante el Congreso Mundial Judío: de 2,3 millones a 3 millones, hay una diferencia de 700.000...

[16] *Die Welt* no lo dice, pero esos cálculos están sacados de un estudio publicado unos días antes, por *The Jewish Communities of the World*, órgano oficial del World Jewish Congress. Fueron reproducidos por *The Jerusalem Post Weekly* el 19-IV-1963 y a continuación, en fechas distintas, por toda la prensa mundial. Hay que precisar que, para el año 1962, el *World Almanac* de 1963 da (p. 259) una población judía mundial de 12.296.180 personas. En otras palabras, con relación a 1959, la población judía mundial no sólo no ha aumentado, sino que ha disminuido.

Durante todo el año 1959, la población judía de los Estados Unidos fue objeto de enconadas controversias, en los propios Estados Unidos, a raíz de la publicación de un libro, *The Iron Curtain over America*, en el cual su autor, el Profesor John Beaty, se quejaba de que la ley de 1924 sobre la inmigración fuera violada continuamente y de que «desde que terminó la segunda guerra mundial el problema de la entrada ilegal se ha agravado de un modo espantoso». Y citaba la inmigración judía... También en este caso el *American Mercury* dio todo su
[139] significado a aquella controversia. En lo que respecta particularmenté a la inmigración judía, subrayaba los dos hechos siguientes :

1. «Las principales organizaciones sionistas mundiales proclaman orgullosamente que las dos terceras partes de los judíos del mundo viven actualmente en los Estados Unidos». Y extraía la conclusión de que, si las cifras de Hanson W. Baldwin hechas públicas por el *New York Times* del 22 de febrero de 1948 correspondían a la realidad, no había que hablar de 5.185.000 o de 5.260.000 como pretendían las estadísticas de origen judío, sino de 10.766.666 o 12.800.000 (¡en 1947!). De todos modos, las estadísticas judías para el año 1959 pretendían que la población judía mundial se elevaba, aquel año, a 12.229.780 personas, y si es cierto que las dos terceras partes vivían en los Estados Unidos, esto nos da una cifra de 8.200.000 o, según la información de *Die Welt* (también de fuente judía), de 8.667.000 para el año 1962 y no 5,5 millones como pretende aquella información.

2. El otro aspecto del problema que subrayaba el *American Mercury* era que en 1959, cuando los servicios de la población de los Estados Unidos decidieron organizar un censo para 1960, a fin de determinar la importancia de la inmigración ilegal de la que se sentían víctimas, todas las organizaciones sionistas mundiales protestaron inmediatamente (y con éxito, precisá el *American Mercury*) para el caso de que los servicios se dirigieran a las iglesias (y por tanto a las sinagogas) con la intención de obtener de ellas el número de sus fieles. Los jefes sionistas declararon, según el *American Mercury*, que aquello constituiría «una violación del principio de separación de la Iglesia y el Estado» e incluso que «el querer empadronar a la gente atraería la cólera de Dios». Se adivina el motivo de aquella oposición : un censo llevado a cabo de aquella manera hubiera puesto en evidencia la importancia de la inmigración judía a los Estados Unidos desde 1933 y aniquilado irremediablemente el mito de los 6 millones de exterminados. No tiene nadade sorprendente, pues, que algunos extrajeran inmediatamentela conclusión que parecia imponerse y evaluaran en 12.000.000
[140] la población judía de los Estados Unidos. ¡Sobre todo si habían leído el artículo del *New York Times*!

Desde entonces, esa cifra de 12 millones ha hecho progresos en la opinión pública norteamericana, como lo demuestra esta gacetilla del *National Observer* del 2 de julio de 1962 :

Ataque colectivo a un problema

> «Los principales grupos religiosos nacionales, representando a más de 40 confesiones, protestantes, ortodoxos orientales, católicos romanos y judíos, han unido sus esfuerzos para abordar uno de los problemas más espinosos : las relaciones interraciales.
>
> »Han convocado para el próximo mes de enero, en Chicago, una Conferencia Nacional sobre la religión y la raza. Alrededor de 600 jefes religiosos y laicos, representando a casi 100.000.000 de norteamericanos, tomarán parte en ella. El objetivo perseguido por la Conferencia es el de demostrar la ansiedad de

los jefes religiosos a propósito de la segregación racial, por medio de un "examen de conciencia".

»Participarán : el National Council of Churches, una organización de 33 confesiones protestantes y ortodoxas orientales, con cerca de 40.000.000 de miembros; la NationaI Catholic Welfare Conference, la oficina administrativa de los obispos católicos (hay 43.000.000 de católicos en el país) y el Synagogue Council of America representando a grupos judíos a escala nacional (hay alrededor de 12.000.000 de judíos en los Estados Unidos). Robert Schultz - Chicago».

Tales son los puntos de vista que se enfrentan. Más adelante se verá que, en lo que respecta a Polonia, a Rusia y, de un modo general, a toda la Europa central y balcánica, las estadísticas de origen judío plantean con la misma brutalidad el problema de su evidente falsificación,

[141]

II. ESTADÍSTICAS DE ANTEGUERRA Y DE POSTGUERRA

En 1932, un periódico judío de Nueva York, el *Menorah Journal* (n.° 2, febrero), publicaba un análisis de la población judía mundial cuyos datos habían sido tomados del más famoso de los estadísticos judíos de la época, el Dr. Arthur Ruppin. ([17]) El Dr. Ruppin, decía el *Menorah Journal*, había clasificado a los judíos del mundo entero por profesiones y por países. Por profesiones, daba la conclusión del estadístico tal como él la había formulado. Por países, sólo daba, de mayor a menor, aquellos en los cuales había más de 100.000 judíos, limitándose a clasificar los demás en tres categorías: entre 50.000 y 100.000. entre 10.000 y 50.000, y por debajo de 10.000. He aquí el resultado :

A) POR PROFESIONES

Comercio	6.100.000 o sea 38,6 %
Industria y artesanado	5.750.000 o sea 36,4%
Rentistas	2.000.000 o sea 12,7%
Profesiones liberales	1.000.000 o sea 6,3 %
Agricultura	625.000 o sea 4 %
Criados, obreros, etc.	325.000 o sea 2 %
Totales	15.800.000 -100 %

[17] Encargado del curso de sociología judía en la Universidad hebraica de Jerusalén. Su obra maestra, *Los judíos en el Mundo Moderno*, de la cual ha sacado el *Menorah Journal* las cifras que siguen, no fue publicada en Francia, por el editor Payot, hasta 1934.

[142]

B) POR PAISES

Estados Unidos	4.500.000
Polonia	3.100.000
Rusia	3.000.000
Rumanía	900.000
Alemania	500.000
Inglaterra	330.000
Francia	250.000
Palestina	250.000
Argentina	240.000
Austria	230.000
Canadá	170.000
Lituania	160.000
Países Bajos	120.000
Marruecos francés	120.000
Irak	120.000
Otros países del mundo	1.810.000
Total	15.800.000

Los otros países del mundo se presentaban así:

1.° Países con una población judía entre 50.000 y 100.000:

Letonia, Grecia, Yugoslavia, Bélgica, Italia, Turquía, Bulgaria, Argelia, Africa del Sur, Túnez, Egipto.

2.° Países con una población judía entre 10.000 y 50.000 :

Suiza, Brasil, Méjico, Uruguay, Persia, Siria, Yemen, India, Afghanistan, China, Marruecos español, Tripolitania, Australia:

3.° Países con una población judía inferior a 10.000:

Dantzig, Suecia, Dinamarca, Estonia, Irlanda, España, Rodas, Memel, Portugal, Noruega, Finlandia, Cuba, Chile, Japón, Singapur, Nueva Zelanda.

[143]

Las cifras presentadas procedían de 1926 a 1928 según los casos.

En 1932, los movimientos de población sólo me interesaban profesionalmente, es decir, en sus grandes líneas de fuerza y, en lo que respecta al de la población judía, aquella estadística me pareció que daba cuenta de él de un modo lo bastante satisfactorio para que me considerase suficientemente informado sobre aquel extremo : recuerdo haber observado que, desde 1877 a 1932, la población judía de los Estados Unidos había pasado de 230.000 personas a 4.500.000, y la de Francia de 150.000 a

250.000 desde 1850 hasta la misma fecha, y Regué a la conclusión de que la emigración de los judíos europeos iba en dirección a los Estados Unidos vía Europa occidental. De los países de pogroms a los países de libertad. Para mí, era lo esencial. En 1934, pues, cuando apareció en Francia *Les Juifs dans le Monde moderne*, de Arthur Ruppin, no le presté atención. Me equivoqué : seguramente hubiera observado que el *Menorah Journal* había omitido, por ejemplo, mencionar a Hungría y a Checoslovaquia. Me equivoqué todavía más al no haber previsto que, más tarde, tendría necesidad de cifras más concretas que las que aquella publicación daba para Bélgica, Yugoslavia, Grecia, etc. Después de la guerra, cuando necesité todo aquello, no me fue posible encontrar el estudio de Arthur Ruppin, misteriosamente desaparecido de la circulación, con la premura queyo deseaba : en 1960, cuando publiqué Ulises traicionado por los suyos, no obraba aún en mi poder y, en lo que respecta a Hungría y Checoslovaquia, tuve que limitarme a incluir, en nota a la estadística que figuraba en el libro, las cifras del Centro mundial de documentación judía contemporánea, dejando al lector la tarea de añadirlas al total que yo encontraba para la población judía europea de los países ocupados por Alemania y que se elevaba a 8.700.000, pero advirtiéndole que eran evidentemente exageradas (424.000 para Hungría, 325.000 para Che-
[144] coslovaquia). Debo pedir disculpas pormi ligereza de 1934 : a pesar de los dos hechos inquietantes que constituirían la toma del poder en Alemania por el Nacionalsocialismo y la política de báscula del bolchevismo entre Hitler y las democracias, lo que yo no había previsto era la segunda guerra mundial y que un día me vería arrastrado a una polémica tan desdichada.

He aquí ahora lo que decía la estadística de Arthur Ruppin para los países de la Europa ocupada por los alemanes:

Polonia	3.100.000
Rusia	3.000.000
Rumanía	900.000
Alemania	500.000
Hungría	320.000
Checoslovaquia	260.000
Francia	250.000
Austria	230.000
Lituania	160.000
Países Bajos	120.000
Letonia	80.000
Grecia	75.000
Yugoslavia	70.000
Bélgica	60.000
Italia	50.000
Bulgaria	50.000
Dinamarca	7000
Estonia	5000
Noruega	2000
Finlandia	2000
Luxemburgo	2000

	9.243.000

Desde 1932 hasta 1939, filosemitas o antisemitas, todos los que han hablado de la Población judía europea o mundial se han referido a Arthur Ruppin : en Europa, los primeros llamaban
[145] la atención sobre el hecho de que alrededor de 9 millones de judíos europeos estaban amenazados por el Nacionalsocialismo, y los segundos utilizaban su clasificación por profesiones para llegar a la conclusión de que, según los propios judíos, pocos de ellos trabajaban realmente, lo cual fue uno de los argumentos del Nacionalsocialismo para acusarles de parasitismo social.

Debo precisar que, en su estudio, Arthur Ruppin advertía que en virtud de las dificultades que ofrecían todos los trabajos de estadística en materia de población y más particularmente en materia de población judía, las cifras que daba no tenían un valor indiscutible y absoluto. En consecuencia, yo concluiría que :

1. Los 9.243.000 judíos en la Europa ocupada por los alemanes pueden ser lo mismo 9 millones que 9 millones y medio.

2. Que al evaluarlos en 9,6 millones, el Juez Jackson no había exagerado tanto. Mucho menos, enormemente menos, en todo caso, que los estadísticos de postguerra del *World Almanach* (cf. p. 136 la evaluación de la población judía en 1938 según su edición de 1948). Apenas, incluso, puede hablarse de exageración por su parte : no había olvidado a nadie, simplemente. Su gran error, fue no haber pensado que en 1939 la población judía de aquellos países no era la misma que en 1932, es decir, no haber tenido en cuenta la emigración judía durante aquel período a medida que el Nacionalsocialismo la amenazaba directamente. Y, sobre todo, haber declarado sin ninguna prueba y, por lo tanto, sin «conocimiento de causa», que el 60 % de aquella población de todos modos considerablemente superevaluada por él (véase más adelante el estudio del movimiento de la población judía entre 1933 y 1945) había desaparecido en el momento en que él pronunciaba su requisitoria.

En las páginas 146 y 147 se encontrarán dos evaluaciones de las pérdidas judías publicadas, la una por el Centro mundial de documentación judía contemporánea de París (*Figaro Littéraire*, 4 de junio de 1960), la otra por el señor Raul Hilberg en 1961 (*The Destruction of the European Jews*, p. 670).
[146]

Centro mundial de documentación judía

País	en 1939	en 1945	Pérdidas
Francia	300.000	180.000	120.000
Bélgica	90.000	50.000	40.000
Holanda	150.000	60.000	90.000
Dinamarca	7.000	6.500	500
Noruega	1.500	600	900
Estonia	5.000	1.000	4.000
Letonia	95.000	10.000	85.000
Lituania	150.000	15.000	135.000
Polonia	3.300.000	500.000	2.800.000
Alemania	210.000	40.000	170.000
Checoslovaquia	315.000	55.000	260.000
Austria	60.000	20.000	40.000
Hungría	404.000	204.000	200.000

Yugoslavia	75.000	20.000	55.000
Rumania	850.000	425.000	425.000
Italia	57.000	42.000	15.000
URSS	2. 100.000	600.000	1.500.000
Bulgaria	50.000	43.000	7.000
Grecia	75.000	15.000	60.000
Luxemburgo	3.000	1.000	2.000
Totales	8.297.500	2.288.100	6.009.400

- Pérdidas judías: 6.009.400

Nota: En esta estadística, en realidad, el Centro mundial de documentación judía contemporánea había reemplazado por puntos de interrogación las pérdidas judías en Bulgaria, hacía figurar la Macedonia aparte y omitía Luxemburgo. Las precisiones acerca de esos tres países fueron dadas oficialmente más tarde, y por ello no pude incluirlas en *Ulises traicionado por los suyos.*

[147]

Sr. Raul Hilberg

País	en 1939	en 1946	Pérdidas
Francia	270.000	200.000	70.000
Bélgica	90.000	40.000	50.000
Holanda	140.000	20.000	120.000
Dinamarca	6.500	5.500	1.000
Noruega	2.000	1.000	1.000
Estonia	4.500 -	—	—
Letonia	95.000	—	—
Lituania	145.000	—	—
Polonia	3.350.000	50.000	3.300.000
Alemania	240.000	80.000	160.000
Checoslovaquia	315.000	44.000	271.000
Austria	60.000	7.000	53.000
Hungría	400.000	200.0001	200.000
Yugoslavia	75.000	12.000	57.000
Rumania	800.000	430.000	370.000
Italia	50.000	33.000	17.000
URSS	3.020.000	2.600.000	420.000
Bulgaria	50.000	47.000	3.000
Grecia	74.000	12.000	62.000
Luxemburgo	3.000	1.000	2.000
Totales	9.190.000	3.770.500	5.419.500

- Pérdidas judías: 5.419.500

Nota: Esta cifra de pérdidas es la de la estadística que figura en la página 670 del libro, pero en la página 767 vienen dadas como 5.100.000, tal como ya hemos señalado.

[148]

Mi primera intención era establecer un paralelismo, no entre dos, sino entre tres estadísticas, siendo la tercera la que fue publicada por el Institut of Jewish Affairs en *Eichmann's Confederates and the Third Reich Hierarchy* (ob. cit., p. 59), también en 1961. Pero se limita a dar el detalle de las pérdidas judías por países sin más referencias a su población en 1939 que unos porcentajes. Forzando un poco las cifras del señor Raul Hilberg para Polonia, Checoslovaquia y Rusia, llega al total de 5.717.000 exterminados, que representan, precisa, el 68 % de la población judía de aquellos países en 1939. De lo que puede concluirse que aquella población judía se elevaba a 8.400.000 personas. Sólo es significativa para Polonia, donde encuentra 400.000 supervivientes, en tanto que el señor Raul Hilberg sólo encuentra 50.000, el Profesor Shalom Baron 700.000 y el Centro mundial de documentación judía contemporánea de París 500.000... para Rusia, donde encuentra 2.000.000 de supervivientes, Checoslovaquia, donde hace vivir 360.000 judíos en 1939, en tanto que el señor Raul Hilberg los rebaja a 315.000 y Arthur Ruppin a 260.000, y así por el estilo. De modo que, pensándolo bien, me pareció que resultaría suficiente comparar dos estadísticas de ese tipo para demostrar la dosis de fantasía que hay en ellas, y renuncié definitivamente a incluir también la tercera.

Examinemos ahora, nuestras dos estadísticas.

En común, tienen esto :

1. Con relación a la estadística de Arthur Ruppin, las dos dan cuenta de la emigración judía entre 1933 y 1939, pero únicamente para Alemania y Austria... con bastante exactitud por parte de la del Centro mundial de documentación judía contemporánea de París, ya que todo el mundo, incluidos los servicios oficiales del Tercer Reich (estadística de fecha 17 de abril de 1943 de Korherr, jefe de la Oficina de la población del Tercer Reích), está de acuerdo en evaluar la emigración judía de esos países en 300.000 para Alemania y 180.000 para Austria. La exageración del señor Raul Hílberg carece de importancia, puesto que siendo del mismo volumen y yendo en el mismo sentido en las dos columnas, no repercute sobre el número de los exterminados
[149] obtenidos por diferencia. Sólo reclama un comentario: una parte del expediente que él desconocía.

2. Las víctimas que pierden así sus autores las recuperan con creces aumentando la población judía de **antes** de la guerra y disminuyendo la de después en todas partes, pero especialmente en Polonia, en Hungría y en Checoslovaquia. Se observa que, para la anteguerra, esos aumentos se sitúan entre 50.000 y 100.000 por país, a veces más (¡200.000 para Polonia!), y si han disminuido en la misma proporción el número de los supervivientes, suponiendo que diez países de los veinte que incluye la estadística estén afectados por una exageración de esa magnitud (no era posible en todas partes, evidentemente, en Noruega o Dinamarca, por ejemplo), con un mínimo de 50.000 por país, repercutiría en un millón sobre el número de exterminados obtenidos por diferencia, y con 100.000 por país, se convertiría en 2 millones. Pero esto no es más que una suposición que confieso gratuita, y la enuncio únicamente para mostrar cómo un pequeño arroyo puede transformarse fácilmente en un gran río. Más adelante se verá cuál es el valor exacto de esas dos estadísticas. Cada cosa a su tiempo.XXX

Y he aquí las divergencias que presentan:

1. El número total de supervivientes varía en 1,5 millones de la una a la otra, y el de exterminados en poco menos de 600.000 : en los dos casos, es importante como margen.

2. Fijándose bien, esa divergencia procede de las evaluaciones respectivas que afectan a Rusia y Polonia. Para la primera, la cifra de 2.100.000 ofrecida por el Centro Mundial de documentación judía contemporánea de París no afectan a toda Rusia sino únicamente a la parte que fue ocupada por las tropas alemanas : sólo pueden saberlo los que han leído *El Tercer Reich y los judíos* (ob. cit.) de Poliakov de donde ha sido extxaída la estadística y donde se señala esa particularidad. Si se añade, en las dos columnas, el millón de judíos que el señor Poliakov ha deducido de ellas arbitrariamente, la evaluación de los supervivientes difiere exactamente en **un millón** de la una
[150] a la otra para ese país, aunque el número total de los exterminados para todos los países continúa difiriendo en poco menos de 600.000. Ni se sabe cómo consiguió el señor Poliakov cifrar en 2.100.000 el número de judíos que vivían en la parte de Rusia ocupada por las tropas alemanas : no lo dice. Pero puede asegurarse que no se trata de una evaluación contrastada con un censo oficial, operación absolutamente imposible en todos los países del mundo a unas escalas locales que no son circunscripciones administrativas, como en este caso, ya que el O.K.W. no había decidido conquistar Rusia circunscripción administrativa por circunscripción administrativa sino en función de los imperativos geográficos de la estrategia. Una evaluación puramente conjetural, pues, que da por sentado que los judíos de aquella zona, lejos de huir de una invasión que sabían asesina para ellos, esperaron tranquilamente la llegada de sus verdugos. Tampoco se sabe cómo consiguió el señor Poliakov evaluar en 600.000 el número de los supervivientes en 1946, fecha en la cual se puede asegurar que, a un año de distancia del final de la guerra, el orden no se había restablecido lo suficiente como para que fuera posible una operación de empadronamiento: ¡otra evaluación a vista de pájaro! Sin duda, lo único que le interesaba al señor Poliakov era que hiciera aparecer una pérdida de 1.500.000 judíos, y sin duda también había fijado de antemano el resultado al cual debía llegar para que cuadrara con la leyenda de los seis millones. ¡Ignoraba que el señor Raul Hilberg pasaría detrás de él!

3. Al ler el comentario del señor Raul Hilberg, vemos que él sí ha tenido en cuenta la huida de los judíos ante el avance alemán en Rusia. ¿En una medida que corresponde a la realidad? Más adelante lo veremos. Sin embargo, hay que admitir que cuando fija en 3.020.000 el número de los judíos que vivían en Rusia en 1939 está de acuerdo con Arthur Ruppin, y que, cuando evalúa en 2.600.000 el número de judíos supervivientes, está de acuerdo también con el periodista judío David Bergelson, el cual escribió en *Die Einheit*, edición de Moscú (5 de diciembre de 1942): «Gracias a la evacuación, la mayoría (80 %) de los judíos de Ucrania, de la Rusia Blanca, de Lituania y de
[151] Letonia ha sido salvada» (citado por *Der Weg*, Buenos Aires, enero de 1953). Con quien no está de acuerdo el señor Raul Hilberg es con él mismo: si, como dice, 2.600.000 judíos se salvaron, ¿cómo puede sostener (p. 190) que para Letonia, Lituania y Rusia, sólo 1.500.000 «escaparon detrás de las líneas rusas» cuando se produjo el avance de las tropas alemanas? Y, por otra parte, ¿cómo puede sostener también como lo hace en su propia estadística que no sobrevivió ninguno de los judíos letones?

4. Polonia. Aquí, las dos estadísticas, casi de acuerdo sobre la población judía de 1939, no lo están ya en absoluto sobre el número de los supervivientes: 500.000 para la una, 50.000 para la otra, resultados en proporción de 1:10 (1:14 comparados con los del Profesor Shalom Baron). No se sabe cómo ha llegado a esa conclusión el Centro mundial de documentación judía contemporánea de París: ninguna referencia. En cuanto

al señor Raul Hilberg, está irremediablemente perdido entre la niebla de cifras que crea a su alrededor : hemos visto, en efecto (cf. p. 38), que en la página 767 de su libro daba 3.000.000 de judíos polacos exterminados y sólo 50.000 supervivientes sobre 3.350.000, de modo que sobran todas las explicaciones.

5. Pasatiempo. Entre estas dos estadísticas indistinta y a menudo incluso simultáneamente avaladas por el Centro mundial de documentación judía contemporánea y el Movimiento Sionista Internacional, el lector conserva la libertad de elección. Puede situarse en el lugar de alguien que encontrara más próxima a la realidad la población judía de 1939 tal como aparece en la estadística del Centro de París, y más, próximo a la realidad el número de supervivientes tal como aparece en la del señor Raul Hilberg. O a la inversa. En esta zarabanda de cifras, no hay una hipótesis más verosímil que otra. En el primer caso, se obtiene:

8.297.500 - 3.770.500 = 4.527.000 víctimas.

En el segundo:

9.190.000 - 2.288.100 = 6.901.900 víctimas.

Es decir, una diferencia impresionante.

Profundizando en el estudio comparado de ésas dos estadísticas podrían ponerse en evidencia, sin duda, unas anomalías
[152] todavía más asombrosas. Sin embargo, me parece que ha llegado el momento de hablar de cosas más serias : de ese movimiento de la población judía europea entre 1933 y 1939 al cual, hasta ahora, sólo he hecho alusión y que, debido a que no ha sido estudiado correctamente por ninguno de los autores de esas estadísticas a lo que salga, deja planear sobre este asunto una infinidad de signos de interrogación, que permiten todos los malabarismos. Si es cierto, como pretende el *American Mercury* (op. cit.), que el movimiento sionista internacional se niega a un empadronamiento de la población judía mundial —¡vaya confesión!— y, con ello, hacerlo imposible, no veo en qué otra parte podría encontrarse la verdad.

Si es que existe la posibilidad de encontrarla.

III. LA EMIGRACIÓN JUDÍA O «EL JUDÍO ERRANTE»

Para comprender bien el movimiento de la población judía europea entre 1933 y 1945, me parece indispensable un rápido repaso histórico a la emigración judía a escala mundial : en suma, la historia del «Judío Errante».

Sucesiva o simultáneamente popularizado bajo los nombres de Cartaphilus. Ahasverus o Laquedem, según los lugares y las épocas, el judío errante parece haber entrado en la tradición europea en los alrededores del siglo XIII. La imagen y la canción lo instalaron definitivamente en ella con un romance de ciego en veinticuatro aleluyas con un «Retrato dibujado del natural por los ciudadanos de Bruselas, con ocasión de la última aparición del Judío, el 22 de abril de 1774, y que traduce a su manera una de las más antiguas y más originales realidades históricas : la emigración judía.

Una de las más antiguas: bajo la forma de las peregrinaciones de la rama presentada como legítima de los descendientes de Noé por Sem y Abraham ([18]) constituye toda la sustancia
[153] del *Antiguo Testamento,* que hace remontar sus primeros pasos al Diluvio Universal. La más original: incorporada a la historia en una fecha todavía incierta pero muy probablemente contemporánea de la invasión de Egipto por los hicsos (siglo XVIII a.J.), en todo caso entre los siglos XX y XII a.J., en tanto que todas las otras migraciones humanas se han estabilizado desde hace mucho tiempo, bien porque han asimilado a las poblaciones del territorio de expansión que habían elegido, bien porque se han asimilado a ellas, ésta no sólo no ha terminado sino que, veinte siglos después de Jesucristo se presenta en los mismo términos que en la leyenda y sigue teniendo los mismos móviles. «La vocación comercial del pueblo judío —decía Otto Heller (*El fin del judaísmo,* Guilde, París, 1933)— es una antigua tradición». De hecho, desde Sumeria, que según el Antiguo Testamento fue su primer objetivo, hasta Nueva York, que parece ser su actual punto de mira, la migración judía ha seguido, como todas las rnigraciones humanas, las grandes arterias naturales, pero no, como ellas, a la ventura, siguiendo el curso del sol y considerándolas únicamente como vías de comunicación de un punto a otro : sino solamente a medida que aquellas arterias naturales se han convertido en arterias comerciales, y dirigiéndose continuamente hacia los puntos o las regiones del globo que habían alcanzado el más alto grado de desarrollo económico. Este es el motivo por el cual, en vez de ir abiertamente del Este hacía el Oeste como todas las otras migraciones humanas, ésta se ha desplazado en zig-zag, un poco en todas direcciones. Es, cierto que circunstancias históncas accidentales y especialmente la hostilidad de que ha sido objeto en algunas de las zonas de expansión que había elegido no son ajenas a ese desplazamiento en zig-zag, pero esas circunstancias apenas han modificado su movimiento con relación a los objetivos que siempre se ha fijado. Aquella hostilidad, por otra parte, no fue nunca,
[154] históricamente hablando, ni sistemática ni permanente, sin duda porque, contrariamente también a todas las otras migraciones humanas, la migración judía tampoco fue nunca masiva ni agresiva : la ductilidad de los comerciantes por vocación. Con dos excepciones : en su fase bíblica, durante el período en el que Saul, David y Salomón, sucesivamente, intentaron instalarla por la fuerza en el punto de intersección de las dos grandes arterias comerciales de su época que unían, cruzándose, a Europa y Africa con Asia, me refiero a Palestina, con la esperanza de vivir allí percibiendo un tributo sobre todas las mercancías obligadas a circular por aquel lugar; y hoy, también en Palestina, donde el movimiento sionista internacional proyecta reconstruir en forma de un Estado-mostrador el Reino de Salomón, dado que aquella zona se encuentra de nuevo en la arteria comercial más importante del mundo moderno que, yendo de Nueva York a Nueva York, da la vuelta a la Tierra pasando por Londres, París, Tel-Aviv, Calcuta, Singapur, Hong-Kong, Shangai y Tokio. Eso, en todo caso, es lo que se desprende de la atenta lectura de un libro de un tal Kadmi Cohen, portavoz del Sionismo internacional que tuvo su momento de celebridad entre las dos guerras mundiales : *El Estado de Israel* (Kra, París, 1930), cuya tesis, aunque presentada en términos voluntariamente vagos para no enseñar la oreja, parece ser la de que el movimiento sionista internacional no debe fijarse como objetivo el reunir a todos los judíos del mundo en un Estado que alcance las dimensiones del Reino de Salomón y organinzarles allí en nación moderna, sino únicamente a su ala más activa con la misión de convertirlo en el puerto de enlace de una Diáspora racionalmente distribuida por los puntos de

[18] En esta versión de la genealogía de los pueblos, lo árabes, que también descienden de Noé —¡como todo el mundo, caramba!—, debido a las relaciones de Abraham con Agar, criada de su esposa Sara, están considerados como la rama ilegitima.

convergencia de las riquezas del mundo y que las dirigiría hacia él. A escala del mundo moderno, sería hasta cierto punto la repetición de la operación realizada en el siglo I a.J. a escala del Mundo Romano, descrita por Cicerón en su famoso alegato *Pro Flacco* y que se traducía en el embarque periódico, en unas galeras con destino a Judea, de todo el oro de aquel inundo que entonces convergía hacia Roma. Si por dos veces, Roma comisionó a Tito (año 70 de la E.C.) y luego a Adriano (año 135 de la E.C.) para destruir el reino de
[155] Judea y dispersar a todos sus habitantes por el Imperio, entre otros motivos, tenía al menos éste: recuperar el oro que consideraba suyo. Hasta Tito, Roma se había mostrado muy benévola con los judíos, como lo demuestra el asunto Berenice.

Hoy, para hablar en metáfora, se apunta al oro de Fort Knox. Si la operación tuviera éxito —bastaría con que la rama norteamericana del movimiento sionista internacional asumiera el control de Wall Street para que fuera así—, el puerto de enlace israelí de la Diáspora se convertiría no sólo en el Techo comercial del mundo atlántico, sino también en el puesto de inando de toda su industria, dado que el petróleo es la fuente energética por excelencia de su desarrollo, y tendría asegurado su control absoluto desde el Oriente Medio hasta Texas.

¿Las posibilidades de éxito de esa operación? En 1932, Arthur Ruppin (*Los Judíos en el mundo moderno*, ob. cit.) nos dice que en 1927, en los Estados Unidos, los 4.500.000 judíos disponían de una propaganda escrita que se descomponía así: 9 periódicos, 68 semanarios, 18 publicaciones mensuales y 16 sin periodicidad asegurada. Precisaba, además, que: 65 de aquellas publicaciones eran presentadas en inglés, 41 en yiddisch, 3 en hebreo y 2 en alemán. Y que el más leído de los periódicos, el *New-York Vorwaerts*, tiraba 250.000 ejemplares. Se trataba únicamente de la prensa interna del judaísmo, que tenía por objeto asegurar su homogenidad, y no se tenían en cuenta las partícipaciones financieras judías en la gran prensa de opinión, que Arthur Ruppin se limitaba a calificar de muy importantes. ¿Qué ocurre en la actualidad? Lo veremos más adelante en cuanto a lo que puede opinarse de la importancia de la población judía en los Estados Unidos. En cuanto a la importancia de la prensa interna del movimiento sionista no tengo ningún dato que me permita valorarla : creo que no es verosímil que sea inferior a lo que era en 1927. En cuanto a las participaciones financieras judías en la prensa de opinión, me bastará, para dar una idea de cilas, observar que esa prensa vulgariza con una notable sincronizaclión y haciéndolas suyas todas las tesis del American Council for Judaism. El hecho de que esas tesis no coincidan siempre con las del Centro mundial de documentación judía
[156] contemporánea y de sus sucursales, cuya propaganda esta inspirada por el señor Ben Gurion, hay que atribuirlo a las diferencias políticas que separan a este último del señor Nahum Goldman, inspirador de la del American Council for Judaism. Las discordancias entre los dos hombres y las dos organizaciones sólo inciden en cuestiones de detalle, por otra parte, y cuando se trata de llegar a una conclusión se muestran siempre de acuerdo sobre el tema general. Y sus respectivos partidarios imitan su ejemplo, como se evidencia en el caso del señor Raul Hilberg y la señora Hannah Arendt que, al servicio de Nahum Goldman, ponen en la cuenta de Auschwitz **un** millón de judíos exterminados (¡casi **tres** millones menos que los Poliakov, Olga Wurmser o Henri Michel del Centro mundial de documentación judía contemporánea y de sus sucursales!) y 950.000 en el de los otros cinco centros de exterminio por medio del gas (más de **un** millón menos : ¡en total, un margen de divergencia de casi **cuatro** millones sobre un total general de **seis**!), pero que, cuando efectúan sus sumas para establecer el balance general de las pérdidas judías, encuentran la manera de llegar a una cifra similar a los seis millones del Centro mundial de documentación judía contemporánea y de sus

sucursales al servicio del señor Ben Gurion. La misma observación para el análisis de las pérdidas judías por países, en el que, según se acepten las tesis del American Council for Judaism elaboradas por el señor Raul Hilberg o el señor Shalom Baron, o las del Centro mundial de documentación judía contemporánea elaboradas por el clan Poliakov, se llega a un número de supervivientes que puede variar de 50.000 a 700.000 para Polonia, de 500.000 a 2.600.000 para Rusia, de 0 a 85.000 para Letonia y de 0 a varios millones para cada uno de una decena de otros países sin que el total general de las pérdidas para todos los países se vea afectado sensiblemente.

Y todo eso hace que, en el tema general que les es común de los seis millones, o casi, de judíos exterminados, esas dos tesis se destruyan mutuamente la una a la otra cuando dan el detalle de las pérdidas.

[157] Pero, volvamos a nuestra migración judía que constituye su malaventura... también común.

De las circunstancias históricas accidentales que han influido sobre la dirección general de la migración judía, las más importantes parecen ser el cautiverio de Babilonia (588-536 a.J.), la intervención de Tito (70 d.J.) y Adriano (135), las reacciones de la cristianidad medieval (más particularmente de los siglos XIII al XVI), la política de los zares de Rusia en la segunda mitad del siglo XIX, el bolchevismo y la hostilidad podríamos decir atávica de la población polaca al término de la primera guerra mundial y, finalmente, Hitler desde 1933 hasta 1945. Pero no sólo hubieron circunstancias hostiles : desde 1850, el acceso progresivo de los Estados Unidos al liderazgo industrial y comercial del mundo fue un factor de atracción que resúltó decisivo sobre la orientación actual de la migración judía y la aceleró singularmente en aquella dirección. Las cifras son significativas: 230.000 judíos en los Estados Unidos en 1877 ... 475.000 en 1896... 1.775.000 en 1906... 3.300.000 en 1916 ... 4.461.184 en 1926, si hemos de creer al señor John Beaty (*The Iron Curtain over America*, ob. cit.), que dice basarse en los diversos censos de la población norteamericana. Y esto significa que, durante esos cincuenta años, la población judía de los Estados Unidos se ha multiplicado por 20 : una verdadera invasión. Es cierto que, durante esos cincuenta años, no han sido solamente los judíos los que han sido atraídos por los Estados Unidos. En 1926, dice la última estadística oficial a la cual se refiere el señor John Beaty, sobre una población total de 150 millones de habitantes, los blancos representaban 107 millones. De esos 107 millones, 33 eran extranjeros o nacidos de extranjeros en la primera generación (Larousse, *Siglo XX*). Y es que esos cincuenta años han correspondido a lo que en Europa hemos llamado la estampida hacia el oro, iniciada en 1848 con el descubrimiento de las minas de oro de California que fue el origen de la fundación y del extraordinario desarrollo de San Francisco.

Si se tiene en cuenta que en 1926 los alemanes o hijos de alemanes que representaban el grupo étnico o nacional de extranjeros más importante en los Estados Unidos eran 7.250.000,

[158] los ingleses 5 millones, y los italianos 3.500.000, el grupo judío era, con los irlandeses (4 millones), el que en relación a su importancia mundial representaba proporcionalmente el contingente más elevado... ¡y con creces! Hay que observar también que, en tanto que todos los otros grupos extranjeros se instalaron en los Estados Unidos entre 1850 y 1900, los judíos no empezaron a llegar allí en masa hasta los primeros años de este siglo, sobre todo a partir de 1906, y que según la estadística eran en su mayor parte de origen ruso y polaco, y el resto casi todos alemanes. Parece, pues, que se pueden asociar los comienzos de la emigración en masa de los judíos a los Estados Unidos a dos acontecimientos que le son contemporáneos : el fracaso de Théodore Herzl (fallecido en 1904) en su tentativa de fundar un Estado judío en

Palestina, lo que interesaba sobre todo a los judíos rusos y polacos víctimas de pogrom periódicos, y las primeras medidas adoptadas por los Estados Unidos para contingenciar la inmigración (1901-1903), lo cual, de acuerdo con las cifras anteriormente citadas, hace aparecer la inmigración judía como clandestina en casi su totalidad entre 1906 y 1926. De lo que fue después de esta última fecha se tendrá una idea dentro de unos instantes : de momento, no se arriesga nada diciendo que los judíos rusos, polacos y alemanes no tienen en ella menos lugar que a principios de siglo y que, sobre todo entre 1933 y 1945, no fue menos clandestina a pesar de haber sido reforzadas las medidas de control de la inmigración adoptadas en 1924 (*The national origins Law*) que, dados los acontecimientos de que los judíos eran víctimas en Europa, no se aplicaron prácticamente nunca contra ellos durante aquel período —lo cual honra a los Estados Unidos—, aunque en teoría nunca hayan quedado oficialmente al margen de ellas.

Si, cada vez que el problema judío se ha planteado en el mundo, lo ha sido por los judíos rusos, polacos y alemanes —en lo que llamamos el período contemporáneo de la historia, al menos—, hay que buscar las causas en Tito y Adriano que, con su intervención enérgica en Palestina, desplazaron lo que podría llamarse a elección el centro de gravedad o la cuenca de alimentación de la migración judía al triángulo europeo
[159] definido por las desembocaduras del Volga; del Danubio y del Vístula : maltratados como lo fueron entonces por Roma, los supervivientes de las matanzas no se sintieron atraídos por Egipto, también romano, como sus padres lo habían sido en tiempos de Herodes, y prefirieron instalarse más allá de los límites del Imperio, la mayor parte en el Cáucaso, y el resto en Babilonia, antaño asignada a sus antepasados por Nabucodonosor en la época del gran cautiverio (siglo VI a.J., cf. Otto Heller, op. cít.). Bajo el reinado tolerante de los arsácidas, formaron una especie de Estado vasallo que, de los siglos III al V, irradió intelectualmente sobre todo el mundo judío con sus academias teológicas de Sora, Pumbadita y Nahardea. Allí y en aquella época fue elaborado el *Talmud* llamado *de Babilonia.* Pero aquella rama se reincorporó progresivamente al arueso de la migración.

¿Les había instruido su experiencia palestina? Es muy probable. Lo cierto es que todos los autores que han relatado esos acontecimientos o los han comentado están de acuerdo sobre este punto : al otro lado del Cáucaso, los judíos eran muy bien acogidos por las poblaciones autóctonas, para las cuales aparecían, no como los racistas que son sus descendientes actuales, sino como portadores de una nueva religión en cuyo nombre se entregaban al proselitismo. Al compás de las conversiones que obtuvíeron entre ellas se mezclaron con aquellas poblaciones y, qxtendiéndose así, alcanzaron primero una línea que se prolongó con mucha rapidez desde la desembocadura del Danubio hasta la del Volga y luego, sintiéndose atraídos por el mar Báltico como hábiles comerciantes que seguían siendo, no tardó en formar con la del Vístula un triángulo por el que pasaban forzosamente todas las vías terrestres, carreteras y ríos, utlizadas para los intercambios entre la Europa continental y Asia por el Mar Negro y el Caspio.

Al levantar Cacaralla las medidas de excepción dictadas contra ellos bajo Tito y Adriano, durante todo el siglo ni y hasta que Constantino las reslableció (principio del siglo IV), su impulso comercial se vio favorecido por la normalización de sus relaciones con sus correligionarios que habían permanecido en el Imperio y aparecieron así coiro portadores de un bienestar hasta
[160] entonces desconocido de las poblaciones bárbaras de aquellas regiones y que las atrajo hacia ellos tanto, sino más que su religión. Gracias a las conversiones y a los mestizajes consiguientes, las dos o tres docenas de millares de judíos que huyendo delante de los soldados de Tito y de Adriano habían franqueado el Cáucaso se habían

convertido, en la Edad Media, en centenares de miles que vivían en comunidades de comerciantes cerradas a los no iniciados y cuyas sinagogas eran a la vez sucimiento y su remate, pero cuyo conjunto formaba un grupoétnico muy diferente del grupo original. En vísperas de la guerra de 1939, eran varios millones llamados *Askenazim* en la comunidad judía mundial, por oposición a los *Sephardim*, descendientes de los que habían alcanzado la Europa occidental porlas orillas del Mediterráneo sin mezclarse con las poblaciones autóctonas de los países atravesados y habían conservado el tipo original.

Aprovecho la ocasión para decir que, desde los *Askenazim* a los *Sephardim*, la comunidad judía mundial del siglo XX está compuesta de hombres y mujeres de una infinidad de tipos netamente diferenciados en sus caracteres somáticos —¡hay incluso judíos amarillos y judíos negros!—, solamente unidos entre ellos por una religión, unas costumbres, un sistema de vida o, por decirlo de una vez, una tradición que es la base de una unidad de criterios y de una solidaridad a toda prueba pero que no basta para definir a una raza en sentido biológico que nosotros damos a la palabra. En virtud de lo cual, al dar el uno y el otro un carácter racial a su lucha, Hitler y Ben Gurion cometieron el mismo error : este último queriendo, mediante la creación del Estado de Israel, no sólo salvar a unos hombres, sino también a un tipo de hombre que ya no existe, y el primero queriendo proteger del mestizaje con ese hombre imaginario a una comunidad alemana que él llamaba de tipo germánico pero que, racialmente, no lo era más de lo que la comunidad israelita de hoy es judía. Ya que, desde el punto de vista de su población, el Estado de Israel de Ben Gurion es un conglomerado de tipos humanos que van desde el judío yemení cruzado de árabe al judío alemán cruzado de germano, pasando
[161] por el judío ruso, húngaro o rumano cruzado de eslavo, con muy pocos o ninguno caracteres somáticos comunes entre ellos. El único resultado que el movimiento sionista puede esperar de un conglomerado tan heterogéneo es, étnica o racialmente hablando, el nacimiento de un nuevo tipo humano de judío, surgído.a la larga de la mezcla de todos esos tipos, si es que consienten en mezclarse, y, políticamente, un Estado teológico, es decir la forma más arcaica actualmente conocida de ese organismo y que no tendría más ventaja que la de corresponder al nivel intelectual medio de aquella masa, posiblemente muy elevado desde el punto de vista religioso o místico, pero desde luego muy bajo o con mucho retraso sobre nuestra época desde el punto de vista filosófico. Con lo cual se hace evidente que el movimiento sionista internacional no siente hacia unas poblaciones tan atrasadas, tan primitivas como los judíos del Yemen con los cuales proyecta, al menos en teoría, fundir todos los judíos del mundo en un solo pueblo sobre la tierra de unos antepasados que les son mucho menos comunes de lo que él pretende, la misma insuperable aversión que ha manifestado siempre, desde la época en que Théodore Herzl lo bautizó, hacia unas poblaciones europeas en vanguardia de la civilización : es sabido, supongo, con qué indignada obstinación el movimiento sionista internacional ha rechazado siempre las tesis del que me parece el filósofo judío más grande de todas las épocas: me refiero a Moisés Mendelsohn (1729-1786), el cual, queriendo poner fin al judaísmo de apartheid, preconizaba la asimilación de los judíos a las poblaciones de los países en los cuales vivían. Explicación de ese comportamiento : tratando de elevar al judaísmo del plano de la religión y del mito de la raza al de la filosofía, las tesis de Moisés Mendelsohn significaban, si hubieran sido tomadas en consideración, la muerte del Rabinato, ese biombo cómodo a la sombra del cual nació y no ha cesado de prosperar la más ambiciosa, la más vasta y la más sólida empresa comercial de todos los tiempos. Amenazada de muerte, o al menos de la reversión de sus beneficios a una comunidad mucho más amplia debido a la asimilación de los judíos a las poblaciones civilizadas europeas, aquella empresa comercial no

[162] corría ningún peligro por el hecho de su cruzamiento con los judíos yemeníes sobre el territorio de Israel... ¡al contrario! Pero estremece pensar lo que podría ser el tipo judío del futuro si, proliferando el judaísmo entre los negros y los amarillos como ha proliferado en Europa y, seducidos a su vez por el movimiento sionista internacional, a los judíos negros y amarillos se les antojara acudir, también ellos, a participar en aquella empresa de cruzamiento sobre una tierra «prometida» también para ellos...

He aquí, ahora, lo que era la Alemania de Hitler vista bajo el mismo ángulo : una comunidad de hombres de una infinidad de tipos, entre los cuales el tipo germano caracterizado por la reunión en una sola persona de la elevada estatura, la dolicocefalia y la carencia pigmentaria (tez blanca, cabellos rubios), representaba una pequeña minoría. «Entre 1874 y 1877 —nos dice Pierre Gaxotte (*Historia de Alemania*, Flammarion, París, 1963. Tomo 1, p. 21)—, un chequeo realizado en las escuelas alemanas y que afectó a seis millones de niños, sólo reveló un 31 % de rubios. Según otras investigaciones —precisa—, los alemanes del Norte, tradicionalmente considerados como más "puros", sólo cuentan con un 18 % de dolicocéfalos». Los alemanes no deben sentirse decepcionados por ello : un chequeo análogo que se fijara como objetivo investigar la importancia que tiene, por ejemplo, el tipo celta en la población francesa, desembocaría en unos resultados del mismo orden. En una Europa occidental cuyas poblaciones son el resultado de la gran mezcla varías veces milenaria de todas las migraciones que se han dado cita en ella, no hay ningún pueblo homogéneo desde el punto de vista de la antropología, ni siquiera un pueblo en el cual el tipo de hombre representativo de una cualquiera de aquellas migraciones sea a la vez mayoritario y perfectamente conservado. Admitiendo que sea posible definir el tipo judío original con tanta precisión como el tipo germano o celta, es muy probable que si se procediera a unas investigaciones de la misma naturaleza en la comunidad judía mundial se llegara a unos resultados del mismo orden en lo que a ella respecta : los judíos *sephardim*, seguramente los más cercanos a aquel tipo
[163] original, solo representan de todos modos una ínfima minoría. Y esto revela hasta qué punto Hitler y Ben Gurion se ensarzaron, los dos, en una lucha contra un mito. Al menos en el terreno racial. No cabe duda de que la humanidad del siglo XX se enfrenta con un problema racial : por ejemplo, el de las relaciones que pueden o deben existir entre la raza blanca y las razas de color y entre estas razas entre ellas, es decir, que se plantea a la vez a otra escala y a un nivel intelectual un poco más en consonancia con los datos de la ciencia moderna en materia de antropología. En lo que respecta más particularmente a los judíos, lo que hoy representan no es una raza sino un sistema de vida y unas aspiraciones, y lo que plantean no es un problema racial sino, tal como lo demuestra el Estado de Israel, de orden económico y social en la medida en que, al abrigo de una tradición de esencia religiosa, ambicionan erigirse en un feudo comercial que, como ya hemos dicho, cubriría al mundo entero.

Cerrándose este paréntesis por sí mismo sobre esta conclusión a la cual se llega una y otra vez, para volver a la migración judía en el punto en que su apertura la dejó, hay que decir en primer lugar que la Europa occidental se interesó en ella y hoy se interesan los Estados Unidos debido a los judíos *askenazim*, los más numerosos y con mucha diferencia: desde Constanza por la arteria danubiana que fue casi su única vía hacia el Oeste hasta los alrededores del siglo XI, desde Varsovia por los países de la Hansa (¡cuyo desarrollo comercial no podía dejar de atraerles!) que fueron a continuación una vía complementaria, alcanzaron paulatinamente la gran arteria Ródano-Rin que unía el Mar del Norte al Mediterráneo. Inglaterra les interesó, desde luego, en la época de la Liga Hanseática pero sobre todo a partir del descubrimiento de América. Una mención especial para España y el Mediodía de Francia, regiones que

atrajeron a sus correligionarios que habían permanecido en el Imperio romano a partir de la caída de su parte occidental (siglo IV) y de las medidas de excepción contra ellos restablecidas por Constantino, las cuales sólo fueron levantadas en su parte oriental de un modo paulatino y a medida de su dislocación en
[164] las comarcas que se separaban del Imperio, y luego definitivamente la raíz de su caída y de su conquista por los turcos (siglo XV) : es la rama de la migración que alcanzó Europa por las orillas del Mediterráneo. En el momento del descubrimiento de Arnérica estaba sobre el terreno —mejor dicho, lo que quedaba de ella, ya que entretanto había aparecido la Inquisición—, y la punta avanzada del judaísmo se encontraba asentada sobre un línea Madrid-Londres que era precisamente donde se habían desplazado los nuevos centros de un comercio que de euroasiático se había convertido en mundial.

En la Europa occidental emancipada de los emperadores romanos parece que puede fijarse en el siglo X la fecha de las primeras reacciones violentas contra los judíos. ([19]) Y es también en el siglo X cuando la influencia de la Iglesia cristiana consagrada por Carlomagno y que las Cruzadas afirmaron definitivamente como la más importante de las fuerzas espirituales empieza dejarse sentir un poco por doquier. Deslumbrados por la coincidencía, la mayoría de los historiadores tomaron nota de aquellas reacciones violentas atribuyéndolas a la Cristiandad, tomando el vocablo en el sentido de Cristianismo. La Inquisición —de la cual se tiende a olvidar que apuntaba, no sólo a los judíos sino a todas las herejías, y que, en consecuencia, no puede ser considerada en absoluto como de inspiración antisemita o racista—, que a caballo sobre los siglos XII y XIII fue, en España y en el Sur de Francia, la más trágica de todas las de aquella época, les confirmó en su opinión. La Iglesia, es cierto, no apreciaba a los judíos : les reprochaba, no su raza —ya que es obligado admitir que una de las constantes históricas de su doctrina, incluso en sus peores empresas oscurantistas, es la de haber ido siempre universalista y haber considerado siempre a los hombres únicamente en función de sus herejías con relación a sus dogmas—, sino lo que consideraba el mayor de todos sus crímenes : la crucifixión de Cristo. La hostilidad de que
[165] los judíos fueron objeto por parte de las poblaciones de la Europa occidental es muy anterior, pues, a la época en que la Iglesia cristiana tuvo una influencia sobre ellas, y parece también que tuvo su origen en el carácter de las comunidades que crearon a medida que avanzaban hacia el oeste y que, a través del coinercio y de la usura, hicieron revertir hacia ellas todas las riquezas en especie de las regiones en las cuales se instalaron. También, por miedo a caer en sus manos y encontrarse expropiados, lo cual parece ser que no podía dejar de producirse dado su genio comercial, a medida que aparecían, el naciente Feudalismo prohibía a sus miembros, a los que acusaba de explotar al pueblo, la adquisición de bienes raíces: contra ellos, cuando no se hablaba aún del Cristianismo, el Patriciado romano había tenido la misma reacción defensiva. En virtud de lo cual, me parece legítimo creer que la Iglesia cristiana no hizo más que añadir razones religiosas a las de esencia económica o del Patriciado o del Feudalismo, y no a la inversa. Si este punto de vista estuviera justificado, lo que yo llamo una confusión por parte de los historiadores sólo tendría importancia en la medida en que se trata de fijar la causa original de las reacciones de la Europa medieval contra los judíos. Incluso se explicaría muy bien, aquella confusión : por una parte, en el momento en que las primeras de aquellas reacciones fueron observadas, la conciencia que Europa tenía de sí misma era la de ser, no Europa, noción políticamente desconocida entonces, sino la **cristiandad** que se afirmaba contra el paganismo sinónimo de barbarie ; por otra, fue

[19] Antes de esa fecha, el rey visigodo Sisebuto les había expulsado de España (613) con todo lo que era de origen oriental, y el rey Dagoberto de Francia (629) pero aquellas proscripciones habían sido de corta duración.

la Iglesia, católica o reformada, la que acaudilló la lucha contra los judíos y, o reivindicó su honor en su lucha contra los heréticos, o asumió su responsabilidad a los ojos de los que se la imputaban como un crimen. Pero ese es un problema para mandarines : sea cual fuere la hipótesis, la realidad tangible para los judíos es que, desde aquel siglo X hasta el XVI, aproximadamente, en toda la Cristiandad fueron aquí o allá despojados periódicamente de riquezas que se consideraban mal adquiridas, por los príncipes, los reyes o los emperadores, sea con la bendición, sea a instigación de la Iglesia asociada al reparto de los beneficios de la operación. El proce-
[166] dimiento era simple: la confiscación de los bienes acompañada de la a prisión o del exilio. Y el motivo siempre el mismo : la usura, o la profanación de un lugar o de un objeto de piedad, o las dos cosas. Incluso pueden citarse numerosos casos de burgueses —ya que, en el curso de aquel período, había nacido en las ciudades la Burguesía de vocación comercial y los judíos eran para ellos unos peligrosos competidores— que acusaron a judíos de una profanación cualquiera ante la autoridad eclesiástica para conseguir que fueran encarcelados o exiliados y librarse así de deudas que habían contraído con ellos.

Sin duda alguna, el período más duro para los judíos corresponde a los siglos XIII, XIV y XV, ([20]) en el curso de los cuales se observa un reflujo de sus comunidades hacia el Este europeo que había permanecido lo bastante liberal con respecto a ellos como para que continuaran produciéndose conversiones al judaísmo. En efecto, fue más tarde, a medida que la religión ortodoxa alcanzó aquellas regiones y que nació en ellas la noción de Imperio de todas las Rusias cuando, paralelamente, nació también en ellas la hostilidad contra los judíos, traduciéndose en unas medidas mucho más terribles que en el oeste : la palabra *pogrom* pertenece al vocabulario ruso. En el Oeste, la aparición del humanismo en el movimiento intelectual aportó los primeros alivios a la condición de los judíos, y la de los enciclopedistas asestó el golpe definitivo a la hostilidad de que eran objeto. La Revolución Francesa los hizo ciudadanos como todo el mundo (1791), y el movimiento se extendió por toda Europa : Prusia (1812), la Confederación germánica (1848), Inglaterra (1858), Italia (1870). Pero la era de los «*pogroms*» había empezado en «todas las Rusias» : la migración hacia el Oeste cobró nuevo vigor y, en la segunda mitad del siglo XIX hizo aparecer, por reacción, la palabra antisemitismo en todos los diccionarios, y lo que designaba —con bastante impropíedad, tal como ya he señalado— en todas las políticas nacionales.
[167]

En aquella segunda mitad del siglo XIX cruzaron el Atlántico sus primeros elementos, atraídos por «la Ramada del oro». Procedentes de «todas las Rusias», incluida Polonia, y de Alemania, los judíos que habían tardado más de veinte siglos en alcanzar, según sus propias estadísticas, la cifra de 10 millones en el resto del mundo no necesitaron más de 50 años para llegar a los cinco millones en los Estados Unidos (cf. p. 157), es decir, para ser tan numerosos allí como en lo que, antes de 1914, era el Imperio de los Zares.

En el siglo XX, la Revolución rusa, la política general de Polonia, más particularmente a partir del momento en que el coronel Beck empezó a desempeñar un papel en ella (1932), y finalmente Hitler, aceleraron todavía más el movimiento hacia los Estados Unidos, y sólo los que no disponían de los medios para alcanzarlos se detenían aún en Holanda, en Bélgica, en Inglaterra y en Francia. Una parte de ellos trató de alcanzar el «Hogar Nacional Judío» creado en Palestina por la Comisión Balfour (2 de noviembre de 1917) y lo consiguieron a pesar de la hostilidad de Inglaterra que había fijado unas cuotas de entrada. Pero los Estados Unidos seguían siendo el centro de

[20] Por decreto de expulsión fueron rechazados de Inglaterra (1220), de Francia (1394) y de España (1492).

atracción por excelencia. En 1928, la política estaliniana de Rusia, que no era particularmente benévola para los judíos pero que de todos modos los quería mantener dentro de sus fronteras, les cerró como a todos los súbditos rusos las puertas de salida al Oeste y creó, para ponerlo a su disposición, el Birobidjan, situado en las fronteras de Manchuria, como territorio autónomo en el seno de la URSS : muy pronto, Stalin se dio cuenta de que si bien el número de judíos disminuía en Ucrania y en la Rusia Blanca, no aumentaba en el Birobidjan, su punto de destino, al que se dirigían únicamente para huir del régimen cruzando la frontera de China, muy próxima —lo cual era un juego con la complicidad de los chinos, entonces hostiles a la URSS—, y desde allí, por Hong-Kong y Shangai, alcanzar los Estados Unidos donde la complicidad de los que les habían precedido y habían adquirido una gran influencia política les permitía entrar clandestinamente. En vísperas de la guerra, en Rusia, nadie hablaba ya del Territorio judío autónomo de Birobidjan.
[168] En el resto del mundo tampoco, por otra parte. Volvería a hablarse de él durante la guerra en unas circunstancias que serán definidas más adelante y de las que, de momento, bastará. decir que, al enviar a los judíos por la ruta de Siberia —del Asia Central, decían las noticias llegadas de Rusia—, dieron una consistencia muy importante a su movimiento de emigración hacia los Estados Unidos por el Este.

IV. EL MOVIMIENTO DE LA POBLACIÓN JUDÍA EUROPEA DESDE 1933 HASTA 1945

En 1933, el área de partidade la migración judía o, si se quiere, su cuenca de alimentación, no es ya el triángulo definido por la desembocadura del Vístula, la del Danubio y la del Volga : se han unido a ella sucesivamente los países de la Europa danubiana que la inestabilidad política y los disturbios subsiguientes a la primera guerra mundial les impulsaban a abandonar y, en último lugar, Alemania, Austria y Checoslovaquia. Por añadidura, además de los Estados Unidos, desde 1917 (Convención Balfour) hay un segundo punto de destino : Palestina.

A pesar de la confusión creada y, muy afortunadamente para la verdad histórica, mucho más sistemáticamente que docta o adecuadamente cuidada por el Movinúento Sionista Internacional en torno al período posterior a 1933 de aquella migración, existen, desde su área de partida a sus dos puntos de destino, cierto número de hechos hoy perfectamente conocidos e indiscutiblemente establecidos, que jalonan en el tiempo y en el espacio los caminos que siguió y destruyen irremediablemente la tesis de los seis millones de judíos exterirúnados. Para la mayoria de ellos, por otra parte, con su política general con respecto a Alemania y, especialmente, con el número incalculable de procesos que ha reclamado contra ciudadanos alemanes para demostrar y volver a demostrar que aquellos seis millones de judíos habían sido exterminados, el propio movimiento sionista
[169] internacional nos ha revelado esos hechos si los ignorábamos, o ha confirmado su materialidad en nuestras mentes si nos limitábamos a sospechar su existencia : un número incalculable de procesos exige un número más incalculable aún de testigos para apoyar la acusación, de periodistas para dar cuenta de los debates y, es la ley de los grandes números, era fatal que entre ellos se encontrasen bobalicones tipo Shalom Baron (Profesor de la Universidad de Columbia, no lo olvidemos... testigo en el Proceso Eichmann: ¡un testigo que no había visto nada!) o Hannah Arendt (enviada especial del

The New-Yorker al mismo Proceso... véase su historial, por otra parte) para vender la mercancía. No era menos fatal que llegara un día al estrado del Tribunal de la Historia un despistado con pretensiones de originalidad como el señor Raul Hilberg, y que ese despistado utilizara todos aquellos procesos de modo que, no sólo todo lo que se había dicho antes de su intervención quedara hecho añicos, sino también, de rebote, todo lo que él mismo decía. «El que quiere demostrar demasiado ... », dice el proverbio.

Perfectamente conocidos e indiscutiblemente establecidos, todos esos hechos que nos han puesto en el camino de la verdad histórica sólo lo son, por desgracia, para unos especialistas que, por indiferencia, por motivos políticos o por interés, en su mayor parte se los callan o se esfuerzan —mal, como hemos visto y como veremos en lo que respecta a los del movimiento sionista internacional— en mantenerlos ocultos. Yo soy de los que, por respeto a mi profesión y sumisión a los imperativos morales que le son propios, conceden una gran importancia a que sean conocidos también del gran público. En beneficio también de la evolución general de las sociedades, a las que su desconocimiento orienta hacia los callejones sin salida y las catástrofes. Ya que las sociedades se ven empujadas a esos callejones sin salida y precipitadas a esas catástrofes porque la política se basa por regla general en conjeturas, elaboradas a menudo, por no decir siempre, en-función de sus intereses personales por los políticos que las enuncian, y no en función de las verdades establecídas. De ahí la necesidad de investigar y de establecer, para uso de la masa de personas honradas, esas verdades que
[170] les permitirán defenderse contra las empresas interesadas de los políticos.

La historia, dicen los historiadores, se enseña siguiendo su curso y se comprueba remontándolo. En su lenguaje, los policías expresan esa idea diciendo que la verdad se descubre «remontando los hilos», no descendiéndolos. Como se trata de comprobar una estadística, es decir, una suma, recurramos también al lenguaje de los matemáticos que enseñan para uso de contables que, comprobar una suma, es rehacerla totalizando de abajo a arriba si ha sido efectuada totalizando de arriba a abajo, o viceversa. Arriba, en ésta, es el área de partida de la migración judía : Europa, donde se produjo el drama, un bosque de testimonios expresando únicamente aspectos parciales de acontecimientos imbricados los unos en los otros y, por añadidura, falseados por los elementos constitutivos de la psicología del testigo. Por ese arriba los historiadores y estadísticos del Movimiento Sionista Internacional han empezado a totalizar sus muertos fingiendo, porque deseaban que fuera así, no ver que la suma obtenida no podía dejar de desmultiplicarse hasta el infinito, del mismo modo que se ampliaría hasta el infinito un paisaje reconstruido con todas las fotografías parciales tomadas de él y de las cuales, previamente no se hubiera hecho desaparecer, en cada una de ellas, lo que figura también en alguna o en varias de las otras debido a la superposición de las vistas. Las visiones parciales de los testigos se superponen como las de los objetivos de los aparatos fotográficos, y un paisaje natural no es ya la suma de las segundas no retocadas por un fotógrafo, del mismo modo que un paisaje histórico no es la suma de las primeras no contrastadas por los historiadores. Hasta que se lleve a cabo esa labor de contrastación, todo permanecerá confuso, y en consecuencia incierto y conjetural, sobre los lugares mismos del drama. Sin embargo, no parece que estemos en vísperas de su realización : la ley absurda de los cincuenta años o la tranquilidad de los políticos. Hasta que expire ese plazo, si los historiadores se sienten tentados de todos modos a aclarar las circunstancias del drama —y la urgente necesidad de luchar contra la mentira histórica les empuja a ello continuarnente—, estarán condenados a
[171] proceder por aproximaciones, sucesivas a partir de los hechos establecidos. En ese contexto se inscribe la elaboración de este estudio.

El abajo de la suma son los dos puntos de destino de la migración: los Estados Unidos e Israel donde, en cambio, casi todo es conocido, aunque anegado en lo que podría llamarse la película *Obscuridad y Niebla* de la propaganda sionista. Seguir el consejo de los historiadores remontando el curso de la historia, el hilo si se sigue el de los policías, o rehacer la suma empezando por abajo si se sigue el de los matemáticos, es rehacer el inventario de la población judía mundial partiendo de la que hoy es en los Estados Unidos y en Israel. El método ofrece la gran ventaja de que obedece a la regla de oro de todas las investigaciones científicas: partir de lo conocido para ir a lo desconocido y di-sipar sus misterios por medio de lo conocido.

A tal señor, tal honor : Israel primero.

En 1926, nos dice Arthur Ruppin (cf. estadística p. 142), había 250.000 judíos en Palestina. Pero las estadísticas oficiales del Estado de Israel reproducidas por André Chouraqui (*El Estado de Israel*, ob. cit., p. 62) nos dicen que había solamente 150.000 en 1927 y 1.74.610 en 1931, víspera del acceso al poder del coronel Beck (ministro de Asuntos Exteriores) en Polonia y de Hitler en Alemania. Dado que este estudio tiende a demostrar, además de que no coinciden entre ellas, que todas las estadísticas de fuente judía publicadas después de la guerra no coinciden tampoco con la de Arthur Ruppín publicada antes de la guerra y tomada como base de referencia, es preciso, si se quieren establecer comparaciones válidas con la segunda, saber exactamente en primer lugar lo que dicen las primeras acerca de la evolución de la población judía en Israel. Y, para el período posterior a 1931, he aquí lo que les hace decir el señor André Chouraqui: 1947 = 629.000; 1952 = 1.450.000; 1957 = 1.763.000.

Sobre el nivel que alcanzó en 1962 poseemos, por otra parte, dos informaciones tal vez discutibles, pero en todo caso coincidentes, la primera de las cuales conoce ya el lector:

— El comunicado del 31 de marzo de, 1963 del Institut of
[172] Jewish Affairs de Londres publicado el 1 de abril por *Die Welt* de Hamburgo (cf. p. 136) en el que se dice que aquella población se eleva a 2.045.000. ([21])

— Un discurso pronunciado el 17 de julio de 1963 ante el *Knesseth* (Parlamento israelí) por el señor Levi Eskhol (sucesor de Ben Gurion) en el que se dice que, de los 2.270.000 habitantes con que cuenta el Estado de Israel, 2.050.000 son judíos.

Admitiremos que el señor Levi Eskhol, Presidente del Consejo del Estado de Israel, está probablemente mucho mejor informado que el Institut of Jewish Affairs de Londres y retendremos su cifra. De todos modos, una diferencia de 5.000 unidades carece de importancia.

Henos aquí, pues, en presencia de cuatro puntos significativos de la evolución de la población judía israelí : 1931 (víspera del acceso al poder del coronel Beck en Polonia y de HitIer en Alemania), 1947 y 1952 (víspera y día posterior de la creación del Estado de Israel), y finalmente 1962.

Para determinar la importancia de la inmigración judía a Israel desde 1931 a 1962, nos falta una tercera información : el índice de crecimiento natural de la población judía mundial. Pero el señor Shalom Baron, Profesor (de historia judía, es cierto... aunque sería más propio decir «de historias judías») de la Universidad de Columbia, nos proporcionó una cuando, el 23 de abril de 1961, declaró ante el Tribunal de Jerusalén que, en relación con lo que era en 1945, la población judía mundial había aumentado en un 20 por ciento.

[21] *The Jerusalem Post Weekly* (19-IV-1963, ob. cit., cf. p. 108, nota 1) dice 2,3 millones. Por otra parte, en su libro *El Pueblo y el Estado de Israel*, Ben Gurion dice 2 millones en 1958 (p. 66). Si no hay más que 2.045.000 en 1962, esto significa no sólo que el índice de crecimiento natural del 1 % anual no es alcanzado en Israel, sino también que la inmigración se ha interrumpido. Tal vez podría hablarse incluso de emigración...

Una vez no hace costumbre : de buenas a primeras, a simple vista, me niego categóricamente a aceptar como fundado semejánte cálculo. En efecto, un índice de crecimiento natural del 20 % calculado sobre 16 años, equivale a un índice medio anual del
[173] 1,25 %, es decir, el de la población mundial cuyos demógrafos calculan que a su ritmo actual de proliferación se duplicaría cada 80 años. Pero ese índice sólo lo alcanza en el octogésimo año. En lo que respecta al dieciseisavo, no parece que haya sido calculado o, si lo ha sido, yo no me he enterado : lo indudable es que tiene que ser muy inferior. Francia, que al parecer prolifera al ritmo mundial, ha pasado por ejemplo de poco menos de 42 a poco más de 46 millones de habitantes, durante esos dieciséis años, o sea, un índice global de crecimiento del 10 %, con una media anual del 0,62 %. Durante el mismo período, Italia que prolifera a un ritmo superior al ritmo mundial, ha pasado de poco menos de 43 a poco más de 50, o sea, un índice global del 14 % con una media anual del 0,89 %. Los Estados Unidos, por su parte, parecen haber pasado paralelamente de 168 a 186 millones, o sea, un índice global aproximado del 12 por ciento con una media anual del 0,75 %, pero en este caso hay que contar con una inmigración importante que las medidas legislativas de 1901 a 1924 no han logrado reducir. ¿Qué ocurre con la población judía mundial? He aquí, en primer lugar, transportado a escala de los 80 años de referencia de los demógrafos y del siglo, lo que nos da el cálculo del Profesor Shalom Baron:

— en el año l6.° : 10 millones + 20 % = 12 millones (+ 1,25 % por año) ([22])
— en el año 32.° : 12 millones + 20 % = 14,4 millones (+ 1,37 % por año)

— en el año 48.° : 14,4 millones + 20 % = 17,28 millones (+ 1,51 % por año)

— en el año 64.° : 17,28 millones + 20 % = 20,76 millonees (+ 1,68 % = ¡más que duplicada!)
[174]

— en el año 80.° : 20,76 millones + 20 % = 24,83 millones (+ 1,86 % por año)

— en el año 96.° : 24,83 millones + 20 % = 29,86 millones (+ 2,06 % por año)

lo cual significa que, más que duplicada desde el año 64.0, la población judía mundial se habría casi triplicado desde el octogésimo : lo que equivale a decir que los judíos son, sino más, al menos tan prolíficos como los chinos, cosa que dista mucho de ser evidente, según sus otras afirmaciones sobre el tema.

En ausencia de toda información comprobada en lo que a ellos respecta, me he interrogado, sobre el índice medio anual de crecimiento natural que conviene aplicarles, y he llegado a las siguientes conclusiones :

— La población judía mundial se encuentra siempre en estado de migración.
— Las poblaciones en estado de migración crecen proporcionalmente menos que las poblaciones sedentarias.
— Una población sedentaria que se duplica cada 80 años alcanza un índice medio anual del 1 % a partir del año 64.°.

[22] Al hacer la traducción de la obra se han observado algúnos errores en las operaciones matemáticas que, sin embargo, no afectan en absoluto esencialmente a la tesis propuganada. Dado que no podemos pedir la corrección al Sr. Rassinier porque faúleció hace años, hemos preferido respetar la versión original. (Nota a la Ed. española.)

— Limitado en un extremo por el año 1931, en el otro por el año 1962, los períodos considerados en los cálculos que siguen no sólo no podrán sobrepasar los 31 años sino que serán incluso de 16, de 10 o únicamente de 5 y de 4 años, lo cual significa que el índice medio anual del 1 %, si se retiene en los cálculos, será para los judíos en estado de migración superior al de los italianos sedentarios, es decir, al normal.

Juguemos limpio : retengámoslo, de todos modos... en virtud del principio que establece que la duda debe beneficiar siempre al acusado.

Método de cálculo, ahora : siendo el crecimiento natural de una población la diferencia entre el número de los que nacen y el de los que mueren en ella, si se logra, a partir de los cuatro puntos significativos de la inmigración judía a Israel, determinar el crecimiento natural de cada una de las grandes oleadas, debc-
[175] ría bastar con deducirlo de la población judía del Estado de Israel en 1962 y añadir el número de muertos sobre el terreno al resultado obtenido para conocer el número de inmigrantes reales del período 1931-1962. En este caso particular, habrá que tener en cuenta también a aquellos que emigraron a Israel y, decepcionados por la experiencia, volvieron a marcharse, añadiéndolos también al resultado obtenido.

1. — Crecimiento natural:

— desde 1931 hasta 1962, los 174.610 judíos censados en Palestina en 1931 aumentaron en un 31 % = 54.129

Aquí *54.129*

— desde 1947 hasta 1962, los 629.000 censados en 1947 aumentaron en un 15 % = 94.350

Aquí *94.350*

— desde 1952 hasta 1962, los 1.450.000 censados en 1952 aumentaron en un 10 % = 145.000

Aquí *145.000*

A lo cual hay que añadir el crecimiento natural:

-— el de los 629.000 judíos censados en 1947 que llegaron a Israel entre 1931 y 1947 ;
— el de los 1.450.000 censados en 1952 que llegaron a Israel entre 1947 y 1952 ;
— el de los 2.050.000 censados en 1962 que llegaron a Israel entre 1952 y 1962.

He aquí lo que da esta segunda serie de cálculos efectuados de acuerdo con las reglas que me enseñaron en la escuela elemental :

a) desde 1931 hasta 1947, los 174.610 judíos censados en 1931 aumentaron en un 16 % y se convirtieron en :
[176]

$$\frac{174.610 \times 116}{100} = 205.547$$

Aquí *205.547*

En consecuencia, incluido su crecimiento natural, los llegados durante este período representan: 629.000 - 205.547 = 426.453, y su propio crecimiento natural:

$$\frac{426.453 \times 16}{116} = 58.821$$

Aquí *58.821*

b) desde 1947 hasta 1952, los 629.000 judíos censados en 1947 aumentaron en un 5 % y se convirtieron en:

$$\frac{629.000 \times 105}{100} = 660.450$$

En consecuencia, incluido su crecimiento natural, los llegados durante este período representan: 1.450.000 - 660.450 = 789.550, y su propio crecimiento natural:

$$\frac{789.550 \times 5}{105} = 37.598$$

Aquí *37.598*

c) desde 1952 hasta 1962, los 1.450.000 judíos censados en 1952 aumentaron en un 10 % y se convirtieron en:

$$\frac{1.450.000 \times 110}{100} = 1.595.000$$

En consecuencia, incluido su crecimiento natural, los llegados durante este período representan: 2.050.000 - 1.595.000 = 455.000, y su propio crecimiento natural:

[177]

$$\frac{455.000 \times 10}{110} = 41.364$$

Aquí *41.364*

Crecimiento natural total ([23]) *431.262*

2. - ***Inmigrantes reales durante este período*** (mortalidad sobre el terreno no incluida). Para obtener su número, no sólo hay que deducir esa cifra de la población judía del Estado de Israel en 1962, sino también las 174.610 personas censadas en 1931

[23] Total de las cifras subrayadas.

que están incluidas en ella, lo cual nos da : 2.050.000 - (431.262 + 174.610) = 1.444.128 ([24])

Aquí *1.444.128*

3. - ***La mortalidad sobre el terreno entre los inmigrantes.*** Sobre el índice de mortalidad, las fuentes judías no son prolijas. Sobre el índice de natalidad tampoco, por otra parte. Al menos que yo sepa. En lo que respecta al segundo, se encuentran de cuando en cuando informaciones de este tipo : «El promedio de hijos por familia es de 3,8» (*El Estado de Israel*, André Chouraqui, p. 77), lo cual no significa nada. En lo que respecta al primero, también de cuando en cuando, un periodista lanza una cifra: 13 %, 14 %, algunos descendiendo a 10 %. Los especialistas tipo Shalom Baron sólo se sienten fascinados por el índice de crecimiento natural y lo establecen al nivel de la población judía mundial, no en función del número de nacimíentos y del de defunciones, sino en función de la representación que quieren dar de él al mundo en las dos fechas de 1946 y 1962, tras haber deducido previamente los seis millones de
[178] exterminados. Es un índice decretado por sumisión a unos imperativos políticos. Y absurdo, como se ha visto. La población judía israelí es una población joven : en todas las migraciones, los jóvenes se marchan y los viejos se quedan. En Buchenwald, donde había judíos intemados, no recuerdo haber conocido a ninguno que tuviera menos de 50 años. En los pueblos de la Europa occidental, el índice de mortalidad se sitúa alrededor del 17 %. Es verosímil que sea del 13 al 14 % en Israel. Pero en 1946, 1947 y 1948 se produjeron los acontecimientos de la guerra que lo elevaron un poco para el conjunto del período. Digamos, pues, 14 %. De todos modos, si cometo algún error, sólo puede ser de unos centenares, o como máximo de unos millares, y estoy dispuesto a corregirlo eventualmente. Mortalidad incluida, la inmigración entre 1931 y 1962 se convierte en:

$$\frac{1.444.128 \text{ x } 1.000}{986} = 1.474.815$$

Aquí *1.474.815*

4. - ***Emigración***. Hay los decepcionados por la experiencia. Pero hay también los que han considerado a Palestina primero, a Israel después, como una etapa impuesta por las circunstancias para ir a otra parte. Hasta 1939, por ejemplo, cierto número de judíos polacos, rusos, alemanes, etc., no tuvíeron los medios financieros necesarios para ir más lejos: algunos ni siquiera pasaron del Africa del Norte, sea por ese motivo, sea porque Inglaterra había limitado la inmigración. Entre 1939 y 1945, Palestina se había convertido, para aquellos que continuaban huyendo clandestinamente, sea por Estambul, sea por Constanza, en el único refugio accesible. Para aquellos rechazados por los ejércitos alemanes más allá de los Urales y del Volga, cuyo número es considerable y que, en 1962, no han logrado aún en su totalidad abandonar el territorio soviético, Israel sigue siendo el más accesible si están más cerca de Israel que de China, a donde pasan los que la tienen más a su alcance para llegar a los Estados Unidos por Shangai y Hong-Kong.
[179]

[24] Si se rehacen esos cálculos a partir del índice anual medio de crecimiento natural del 1,25 % (o del 20 % cada 16 años) del Profesor Shalom Baron, el crecimiento global para el período 1931-1962 se elevaría a 523.308 unidades, o sea, aumentado en 92.046, y el número de los inmigrantes reales que actualmente viven en el país disminuido en otro tanto, o sea, rebajado a 1.444.128 - 128.046 = 1.352.082.

Resumiendo : el señor André Chouraqui nos dice que «de cada cien emigrantes, 95 han logrado vencer las dificultades de la adaptación al país y arraigar en él, en tanto que 5 renunciaban a la experiencia» (ob. cit., p. 75). Es poco, pero no discutamos. ([25]) Inmigración total, pues:

$$\frac{1.474.815 \times 100}{95} = 1.552.437$$

Aquí *1.552.437*

entre 1931 y 1962.

Y ahora, última operación para terminar con Israel : establecer cuántos de esos 1.552.437 inmigrantes procedían de Europa. Aquí, el elemento de apreciación nos es proporcionado por el señor André Chouraqui: «Asia —nos dice (ob. cit., p. 65)— ha proporcionado, desde 1948, 258.181 inmigrantes a Israel, representando el 28,8 % de la inmigración total. Esas 258.181 personas procedían de Turquía (34.797), Irak (122.987), Irán (31.274), Yemen (45.887) ; Siria, Líbano, Aden, la India y China proporcionaron un contingente global de 14.092 almas. Africa figura en tercer lugar (24,8 %), detrás de Europa (43,4 %) y Asia (28,8 %) ; proporcionó a Israel un contingente de 222.806 emigrantes, representando el 24,8 % de la inmigración reciente. Africa del Norte, en cabeza del contingente africano, proporcionó más de 150.000 inmigrantes originarios principalmente de Marruecos y de Túnez».

Nota importante: esto fue escrito en 1958, publicado en 1959, y las informaciones dadas lo son con fecha del 31 de diciembre de 1957.

Primera conclusión: El estilo cabalístico utilizado para re-
[180] dactar esta información siembra la duda sobre la autenticidad del porcentaje de los inmigrantes de origen africano, presentado en una frase como una proporción de «la inmigración total» y, en la siguiente, como una proporción de «la inmigración reciente». Por vía de consecuencia, puede creerse que los otros porcentajes no son ni más auténticos, ni más significativos.

Segunda conclusión : El 3 % que no se contabiliza en esta enumeración (100 % - 24,8 % - 43,4 % - 28,8 % = 3 %) y que, en virtud de lo que antecede, no se sabe si es una proporción de la inmigración total o de la inmigración reciente, se refiere al continente americano y al continente australiano. Sin embargo, es lo bastante concreto para significar que muy pocos judíos llegaron de esos dos continentes.

Tercera conclusión : Con excepción de los del Yemen, cuya Odisea perfectamente conocida podría proporcionar un tema no desprovisto de interés para una novela de humor negro, ([26]) todos los otros inmigrantes censados por el señor André Chauraqui pueden ser, bien judíos que abandonaron Europa después de 1931, bien sus descendientes en primero o segundo grado nacidos en Africa o en Asia. Digo « pueden ser», no «son», ruego que se tome nota de ello. Palestina, por ejemplo, es Asia, y todos los que llegaron a Israel desde su parte no israelí después de 1948 pueden figurar como

[25] En una obra destinada a los estudiantes de la Escuela de Altos Estudios Comerciales (Principios y tendencias de la planificación rural en Israel, París, 1963), el Profesor Albert Meister pretende que «un inmigrante en Israel de cada diez (o sea, el 10 %) regresa a la Diáspora» después de una breve estancia.

[26] Cuando el avión que, en varios viajes, les llevó a una Tierra Prometida que ya no esperaban y que la mayoría de ellos ni siquiera sabía dónde se encontraba, viene a decimos el señor Leon Urís (*Exodo*), en el primer momento creyeron en el fin del mundo anunciado en las Escrituras para «el día que los hombres volarán». Y llegaron a Israel para descubrir cosas tan insospechadas por ellos como una mesa, una silla o un tenedor, etc., pero también con el convencimiento de ser «el pueblo elegido» predestinado a hacerse cargo, en el siglo XX, del futuro del mundo.

«proporcionados » por Asia en la información de señor André Chouraqui. Pase para los que nacieron allí, pero, ¿y sus padres? Turquía, Irak, Irán, Síría, el Líbano son también Asia, y estos países eran precisamente los más accesibles para los judíos europeos antes y durante la guera. A menudo los únicos. Los hubo que llegaron a
[181] Afríca por Francía, especialmente hasta 1939, y puede hacerseel mismo razonamiento a propósito de ellos. Pongámonos en ellugar del judío polaco que abandonó su país en 1932 ó 1933 : no pudiendo llegar a Israel antes de 1948, puesto que el Estado del mismo nombre no existía, en la mayoría de los casos no llegó allí hasta después de 1948, a menudo mucho después, con los hijos que habla tenido entretanto, es decir, después de haber pasado quince, dieciséis o más años en Palestina, en Irak, en Siria, en Argelia, en Túnez o en Marruecos. Y, si se le pregunta de dónde viene, no tiene nada de extraño que cite el país donde ha vivído últimamente ya que, siendo el cosmopolitismo uno de los rasgos característícos —atávicos, podríamos decir— del alma judía, hace mucho tiempo que ha dejado de ser polaco, suponiendo que recuerde haberlo sido. Para él, la Polonia donde nació no ha sido nunca una patria, sino «un país de acogida», expresión utilizada por todos los judíos del mundo para designar el país en el que viven, incluso si han nacido en él, cuando hablan entre ellos. En su espíritu, Polonia se ha convertido en el país que le ha acogido, mal y su verdadero «país de acogida» es aquel en el que ha podido refugiarse cuando se vio obligado a abandonar el anterior. Esto tiene validez para todos los que, entre los años 1939-1945, lograron abandonar clandestinamente no sólo Polonia sino también Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria e incluso Rusia si no fueron rechazados más allá de los Urales o del Caspio, y que no llegaron a Israel hasta estos últimos años o están llegando todavía. El señor André Chouraqui sólo estudia la inmigración en Israel : es lo único que le interesa, y está en su derecho. Es incluso el tema que trata y no puede reprochársele que se límite a su tema. Pero eso es muy cómodo : así puede disminuir a su antojo el número, de judíos europeos que emígraron a Israel haciéndolos llegar de su última residencia anterior a 1948 —perdón, del último «país de acogida»—, que se encontraba en Asia o en Africa. Y aumentar en otro tanto el número de los extermínados. ¿En qué medida ha sido utilizado este subterfugio? El elemento capital de la respuesta a esta pregunta nos es proporcionado por el siguiente párrafo.
[182]

Cuarta y última conclusión: El libro del señor André Chouraqui está fechado en 1959 y la situación que nos presenta es la de 1957, como ya he dicho. Ahora bien, nos dice, en 1957 «Asia había proporcionado, desde 1948, 258.181 inmigrantes representando el 28,8 % de la inmigración total en fecha 31 de diciembre de 1957».

De ahí que la inmigración total sea :

$$\frac{258.181 \text{ x } 100}{28,8} = 896.642$$

Sin embargo, la población judía israelí pasó de 1.763.000 el 31 de diciembre de 1957 (André Chouraqui, ob. cit., p. 74 y estadística oficial para ese año *dixunt*) a 2.050.000 el 31 de diciembre de 1962, y esto significa un aumento de 2.050,000 - 1.793.000 = 257.000, que, deducción hecha del crecimiento, natural, representan 159.381 nuevos inmigrantes ([27]) durante aquel período de 5 años. Dado que el total era

[27] Para evitar una repetición fastidiosa, no he hecho el cálculo ante los ojos del lector: si experimenta la necesidad de comprobarlo, puede hacerlo él mismo. Encontrará el método en las páginas 175 y siguientes, con ocasión de cálculos idénticos en todos sus extremos.

de 1.552.437 (cf. p. 179), el 31 de diciembre de 1957 habían ya 1.552.437 - 159.381 = 1.393.056, y no 896.642. Y, calculado sobre sus propias cifras, el error del señor André Chouraqui, quiero decir el coeficiente de minimización, es de 1,56.

Otro ejemplo : el de los judíos marroquíes y tunecinos que, nos dice el señor André Chouraqui, llegaron a Israel en número de 150.000. Veamos. En Marruecos, eran 120.000 en 1926, nos ha dicho Arthur Ruppin, y en Túnez, 60.000. Total para los dos países: 180.000. En 1948 habrían tenido que ser : 180.000 + 22 % = 219.600. Si 150.000 de ellos llegaron a Israel, quedaban en aquella fecha : 219.600 - 150.000 = 69.600. Que, en 1962, se habían convertido en : 69.600 + 14 % = 79.344. Sin embargo, el estudio de *The Jewish Communities of the World*
[183] (ob. cit. cf. p. 137, nota 11) nos informa de que en 1962 habían : 125.000 judíos en Marruecos + 35.000 en Túnez = 160.000. El *Jewish Post Weekly* (del 19-4-63, oc. cit.) lo confirma. De lo que resulta que 160.000 - 79.344 = 80.656 de los judíos dados como marroquíes y tunecinos por el señor André Chouraqui no lo eran : son los que no pudieron ir más lejos en vista de circunstancias personales o ajenas a su voluntad. Sólo eran realmente marroquíes y tunecinos : 150.000 - 80.656 = 69.344. Aquí, se trata de un coeficiente de exageración (es la misma cosa, ya que esta manipulación de las cifras en los dos sentidos no tiene otro objetivo que el de aumentar el número de los exterminados en Europa disminuyendo por todos los medios el número de los que lograron abandonarla), del orden de 2,16 exactamente.

Tercer ejemplo : los judíos alemanes. «Los judíos alemanes —nos dice el señor André Chouraqui (ob. cit., p. 66)— fueron casi totalmente exterminados por los nazis». Sin embargo, sabemos, y todos los historiadores y estadísticos judíos están de acuerdo con ello, incluido el propio Chouraqui, que de los 500.000 judíos que según Arthur Ruppin vivían en Alemania en 1926, o los 540.000 que según las estadísticas judías de postguerra vivían allí en 1933, alrededor de 300.000 abandonaron el país entre 1933 y 1939, y que 40.000 según Poliakov y el Centro mundial de documentación judía contemporánea, 80.000 según Raul Hilberg (cf. p. 146 las dos estadísticas), estaban vivos en 1945. Total de los que escaparon, pues : 300.000 + 40.000 = 340.000 ó 300.000 + 80.000 = 380.000. Sobre 500.000 ó 540.000 : «casi totalmente exterminados», traduce el buen hombre. Con lo cual se ve que el estilo cabalístico que permite sembrar la confusión (cf. conclusiones 1 y 2), permite cultivar también el sensacionalismo. Por desgracia, no dispensa de la informalidad : la cifra de la inmigración total el 31 de diciembre de 1957 es de 896.462 según sus datos de la p. 65, de 896.085 según otros de la p. 66 y, finalmente, cuando lo presenta según la propia estadística, se convierte en 905.655. Lo,mismo ocurre con la población total del Estado de Israel que, el 31 de diciembre de 1957, es de 1.954.954 (p. 64) y se convierte en : 1.763.000
[184] judíos + 213.000 cristianos y musulmanes = 1.976.000 (p. 74). Confieso que la señora Hannah Arendt y el señor Raul Hilberg no lo han hecho mucho mejor.

No terminaríamos de citar los ejemplos. Resumiendo : lo que quiero decir aquí es que si esos coeficientes de exageración son del mismo orden —¿y por qué no, puesto que no se trata de errores sino de un cálculo deliberado?— en lo que respecta a los porcentajes de los judíos europeos, africanos o asiáticos que, según él, emigraron a Israel, bastaría con aplicarles el coeficiente medio de exageración para restablecerlos aproximativamente en sus relaciones reales entre ellos. Coeficiente medio:

$$\frac{1.55 + 2.16}{2} = 1.85$$

De ahí, para los judíos de Africa y Asia:

$$\frac{24{,}8\ \% + 28{,}8\ \%}{1{,}85} = 29\ \%$$

Y, para los judíos europeos: 43,4 % + (53,6 % - 29 %) = 68 %. Sigue faltando el 3 % no contabilizado (cf. 1.ª conclusión sobre la información del señor André Chouraqui).

Traducido en cifras, el número de los inmigrantes de origen europeo se convierte entonces en:

— Calculado sobre la inmigración total (incluidás mortalidad y emigración) :

$$\frac{1.552.437 \times 68}{100} = 1.055.657$$

— Calculado sobre la que ha sobrevivido y se ha aposentado:
[185]

$$\frac{1.444.128 \times 68}{100} = 982.007$$

Así habla la aritmética... al menos la que yo aprendí. Además, es muy verosímil y he aquí por qué : esas cifras coinciden casi absolutamente con las que el *New-York Times* publicó el 22 de febrero de 1948, a base de los datos que le facilitó su experto Hanson W. Baldwin, y que, para evitar todo malentendido, me permito citar en su mismo texto : «*There are 650.000 to 700.000 Jews in Palestíne. Another 500.000 inhabit other countries in the Middle East... In these countries the Jews are tied by bonds of religion to the rest of the fifteen to eighteen million Jews of the world*». En esos 1.150.000 a 1.200.000 judíos señalados como habitando en Palestina y en otros países del Oriente Medio en 1947, deducción hecha de los que, de fuente judía, vivían allí en 1931, había un poco más o un poco menos de 750.000 inmigrantes, según se base la opinión en las estadísticas judías de antes o de después de la guerra. Y esos inmigrantes procedían casi todos de Europa por la sencilla razón de que, con muy pocas excepciones, los que vivían en otras partes no tenían motivos para experimentar en masa el deseo de dirigirse hacia allí, y no lo experimentaban. Aquellos fueron los primeros en llegar a Israel porque, prácticamente, estaban sobre el terreno. Si a continuación se unieron a ellos otros 200 a 250.000 judíos europeos, en lo que respecta a la inmigración de este origen creemos en unas cifras del orden de las que resultan de mis cálculos.

Si cito a Hanson W. Baldwin en apoyo de mi tesis no es solamente porque sus evaluaciones son verosímiles, sino por un motivo más sólido : en lo que respecta a la población judía palestina, han sido confirmadas por la estadística oficial de fuente israelí publicada a principios de 1949 para el año 1947, la cual daba la cifra de 629,000. Fueron confirmadas también, para Palestina, por el propio Ben Gurion que, en mayo de 1948 evaluaba la población judía palestina en 650.000 personas (*El Pueblo y el Estado de Israel*, París, 1959, p. 102). No tienen, pues,

[186] nada de conjetural: sobre ese punto, al menos, se trata de una evaluación comprobada. Y comprueba las mías.

Diré incluso más : si Hanson W. Baldwin estaba tan bien informado sobre el nivel de la población judía palestina en 1947, no hay motivo para que lo estuviera menos sobre el nivel de la población judía mundial y no estuviera tan cerca de la verdad al situarla entre 15 y 18 millones en la misma fecha. Si es lo que dice el *New-York Times*, a saber, que esas informaciones procedían de los propios judíos : «*from the secret census made by them in every country in the world*», todo se explica perfectamente : por un medio u otro, Hanson W. Baldwin tuvo conocimiento de aquel «*secret census*». Pero es igual : si aquel secret census tuvo realmente lugar, si el Movimiento Sionista Internacional está tan perfectamente informado sobre las pérdidas judías reales, se trata entonces de un caso de extorsión de fondos (indemnización a Israel por parte de Alemania) montado con premeditación... y mucho mejor que el ataque, que llena las páginas de los periódicos mientras escribo esto, al tren Glasgow-Londres por unos gángsters. Digo bien: «sí». Y ruego que se tome nota de la matización, ya que yo no creo apenas en ese «*secret census*».

Pero volvamos a nuestros judíos europeos que emigraron a Israel entre 1931 y 1962 : 1.055.657, mortalidad y re-emigración desde Israel incluidas, como hemos dicho. Las fuentes judías confiesan 388.901 inmigrantes con fecha 31 de diciembre de 1957 y, en 1963, la prensa mundial continúa publicando esa cifra. He aquí, pues : 1.055.657 - 388.901 = 666.756 judíos europeos que no fueran exterminados por los nazis pero que sin embargo figuran en la columna de los exterminados en las estadísticas de fuente judía. O, si se prefiere, 1.055.657 a deducir de los 9.243.000 dados por Arthur Ruppin (cf. su estadística en la p. 144) como habitando en el espacio europeo controlado por los nazis en unas dimensiones y durante unos períodos diversos y variables entre 1933 y 1945, o de los 9.600.000 dados en Nuremberg por el Juez Jackson. A elegir.

Las evaluaciones que resultan de mis cálculos vienen dadas con un margen de error casi aproximado a la unidad, pero esto
[187] se debe únicamente a que, cuando uno calcula, no puede escapar a esta servidumbre, puesto que las matemáticas, que yo sepa, no han inventado aún otro método de cálculo. Creo que el lector ha comprendido que no se trataba de redondear grandes magnitudes. Habiendo retenido al nivel más bajo posible todos los elementos que han entrado en esos cálculos para que no se me pudiera acusar de atacar con desmesura las tesis del Movimiento Sionista Internacional, del Centro mundial de documentación judía contemporánea y tutti quanti, mi opinión es que en grandes magnitudes esas evaluaciones significan 1.100.000 judíos a deducir de la estadística anterior a la subida de Hitler al poder en Alemania, y 700.000 a deducir de los seis millones anunciados, según se prefiera el uno o el otro de los métodos. Si llegaran a descubrirse nuevos datos que impusieran su revisión, estoy absolutamente convencido de que la revisión tendría que ser en más, y no en menos. Precisamente porque, a fuerza de querer retener al nivel más bajo posible y con tal espíritu de sistema, es casi seguro que en más de una ocasión he retenido a un nivel demasiado bajo el número de supervivientes.

Para los aficionados a las vistas panorámicas, he aquí una Tabla que recapitula el estudio que antecede y que da, al mismo tiempo que la estructura de la población israelí, la de la inmigración desde 1931 hasta 1962. (Véase página siguiente).

Y ahora, pasemos a los Estados Unidos.

* * *

El estudio de la población judía israelí no nos ha permitido encontrar más que a los judíos europeos que habían logrado llegar a Palestina y luego al Estado de Israel, sea por el oeste, sea por la vía del Danubio (Constanza o Constantinopla). Hay otro aspecto de la migración de los judíos europeos entre 1933 y 1945: su movimiento hacia el Este.

Este otro aspecto nos es revelado por al menos dos fuentes judías : el Dr. Reszo Kasztner (*Bericht des Komittees zur Rettung der ungarischen Juden*, ob. cit.) y Alex Weisberg en colaboratión con Joël Brand (*La historia de Joël Brand. Un trueque*
[188]

Estructura de la población israeli

	Inmigración judía entre 1931 y 1962			Población judía desde 1931 hasta 1962		
Naturaleza	Europea	No europea	Totales	en 1931	Crecimiento natural	en 1962
Global	1.055.657	496.780	1.552.437			
Fijada	982.007	462.121	1.144.128	+174.610	+431.262 (5)	= 2.050.000
Mortalidad	20.867	9.280	30.687 (1)			
Emigración	52.783	24.839	77.622 (2)			
Comprob. (3)	1.055.657	496.780	1.552.437	Discurso de	Levi Eskhol (4)=	2.050.000

1. Mortalidad calculada p. 177, párrafo 3 y repartida en la proporción de 2/2 – 1/3 que la de los europeos y de los no europeos en la inmigración.

2. Emigración calculada p. 178, párrafo 4 y repartida en la misma proporción por los mismos motivos.

3. Por adición a cada columna de las cifras que figuran en las líneas 2, 3 y 4; el total debe reproducir las cifras de la línea 1.

4. Cf. p. 172.

S. Advierto al lector no familiarizado con los estudios demográficos que, si se sintiera tentado a creer que el crecimiento natural debe coriesponder al número de judíos que viven actualmente en Israel y que tienen menos de 31 años, cometería un grave. error : los que, por ejemplo, abandonaron Alemania en 1938 en brazos de sus padres sólo tienen 24 años en 1962 y figuran en los 1.144.128 inmigrantes. Igualmente, todos los hijos de europeos que nacieron en Africa del Norte o en otras partes. Entre ellos, los hay que llegaron en brazos de sus padres en 1957 ó 1958, tenían 4 ó 5 años en 1962 y no podían figurar por tanto en la columna del crecimiento natural sobre el terreno. Son inmigrantes, lo mismo que sus padres.

[189] *monstruoso: un millón de judíos por diez mil camiones,* ob. cit.). Y está confirmado por el propio Raul Hilberg... y también por Hannah Arendt, desde luego, pero esta última me disculpará : a riesgo de parecer poco galante, me permitiré decir que su confírmación es mucho menos valiosa y significativa.

He aquí lo que dice el primero:

> «*Bis zum 19. März 1944 galt unsere Arbeit hauptsächlich der Rettung und Betreuung polonischer, slowakischer, jugoslawischer Flüchtlinge. Mit der deutschen Besetzung Ungarns erstreckten sich unsere Anstrengungen auf die Verteidigung der ungarischen Juden... Die Besetzung brachte das Todesurteil*

für die nahezu 800.000 Seelen zählende ungarische Judenheit» (ob. cit. p. 1 - Introducción).

Hungría, donde los judíos no eran perseguidos por el gobierno del Almirante Horthy (un judío, el banquero Stern, era incluso Consejero áulico, y otros muchos eran diputados), fue un lugar de asilo para los judíos polacos, checos y yugoslavos. Al mismo tiempo que establece la materialidad de los hechos, ese texto cita su importancia: 800.000 - 320.000 (Arthur Ruppin *dixit*) = 480.000 judíos polacos, checos y yugoslavos en Hungría con fecha 19 de marzo de 1944.

El Dr. Reszo Kasztner nos dice también cómo se ocupaba en salvarles el Comité para la salvación de los judíos de Budapest, pero la pareja Alex Weisberg-Joël Brand es más concreta : mediante la emigración vía Constanza, proveyéndoles de pasaportes auténticos o falsos. Llegados a Constanza, estaban salvados : Rumania sólo había perseguido a los judíos durante un breve período entre 1939 y 1945. Para cortar de raíz toda discusión, citemos a nuestros dos autores asociados :

«En su prisa por desembarazarse de los judíos, a los alemanes les tenía sin cuidado que desaparecieran en el extranjero o en los hornos crematorios... Los pasaportes extranjeros constituían la más segura protección... En pocas

[190]

semanas (después del 19 de marzo de 1944) hubieron más súbditos (en Hungría) de la República de El Salvador que de todos los otros países reunidos... A raíz de una intervención del Papa y del Presidente Roosevelt, los Gobiernos sueco y suizo entregaron millares de pasaportes y nosotros añadimos de treinta a cuarenta mil. Los poseedores de este viático estaban inmunizados contra la deportación» (ob. cit., pp. 55-56).

Para que un movimiento pueda poner impunemente de «treinta a cuarenta mil» pasaportes suizos y suecos, falsos, en circulación en un país tan vigilado por la doble policía alemana y húngara como Hungría, era preciso que Suiza y Suecia hubiera entregado sino muchos más, al menos otros tantos. Y como circulaban «más de la República de El Salvador que de todos los otros países reunidos», el número de «inmunizados contra las deportacionesio no debía ser muy inferior a los 200.000.

Sin embargo, aquellos «inmunizados» no estaban absolutamente tranquilos sobre su suerte con sus pasaportes auténticos o falsos : la mayoría sólo querían procurárselos para abandonar más fácilmente Hungría. Muchos la abandonaron incluso sin pasaporte. Casi con la complicidad de Eichmann ya que, nos dicen nuestros autores, éste «que había practicado antes de la guerra la emigración en masa de los judíos... interrumpida por la entrada en guerra de Alemania contra Rusia... había insistido en aquella idea desde su llegada a Budapest» (ob. cit., p. 93). Más adelante nos dicen —en substancia— que con pasaporte o sin él llegaban a Constanza y, desde allí, intentaban alcanzar al menos Constantinopla. No siempre resultaba fácil desembarcar en Haïfa. Los que lo conseguían no podían quedarse todos en Palestina debido a la limitación de la inmigración por parte de Inglaterra y, para no ser detenidos, muchos se vieron obligados a desperdigarse por los otros países del Oriente Medio, desde donde intentaron alcanzar Hong-Kong y, desde allí, los Estados Unidos u otro país del continente americano (Argentina, Brasil, Canadá ...). El mismo movimiento por las mismas vías a partir de Constantinopla.

[191]

Pero es el señor Raul Hilberg quien, con las informaciones que nos da involuntariamente tan bien y que él interpreta tan mal, precisamente porque ni siquiera se da cuenta de que nos las da, nos permite reconstruir por entero y en toda su amplitud el movimiento de la población judía europea en dirección al continente americano vía Hong-Kong. A decir verdad, sería más exacto decir que, con esas informaciones, no hace más que confirmarnos su autenticidad, puesto que ya las poseíamos e incluso habíamos utilizado y hecho públicas la mayoría de ellas. Quiero hablar aquí de los judíos polacos y rusos que entre 1939 y 1945 no se encontraron nunca del lado alemán de la línea de fuego. Su número era considerable y el estudio de los horrores de la segunda guerra mundial al que me entrego desde hace más de quince años me ha convencido de que los Estados Unidos eran el país del cual se tenía una idea a la vez más clara y más exacta. Mejor dicho, del continente americano estudiado empezando por los Estados Unidos. Accesoriamente, los incisos que tendremos que efectuar en el curso del estudio en Europa, nos informarán sobre el número de los que lograron alcanzarlo por el Oeste.

En lo que respecta a los Estados Unidos, que son el punto de partida de nuestro periplo, he aquí la mentira evidente que, de buenas a primeras, salta a la vista: no es cierto, como pretende el Institut oí Jewish Affairs de Londres (cf. p. 136), que 5,5 millones de judíos vivían allí en 1962. En 1926, Arthur Ruppin nos dio la cifra de 4.500.000, y los servicios oficiales de empadronamiento de los EE.UU. la de 4,461.184 : evaluaciones coincidentes. Cosa curiosa: por una vez, todos los historiadores y estadísticos judíos están también de acuerdo sobre esa cifra. Apliquemos el coeficiente de crecimiento natural del 1 % anual y, en 1962, es decir, treinta y seis años más tarde, obtenemo s una población judía norteameíicana de: 4.461.184 + 36 % = 6.067.210. Si hubiera aplicado el del Profesor Shalom Baron (el lector me disculpará, pero el señor Shalom Baron se presentó ante el Tribunal de Jerusalén blandiendo su título de «Profesor de la Universidad de Columbia» con tanta ostentación, y dijo cosas de una estupidez tan indiscutible, que ex-
[192] perimento un morboso placer reconociéndole, con no menos ostentación, aquel título cada vez que su nombre acude a mi pluma) del 20 % cada dieciséis años, habría obtenido:

4.461.184 + 20 % = 5.353.421 en 1942
5.353.421 + 20 % = 6.424.105 en 1958
y 6.424.105 + 5 % = 6.745.310 en 1962

y no podía pedir nada mejor para acusar al Institut of Jewish Affairs de Londres de una exageración de 1.245.310 en vez de únicamente 567.000 en números redondos. Pero ese no es mi estilo y me basta con demostrar hasta qué punto dos autoridades judías están en desacuerdo entre ellas. Por lo tanto: 6.067.210. Cuidado : sin tener en cuenta la inmigración, es importante. Sin tener tampoco en cuenta, es cierto, la emigración, aunque ésta es insignificante: el señor André Chouraquí nos dice, en efecto (ob. cit., p. 67), que entre 1933 y 1957 sólo llegaron a Israel 7.232 inmigrantes procedentes de las Américas y de Oceanía. Y no se ven claros los motivos que habrían podido impulsar a otros a dirigirse a otros lugares.

De todos modos, lo que investigamos es la inmigración judía a los Estados Unidos.

Ya hemos visto cómo, después de 1848, pero sobre todo después de 1880, se había inscrito en el movimiento general de los pueblos europeos provocado por la llamada del oro. Entre las dos guerras, en Francia, donde se estaba muy bien situado

para observarla, dado que por el Oeste Francia es un lugar de paso casi obligatorio, la corriente fue bastante lenta hasta los años 30. A partir de 1932, fecha en que el coronel Beck fue nombrado Ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, los judíos polacos empezaron a llegar en masa. Y, a partir de 1933, los alemanes. Los primeros se instalaron en Francia y se dedicaron al comercio, aplicando unos métodos a la vez tan poco conocidos por los comerciantes indígenas y tan poco ortodoxos, que a menudo provocaron indignadas protestas. Luego, un buen día, desaparecían, pero no tardaba en comprobarse que habían sido reemplazados por otros judíos polacos al frente de su
[193] comercio. Los judíos alemanes, por su parte, no hacían más que pasar, por regla general. A finales de 1937 aparecieron los judíos austríacos, cuya corriente aumentó en 1938, después del Anschluss. Y, a finales de 1938 y comienzos de 1939, los judíos checos. Hasta 1932 y desde que terminó la primera guerra mundial, sólo habíamos observado principalmente el paso o la instalación de judíos rusos, rumanos o búlgaros, a los cuales se habían mezclado solamente algunos judíos polacos, unos y otros expulsados de sus respectivos países por la tormenta bolcheviqué y la inestabilidad subsiguiente. En pequeño número, repito. Para el conjunto del movimiento, lo que confirma que sólo se trataba de una trashumación, los datos de fuente judía coincidentes con los de fuente gubernamental, indican que la población judía aumentó de 250.000 a 300.000, desde 1926 hasta 1939 ([28]) —a 270.000 según el señor Raul Hilberg—, o sea, el índice de crecimiento natural, o poco más.

¿Cuántos pasaron así y a dónde fueron?

Para los judíos alemanes, resulta fácil contestar en cuanto a su número. En 1939 no quedaban más que 200.000 en Alemania según el Centro mundial de documentación judía contemporánea, y 240.000 según el señor Raul Hilberg. Las estadísticas oficiales de fuente alemana y especialmente la de M. Korherr, jefe de los servicios hitlerianos de la población, dan unas cifras parecidas : 220.000. Si se dice, pues, que alrededor de 300.000 judíos abandonaron Alemania antes de 1939, todo el mundo estará de acuerdo. Sin embargo, el señor André Chouraqui nos dice (ob. cit., p. 66) que «120.000 emigraron a Israel entre 1933 y 1939», lo que significa que al menos 180.000 fueron a otra parte. Aquí, séame permitido invocar mi testimonio personal. En Belfort, ciudad próxima a la frontera franco-alemana y que se encontraba en el itinerario de la mayoría porque al mismo tiempo se hallaba cerca de la frontera franco-suiza, yo era entre 1933 y 1939 el jefe del Partido Socialista. En calidad de tal, los que eran socialdemócratas y lograban cruzar la frontera,
[194] conocían por regla general mis señas y, para ir más lejos, preferían recurrir a mi ayuda que a la de la comunidad judía: la mayoría de ellos me confiaron que se proponían alcanzar los Estados Unidos donde tenían parientes, lo cual les permitiría fácilmente a la vez entrar y permanecer allí a pesar de la ley de las cuotas sobre la inmigración, que por otra parte casi nunca era esgrimida contra ellos, debido a las circunstancias. Algunos me indicaron el Canadá: por el mismo motivo. Muy pocos el Brasil o Argentina: en estos dos países, la inmigración judía sólo adquirió volumen después de la guerra. Bajo la ocupación, siempre en Belfort, donde yo era entonces responsable del movimiento de resistencia más importante, más serio y más juicioso (Liberación-Norte), la única organización en la que podían confiar, las mismas respuestas, con la diferencia que ahora había que facilitarles el paso a Suiza donde, con la ayuda del Joint Distribution cuya representante era Sally Mayer, esperaban un pasaporte normal para el continente americano, con preferencia para los Estados Unidos o el Canadá. Ninguno, nunca, ni antes ni durante la guerra, me indicó Inglaterra, odiada por todos ellos con la misma intensidad.

[28] Sin embargo, el *World Almanac* de 1945 sólo anota 240.000 (p. 494).

En 1937-38, el mismo fenómeno con los judíos austríacos, y en 1938-39 con los judíos checos. De estas dos últimas nacionalidades no volvieron a verse en Francia durante la guerra: seguían la ruta del Danubio, los primeros después del Anschluss, los segundos después de la conclusión del asunto de los Sudetes. Para los primeros, la estadística del Centro mundial de documentación judía contemporánea y la del señor Raul Hilberg están de acuerdo con las fuentes alemanas: antes de 1939, 180.000 de un total de 240.000 habían logrado abandonar Austria. Y el señor André Chouraqui (ob. cit.) encuentra tan poco importante el número de los judíos austríacos que emigraron a Israel que ni siquiera experimenta el deseo de mencionarlos. ¿A dónde fueron, entonces? Sólo puedo repetirme: todos los que se dirigeron a mi, antes y durante la guerra, me indicaron su preferencia por los Estados Unidos y, en caso contrario, por un país del continente americano.

He aquí, pues, 300.000 + 180.000 = 480.000 judíos alemanes
[195] y austríacos que lograron abandonar Europa entre 1933 y 1939. Excepcionalmente, lo mismo el Centro de documentación judía contemporánea que el señor Raul Hilberg, tienen la honradez de no hacerlos figurar en el número de los exterminados en sus estadísticas. Si los han hecho figurar todos en el número de los que han aumentado la población judía de países que no son Israel y a los cuales forzosamente se dirigieron puesto que ya no están en Francia, es lo que veremos en la Tabla recapitulativa de los emigrantes europeos reales.

Sobre el número de los judíos polacos o de los países danubianos que pasaron por el Oeste para alcanzar el continente americano, —o Africa—no poseía indicaciones concretas que me permitieran fijarlo más allá de la fórmula «un número muy apreciable». Afortunadamente, mi excelente colaboradora, la señora Hannah Arendt, me ha sido muy útil para completar mi documentación. También el señor Raul Hilberg, desde luego, a quien ella ha pedido prestado casi todo lo que dice. Si prefiero citar a la señora Hannah Arendt es porque presenta las cosas con mucha más claridad: ella no sabe nada, lo pide prestado todo, pero hay que reconocerle la claridad. Y a propósito de los judíos franceses, luxemburgueses, belgas y holandeses, ha completado útilmente mi documentación sobre los de Polonia y de los países danubianos que abandonaron Europa por el Oeste.

En Francia, nos dice (*The New-Yorker*, ob. cit., 9 de marzo de 1963), había alrededor de 300.000 judíos en 1939 —esto ya lo sabía— y, en febrero-marzo de 1940, antes de los acontecimientos que desencadenaron la ocupación del país, habían venido a añadirse a ellos 170.000 judíos extranjeros: es lo que yo sólo sabía de un modo muy inconcreto. En aquella época, recuerdo que todos los periódicos franceses hablaron de 200.000 judíos extranjeros que habían huido de sus países dominados por el nazismo y a los cuales teníamos el deber de ayudar. Pero yo no había conservado ningún recorte de prensa : estaba más preocupado en ayudarles que en contarlos. Entre ellos, 40.000 belgas y otros tantos holandeses. ¿Los otros? Ninguna precisión. En total, en todo caso, eran 170.000: podemos estar seguros de que, por una vez, la señora Hannah Arendt no ha
[196] forzado la dosis. Habiéndose negado el Gobierno del mariscal Pétain a entregar los judíos franceses a las autoridades alemanas, y creándoles además tantas dificultades a propósito de los judíos extranjeros, continúa diciendo en substancia la señora Hannah Arendt, de aquella masa de 300.000+170.000 = 470.000 personas, sólo habían sido deportadas 52.000, 6.000 de ellas de nacionalidad francesa, a finales del verano de 1943, es decir, en dieciocho meses (las operaciones de deportación en masa no empezaron hasta marzo de 1942). En abril de 1944, dos meses antes del desembarco, había aún 250.000 judíos en Francia, dice la señora Hannah Arendt, y no fue adoptada

ya ninguna medida contra ellos. Por lo tanto, se salvaron. Esto no impide que el señor Raul Hilberg haga figurar solamente 200.000 mil en la columna de7 supervivientes de su estadística : No hay que creer, sin embargo, que la diferencia, es decir, 470.000-250.000 = 220.000 fue deportada. Sobre esta diferencia, aparte de su indicación de «52.000, 6.000 de ellos de nacionalidad francesa» a finales del verano de 1943, la señora Hannah Arendt no nos da ninguna información. Pero el Centro mundial de documentación judía contemporánea nos dice que un total de 120.000 judíos fueron deportados en Francia, sin precisar el número de los de nacionalidad francesa, lo que no le impide, cuando saca la cuenta de los supervivientes, declarar perentoriamente que 470.000 - 120.000 = 180.000, tal como se verá en la Tabla recapitulativa, para Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Sencillamente, sólo ha calculado esta diferencia sobre él número de los que existían en Francia en 1939, sin tener en cuenta la inmigración.

Para Bélgica, he aquí su cuadro : los 40.000 que huyeron a Francia ante la invasión alemana + 25.000 extranjeros en el país, casi todos deportados y exterminados, dice ella, + los 50.000 que el Centro mundial de documentación judía contemporánea encontró vivos en 1945 = 115.000. Pero las estadísticas de fuente judía oficial sólo dan 90.000 judíos en Bélgica en 1939. Precisión importante : ningún judío belga fue deportado porque —lo dice la señora Hannah Arendt, ved cómo es ella— en Bélgica no había Consejo Judío (*Judenrat*) para registrarlos

[197]

La deportación de los judios del oeste

País	1939	1940 (1)	Deportados	Supervivientes en 1945 Reales	+o- que en 1939	Oficialmentee	Exterminados oficialmente
Francia	300.000	470.000	120.000	350.000	+ 50.000	180.000	120.000
Bélgica	90.000	115.000	25.000	90.000	=	50.000	40.000
Holanda	150.000	218.000	118.000	10400	-50.000	60.000	90.000
Luxemburgo,	3.000	3.000	2.000	1.000	- 2.000	1.000	2.000
Totales	543.000	806.000	255.000	541.000	- 2.000	291.000	252.000

1. En realidad, para el año 1940, tendrían que figurar dos columnas en esta Tabla : una con los datos de antes de la invasión de Holanda y de Bélgica (primavera), y es ésta, y otra con los datos de después de la invasión que daría cuenta de los 40.000 judíos belgas y de los 40.000 judíos holandeses que huyeron a Francia. Entonces se presentaría así : 75.000 judíos en Bélgica, 178.000 en Holanda y 550.000 en Francia en julio de 1940. El total general para los cuatro pases no hubiera cambiado, ni los otros datos del problema, ni las circunstancias, y no hemos considerado útil complicar unos cálculos que hubieran desembocado en el mismo resultado y las mismas concluisiones.

[198] y señalarlos para la deportación. En cambio, los judíos extranjeros en Bélgica fueron deportados todos : la inmensa mayoría eran polacos o rusos, y su aspecto les denunciaba a las autoridades alemanas a simple vista, dice ella.

Y he aquí para Holanda : los 40.000 que huyeron a Francia + 118.000 que fueron deportados (y exterminados, naturalmente) + los 60.000 supervivientes que el Centro mundial ae documentación judía contemporánea encontró vivos en 1945 = 218.000. Pero, de fuente judía oficial, sólo había 150.000 judíos en Holanda en 1939.

En Luxemburgo: 3.000 judíos en 1939, 2.000 deportados y exterminados = 1.000 en 1945.

Por lo tanto, si confeccionamos una Tabla recapitulativa para los cuatro países en 1945, he aquí cómo se presenta: (cf. p. anterior).

Así, detenidos en Francia, en Bélgica, en Holanda y en Luxemburgo cierto número de judíos durante la guerra, 255.000 de ellos exterminados en los campos de concentración a los que habían sido deportados, terminada la guerra quedaban todavía 541.000 en el conjunto de los cuatro países, o sea, solamente 2.000 menos que en 1939. No soy yo quien lo dice: son las cifras de la señora Hannah Arendt y del Centro mundial de documentación judía contemporánea. Pero, sin que se sepa cómo ni por qué, cuando se trata de concluir partiendo de esas cifras, el Centro, que actúa como portavoz oficial, decreta que sólo hubieron 291.000 supervivientes. En la columna de los exterminados se encuentra una cifra aproximada: 252.000.

Sin duda para distinguirse, para dar muestras de originalidad, sin que tampoco se sepa el cómo y el porqué, el señor Raul Hilberg encuentra 261.000 supervivientes y 242.000 éxterminados. Partiendo de las mismas cifras. Y, naturalmente, la señora Hannah Arendt toma prestadas sus conclusiones. En *Eichmann's Confederates and the Third Reich Hierarchy* (ob. cit., p. 59), el Institut of Jewish Affairs del World Jewish Congress encuentra 261.000 supervivientes y 292.000 exterminados. Con escasas diferencias, pues, todos de acuerdo.

El mecanismo de esta operación de una torpeza que salta
[199] a la vista y que aparece en todos los cálculos de esos individuos, es, por lo demás, bastante simple por no decir simplista: en 1945, inmediatamente después de la tormenta, invitadas las comunidades judías de cada país a comunicar sus pérdidas con la rapidez suficiente para que el Juez Jackson pudiera incluirlas en el Acta de Acusación del Proceso de Nuremberg —en efecto, para declarar (Nur., II, p. 128) que «evaluamos con todo conocimiento de causa», ([29]) etc. (cf. p. 132), es evidente, aunque él no lo diga, que ha basado su opinión en algo y que ese algo sólo podía ser una información de aquella procedencia— las calcularon, no en función de todos los judíos supervivientes que estaban en el país, sino únicamente en función de los que poseían la nacionalidad de aquel país y figuraban entre sus miembros en 1939. El control de los judíos de otras nacionalidades que tenían delante de los ojos correspondía a las comunidades de los otros países. Pero en todos los otros países europeos se hizo lo mismo y, en el caso presente, resulta que 451.000 - 291.000 = 250.000 judíos no han sido contados como supervivientes en ninguna parte y han figurado siempre en las columnas de exterminados de las estadísticas. Por este procedimiento multiplicado por el número de países se ha llegado a los seis millones de judíos europeos exterminados.

Ya que, sólo para esos cuatro países, la cosa no termina ahí: hay también los judíos que poseían la nacionalidad de un país determinado y no habían regresado aún —muchos no regresaron jamás— y que, en consecuencia, no estaban presentes cuando se elaboró aquel inventario trubdo. Ausentes, fueron considerados como exterminados. Sin embargo, la mayoría
[200] de ellos habían emigrado. En 1945 no se podía demostrar: hoy, sí. Sabemos, por ejemplo —aunque sólo, sea por la pareja Hilberg-Hannah Arendt—, que en el momento de la llegada de las tropas alemanas a Bélgica no quedaban en este país más de 5.000 judíos que poseyeran la nacionalidad belga y que, dado que ningún Consejo judío les denunció a los alemanes, ninguno de ellos fue detenido. (Hannah Arendt, ob. cit.). De lo que puede deducirse:

[29] Se trata de otro de los maquiavelismos de Nuremberg: cada vez que los acusadores presentaban una acusación cuya fuente no querían o no podían divulgar, utilizaban la expresión «con todo conocimiento de causa» o «de fuente segura» —éste era el caso, por regla general, cuando la fuente era judía—. A los acusados correspondía probar su inocencia. Ya que, en Nuremberg, no era la acusación la que debía probar la culpabilidad, sino el acusado el que debía probar su inocencia. Con alguna excepción, desde luego.

— que, si había 60.000 en 1926 (Arthur Ruppin *dixit*), y por tanto cerca de 70.000 en 1939, índice de crecimiento natural incluido, los que huyeron a Francia no fueron 40.000, como dice la señora Hannah Arendt, sino entre 60.000 y 65.000. Esta excelente persona que pide mucho prestado, devuelve todo lo que presta, pero sin comprobar la moneda.
— y que cuando el Centro mundial de documentación judía contemporánea hace figurar 40.000 judíos belgas en la columna de los exterminados, se trata de una abominable estafa.

Ocurre lo mismo con Francia, donde se sabe también que a finales del verano de 1943 sólo habían sido deportados 6.000 judíos poseedores de la nacionalidad francesa. También aquí está de acuerdo la pareja Hilberg-Hannah Arendt. Para el período que va desde el final del verano de 1943 hasta el final de la guerra no se ha hecho público ningún dato concreto, que yo sepa. Pero los señores Poliakov (*El Tercer Reich y los judíos*), Michel Borwicz ("Las soluciones finales a la luz de Auschwitz-Birkenau", en la *Revue d'Histoire de la seconde guerre mondiale*, octubre de 1956) y Joseph Billig (*El Dossier Eichmann*) coinciden en decir que el mayor número de judíos franceses fueron detenidos y deportados en el curso del año 1942, para concluir que «en total, fueron deportados de Francia alrededor de 120.000 judíos». Pero, si el mayor número de judíos franceses deportados fue de 6.000, existen pocas posibilidades de que, aritméticamente, el número total supere los 11.999. Ya que, siendo el número mayor 6.000, el menos no puede ser superior a 5.999. Pregunta: ¿a dónde fueron los otros 110.000, aproximadamente (como mínimo 108.000), que figuran entre lbs 120.000 exterminados franceses cuando ha quedado establecido que ni siquiera
[201] fueron dietenidos y mucho menos deportados? Si contesto que habían abandonado Francia, no creo que se me pueda acusar de conjeturar. Ya que, si no fueron deportados, y por tanto no fueron exterminados, y no estaban ya en Francia, forzosamente tenían que haber ido a alguna parte.

El mayor número de deportaciones de judíos nacionalizados se produjo en Holanda. ¿Cuántas? Los datos contradictorios de la Tabla recapitulativa autorizan dos respuestas igualmente contradictorias, una de las cuales debe carecer de valor:

— por una parte, si 40.000 judíos holandeses huyeron a Francia de donde no fueron deportados y donde no fueron encontrados en 1945, y si en 1945 se encontraron 60.000 que sobrevivieron en Holanda, con referencia a la estadística de 1939 fueron 150.000 - (40.000 + 60.000) = 50.000 nacionalizados los que fueron realmente deportados y no regresaron... o al menos no habían regresado en 1945;
— por otra parte, si de los 543.000 de la estadística de conjunto para los cuatro países considerados en bloque y que vivían en ellos en 1939, sólo fueron encontrados en 1945 291.000 que poseían una u otra de las cuatro nacionalidades, es que 541.000 - 291.000 = 250.000 de ellos no poseían ni la una ni la otra, eran extranjeros y habían reemplazado, uno por uno, a 250.000 judíos franceses, belgas, holandeses o luxemburgueses que no habían sido detenidos, no habían sido deportados y, sin embargo, no estaban allí. Entre ellos, se sabe de fuente segura que figuraban un míni= de 108.000 franceses y 60.000 belgas. Había 1.000 luxemburgueses que estaban oficialmente allí. Por lo tanto, un máximo de: 250.000 - (108.000 + 60.000 + 1.000) = 81.000 judíos holandeses. En la columna de los deportados que no habían regresado en 1945 figurarían entonces 150.000 - 81.000 = 69.000. Y, ésta es la única verdad que puede ser dada como comprobada por las propias fuentes judías con respecto a los detalles que aportan. Que lo sea también con respecto a la realidad, es otra historia. Como lo es que esos 69.000 deportados holandeses fueran exterminados : esto es algo que dista mucho de haber sido

establecido, ya que sería preciso que ninguno de ellos hubiera regresado de la deportación, lo cual es insostenible, y esto
[202] es válido no sólo para Holanda sino también para Francia y Luxemburgo. Para Bélgica no hay problema, puesto que ningún judío belga fue deportado... salvo alguna posible excepción, desde luego.

Para Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo considerados en bloque, la conclusión que se impone es la siguiente: un máxímo de 12.000 judíos franceses + 0 belgas + 69.000 holandeses + 2.000 luxemburgueses = 83.000 judíos fueron deportados según los detalles dados por las fuentes judías, y no 252.000 como pretenden en bloque. Incluso si ninguno hubiera regresado, lo cual queda excluido, la exageración sería del orden de 252.000 - 83.000 = 169.000 judíos a deducir de la columna de los exterminados. Sólo para esos cuatro países.

Pero, se imponen también otras conclusiones:

— con respecto a los 250.000 judíos de esos cuatro países que, no habiendo sido deportados y, en consecuencia, no habiendo sido exterminados, no estaban ya en ninguno de esos cuatro países en 1945. Una de dos : o han regresado con posterioridad a 1945, en cuyo caso hay que volver a incluirles en la población judía europea, o no han regresado, en cuyo caso hay que incluirles en la población judía de los países a los cuales se dirigieron y en los cuales se quedaron. Hay que considerar el segundo caso, puesto que ninguna estadística de fuente judía los da como regresados. ¿Dónde están, pues? ¿En los Estados Unidos? ¿En el Canadá? ¿En la Argentina? ¿En Africa del Norte o del Sur? No será posible contestar a estas preguntas, hasta que conozcamos el total de los judíos que lograron abandonar Europa y mediante un examen de conjunto de la población judía de todos los países en los que ha aumentado y a propósito de los cuales hay una sola desconocida de fuente judía: la de los Estados Unidos. De todos modos, no habiendo regresado oficialmente a Europa, esos 250.000 que sólo pueden haber abandonado Europa con posterioridad a 1940 hay que afladirlos a los 300.000 alemanes + 180.000 austríacos que la habían abandonado antes de 1940 = 730.000 emigrantes europeos.

Aquí...............................730.000

[203]
— con respecto a los 250.000 judíos que no poseían la nacionalidad de ninguno de los cuatro países, que reemplazaron uno por uno a los 250.000 del párrafo anterior y que fueron encontrados vivos en 1945. En la estadística de sus países de procedencia, figuran en la columna de los exterminados y, para hacer la cuenta aritmética de los vivos y de los muertos de esos países, que es la primera operación que se impone, habría que reintegrarles como vivos. Pero, reintegrados a la estadística, no habrán regresado con ello a aquellos países : oficialmente, ninguno ha regresado, puesto que ninguno ha sido reintegrado oficialmente a la estadística y, además, exceptuando la Alemania occidental, aquellos países se encuentran al otro lado del Telón de Acero. Por el mismo motivo, tampoco están ya en Francia, ni en Bélgica, ni en Holanda ni en Luxemburgo. La segunda operación que se impone, pues, será la de reintegrarles a la estadística de los países a los cuales se dirigieron, tras haberlos localizado. De todos modos, ya es posible decir que hay otros 250.000 judíos europeos que emigraron y que hay que añadir al total del párrafo anterior, o sea, 730.000 + 250.000 = 980.000.

Aquí...............................980.000

— con respecto, finalmente, a los 250.000 judíos que fueron detenidos en Francia, en Bélgica, en Holanda y en Luxembur go : entre ellos, como hemos visto, 83.000 poseían la nacionalidad de alguno de esos cuatro países. En consecuencia, 255.000 - 83.000 = 172.000 no poseían la nacionalidad de ninguno de ellos. El mismo razonamiento anterior, con la salvedad de que a esos 172.000 habrá que reintegrarles a la columna de los exterminados (sería más exacto decir: de los que faltaban en 1945) de sus países de procedencia.

Para reintegrar correctamente a esos 250.000 vivos dados como muertos + esos 172.000 exterminados (muchos de los cuales se salvaron, con toda seguridad) = 422.000 judíos a las estadísticas de sus países de procedencia, interesa ante todo conocer esos países. ¿Podemos conocerlos exactamente? La
[204] señora Hannah Arendt se ha dejado decir por el señor Raul Hilberg que eran «polacos, rusos, alemanes, etcétera ... » (ob. cit.). Sin embargo, no se ve muy claro lo que puede cubrir ese «etcétera»: los yugoslavos que querían abandonar Europa pasaban, sea por Italia, sea por Grecia, sea por Hungría; después del Ansch1uss, los austríacos seguían, sea la ruta del Danubio, sea la de Suiza; Checoslovaquia seguía también la ruta del Danubio por Hungría, como precisa el Dr. Kasztner; los rusos sólo podían salir por Constantinopla, las orillas del Caspio o el Birobidjan. Desde que estalló la guerra, sólo los alemanes continuaban emigrando clandestinamente por Holanda, Bélgica o Luxemburgo, debido a que tenían que cruzar el Rin si estaban en la otra orílla y les resultaba más fácil hacerlo en territorio alemán que en los lugares donde el río es frontera. Había, pues, alemanes. En número apreciable, sin duda, pero no importante : solamente los que habían salido de Alemania con posterioridad a septiembre de 1939 — los otros, nos ha dicho el señor André Chouraqui, habían abandonado ya Europa y 120.000 de ellos se encontraban en Israel—, los cuales, alcanzados y sobrepasados por los ejércitos germanos (ofensiva de mayo de 1940), habían visto cortado para ellos el camino de la emigración libre. Quedan los polacos : para ellos, la emigración en masa había empezado en la primavera de 1939, cuando las cosas empezaron a estropearse entre Inglaterra y Alemania ; y, síendo también su itinerario Bélgica, Holanda y Francia —hasta finales de agosto de 1939 pudieron incluso cruzar Alemania con pasaporte polaco—, constituían la casi totalidad de aquellos 422.000 judíos que no ni eran franceses, ni belgas, ni holandeses, ni luxemburgueses y se encontraban en uno u otro de esos países en mayo de 1940...

No dispongo de ninguna información concreta que me permita distribuir exactaraente esos 422.000 judíos entre todas las nacionalidades anteriormente citadas y, tal como debe ser puesto que no podía incluírseles entre ellas, excluirles separadamente de la estadística de fuente judía dada para cada una de ellas con fecha de 1939 o reintegrarles a la de 1945 formando parte de los muertos y de los vivos. Teniendo en cuenta que aquellos
[205] de entre ellos que no eran ni polacos ni alemanes representaban la excepción, es decir, una cifra insignificante. Los propios alemanes constituían un contingente relativamente débil: 20.000, 30.000, 40.000 quizás, no se sabe. De ese orden, en todo caso. En consecuencia, eran posibles dos métodos:

— estudiar globalmente la población judía de todos los países involuerados, excluyendo globalmente de buenas a primeras a esas 422.000 personas de la estadística de 1939 y, en los términos de los cálculos, añadiendo con fecha de 1945 las 172.000 que fueron deportadas a la columna correspondiente. Dado que investigamos a los judíos europeos, no a los judíos por nacionalidad, aritméticamente y a ese nivel no se hubiera cometido ningún error. Pero, se oponen dos circunstancias : la distribución de los judíos polacos entre zona rusa y zona alemana después de la invasión ruso-germana, y su migración en

dirección a Hungría. Calculadas las dos haciendo abstracción de una masa tan importante como 350.000 ó 400.000 judíos polacos sólo podía conducir a unos resultados cuyo carácter engañoso al nivel de Polonia no hubiera dejado de repercutir al multiplicarse a escala de Europa.
— o bien, dado que esos 422.000 judíos eran polacos en su inmensa mayoría, considerarlos aritméticamente como polacos a todos y reíntegrarlos únicamente a la estadística polaca : en los términos de los cálculos, los resultados sólo eran falseados por los 20.000, 30.000 ó 40.000 de entre ellos que no eran polacos, pero el error no superaba, en el total, a una o dos decenas de mífiares de personas al nivel de las nacionalidades y, por otra parte, aritméticamente, podía encontrarse automática y exactamente corregido al nivel de la población judía europea, por un error exactamente correspondiente en sentido contrario, sí decidía no tener en cuenta a esos 20.000, 30.000 ó 40.000 en el estudio de la población judía alemana.

He adoptado este segundo método : la solución de un problema, en suma, por el conocido procedimiento infantil de la falsa suposición.

Dada esta explicación indispensable para la comprensión de lo que sigue, pasemos al detalle...
[206]
POLONIA

En Polonia, nos dice Arthur Ruppin, había 3.100.000 judíos en 1926. En 1939 había 3.300.000, nos dicen el Centro mundial de documentación judía contemporánea y el Institute of Jewish Affairs de Nueva York, y el señor Raul Hilberg eleva la cifra a 3.350.000. En período normal, es seguro que entre 1926 y 1939 la población judía polaca habría pasado de 3.100.000 a 3.350.000. Pero creer que ocurrió así cuando se hallaba en estado de mi,gración más que sensible desde 1932 es un absurdo. Digamos, pues : 3.100.000 en la primavera de 1939, cuando empezó la emigración en masa. Hemos decidido que, aritméticamente, 422.000 se encontraban en Holanda, en Bélgica y en Francia en el momento de la invasión de estos países por las tropas alemanas. En consecuencia, en el momento de la invasión de Polonia tendrían que haber quedado : 3.100.000 - 422.000 = 2.678.000. En realidad había menos, ya que muchos judíos polacos habían intentado también alcanzar la ruta del Danubio : el *Informe Kasztner*, como hemos visto, nos dice que cierto número de ellos se encontraban todavía en Hungría el 19 de marzo de 1944, mezclados con checos y yugoslavos. Y que no cayeron en poder de los alemanes hasta el 19 de marzo de 1944, a raíz de la invasión de Hungría. ¿Cuántos?

Y en primer lugar, ¿cuántos globalmente para las tres nacionalidades? El Dr. Kasztner nos concreta (ob. cit.) que había 800.000 judíos en casi permanencia en Hungría desde el principio de la guerra. En 1926, Arthur Ruppin había censado 320.000. Con el crecimiento natural, aquellos 320.000 se habían convertido en 320.000 + 13 % = 361.000 en 1939, no en 404.000 como pretende el Centro mundial de documentáción judía contemporánea. Juntos, polacos, checos y yugoslavos representaban, pues, 800.000 - 361.600 = 438.400 personas. Y en detalle, cada una de las nacionalidades:

1. – *Checos* : las estadísticas establecidas por el alemán Korherr (ya citado) para la Conferencia de Wannsee que debía tener lugar el 9 de diciembre de 1941 y no pudo celebrarse hasta
[207] el 20 de enero de 1942 (cf. *Protocolo de Wannsee* in *Eichmann und Komplizen*, ob. cit.), antes, pues, de que empezaran « las deportaciones en masa de los judíos, dicen

que en Bohemia-Moravia quedaban aún 74.200 (los otros habían huido a Eslovaquia antes de que se produjera el desmembramiento de Checoslovaquia 1938-39), y 88.000 en Eslovaquia. La estadística de Arthur Ruppin para 1926 dice 260.000. Con el crecimiento inedio anual del 1 % retenido a lo largo de todo este estudio, tenemos 260.000 + 13 % = 293.800 en 1939, y no 315.000. y esto significa que en Hungría, a donde habían huido siguiendo su ruta, podían. haber 293.800 - (74.200 + 88.000) = 131.600 judíos checos.

2. — *Yugoslavos* : La señora Hannah Arendt nos dice, copiando del señor Raul Hilberg, que cuando Hermann Krumey llegó a Zagreb a finales de 1942 encontró cierto número de judíos en el país y deportó a 30.000 de ellos. Sobre ese extremo, todas las informaciones de fuente judía están de acuerdo. El Protocolo de Wannsee da constancia de 40.000 a finales de 1941. Los otros habían huido a Italia y a Hungría. En total, había 75.000 judíos en Yugoslavia en 1926, dice Arthur Ruppin, y ésta es la cifra que retiene el Centro mundial de documentación judía contemporánea : es posible, después de todo, que la emigración judía yugoslava haya sido igual al crecimiento natural, ya que se tiata de un país en el que, desde siempre, no sólo los judíos sino todos los grupos étnicos han sido numéricamente muy movedizos. La diferencia, o sea, 75.000 - 40.000 = 35.000 pudo repartirse equitativamente átre Italia y Hungría, o sea, 17.500, un poco más o un poco menos en una y otra parte. El Centro mundial de documentación judía contemporánea encontró 20.000 en 1945, lo cual significaría que, de los 40.000 deportados por Krumey, 20.000 regresaron de los campos de concentración a los que habían sido enviados y el 50 % murieron en aquellos

3. — Polacos: 438.400 - (131.600 checos + 17.500 yugoslavos) = 289.300. Sin contar los que, con o sin pasaportes
[208] auténticos o falsos que les habían sido entregados por el Comité de Salvación de los judíos de Budapest (Joél Brand *dixit*) habían logrado abandonar Polonia en dirección a Hungría después de 1939.

Conclusión : quedaron en Polonia bajo la dominación germano-rusa : 2.678.000 - 289.300 = 2.388.700 judíos, y ese número es el que se repartió entre la zona alemana y la zona rusa, y no 3.100.000, 3.300.000 ó 3.350.000.

Pregunta siguiente: ¿cómo se repartieron esos 2.288.700 judíos entre las dos zonas? Con la bella inconsciencia que parece prohibirle realizar con exactitud las operaciones más sencillas, el señor Raul Hilberg, que encuentra 3.350.000 judíos polacos con fecha de 1939, sitúa a 2.100.000 en la zona alemana y 1.200.000 en la zona rusa. Al menos, es lo que se cree entender. Cálculo sin valor: en función de lo que antecede y que es histórica y demográficamente irrefutable, no resiste al examen.

Entonces, ¿cuántos, a una y a otra parte? Para contestar lo más exactamente posible, hay que tener en cuenta dos elementos: la huida de los judíos ante las tropas alemanas avanzando en Polonia y las medidas adoptadas contra ellos a partir de 1940.

Al igual que los judíos holandeses y belgas, los judíos polacos huyeron ante las tropas alemanas, sea en dirección a Hungría, sea en la de la zona polaca destinada a ser ocupada por los rusos. En qué proporción en dirección a esta última es algo que sólo se podrá determinar, al parecer, si se consigue determinar el número de los que no pudieron alcanzarla. La cifra de los que huyeron es importante, sin duda, ya que durante una temporada los alemanes siguieron la política de entregar a los rusos los judíos de la zona asignada a Alemania, tal como declararon ante el Tribunal de Jerusalén los señores Zwi Patcher y Yacov Goldfine, testigos de la acusación, el 1 de mayo de 1961. He aquí lo que declaró el primero :

«Nos habían quitado todo nuestro dinero y todas nuestras joyas. Luego, en columna de a cuatro, fuimos dirigidos hacia el Este. Era en diciembre. El tiempo era frío

[209] y lluvioso, y tiritábamos. Cuando uno de nosotros caía debido al cansancio, era arrastrado hasta cierta distancia y un tiro de pistola. ponía fin a sus sufrimientos.

»Los otros tenían prohibido volver la cabeza, so pena de ser también ejecutados. Al cabo de tres días, nuestro desdichado grupo había quedado ampliamente diezmado. Llegamos a la frontera de la zona de ocupación soviética en Polonia. Nuestros verdugos nos habían ordenado que colocáramos las manos sobre nuestras cabezas y gritáramos ¡"Viva Stalin"! Pero los centinelas rusos nos rechazaron a pesar de ello hasta una localidad alemana donde fuimos abandonados a nuestra suerte. Durante la noche, cruzamos la frontera y nos dirigimos hacia una pequeña aldea judía situada en zona rusa donde nuestros correligionarios nos dieron albergue» (*Le Figaro*, 2 de mayo de 1961).

El segundo hizo una declaración similar.

Ayudados, aunque fuera tan brutalmente, por los alemanes a alcanzar la zona rusa, los judíos polacos que lograron llegar a ella tenían que ser forzosamente numerosos.

La historia de las medidas adoptadas contra ellos es más concreta. La señora Mary Berg nos cuenta (*El Ghetto de Varsovia*, París, 1947), y León Poliakov, que parece basarse en su información, lo confirma (*El Breviario del Odio*, ob. cit.), que en Polonia los alemanes no se ocuparon seriamente de los judíos hasta que terminaron las operaciones bélicas en el Oeste, es decir, hasta julio de 1940. Hasta entonces, los judíos estaban vigilados y eran objeto de innumerables vejaciones, pero, por ejemplo, no tenían la obligación de residir en un lugar determinado : aprovecharon aquella libertad para dirigirse a Hungría vía Eslovaquia. A partir del día en que terminó la construcción del ghetto de Varsovia (16 de octubre de 1940), la empresa se hizo mucho más peligrosa: les fue asignado el ghetto como residencia obligatoria, y empezó la caza de judíos a fin de concentrarles a todos allí. Pero, en julio de 1941, la población judía de Varsovia censada en 1939 sólo había aumentado, en nueve
[210] meses, de 359.827 a alrededor de medio millón, todos concentrados en el ghetto.

Conclusión : en toda la zona alemana, las autoridades germanas sólo habían encontrado de 140.000 a 150.000. Para escapar a las medidas de concentración, los judíos empezaron a huir a los rincones perdidos en las montañas y en los bosques. Al ser descubiertos, eran considerados como partisanos, por añadidura: se produjeron combates en el curso de los cuales murieron muchos judíos. Pero, suponiendo que los alemanes que les acosaban por todas partes sólo lograran recuperar a la cuarta o quinta parte de ellos durante aquel período —para el que conoce los métodos de sus policías de entonces es un porcentaje mínimo, aunque verosímil : es el resultado que obtuvieron en Francia cuando se dedicaron a perseguir a los sometidos al trabajo obligatorio—, esto situaría a la población judía de toda la zona, incluido el ghetto de Varsovia, alrededor de 1.100.000 personas. De las 2.388.700 que constituían la población judía total de las dos zonas, esto haría: 2.388.700 - 1.100.000 = 1.288.700 en la zona rusa. Y, admitiendo que el señor Raul Hilberg supiera hacer una resta, esa cifra no se hubiera encontrado tan lejos de la suya. Felicitémosle, de todos modos. Lamentando, sin embargo, que no haya encontrado un resultado tan aproximado para la zona alemana. En lo que respecta a los judíos que pasaron al otro lado de las líneas rusas, su caso es conocido : el periodista judío David Bergelson nos ha dicho (*Die Einheit*, 5-XII-1942, ob. cit.) que gracias a las

medidas de evacuación fueron salvados en un 80 % y trasladados al Asia central por las autoridades soviéticas. De ahí que : 1.288.700 x 20: 100 = 257.740 únicamente cayeron en manos de los alemanes, y 1.288.700 x 80: 100 = 1.030.960 no cayeron en ellas.

¿Y en la zona alemana? Aquí parece ser que sólo puede llegar a saberse por diferencia. Por una parte, tenemos 1.030.960 supervivientes en zona rusa. Por otra, nuestro famoso Profesor Shalom Baron ha encontrado 700.000 supervivientes para las dos zonas en 1945 (su declaración ante el Tribunal de Jerusalén, ob. cit.). Total de los no encontrados en 1945: 2.388.700 -
[211] (1.030.960 + 700.000) = 657.040 para toda Polonia, a los cuales hay que añadir los 172.000 detenidos en Holanda, Bélgica, Francia y Luxemburgo, o sea 657.040 + 172.000 = 829.040. De fuente judía, puesto que en estos cálculos no hay una sola cifra que no lo sea. Que hayan sido todos detenidos, no lo discutiremos; pero séanos permitido dudar de que todos fueran exterminados.

En fin, total de los supervivientes —ya que hay que reintegrar también a la estadística los 250.000 que, en 1945, fueron encontrados vivos en Holanda, en Bélgica, en Luxemburgo y en Francia—: 1.030.960 de la zona rusa + 700.000 del Profesor Shalom Baron + aquellos 250.000 = 1.980.960, calculados únicamente sobre el total de los judíos que permanecieron en Polonia después de 1939. Habría que añadir además los supervivientes de los que fueron detenidos, sea camino del Oeste, sea en Hungría : por desgracia, no veo la manera de realizar un descuento exacto de ellos. Total aproximativo, pues, y mínimo.

Pero, no abandonemos aún Polonia: el señor Raul Hilberg encontró allí 50.000 supervivientes, el Institute of Jewish Affairs de Nueva York, 400.000, el Centro Mundial de documentación judía contemporánea 500.000 ; y de los cálculos realizados sobre los datos del Profesor Shalom Baron situados en su contexto histórico —a veces tiene su utilidad— resulta que hubieron efectivamente un mínimo de 1.980.960.

Desde 1945, el Centro mundial de documentación judía contemporánea tuvo la posibilidad de realizar fácilmente esos cálculos pidiendo a todas las comunidades judías una situación de sus efectivos por nacionalidad, y esta última es la que debió figurar en su estadística. Pudieron figurar también en ella los judíos polacos deportados y encontrados vivos en Hungría, lo cual nos hubiera ahorrado todos estos cálculos, si el Centro hubiese dado honestamente el resultado de sus investigaciones. En vez de eso, sólo da 500.000 supervivientes para Polonia. O sea, 1.980.960 - 500.000 = 1.480.960 considerados como muertos en las estadísticas europeas pero que están vivos y que no figuran a título de tales en ninguna estadística de ningún país de los otros continentes. En nuestro estudio de los países
[212] de Oeste habíamos encontrado ya 980.000. En consecuencia : 980.000 + 1.480.960 = 2.460.960.

Aquí 2.460.960

RUSIA

Aquí, nada de cálculos complicados, la situación es muy clara. El señor Raul Hilberg, que encuentra 3.020.000 judíos en 1939, concluye en 420.000 exterminados y 2.600.000 supervivientes. Arthur Ruppin daba 3.000.000 de judíos en 1926. Es muy posible que entre 1926 y 1939 la emigración tuviera un volumen más o menos coincidente con el del crecimiento natural, ya que los judíos rusos se han encontrado siempre en situación de migración endémica. De acuerdo con los porcentajes establecidos por David Bergelson, se obtienen 3.000.000 x 80 : 100 = 2.400.000 supervivientes seguros, y 600.000 desaparecidos en 1945. Dado que el señor Raul

Hilberg no encuentra más que 420.000 exterminados, esto sólo puede significar que, si cayeron 600.000 en manos de los alemanes, 600.000 - 420.000 = 180.000 no fueron exterminados... tal vez ni siquiera detenidos ni deportados, o, si lo fueron, regresaron de los campos en los que habían sido internados. Porcentaje de exterminados en este último caso : 70 % (420.000 sobre 600.000) y de los supervivientes : 30 %. La cifra resulta aún espantosa. El Centro mundial de documentación judía contemporánea encuentra 1.500.000 exterminados (en la zona alemana, ninguno en la zona rusa), lo cual significa 1.500.000 supervivientes, pero, por afán de sensacionalismo, dice 600.000 para la zona alemana de una forma tal que el lector cree que es para las dos zonas. Sobre los mismos datos, el Institute of Jewish Affairs de Nueva York encuentra, por su parte, 1.000.000 de exterminados y 2.000.000 de supervivientes (ob. cit., p. 59).

Pero, en resumen, el señor Raul Hilberg acusa al Institute of Jewish Affairs de haber incurrido en una exageración de 1.000.000 - 420.000 = 580.000 deportados exterminados en su
[213] estadística, y al Centro mundial de, documentación judía contemporánea de haber incurrido en una de 1.500.000 - 420.000 = 1.080.000 en la suya. Nosotros calculamos la exageración sobre la estadística del Centro. Conclusión : he aquí de nuevo 1.080.000 judíos que figuran erróneamente en la columna de los exterminados, que estaban vivos en 1945 y que, si no están ya en Rusia ni en otra parte de Europa, viven forzosamente - ¡con su progenie desde 1945!- en otro país de otro continente. Al término de nuestro estudio de la población judía polaca habíamos llegado a 2.460.960. Ahora tenemos: 2.460.960 + 1.080.000 = 3.540.960.

Aquí 3.540.960

PAISES BALTICOS

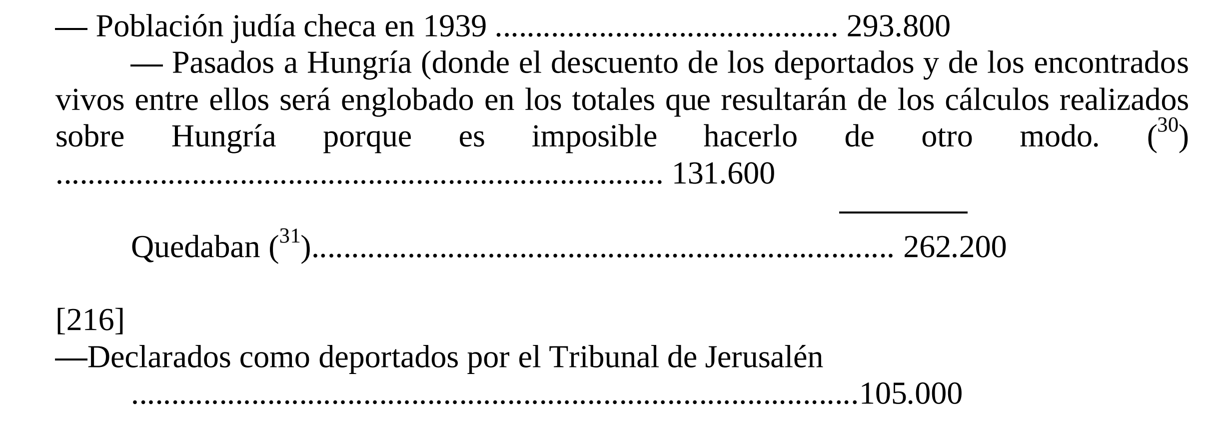
El caso de los judíos de los países bálticos está tan claro como el de los judíos rusos. Que yo sepa, nadie ha hablado nunca de judíos finlandeses exterminados. Para los otros tres países, Arthur Ruppin daba en 1926 : Estonia, 5.000, Letonia, 80.000 y Lituania, 160.000. Total : 245.000. Desplazando de 10.000 a 15.000 personas de un país a otro, el Centro mundial de documentación judía contemporánea llega al mismo total, y el señor Raul Hilberg a 244.500 en 1939. ¿Crecimiento natural desde 1926 hasta 1939? No consta en ninguna parte. Es posible también que haya sido compensado por la emigración. En resumen, no vamos a discutir por 5.000 unidades más o menos : digamos 245.000. Según David Bergelson, habría 245.000 x 80: 100 = 196.000 supervivientes seguros y 245.000 - 196.000 = = 49.000 desaparecidos en 1945. El Centro mundial de documentación judía contemporánea encuentra 219.000 exterminados y 26.000 supervivientes. En cuanto al señor Raul Hilberg se distingue una vez más por su afición a hinchar las cifras a su conveniencia: 244.500 exterminados, ningún superviviente. No se comprende por qué las autoridades rusas, que evacuaban a los judíos en toda la línea del frente (el señor Raul Hilberg admite el hecho aunque no esté de acuerdo con su importancia),
[214] habrían hecho una deliberada excepción con los de los países bálticos. El sejor Raul Hilberg lo pretende, pero no lo explica. En suma, he aquí otros 196.000 - 26.000 (de la estadística oficoal) = 170.000 judíos supervivientes incluidos en la columna de los exterminados y que, no encontrándose ya en los países bálticos, corren por el mundo con su progenie nacida después de 1941-42. En total en esta fase de la investigación: 3.540.960 (cf. total anterior, p. 213) + 170.000 = 3.710.960.

Aquí 3.710.960

CHECOSLOVAQUIA

Aquí, hemos visto que los 260.000 judíos censados en 1926 por Arthur Ruppin podían haberse convertido como máximo en 293.800 en 1939 y no en 315.000 como pretenden las fuentes judías. Hemos visto también que 131.600 de ellos habían huido seguramente a Hungría por Eslovaquia y que, cuando empezaron las deportaciones, quedaban 162.200 en el país, según el estadístico alemán Korherr (cf. p. 206), el cual tendía más bien a exagerar lo que él llamaba «el peligro judío» que a atenuarlo. (¡En Europa, encontraba 11 millones de judíos en 1941!) El Centro mundial de documentación judía contemporánea encontró 55.000 supervivientes en 1949. Lógicamente, sólo pudieron ser deportados de Checoslovaquia 162.200 - 55.000 = 107.200. Incluso si se toma en serio el Considerando n.° 83 de la Sentencia de Jerusalén que da constancia de la deportación, muy discutida, de 15.000 judíos del Protectorado a Lodz con fecha 15 de octubre de 1941, el total sería de 107.200 + 15.000 = 122.200. Posteriormente al 15 de octubre de 1941 la Sentencia de Jerusalén no da constancia de ninguna otra deportación de Bohemia-Moravia (el Protectorado) aunque da un total general sin ninguna justificación : 35.000. E incluso aceptándolo, el total sería: 122.200 + 20.000 = 142.200. Aparte de esta indicación, todos los otros judíos del Protectorado constan como víctimas de la emigración forzosa organizada por Eichmann en
[215] Praga antes de la guerra. (Considerando n.° 66, que no concreta ninguna cifra). Unicamente para Eslovaquia la Sentencia de Jerusalén da una evaluación de las pérdidas judías: globalmente, «más de 70.000 sobre 90.000» (Considerando n.° 104), 58.000 de ellos hasta finales de 1942 y más de 12.000 desde septiembre de 1944 hasta finales de marzo de 1945. Si nos atenemos, pues, a esa Sentencia para evaluar las pérdidas judías de toda Checoslovaquia, encontramos 70.000 en Eslovaquia + 35.000 en Bohemia-Moravia = 105.000. Y esto significa que, cuando pretende no haber encontrado más que 55.000 judíos vivos en Checoslovaquia en 1945, el Centro mundial de documentación judía contemporánea ha intentado promocionar una verdad que los jueces del Tribunal de Jerusalén no admitieron, puesto que basaron : su convicción en una documentación suministrada oficialmente por el Centro. Pero esa desautorización adquiere toda su importancia en lo que respecta al número de judíos checos que el Centro declara como exterminados en su estadística general, dado que fija ese número en 315.000 - 50.000 = 260.000

En realidad, el descuento debía establecerse así:



— Población judía checa en 1939 .... 293.800

— Pasados a Hungría (donde el descuento de los deportados y de los encontrados vivos entre ellos será englobado en los totales que resultarán de los cálculos realizados sobre Hungría porque es imposible hacerlo de otro modo. ([30]) 131.600

Quedaban ([31])... 262.200

[216]
—Declarados como deportados por el Tribunal de Jerusalén
....105.000

[30] Los judíos checos pasados a Hungría fueron detenidos juntamente con sus correligionarios polacos y yugoslavos sin distinción de nacionalidad. Los supervivientes y los deportados que resultarán de los cálculos en el capítulo de Hungría no podrán ser distinguidos ya los unos de los otros puesto que ningún dato lo permite. Esto, que puede tener su importancia en el terreno de las pérdidas por nacionalidad, no la tiene en el terreno de las pérdidas europeas, que es lo que nosotros investigamos.

[31] Hay un error de cálculo que no enmendamos, de acuerdo con la nota de la pág. 173. (Nota a la Ed. española.)

— No deportados de Checoslovaquia 157.200
— Declarados como no deportados por el Centro mundial
de documentación contemporanea..55.000

Total en menos 102.200

Y he aquí otros 102.200 judíos europeos que figuran en la estadística de los muertos y que estaban vivos en 1945, y que, puesto que no están ya en Europa —oficialmente—, deben figurar en la estadística de los vivos en otro país de otro continente. Al término del estudio de la población judía de los países bálticos, habíamos llegado a 3.710.960 para el conjunto de los que están en el mismo caso. Tenemos, pues: 3.710.960 + 102.200 = 3.813.160.

Aquí..........................3.813.160

HUNGRIA

La situación de los efectivos judíos en Hungría era tan complicada como en Polonia. Arthur Ruppin había censado allí 320.000 judíos en 1926, y hemos visto (p. 206) que podían haberse convertido en 361.600 en 1939. El Centro mundial de documentación judía contemporánea da 404.000 y el señor Raul Hílberg 400.000. ([32]) El Dr. Kasztner, lo hemos visto también, da 800.000 permanentes desde el principio de la guerra, ([33]) incluyendo en ellos 205.800 checos 215.000 polacos y 17.500 yugoslavos. Total de los húngaros: 800.000 - (131.600 + 289.300 + 17.500) = 361.600. Retendremos, pues, esta cifra comprobada
[217] da mediante cálculos en sentido contrario. Pero esto no tiene importancia puesto que sólo podemos razonar sobre los datos de Kasztner. La pregunta es : ¿cuántos de esos 800.000 judíos fueron detenidos y deportados? Y aquí está el lío. Porque a propósito de la deportación y de la suerte de los judíos húngaros las divergencias en los relatos de los testimonios del Movimiento Sionista Internacional y las interpretaciones que nos han dado de ellos los que, desde el final de la guerra, se dedican a comentar el drama judío, son a la vez las más numerosas, las más profundas y las más contradictorias. El lector tiene ya una idea de esas divergencias por el análisis que he llevado a cabo del testimonio de Hoess, comandante del campo de Auschwitz, y del doctor-ectoplasma Miklos Nyiszli, cuya pertinencia en todos sus puntos han confirmado mis alusiones al *Informe* del Dr. Kasztner y al libro de Joë1 Brand. Las tesis del Movimiento Sionista Internacional resultaban tan vulnerables en su conjunto que, precisamente sobre la deportación de los judíos húngaros y con la esperanza de establecer una verdad oficial susceptible de poner de acuerdo a todo el mundo, la sentencia del Tribunal de Jerusalén quiso mostrarse particularmente concreta: es evidente, por ejemplo, que los cinco trenes diarios, de 4.000 personas cada uno en un lugar de su testimonio y de 5.000 en otro eran de una estupidez supina que había que descartar de ,un modo absoluto en el sentido de que, de no ser así, durante los 52 días que duró la deportación de los judíos húngaros la suma de los trenes se elevaba a 260 y el número de deportados entre 1.040.000 y 1.300.000, en un país en el que, como máximo, sólo podían haber 800.000, de los cuales se concretaba, por otra parte, que 200.000 no habían sido deportados. ([34])

[32] La Sentencia del Tribunal de Jerusalén dice 480.000 en su Considerando n.° 111.
[33] Cifra confirmada por el Considerando 111 del Tribunal de Jerusalén.
[34] 300.000, dice el Dr. Kasztner («800.000, de los cuales 500,000 fueron deportados», p. 1 de su *Informe*).

La Sentencia del Tribunal de Jerusalén declaró, pues, que del 16 de mayo al 7 de julio de 1944, «en menos de dos meses, 434.351 personas fueron deportadas en 147 trenes de mercancías, a razón de unas 3.000 personas por tren, hombres, mujeres y niños, o sea, a un promedio de dos a tres trenes por día»
[218] (Considerando n.° 112) ; que «12.000 fueron asesinadas en Kamenetz-Zodolsk en el curso del verano de 1941» que «de 15.000 a 50.000 fallecieron trabajando en Galitzia y en Ucraina en 1941-42» (Considerando n.° 111) ; que «1.500 fueron deportadas al campo de Kistarzca el 20 de julio de 1944 (Considerando n.° 113) ; que «50.000 abandonaron Budapest a pie en dirección a la frontera austríaca (220 quilómetros) a partir del 10 de noviembre» (Considerando n.°115) ; y finalmente «15.000 enviados a Austria al campo de Viena-Strasshof para ser conservados en la nevera» (Considerando n.° 116) en una fecha dada sin más precisión que «después del 30 de junio de 1944. En total, de 557.851 a 562.851. El Considerando n.° 115 que da constancia de los 50.000 judíos que abandonaron Budapest a pie no lo dice, pero el *Informe* del Dr. Kasztner concreta que aquella marcha fue interrumpida por orden de Himmler hacia el 17 ó 18 de noviembre, que 7.500 personas fueron salvadas y devueltas a Budapest, y que sólo 38.000 ([35]) llegaron a Alemania. Al margen de esta consideración —ya que se supone que no todo el mundo habrá leído el Informe Kasztner, especialmente teniendo en cuenta que no se hizo público (¡y en qué estado, santo cielo!) hasta 1961 por el editor Kindler de Munich—, si se piensa en los 200.000 supervivientes dados por la estadística del Centro mundial de documentación judía contemporánea (cf. p. 146), habrían habido en Hungría 757.851 ó 762.851 judíos en total el 19 de marzo de 1944. Y sin duda porque, al igual que yo, había leído el original del *Informe Kasztner*, el señor Raul Hilberg situó aquel número alrededor de 750.000. Véase cómo difieren nuestros métodos y nuestros temperamentos : yo extraigo la conclusión de que.«de las 800.000 almas de la comunidad judía húngara» (Considerando n.° 111), hay de 40.000 a 50.000 cuya misteriosa suerte no ha podido explicar la Sentencia de Jerusalén.

Bien, hablemos del asunto con detalle :
[219]
— *El número de trenes.* Si bien estamos informados con gran lujo de detalles de la llegada de aquellos trenes a Auschwitz-Birkenau, lo estamos mucho menos acerca de su salida de Budapest. Empezaré por decir que reunir a 3.000 personas en una estación y cargarlas en 40 vagones no es cosa de coser y cantar; y, para hacerlo comprender a quien no es especialista en transportes, lo mejor que puedo hacer es citar mí propio ejemplo : la salida del campo de Compiègne del tren en el cual fui deportado a Buchenwald.

El campo de Royallieu, en el que éramos concentrados previamente, podía contener una decena de miles de personas. Cada semana, a finales de 1943, llegaban alrededor de 1.500 y salían otras tantas. El transporte en el cual fui incluido era de 1.500 personas válidas y medio centenar de enfermos.

Despertados a las seis de la mañana, reunidos en la gran plaza central, agrupados de cinco en cinco y en paquetes de cien, abandonamos el campo poco antes de las ocho, los quince paquetes de cien en cabeza, seguidos por un camión que transportaba a los enfermos. Es largo, un cortejo de 15 paquetes de 100 personas que se siguen de cinco en cinco en cada paquete, con dos soldados arma al brazo en cabeza y cola de cada lado : de 350 a 400 metros con el intervalo entre los paquetes, y un importante servicio de seguridad en cabeza y cola de la columna.

[35] Cifra dada por el Dr. Kasztner como procedente del propio Eichmann.

Poco antes de las nueve nos encontramos alineados en el andén de la estación, cada paquete de 100 ([36]) en frente del vagón al cual debía subir. El tren : una larga hilera —nos pareció inmensa— de vagones de mercancías. ¿Cuántos? No los conté. Un vagón para cada paquete = 15. Más uno especial para el medio centenar de enfermos. Cada tres vagones, observamos uno cuyo techo estaba armado con una ametralladora y otra artilugio que, en mi paquete de 100, decidimos que era un proyector. En cabeza y cola, dos vagones de viajeros: el
[220] personal de acompafíamiento que reforzaría, en caso de necesidad durante el viaje, la seguridad repartida en los vagones blindados. En total, de 25 a 30 vagones: 25 como mínimo. Un tren de 25 a 30 vagones es muy largo, también. Y, sin embargo, transporta menos de 1.600 personas, a 100 por vagón.

Poco después de las diez, el tren parece estar a punto de emprender la marcha : no hay nadie en el andén anuncian los que están situados cerca de los tragaluces en cabeza y cola del vagón. Pero no echa a andar. Un ferroviario nos explica : no es fácil dar la salida a un tren que no está previsto en los horarios ; antes hay que advertir a todas las estaciones del trayecto, y esto sólo se hace cuando el tren está a punto de salir. Una hora larga de espera, todavía : poco antes de las doce, el tren se pone en marcha...

En total, casi seis horas. Y no habían cesado de apremiarnos a base de *Los*! y de *Schnell*! ... Al llegar a Buchenwald, la descarga fue un poco más rápida ; sin embargo, cada vagón era conducido separadamente al andén, que era mucho más corto que el tren : dos horas largas para descargar todos los vagones y permitirles marchar de vacío hasta Weimar.

Lo que pasaba en Compiègne se reproducía en Budapest punto por punto, no porque lo diga yo, sino porque los dos lugares estaban sometidos a las mismas servidumbres y, con leves variaciones, se aplicaban los mismos métodos en ambos en función de los mismos principios. En los dos lugares, por ejemplo, había que concentrar a los deportados, cargar los vagones, etc., cosas que exigían casi el mismo tiempo en todas partes.

De la lectura del *Informe Kastzner* y del libro de Joël Brand se desprende que había de 200.000 a 250.000 judíos en Budapest, aunque ni el uno ni el otro dan una evaluación concreta: en efecto, las organizaciones al frente de las cuales estaban parecían haberse esforzado en evitar una excesiva concentración de judíos en la capital y en diseminar por el país los aproximadamente 400.000 polacos, checos y yugoslavos que llegaban en chorro continuo. Donde no podían evitar la concentración era en las regiones fronterizas de Hungría y de Rurnania que
[221] todos trataban de alcanzar y por eso, además de Budapest, un par de centros de aquellas regiones (al este del Theiss) fueron escogidos como puntos de reunión desde los cuales pudieran salir directamente los trenes hacia Auschwitz sin pasar por Budapest. En el propio Budapest, los judíos parecen haber sido dirigidos primeramente a un lugar bastante alejado de la estación que el Dr. Kasztner y Joël Brand designan con el nombre de «la bóvila» y en el cual, sin poder citar una cifra exacta que no dan ni el uno ni el otro, puede calcularse que era posible agrupar como máximo a una decena de millares de personas. En la tesis oficial : de allí a la estación en columnas de 3.000 hombres, mujeres, niños, ancianos... y equipajes, precisan todos los testigos que afirman que los judíos llevaban con ellos todo lo que podían.

De todos modos, a este lado o al otro del Theiss, había que concentrar : en camiones hasta la estación más próxima —o a pie—, por ferrocarril desde la estación

[36] En Francia y en Alemania, los vagones de mercancías son mayores que en Polonia, en Checoslovaquia y en Hungría, lo experimenté personalmente cuando nos evacuaron en Dora, en abril de 1945, a razón de 80 por vagón : íbamos tan apretados, si no más, que 100 en un vagón francés.

más próxima hasta el punto de reunión. Cosa curiosa : en Budapest, los concentrados en «la bóvila» no eran los judíos de la ciudad, en su gran mayoría húngaros, sino los de las otras regiones a los cuales iban a buscar a 100, 150 e incluso más quilómetros de distancia. «La bóvila», por otra parte, sólo podía contener su decena de millares a la vez, que oficialmente eran deportados en tandas de 3.000, cada una de ellas reemplazada por una tanda casi equivalente. Resumiendo : en «la bóvila» de Budapest o en otro lugar, se necesitaban vagones para concentrar, y esos vagones había que distraerlos de los 1.000 que, según Kasztner, estaban a disposición del Kommando Eichmann. Dado que las dos operaciones se realizaban al mismo tiempo, puesto que en los puntos de reunión sólo podían reemplazarse los judíos en cantidades iguales a los que se deportaban, si iban a buscarlos para reunirlos, tan lejos como se les deportaba, habrían sido precisos tantos vagones para una operación como para la otra. Pero se les deportaba a 500 ó 550 quilómetros de distancia, 600 como máximo, y se les iba a buscar a 100, 150 ó 200 quilómetros.

Conclusión: sólo podían destinarse a la deportación dos terceras partes de los vagones, apenas más. Digamos 700. Y razonemos :
[222] 4 días para ir a Auschwitz + 4 días para regresar + media jornada larga para cargar y descargar las 3.000 personas, y cada tren no podía regresar de vacío a su punto de partida y volver a salir cargado hasta la tarde del noveno día después de haber partido. A tres trenes de cuarenta vagones por día, pues, el sistema quedaba bloqueado el sexto día después de la salida del segundo tren. A dos trenes por día, quedaba bloqueado el noveno después de la salida del primer tren, pero, por la tarde, después de la llegada del primero que regresaba de Auschwitz, el segundo podía volver a salir. Y el sistema podía funcionar con tal de que los trenes marcharan con la regularidad de un reloj. ([37])

De hecho, en el relato de Sassen que *Life* (28-XI y 5-XII-1960) tuvo la desfachatez de presentar a sus lectores como unas Memorias auténticas, Eichmann dice que rara vez consiguió hacer salir dos trenes diarios de la estación de Budapest. ¿Que no es digno de crédito porque está interesado en minimizar las deportaciones? Desde luego. Pero, a juzgar por los Considerandos de la sentencia que dictaron, no mucho menos que los jueces de Jerusalén y sus testigos, interesados en sentido contrario y que no se privaron de dramatizar más allá de toda medida.

2. - *El número de personas por tren.* Como casi todos los datos de fuente judía, la Sentencia del Tribunal de Jerusalén está en flagrante contradicción con ella misma : nos dice, en el Considerando n.° 112, que los judíos fueron deportados de Hungría a razón de «alrededor de 3.000 personas por tren», y en el Considerando n.° 127 no hay más que «un promedio de 2.000 judíos por tren». Y, sobre ese punto, al menos una negligencia traiciona esa tesis : no se comprende por qué motivo, si Eichmann (presentado como ansioso por deportar al mayor número posible
[223] de judíos) tenía la costumbre de amontonar «alrededor de 3.000 personas por treni» a razón de «70 a 100 personas por vagón e incluso más», dice el Considerando n.° 154 —las 3.000 del Considerando n.° 112 hacen un promedio de 70 a 80 por por vagón de un tren de 40 vagones—, sólo habría cargado 1.500 como dice el Considerando n.° 113 en el tren que abastecía de deportados al campo de Kistarzca.

Recuerdo que en Nuremberg Hoess le dijo al Profesor Gustave Gilbert que los convoyes eran de 1.500 personas, y ante el Tribunal declaró que eran de 2.000 personas por término medio (cf. p. 58). En su confesión, habla de «5 trenes de 3.000 personas

[37] Se ve, pues, lo que habría sido el sistema de Joël Brand : «Cada día —declara a los judíos de Constantinopla al establecer contacto con ellos el 18 de junio de 1944—, 12.000 judíos son arrojados a unos vagones» (*Historia de Joë1 Brand*, p. 125). Conclusión: ¡4 trenes por día, y el sistema quedaba bloqueado antes de la tarde del quinto día!

cada uno por día» pero también que «nunca traían más de 1.000 personas» (cf. p. 58). Eichmann, por su parte, siempre según el relato de Sassen, pretende haber deportado en total un máximo de 200.000 judíos de Hungria, pero no da ninguna indicación concreta sobre la importancia numérica de cada convoy. Se refiere a los cinco que ha mencionado Hoess y protesta con vehemencia, diciendo que rara vez ha alcanzado el máximo de dos. Se refiere también a las 3.000 personas por convoy y protesta con no menos vehemencia. Sin embargo, las 2.000 de que ha hablado Hoess en Nuremberg no le sacan de sus casillas : es un número excesivo, se limita a decir.

Yo opino, por el contrario, que es muy posible. Lo que no es posible son los 3.000. ¿Cuántos menos, entonces? Razonemos un poco : entre Budapest y Auschwitz hay alrededor de 500 quilómetros de distancia y los trenes tardan al menos 4 días en recorrefla, o sea, una velocidad media de 125 quilómetros por día. Por dos motivos : el primero, porque no están previstos en los horarios y tienen que hacer largas paradas, a lo largo de todo el trayecto, para dejar pasar a los trenes regulares ; el segundo, porque estamos en plena guerra y en los meses de mayojunio de 1944, es decir, que eran objeto de frecuentes ataques aéreos que los obligaban a detenerse... y estaban amenazados también por un posible ataque partisano. En consecuencia, necesitaban ser protegidos por unos servicios sedentarios regulares distribuidos entre el punto de salida y el punto de llegada, pero debían asegurar también en parte por sí mismos su propia
[224] protección, lo cual significa que iban acompañados. Hemos visto que para transportar menos de 1.600 personas en 16 vagones, se necesita un tren que no incluía menos de 25 vagones. De los 40 vagones de los trenes que salían de Hungría, podía haber perfectamente un mínimo de 10 para transportar el personal de acompañamiento y de seguridad (10 = 1 sobre 4). También de mercancías, pero conteniendo solamente unas 15 personas cada uno con sus armas y víveres para ocho días, o sea, 150 hombres armados para acompañar un convoy de cuarenta vagones : es lo mínimo. En todo lo que he leído sobre la deportación de los judíos húngaros, no he encontrado ninguna mención a este aspecto del problema. Sin embargo, es notorio que ningún convoy de aquella clase fue enviado solo sobre ninguna vía férrea por los alemanes durante la guerra : por resignados que hubiesen estado los judíos a la suerte que les aguardaba, por muy forrados de plomo que estuvieran los vagones, a una velocidad de 125 quilómetros por día, ni un solo tren hubiese llegado lleno a Auschwitz. Los judíos disponían seguramente de herramientas para aserrar, cortar o arrancar las planchas de todos los vagones. Y lo habrían hecho si no les hubieran vigilado. Pero, 147 trenes a 150 personas para la vigilancia y la seguridad = 22.050 gendarmes húngaros, puesto que el Kommando Eichmann se componía de 150 hombres y nunca se ha mencionado en ninguna parte que les enviaran unidades de las SS, del Ejército o de la policía alemanas para ayudarles en aquella tarea.

Y repito mi pregunta : ¿cuántos judíos? Respuesta : 30 vagones como máximo por tren = 2.400 personas como máximo a razón de 80 por vagón. Lo único discutible ahora es la cifra de 80 por vagón. Una vez más, mi testimonio personal : los judíos húngaros cuyo convoy salido de Budapest en direción a Auschwitz había llegado a Dora a finales de mayo de 1944. De los 1.500, aproximadamente, que formaban parte de aquel convoy, cierto número habían sido dirigidos a otros campos dependientes de Dora (Hellrich u otros) a partir de su llegada. No sé cuántos quedaron : el contenido de un bloque. Los principios racistas del nazismo quisieron que fuesen totalmente aislados de los otros detenidos : aquel bloque había sido rodeado de alambre
[225] de espino. De aquel bloque así protegido salían a trabajar como todo el mundo, pero en Kommando aparte. Para ellos, el recuento tenía lugar en el mismo bloque, antes de salir al trabajo y después del regreso. Nosotros les envidiábamos. Quince días

después de su llegada, cuando a uno de nosotros le habían robado las zapatillas durante la noche, o se le habían comido el pan, o si quería tabaco o cualquier otra cosa, le bastaba con dar un salto rápido hasta el bloque de los judíos —por la mañana, entre el toque de diana y el recuento, o por la noche, antes de que se apagaran las luces— y, a cambio de lo que uno pudiera ofrecer, encontraba casi todo lo que quería : un verdadero mercado. Nosotros les admirábamos: al ingresar en el campo les habían hecho desnudarse del todo para enviarles a la desinfección, sus contactos con los otros detenidos eran muy limitados... y sin embargo habían conseguido procurarse un poco de todo lo que en el campo sólo podía encontrarse con enormes dificultades y a un precio muy elevado.

Al cabo de algún tiempo, la vigilancia especial de que eran objeto se relajó visiblemente: con ocasión de aquellos contactos, pudimos intercambiar algunas palabras con ellos e incluso mantener breves conversaciones. Así nos enteramos de su odisea: nos hablaban de lo que habían tenido que dejar al ingresar en el campo, ([38]) y como nosotros éramos unos veteranos a sus
[226] ojos, nos preguntaban si lo recuperarían, cuándo, cómo, etc. En resumen: habían sido transportados desde Hungría hasta Dora en vagones de 70 a 80 personas, con todos sus equipajes. Habían tardado de 6 a 7 días, en llegar. Les habían dicho, al salir, que les conducían a Auschwitz, y cuando supieron que se dirigían a Dora, se habían sentido felices. Sobre Auschwitz, contaban las cosas más espantosas. Un detalle curioso : no había mujeres ni niños entre ellos. Nos dijeron que las mujeres y los niños habían sido separados de ellos al salir de Hungría, lo cual no nos sorprendió porque era lo mismo que nos había ocurrido a nosotros.

Conclusión : las «70 a 100 personas e incluso más por vagón» de que habla el Considerando n.° 154 de la Sentencia de Jerusalén significan un promedio de 80 por vagón ; el reparto de los judíos en los vagones se había realizado en el andén de la estación de salida, en función de lo que llevaban consigo : más en el uno, menos en el otro (cf. p. 225, nota 38). Con sus «aproximadamente 3.000 personas por tren», pretendiendo que todos los vagones estaban ocupados por judíos deportados, el Considerando n.° 112 admite un promedio de 75 por vagón.

Todos los trenes, por otra parte, no llevaban la misma carga de judíos. El que fue cargado en Kistarzca, del Considerando n.° 113, sólo llevaba oficialmente 1.500. Probablemente era también de 40 vagones, una decena de ellos para la vigilancia y la seguridad como todos los demás, de ahí un promedio de 50 por vagón... Lo probable para el conjunto, pues, es que la carga se situara, en realidad, entre el mínimo de 1.500 indicado por
[227] Hoess al Profesor Gilbert y el máximo posible de 2.400. Y el promedio de 75 por vagón del Considerando n.° 112 puede ser el promedio general que da alrededor de 2.200 por tren. Es lo más verosímil, en todo caso.

Esta tesis tiene la ventaja de que, si era cierto, como él pre, tendía, que Eichmann logró deportar en total 200.000 judíos húngaros, 38.000 de ellos a pie, eso nos daría

---

[38] En Auschwitz, los «equipajes» recuperados así por la administración del campo eran reunidos en una esquina del propio campo que, según los planos oficiales presentados en Nuremberg, comprendía 30 bloques aislados los unos de los otros y severamente vigilados : «El Canadá», decían los deportados. La tesis oficial dice que al aproximarse los ejércitos rusos los guardianes SS trataron de prenderles fuego, pero no lo consiguieron. A su llegada, las tropas rusas encontraron en los seis bloques reservados para el vestuario: 348.820 trajes de hombre, 836.525 vestidos de mujer, pero únicamente 5.255 pares de zapatos de hombre y 38.000 pares de zapatos de mujer. Había también 13.694 alfombras. (*Auschwitz*, Comunicado oficial de la Comisión del Museo de Auschwitz -Panstwowe Museum W. Oswiecimiu—, editado en Cracovia en 1947). Se tiene también idea de lo que los judíos se llevaban con ellos. Las mujeres seguían siendo mujeres hasta en las peores circunstancias : comparar lo que llevaban con lo que llevaban los hombres. Otros barracones contenían los más diversos objetos de valor. La Comisión no los cita ni da un cálculo aproximativo del dinero que podían representar, pero fueron necesarios trenes y camiones para llevarse todo aquello. Pero todos aquellos objetos ocupaban seguramente mucho espacio en los vagones «de 70 a 100 personas e incluso más» de que nos habla el Considerando 154 de la Sentencia de Jerusalén. Conclusión : en los vagones de los judíos que llevaban más cosas había menos personas, y en los otros más de las previstas.

168.000 por ferrocarril y 168.000:2.200 = 77 trenes, aproximadamente, durante los 52 días que duró la deportación de los judíos húngaros. Tendría, además, la ventaja adicional de que está en el terreno de las cosas técnicamente posibles —¡en el límite de lo posible!— con 1.000 vagones, y de que, cuando Eichmann pretende que rara vez ha logrado hacer silir dos trenes diarios, podría pensarse que se trata de la impresión de un empleado lleno de celo que no alcanzara el objetivo que se ha fijado y que exagera su fracaso a sus propios ojos : 77 trenes en 52 días representan 2 trenes diarios, uno de cada dos días. Y, en las condiciones dadas, es un éxito al 50 %.

3. — *Balance general de la deportación de los judíos en Hungría.*

— Existentes el 19 de marzo de 1944 .... 800.000
— A finales de noviembre de 1944: deportados 200.000

— no deportados...600.000
— el Considerando n.° 111 en el proceso de Jerusalén da constancia de 57.000 muertos en Hungría ([39]) y no
se encuentran otros en la Sentencia.......................................57.000
Supervivientes entre los no deportados................................543.000

La estadística oficial del Centro de documentación judía contemporánea sólo da constancia de 200.000 encontrados vivos en 1945, o sea, 543.000 - 200.000 = 343.000 que estaban vivos,
[228] que sin duda no eran todos húngaros, pero que figuran en la estadística de los muertos, sea en Hungría, sea en los otros países de los que procedían. De esas personas que no figuran en ninguna parte en ninguna estadística de vivos en Europa y que ya no están en Europa —al menos oficialmente—, llegamos a un total de 3.813.160 al término de nuestro estudio de la población judía checa (cf. p. 216). Total al término de este estudio de la población judía húngara: 3.813.160 + 343.000 = 4.156.160 que viven en otra parte —con su progenie desde 1945—, si no están en Europa. Hay que añadir, naturalmente, como en todas partes, los que habiendo sido deportados regresaron vivos y se encuentran en el mismo caso.

Aquí 4.156.160

Ligadas a Hungría : Yugoslavia, por la corriente de judíos que procedía de ella, y Rumania hacia la cual se dirigían : Yugoslavia está ligada también a Italia por los judíos yugoslavos. que huyeron a este último país.

YUGOSLAVIA

Hemos visto que el Centro mundial de documentación judía contemporánea situaba 75.000 judíos en Yugoslavia en 1939, de los cuales únicamente 20.000 habían sido encontrados vivos en 1945 (cf. pp. 146 y 207). En abril de 1941, Yugoslavia fue invadida por las tropas alemanas y desmembrada. La diplomacia del eje Berlín-Roma creó allí dos Estados : Croacia, declarada independiente, y Servia, bajo ocupación alemana. Italia recibía, además, Eslovenia, ocupándola así como una gran parte de Croacia donde contrarrestaba sistemáticamente la política antijudía del Gobierno Pavlevich, más hitleriano que mussoliniano. En el Este, la región del Alto Vardar con Skopje y Monastir era atribuida a Bulgaria. En ese *puzzle*, he aquí cómo distribuye los

[39] En realidad, dice : de 57.000 a 62.000.

judíos yugoslavos la Sentencia del Tribunal de Jerusalén (Considerandos números 105 y 106) : 30.000 en Croacia
[229] y 47.000 en Servia, o sea, un total de 77.000. Sin comentarios : estamos acostumbrados a las discordancias entre las fuentes judías. Otra discordancia : la Sentencia del Tribunal de Jerusalén encuentra (los mismos Considerandos) que en 1945 sobrevivían únicamente : 1.500 judíos en Croacia + 5.000 en Servia = 6.500. Algo más grave : de lo que antecede, resulta que toda la población judía de Eslovenia que, en virtud de la proximidad de Trieste, ha sido siempre históricamente la más densa, se precipitó a Croacia y a Servia para estar más cerca de los alemanes en el primer caso, bajo su férula directa en el segundo. Entre Alemania y Bulgaria, que no era antisemita, los de la región del Alto Vardar no vacilaron : se precipitaron a Servia, zona de ocupación alemana. En fin, ninguno de ellos se marchó a Hungría, donde el Dr. Kasztner encontró un número lo bastante elevado como para incluirlo en su Informe. Incluso podría creerse que 2.000 (los que la Sentencia del Tribunal de Jerusalén encuentra de más que el Centro mundíal de documentación judía contemporánea) vinieron desde lugares en los que no corrían ningún peligro para estar más seguros de ser exterminados. Se ha observado a menudo que los judíos europeos habían aceptado su suerte con mucha resignación: los judíos yugoslavos no eran solamente unos resignados, sino unos masoquistas.

Hasta el proceso de Jerusalén, Yugoslavia planteaba un enigma : portavoz oficial del Centro mundial de documentación judía contemporánea, el señor Poliakov nos había explicado (*El Breviario del Odio* y *El Tercer Reich y los judíos*) que en Yugoslavia «los judíos se habían refugiado a millares en las zonas de ocupación italianas» ; que al llegar Krumey a Croacia, el 16 de octubre de 1943, no logró deportar tantos judíos como su colega Alois Brünner en Niza, a pesar de que este último sólo consiguió enviar 10.000 a los campos de concentración ; ([40]) que después del golpe de Estado de Badoglio (septiembre de 1943), los judíos habían seguido a las tropas italianas que se retiraban
[230] de Croacia, etc. Todo esto no coincide demasiado, como se ve, con los Considerandos números 105 y 106 de la Sentencia de Jerusalén. En absoluta contradicción en todo caso, a la vez con la distribución de los judíos en las diferentes zonas después de la desmembración y con el número de los deportados en Croacia, que el Considerando n.° 105 evalúa en 28.500, atribuibles a Krumey a excepción de 2.800.

Sobre Servía, el señor Poliakov permanecía casi mudo acerca de los detalles : bajo el timbre del Centro mundial de documentación judía contemporánea, «ninguna deportación en Servía, todos los judíos exterminados sobre el terreno», se limitabaa declarar 20.000 supervivientes y 55.000 exterminados para elconjunto de Yugoslavia (*El Breviario del Odio*, p. 180). Para tener detalles concretos, había qui, e acudir a otros autores (Michel Borcwicz, Joseph Billig, etc.), pero la desgracia quería que, si se totalizaban los detalles dispersos, se llegaba a duras penasa 30.000. Y se llegaba a la conclusión de que las evaluaciones sin fundamento del señor Poliakov eran pura fantasía. Y, en consecuencia, que la cifra a tomar en consideración era la de 30.000 para el conjunto de Yugoslavia, teniendo en cuenta además que, estando todo el mundo de acuerdo sobre el hecho deque los italianos no habían consentido nunca en entregar a losalemanes a ningún judío de su zona de ocupación, el señor Poliakov tenía razón seguramente en lo que respecta a los de Croacia, y que eran los de Servía los que habían pagado un tributo más elevado a la deportación y a la muerte. Era, por añadidura, lógico : los alemanes les acosaban desde 1941, y aunque no les deportaron antes de 1942, estaban preparados para hacerlo en cuanto lo dicidieran, cosa que no ocurría en Croacia, no ocupada por las tropas alemanas.

[40] En *El Breviario del Odio*, precisa incluso: «3.000 deportados, en total de Croacia» (p. 181).

Siguiendo los acontecimientos en el orden en que se habían sucedido, se hacía otro descubrimiento : la estadística establecida a finales de 1941 para la Conferencia de Wannsee por el alemán Korherr —antes de que se adoptaran las medidas de deportación en Yugoslavia ([41])— daba la cifra de 40.000 judíos existentes
[231] aún en toda Yugoslavia. Había que llegar a la conclusión de que 75.000 - 40.000 = 35.000 habían huido a Hungría y a Italia (cf. p. 207), puesto que no estaban ya allí y no habían sido detenidos. Si se deducía también que los 30.000, aproximadamente, dados en detalle como detenidos tenían que ser descontados de aquellos 40.000, la cosa resultaba más lógica. Sobre todo teniendo en cuenta que unos 10.000 judíos croatas habían seguido a las tropas italianas en retirada después de septiembre de 1943.

En consecuencia, el Centro mundial de documentación judía contemporánea sólo estaba autorizado a hacer figurar 30.000 judíos en la columna de los exterminados —a condición de que lo hubieran sido todos después de su detención— de su estadística. Hizo figurar 55.000, o sea, 55.000 - 30.000 = 25.000 de más. Dado que los judíos yugoslavos que fueron detenidos y que murieron además de esos 30.000 considerados como justificados ya han sido incluidos en los resultados de los cálculos realizados sobre la población judía húngara, y que el resto lo será en los cálculos que se realizarán sobre Italia, he aquí otros 25.000 judíos europeos vivos a añadir a los 4.156.160 que se encuentran en el mismo caso y a los cuales hemos llegado al término de nuestro estudio de la población judía húngara, o sea, 4.156.160 + 25.000 = 4.181.160.

Aquí....................4.181.160

ITALIA

Aquí, Arthur Ruppin daba 50.000 judíos en 1926 y el Centro mundial de documentación judía contemporánea da 57.000 en 1939. Es muy posible : con el índice medio anual de crecimiento natural tenemos 50.000 + 13 % = 56.500. Aceptemos los 57.000. A los que hay que añadir, no obstante, los 16,500 judíos
[232] yugoslavos (cf. p. 207), o sea : 57.000. + 16.500 = 73.500. En 1945, el Centro mundial de documentación judía contemporánea encontró 15.000 deportados exterminados y 42.000 vivos. Lógicamente, debió encontrar 73.500 - 15.000 = 58.500 supervivientes, y la exageración en el número de los muertos hubiera sido de 58.500 - 42,000 = 16.500. En realidad es más importante, ya que incluso el señor Rolf Hochhuth que se distinguió recientemente por la abominable falsedad que es, sobre el tema del Documento Gerstein, *El Vicario* (ob. cit.), sólo encontró en Italia 8.000 judíos detenidos y deportados. Los jueces de Jerusalén, por su parte, sólo encontraron «7.500 deportados, con un total de supervivientes que no supera los 600» (Considerando n.° 109) = 6.900 exterminados. Número de supervivientes en este caso: 73.500 - 6.900 = 66.600. Y exageración del Centro mundial de documentación judía contemporánea: 66.600 - 42.000 = 24.600. A añadir a los 4.181.160 que viven al margen de las estadísticas, a los cuales hemos llegado al término del estudio de la población judía yugoslava y que no están ya —¡oficialmente!— en Europa: 4.181.160. + 24.600 = 4.205.760.

Aquí 4.205.760

RUMANIA

Arthur Ruppín había censado 900.000 judíos en Rumania en 1926 y el Centro mundial de documentación judía contemporánea sólo encuentra 850.000 en 1939. (El

[41] Fueron decididas el 19 de enero de 1943 para Croacia y sólo empezaron en serio después de la llegada de Krumey, el 16 de octubre de 1943. Y fueron puestas en marcha en marzo de 1942.

Institute of Jewish Affairs está de acuerdo, pero el señor Raul Hilberg no encuentra más que 800.000) : nada anormal, la población judía de Rumania siempre ha emigrado en grandes proporciones. En el capítulo de los deportados exterminados y de los supervivientes, el Centro dice mitad y mitad, el Institute está de acuerdo y el señor Hilberg, naturalmente, en completo desacuerdo : 380.000 supervivientes y 420.000 exterminados, dice. Otra observación que demuestra hasta qué punto es consciente de lo que dice toda esa gente : el autor de la estadística del Centro mundial de
[233] documentación judía contemporánea es, como se sabe, el señor Poliakov (cf. p. 149) y, comentando las cifras de su propia estadistica (*Breviario del Odio*, p. 186), nos dice que en 1939 había 700.000 judíos en Rumania, y en 1945 solamente 250.000 (ob. cit., p. 188). El Considerando n.° 110 de la Sentencia de Jerusalén que resume el drama de los judíos rumanos es muy prudente : «Así fue salvada del exterminio la mitad del judaísmo rumano», declara, basándose en la declaración escrita del Dr. Safran, gran rabino de Rumania, aunque sin ninguna referencia al contenido de aquella declaración.

Por lo demás, si el redactor de aquel Considerando se hubiera fijado como objetivo demostrar que ningún judío rumano fue deportado nunca por los alemanes, no creo que hubiese tenido más éxito : en efecto, el Considerando cita un solo proyecto de deportación de 200.000 judíos decidido por primera vez el 26 de julio de 1942 para que empezara el 16 de septiembre siguiente, vuelto a discutir el 17 de septiembre, y luego el 26 y el 28 de septiembre, sin llegar a un acuerdo hasta esta última fecha. Pero el 22 de octubre, cuando las deportaciones no habían empezado aún, el Gobierno rumano hizo saber a su interlocutor alemán que había cambiado de opinión y que se encargaría por sí mismo de resolver el problema judío en Rumania.

Hasta entonces, la doctrina de Alemania había sido precisamente la de que los rumanos debían encargarse por sí mismos de sus propios judíos, y toda una correspondencia diplomática atestigua que los rumanos no habían cesado de proponer a los alemanes entregarles los judíos, pero sin éxito : los alemanes no los querían. Y en el momento en que se mostraron dispuestos a aceptarlos, los rumanos no quisieron ya entregárse los.

El gran rabino de Rumania pretende en su declaración —al menos, eso dicen los autores de las crónicas de prensa del Proceso de Jerusalén— que hasta agosto de 1942 los rumanos, que no lograban que los alemanes aceptaran sus judíos, los exterminaban. Y cita las matanzas de judíos de Odesa por el ejército rumano (60.000 víctimas), los pogroms de Bucarest, Ploesti, Jassy, Constanza, etc., que hicieron «víctimas. por decenas de millares» sin otras indicaciones más concretas. En total, estima
[234] que, desde febrero de 1941 hasta agosto de 1942, «fueron extermínados así de 250.000 a 300.000 judíos». Por los rumanos, no por los alemanes.

Esta tesis es muy discutible : en París, en la misma época, todos los que pertenecían a organizaciones de ayuda a la emigración de los judíos europeos sabían, por los propios judíos con los cuales entraban en contacto, que en Rumania, si bien el Gobíerno no les testimoniaba una simpatía particular, al menos les concedía un pasaporte turístico que les permitiría ir más lejos mediante el pago de 1.000 dólares. El gran rabíno asegura que únicamente a partir de octubre de 1942 fue puesta en práctica aquella política, y que ese fue el motivo de que Antonescu, que acababa de descubrirla, después de haber suplicado tanto a los alemanes que aceptaran a los judíos que les quería entregar, cambió bruscamente de opinión cuando los alemanes estaban dispuestos a aceptarlos. La señora Hannah Arendt se hace eco de ello en *The New-Yorker* del 16 de marzo de 1963. Un solo desacuerdo con las informaciones que poseíamos en París en aquellas fechas : el precio del pasaporte, que al parecer no era de 1.000 dólares sino de 1.300.

En suma, la tesis que sobre la mitad del judaísmo rumano (= 425.000 judíos sobre 850.000) exterminada atribuye a la deportación por los alemanes la diferencia entre «250.000 a 300.000» y 425.000, o sea, de 125.000 a 175.000 judíos rumanos, es muy discutible por otro motivo : las modificaciones territoriales de que Rumania fue objeto entre 1939 y 1945.

En agosto de 1939, el pacto germano-soviético le había hecho pagar un pesado tributo a los pactantes y a sus amigos : abandono de la Bucovína del Norte y de la Besarabia a la URSS (junio de 1940) ; una parte importante de Transilvania a Hungría y Dobrudja a Bulgaria (agosto de 1940). El movimiento, de la población judía de aquellas regiones a raíz de tales transferencias no ha sido objeto de ningún estudio que haya llegado a mi conocimiento : la tesis generalmente admitida es la de que la población judía no se desplazó o se desplazó muy poco. Por otra parte, no todos los acuerdos de transferencia de población establecidos estaban ratifícados cuando estalló el conflicto
[235] germano-ruso en junio de 1941. Para los que estén interesados en esos acuerdos recomiendo el excelente estudio del Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos de Paris, publicado en 1946 bajo el título: *Les Transferts internationaux de populations* (Presses Universitaires de France).

No cabe duda de que, desde 1940, Rumania había acechado, en la evolución de las relaciones germano-soviéticas, la posibilidad de recuperar los territorios de que había sido desposeída y de un modo especial la Besarabia, que estaba más que los otros dos dentro del campo de las posibilidades de recuperación: en junio de 1941 entró en guerra contra Rusia al lado del Eje y, no sólo la Besarabía sino también una zona de ocupación que fue llamada la Transnistria y que se extendía desde su frontera de 1939, el Dniester, hasta el Bug, le fueron atribuidas. Alemania se otorgó la zona más allá del Bug y hasta el Dnieper.

No cabe duda tampoco de que al evacuar la Bucovina y la Besarabia los rusos habían evacuado también la mayor parte posible de la población, que por lo demás se evacuaba a sí misma huyendo como por doquier ante las tropas alemanas. Lo cierto es que, del 11 al 21 de diciembre de 1943, el Comité Intemacional de la Cruz Roja envió uno de sus delegados a Rumania : el señor Charles Kolb. Permaneció allí desde el 11 de diciembre de 1943 hasta el 14 de enero de 1944. A su regreso, redactó un informe en el cual hacía observar que faltaban 206.700 judíos en Besarabia-Transnistria y 88.600 en Bucovina. En otras partes, no observó nada anormal. A la vista de ese informe cabe pensar que 206.700 + 88.600 = 295.300 judíos rumanos convertidos en rusos y que se encontraban en las líneas rusas huyeron ante las tropas germanas como sus correligionarios polacos en septiembre de 1939 y se salvaron de ser deportados por los alemanes. Cabe pensarlo, pero no se puede asegurar. De todos modos, el señor Poliakov que cita aquel informe (*Breviario del Odio*, p. 371) admite que «en vísperas del ataque alemán una parte de la población judía pudo ser evacuada por los rusos». Dado que aquel informe estaba establecido sobre una investigación realizada en 1943-44, es decir, en un momento en el que los judíos no corrían ya ningún
[236] peligro en Rumania, podemos dar como seguro que en aquella fecha : 800.000 - 295.300 = 504.700 vivían aún allí y no fueron detenidos, ni deportados, ni asesinados posteriormente. Podemos creerlo con tanta más seguridad por cuanto lo atestigua hasta cierto punto la Sentencia de Jerusalén (Considerando n.° 119), que no señala ninguna deportación de judíos rumanos por los alemanes y que, si las señalara, tendrían que ser anteriores al 22 de octubre de 1942, lo cual no puede ser tampoco el caso puesto que, hasta entonces, los alemanes se habían negado siempre a ceder a los requerimientos del Gobierno rumano.

Extraña coincidencia : esos 295.300 judíos que el señor Charles Kolb comprobó que no estaban en Rumania se encuentran dentro de los límites de los «250.000 a 300.000» que el gran rabino da como exterminados por los rumanos. De esto a creer que son los mismos y que para ahorcar a Antonescu, los rusos, que los habían salvado, hayan pretendido que los había exterminado...

En cuanto al señor Raul Hilberg es todavía más sutil : después de haber examinado las tropelías de los *Einsatzgruppen* en Rusia y de haber integrado en la estadística de Rusia a los judíos que exterminaron en ciudades como Odesa, Chisinau y Cernauti, por ejemplo (ob. cit., p. 190), saca la cuenta de los que faltan en la Transnistria donde se encontraba Odesa desde 1941 hasta 1944, y en la Bucovina, donde se encontraban las otras dos, para integrarlos en su estadística de Rumania (pp. 485-509), es decir, los cuenta dos veces.

Conclusión sobre Rumania : para saber exactamente cuántos judíos hay que incluir como desaparecidos en 1945, habría que saber con la misma exactitud cuántos de los 295.300 desaparecidos censados por el señor Charles Kolb a finales de diciembre de 1943-primeros de enero de 1944 fueron evacuados por los rusos y cuántos permanecieron bajo la férula de los alemanes o de los rumanos. Pero, lo ignoramos. Habría que saber también cuántos emigraron, y la cifra no puede ser desdeñable puesto que los judíos rumanos eran los que estaban mejor situados para abandonar Europa con menos esfuerzos y menos camino a recorrer. Pero, si los rusos habían salvado a la mitad de los desa-
[237] parecidos censados por el señor Charles Kolb : y si la otra mitad, caída en manos de los rumanos, habían sido asesinados en los pogroms de Odesa, de Bucarest, de Ploesti, de Constanza, etc., la población judía rumana de 1939 podría distribuirse así:

— asesinados $\frac{295.300}{2}$ = 147.650

— salvados por los rusos $\frac{295.300}{2}$ = 147.650

— Emigrados o encontrados vivos en 1945:
800.000 - 295.300 504.700

Total 652.350

— oficialmente encontrados vivos por el Centro mundial de documentación judía contemporánea 425.000

O sea 227.350

los cuales, aunque vivos en 1945, habrían sido incluidos abusivamente en la columna de los exterminados del Centro mundial de documentación judía contemporánea.

He aquí, pues, otros 227.350 judíos europeos que se unirán a los 4.205.760 localizados al término de nuestro estudio de la población judía italiana, o sea, un total de 4.205.760 + 227.350 = 4.433.110.

Aqui 4.433.110

[238]

BULGARIA

La estadística que figura en la página 146 sólo menciona la población judía búlgara de 1939, sin indicar las pérdidas. Posteriormente, el Centro mundial de documentación judía contemporánea ha publicado otras estadísticas en las cuales Bulgaria figura con 7.000 exterminados sobre 50.000 personas en fecha de 1939. El señor Raul Hilberg encuentra 3.000, y el Considerando n.° 108 de la Sentencia de Jerusalén sólo da constancia de 4.000 deportados de Tracia + 7.000 de Macedonia = 11.000, sin mencionar las pérdidas. No hay problema: 50.000 en 1939, 11.000 deportados, 7.000 de ellos exterminados, y 43.000 supervivientes. Los 7.000 exterminados sobre 11.000 deportados no están justificados con ningún hecho concreto : no se sabe ni de dónde salieron, ni a dónde fueron. El señor Poliakov, que comenta la estadística de la que es autor (*Breviario del Odio*, p. 188) ni siquiera puede citarse fielmente a sí mismo : 13.000 deportados sobre 20.000 en el proyecto, dice, y nada del número de supervivientes.

GRECIA

La misma observación que para Bulgaria. Aquí, la estadística que he citado en la página 146 anotaba la Macedonia por separado con 7.000 exterminados sin que se sepa cuántos había en 1939. Posteriormente, aquella mención particular ha desaparecido de la estadística oficial y Grecia ha quedado sola en ella con 75.000 judíos en 1939 y 60.000 deportados exterminados en 1945, o sea, 15.000 supervivientes. El señor Raul Hilberg, por su parte, da las cifras siguientes : 74.000 en 1939, 62.000 exterminados y 12.000 supervivientes. El Considerando n.° 107 de la Sentencia de Jerusalén da constancia de 80.000 en 1939, 70.000 exterminados y 10.000 supervivientes. Finalmente, Arthur Ruppin había censado ya 75.000 judíos en Grecia en 1926: ¿emigración igual al crecimiento natural? Es posible.

Grecia estaba dividida en dos zonas de ocupación: al Norte
[239] los alemanes, que tenían su cuartel general en Salónica ; al Sur los italianos, que tenían el suyo en Atenas. Los judíos se distribuían así : de 55.000 a 60.000 concentrados alrededor de Salónica en zona alemana, de 15.000 a 20.000 en zona italiana, concentrados también alrededor de Atenas. Todas las fuentes judías están de acuerdo en decir que los alemanes no empezaron a cuparse de los judíos griegos hasta julio de 1942 (puerto de la Estrella amarilla), pero únicamente en la zona alemana : en la zona italiana, nada. Unicamente en febrero de 1943 empezó su concentración en ghettos en Salónica y sus aledaños. Aquellas operaciones fueron dirigidas por el Dr. Max Merten, administrador de la zona, con la ayuda de dos enviados del R.S.H.A., Wisliceny y Günther, a partir del 15 de enero de 1943. El señor Poliakov pretende (ob. cit., p. 182) que las deportaciones empezaron el 15 de marzo de 1943 y terminaron el 9 de mayo en una primera fase : 43.000 judíos en 16 convoyes (2.700 personas por convoy, un convoy cada tres o cuatro días = aquí, donde los judíos estaban agrupados, las operaciones de deportación no podían ser tan rápidas como en Hungría, donde los judíos no agrupados podían salir a razón de 2 a 3 convoyes de 3.000 personas por día, es la conclusión que se impone) fueron deportados a Auschwitz. El resto, o sea, una buena docena de millares, fue deportado en julio-agosto de 1943 en tres convoyes : a razón, pues, de 4.000 por convoy, como mínimo. El viaje Salónica-Auschwitz duraba diez días, por término medio, y el señor Poliakov precisa que, a su llegada, los judíos eran enviados

directamente y en bloque a la cámara de gas, sin selección previa de los sanos, hasta tal punto estaban en malas condiciones. Eso es, en efecto, lo que Wisliceny declaró en Nuremberg, afirmando que lo sabía por el propio Hoess... ¡aunque Hoess no lo confirmó! El Considerando n.° 107 de la Sentencia de Jerusalén no está de acuerdo con ese aspecto de la deportación de los judíos griegos : «Los 56.000 judíos de la región de Salónica fueron deportados todos del 15 de marzo a finales de mayo de 1943», dice. Por lo tanto, no hubo ningún convoy en julio-agosto, pero no concreta ni el número de convoyes ni el número de personas por convoy. El abogado Max Merten (condenado a
[240] 25 años de prisión en 1946 pero puesto en libertad casi inmediatamente, testigo de la defensa en el Proceso de Jerusalén) pretende que, gracias a Eichmann y a pesar de los esfuerzos en sentido contrario de Wisliceny, alrededor de 20.000 judíos escaparon a la deportación. Pretende, además, que desde que se les impuso la Estrella amarilla (julío de 1942) y se empezó a concentrarles en ghettos (febrero de 1943), muchos judíos de la zona alemana huyeron a la zona italiana y que, no estando de acuerdo con las medidas de deportación previstas porque los judíos no le causaban ningún problema, no sólo no veía ningún inconveniente en que pasaran a la zona italiana, sino que incluso les ayudó a conseguirlo en la medida en que pudo hacerlo sin que Wisliceny o Günther entraran en sospechas. Ese fue el motivo por el que después de haber sido condenado a 25 años de prisión, fue puesto en libertad.

En la zona italiana, los judíos no fueron molestados hasta que se produjo el golpe de Estado de Badoglio en septiembre de 1943. Las operaciones de deportación fueron confiadas a Wisliceny y a Günther. Ante el Tribunal de Bratislava que le condenó a muerte, el primero pretendió (27 de junio de 1947) en una declaración escrita que de 8.000 a 10.000 de los judíos de aquella zona habían sido deportados. Para la ciudad de Atenas, dice el Considerando n.° 107 de la Sentencia de Jerusalén, «una gran parte de ellos habían logrado ocultarse y emprender la fuga, de modo que sólo quedaban 12.000». Había, pues que buscar a todos los demás y reunirlos previamente : para deportar de 8.000 a 10.000, Wisliceny tuvo que trabajar a fondo y vemos que no trató de aminorar su culpabilidad. Admitamos esa cifra y razonemos :

— No sabemos cuántos judíos de la zona alemana lograran pasar a la zona italiana, pero sabemos que los de aquella zona fueron deportados en 19 convoyes. A una media de 2.200 por tren de 40 vagones, establecida y retenida en nuestros, cálculos para Hungría, flegamos a un total de 2.200 x 19 = 41.800.

— Habían huido a la zona italiana (puesto que después de las deportaciones no quedó ninguno en la zona alemana) 56.000 (cifra de la Sentencia de Jerusalén) - 41.800 = 14.200, lo que
[241] eleva la población judia de aquella zona que debía ser de 75.000 - 56.000 = 19.000, a 19.000 + 14.200 = 33.200.

— Si, como dice, Wísliceny deportó de 8.000 a 10.000, tenían que quedar 33.200 - 8.000 a 10.000 = 23.200 a 25.200 salvados en toda Grecia.

Exageración mínima del Centro mundial de documentación judía contemporánea: 25.200 - 15.000 = 10.200. A condición de que salieran de Salónica 19 trenes transportando cada uno de ellos una media de 2.200 personas, lo cual es posible pero no seguro.

A añadir al total obtenido al término del estudio de la población judía rumana (cf. p. 237): 4.433.110 + 10.200 = 4.443.310.

Aquí.........................4.443.310

Quedan por estudiar: Alemania, Austria, Dinamarca y Noruega.

ALEMANIA

Nos hemos ocupado ya de ella a propósito del estudio de la población judía de Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia (Cf. pp. 192 a 205). Recuérdese que en el momento de la invasión de Francia por las tropas alemanas las cifras de fuente judía hacían aparecer 250.000 judíos extranjeros cuya nacionalídad resultaba imposible determinar, salvo para decir que de 30.000 a 40.000 como máximo eran alemanes, y todos los demás polacos. Buscando únicamente los supervivientes europeos, no había ningún inconveniente en declararlos todos polacos (o todos alemanes), puesto que no podía establecerse el porcentaje de los unos y de los otros. Pero ahora habrá que tener en cuenta que 40.000 judíos alemanes están ya contados, si no se quiere que lo sean dos veces.

En 1939, pues, he aquí cómo se presentaba la estructura de la población judía alemana: de un total de 510.0000, 210.000 se quedaron en Alemania y 300.000 emigraron, dice el Centro
[242] mundial de documentación judía contemporánea. El señor Raul Hilberg dice: 240.000 se quedaron en Alemania y 300.000 ernigraron, de un total de 540.000. Teniendo en cuenta el crecimiento natural, tendría que estar más cerca de la verdad, pero no es así: desde 1926 hasta 1933, nos dice el señor Poliakov (*Breviario del Odio*, ob. cit., p. 11), la curva demográfica de las comunidades judías, preocupadas por su suerte ante los progresos del hitlerismo, era descendente. Digamos : 210.000 judíos en Alemania en 1939. Oficialmente, sólo 40.000 habrían sido encontrados vivos en 1945, lo cual significa 170.000 exterminados.

En apoyo de los detalles que da para justificar esos 170.000 exterminados y esos 40.000 supervivientes, el señor Poliakov cita la estadística establecida a petición de Himmler, el 17 de abril de 1943 con fecha de 31 de diciembre de 1942, y que él presenta como «elaborada con mucha competencia» (*Breviario del Odio*, ob. cit., pp. 383-394). Yo opino que el alemán Korherr, era un hombre competente y éste es el motivo por el cual también yo me he referido a sus informaciones : una tendencia fastidiosa, de todos modos, a ver demasiados judíos por todas partes. Pero, dicho esto, si acepto la Tabla del judaísmo alemán tal como él la ve con fecha 31 de diciembre de 1942, no comprendo cómo el señor Poliakov, que también la acepta, ha podido extraer de ella las conclusiones que ha extraído. He aquí lo que dice la Tabla recapitulativa a propósito de los judíos alemanes :

— han sido detenidos en total hasta el 31 de diciembre de 1942 ....100.516
—- no habían sido detenidos aún 51.327

Total 151.843

Es cierto que aquella situación es presentada como afectando «al Antiguo Reich y a los Sudetes», pero esto carece de importancia : el 17-5-1939 sólo queda-ban 2.649 judíos en los Sudetes ; los otros habían huido a Bohemia-Moravia, luego a Hungría, luego... Lo que equivale a decir que, millar más millar menos, aquel balance sólo afectaba a Alemania.
[243]

Repito: el señor Poliakov acepta esas cifras.

Pero, si en Alemania sólo quedaban 151.843 judíos el 31 de diciembre de 1942 (libres o en campo de concentración), y si en total sólo habían podido ser detenidos 100.516, esto significa que 210.000 - 151.843 = 58.157 habían logrado emigrar con posterioridad a 1939. Esto significa, por otra parte, que con posterioridad al 31 de

diciembre de 1942 no fue posible detener a más de 51.327 judíos. El 1 de julio siguiente, era un hecho : fue promulgada la ley declarando a Alemania «*Judenfrei*» (liberada de sus judíos) y, nos dice el señor Poliakov, «no quedaba ya un solo judío en libertad, salvo los cónyuges de arios» (ob. cit., p. 68), los cuales, nos dice Korherr, en su informe, se elevaban a 16.760. Se sabe que a continuación también estos últimos fueron detenidos a su vez y deportados... al menos oficialmente.

Rectifiquemos ahora el error obligatorio en el que incurrimos deliberadamente al decretar, porque entonces sólo podíamos resolver el problema por el conocido procedimiento elemental de la falsa suposición, a propósito de 40.000 judíos europeos encontrados vivos en Holanda, Francia, Bélgica y Luxemburgo, que eran polacos sabiendo que no lo eran : se encuentran entre aquellos 58.157 judíos que abandonaron Alemania con posterioridad a 1939 y antes del 31 de diciembre de 1942, y han sido incluidos en el estudio de la población judía polaca. Si no queremos que sean contados dos veces, hay que deducirlos de los emigrados alemanes, que serán 58.157 - 40.000 = 18.157.

Aquí 18.157

Y calculemos el número máximo de judíos alemanes que, habiendo sido detenidos y deportados, pudieron no haber regresado : si de esos 151.843 el Centro mundial de documentación judía contemporánea encontró 40.000 supervivientes en 1945, significa que 151.843 - 40.000 = 111.843 no regresaron nunca (no habían regresado en 1945). Y, como declara 170.000 judíos en la columna de los exterminados, esto significa un exceso de 170.000 - 111.843 = 58.157

[244]

Total de los judíos alemanes vivos que han sido considerados como muertos, que no están oficialmente en Alemania ni en Europa y deben figurar en la columna de los vivos en otro país de otro continente

———

76.314

A añadir al total obtenido al término del estudio de la población judía griega (cf. p. 241), o sea, 4.443.310 + 76.314 = 4.519.624.

Aquí 4.519.624

Se me disculpará que haya tratado el caso de los judíos alemanes sin ninguna referencia a la Sentencia del Tribunal de Jerusalén : en sus Considerandos (56, 57, 75, 77, 83, 90 y 91) que establecen el balance, apenas si ha podido justificar de 10.000 a 15.000 detenidos y deportados. Y al subrayar lo ridículo de tales Considerandos, hubiéramos incurrido en la ridiculez de haberlos tomado, no diré ya en serio, sino únicamente en consideración. ([42]) Y perdón por la redundancia.

[245]

[42] Hay que subrayar, no obstante, el método de los jueces de Jerusalén : el caso de los judíos alemanes es estudiado globalmente en su sentencia con el de los judíos austríacos y los de Bohernia-Moravia. Para disimular lo ridículo de la cifra de judíos alemanes de que podían dar constancia, y contrariamente al método que adoptaron para los otros países, no dieron ningún total. Para dar la impresión de una cifra apreciable, incluyeron en el caso de los judíos alemanes el de los 55.000 polacos que se encontraban en Alemania cuando, el 7 de octubre de 1938, el Gobierno polaco decidió desposeerles de la nacionalidad polaca y no renovarles el pasaporte. Debido a ello eran apátridas, y la Alemania de entonces no quería a gente sin pasaporte en su territorio nacional. Y tampoco Polonia, que les había hecho apátridas. Como ninguna otra nación quería aceptarles, fue un drama espantoso. Se sabe que dio origen al asesinato del Consejero von Rath en París, el 7 de noviembre de 1938, por Grynspan, hijo de uno de aquellos 55.000 judíos polacos, y a la «*Kristallnacht*» del 9 al 10 de noviembre en Alemania.

AUSTRIA

El Centro mundial de documentación judía contemporánea da constancia de la existencia de 60.000 judíos en Austria en 1939 (cifra calculada sobre 240.000 teniendo en cuenta la emigración de 180.000 después de la subida de Hitler al Poder en Alemania), y de 20.000 supervivientes encontrados en 1945, o sea, 40.000 exterminados. Arthur Ruppin contaba 230.000 judíos austríacos en 1926: el mismo caso que los judíos alemanes en lo que respecta a la curva demográfica y al crecimiento natural.

Sobre el drama de los judíos austríacos la literatura sionistano es muy prolija. Y tampoco la Sentencia de Jerusalén. Estudiado globalmente con los judíos alemanes y de Bohemia-Moravia (cf. nota 35) y en los mismos Considerandos, la Sentencia hace aparecer la detención y la deportación de 5.000 de ellos el 15 de octubre de 1941, y de otros 3.000 los días 25 y 28 de noviembre y 2 de diciembre siguientes. Con fecha 1943-44, el *Informe Kasztner* y Joël Brand hablan de una comunidad judía clandestina y relativamente poco perseguida, de la cual no citan los efectivos pero que, a juzgar por los términos con que se refieren a ella, debía ser bastante importante. El Considerando n.° 97 de la Sentencia de Jerusalén señala que en Austria las detenciones y deportaciones no eran de la incumbencia del R.S.RA., como en todas partes, sino del Centro de emigración judía creado en Viena por Eichmann en 1938 y que subsistió durante toda la guerra : esto explica seguramente que fueran perseguidos con menos celo y menos brutalidad. Con fecha del 31 de diciembre de 1942, la estadística del alemán Korherr (ob.cit.) dice que en total 47.655 de ellos habían sido detenidos y quedaban 8.102 en libertad. En total y durante toda la guerraesto significa 47.655 + 8.102 = 55.757, y solamente 60.000 -- 55.757 = 4.243 emigrados con posterioridad a 1939. Significa también que, si de esos 55.757 judíos, sólo 20.000 fueron encontrados vivos en 1945, la exageración del Centro mundialde documentación judia contemporánea sería únicamente de esos
[246] 4.243 emigrados con posterioridad a 1939, abusivamente considerados como muertos. He dicho bien : si sólo 20.000 fueron encontrados vivos. Pero, como ya he subrayado, el balance de las pérdidas judías fue establecido entre mayo y octubre de 1945 —lleva la fecha de agosto, concreta Poliakov (*El Tercer Reich y los Judíos*, ob. cit., p. 196)— para ser puesto con la suficiente antelación a disposición del Juez Jackson ; y, en el bosque de *displaced persons* que era entonces la Europa central, muchos judíos que habían sido deportados y estaban vivos no se habían reintegrado aún a su domicilio anterior. Todos ellos fueron considerados como muertos y, desde entonces, si han sido encontrados vivos en sus domicilios o en otra parte, nunca se han introducido las oportunas correcciones en las estadísticas.

Conclusión para Austria : 4.243 judíos seguras a reintegrar a la columna de los vivos de las estadísticas con fecha de 1945, y a añadir al total anterior, o sea: 4.519.624 + 4.243 = 4.523.867.

Aquí 4.523.867

DINAMARCA y NORUEGA

Para terminar : 7.000 judíos en Dinamarca en 1939 y 1.500 en Noruega, dice el Centro mundial de documentación judía contemporánea. Total : 8.500 para los dos países. Y total de los exterminados : 500 en Dinamarca (en los días que precedieron al que estaba previsto para su detención, el Gobierno danés, al corriente, había advertido a

la comunidad judía nacional) y 900 en Noruega = 1.400. La Sentencia de Jerusalén da el total de las pérdidas con todo detalle : 737 en Noruega y 422 en Dinamarca = 1.159.

Exageración del Centro mundial de documentación judía contemporánea : 1.400 - 1.159 = 241. Puede considerarse que esta exageración se debe precisamente al redondeo de las cifras, es decir, que no es intencionada. A añadir de todos modos al total anterior, del cual (con excepción de los 480.000 judíos alemanes
[247] y austríacos emigrados antes de 1939 que figuran en él y han sido reconocidos como vivos por todo el mundo en 1945) puede decirse que es el total general de los judíos europeos abusivamente inscritos en la columna de los exterminados en la estadística del Centro mundial de documentación judía contemporánea: 4.523.876 + 241 = 4.524.108 abusivamente inscritos.

Aquí, total general de la distorsión 4.524.108

[248] [249]

CONCLUSION

La lógica impondría que este estudio demográfico terminara al menos con una estadística general que incluyera cuatro columnas para cada una de las naciones europeas a las que acabo de pasar revista:

1. — El número de los judíos que vivían en ella en vísperas de la subida al Poder del coronel Beck en Polonia (1932) y de Hitler en Alemania (1933).

2. — El número de ellos que, para escapar a la persecución, emigraron entre aquel doble acontecimiento y 1945.

3. — El número de los que fueron encontrados vivos en ellas en 1945.

4. — Finalmente, el número de los muertos.

Para que se hiciera toda la luz sobre esta sombría historia, esa estadística tendría que ir acompañada de otra que diera la estructura de la población judía mundial a finales del año 1962. También con cuatro columnas para cada una de las naciones de los otros continentes :

1. - El número de los judíos que vivían en ellas antes de la subida al poder del coronel Beck en Polonia y de Hitler en Alemania,
[250]
2. - El crecimiento natural desde 1932 hasta 1962.
+
3. - El nivel de la población judía a finales de 1962.

4. - Finalmente, el número de los emigrantes judíos obtenido por diferencia entre los totales de las columnas 2 y 3 : no cabe duda de que esa diferencia sería del orden de 4.524.108.

Tal era mi intención a la salida. A la llegada, esa doble tarea se ha revelado imposible : la segunda estadística sólo puede ser establecida a condición de que el Movimiento Sionista Internacional acepte el principio de un censo mundial de la población judía y, como hemos visto, la aceptación de ese principio no entra en sus cálculos. En cuanto a la primera estadística, su establecimiento tropieza con una serie de dificultades de otro orden, a pesar de todas las precisiones que nos ha aportado el estudio al que acabo de proceder.

La más insuperable de esas dificultades y que las resume todas es la siguiente : sí bien sabemos, ahora, que un mínimo de 4.524.108 judíos lograron abandonar Europa entre 1931 y 1945, estamos mucho menos informados sobre la nacionalidad de cada uno de ellos. Para países como Dinamarca, Noruega, Alemania, Austria, Bulgaria y un par de ellos más, como los Países Bálticos, por ejemplo, o incluso Grecia, no hay problema : no se encontraban en el itinerario de la emigración judía, los alemanes sólo encontraron en ellos a judíos nacionales de esos países y todo está claro. Pero en otros no ocurre lo mismo : en Holanda, en Bélgica, en Francia, en Italia, en Hungría, en Rumania, que fueron países de refugio o de paso, antes de ser ocupados por las tropas alemanas, los judíos fueron detenidos y deportados en mescolanza, y nos vemos en la imposibilidad de distribuir por nacionalidades lo mismo a los que lo fueron que a los que lograron no serio. Hungría es el prototipo de esta dificultad : hemos conseguido establecer que, de los 800.000 judíos existentes allí el 19 de marzo de 1944, 543.000 no habían sido deportados, alrededor de 200.000 lo hablan sido, 57.000 habían sido, muy probablemente, asesinados en operaciones de
[251] policía, y 343.000 habían logrado emigrar, pero... Pero, en cada una de esas categorías, ¿quién era húngaro, quién era checo, quién era yugoslavo y quién era polaco? El mismo problema para Rumania, donde hemos encontrado 147.650 muertos y 652.350 supervivientes. 227.350 de ellos emigrados. El mismo problema también para Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia, donde hemos establecido que solamente 83.000 judíos de una u otra de esas cuatro nacionalidades habían podido ser detenidos y deportados : aquí, sabemos que no había belgas entre ellos, que el número de los franceses se sitúa forzosamente entre 6.000 y 11.999, el de los luxemburgueses entre 0 y 2.000, siendo los demás holandeses, pero de todos modos se trata de datos que no son lo bastante concretos para figurar en una estadística. Para Polonia, sabemos que fueron detenidos 829.040 judíos, sea en el suelo nacional, sea en la ruta de emigración por el Oeste ; pero, de los 289.300 que habían intentado emigrar por la ruta danubiana, ¿cuántos fueron detenidos en Hungría, cuántos en Rumania? Otras tantas preguntas a las cuales no es posible contestar y que pueden formularse igualmente para los checos que huyeron a Hungría, los yugoslavos que huyeron a Italia, etc.

En último análisis, más bien que poner en circulación una estadística por nacionalidades, en la cual todos los datos hubieran sido discutibles, y aumentar la confusión creada por los historiadores y estadísticos del Movimiento Sionista Internacional, he preferido establecer esa estadística al único nivel en el que tenemos certezas, es decir, al de Europa. Aquí no hay discusión posible : podemos afirmar que un mínimo de 4.524.108 judíos europeos lograron emigrar con la suficiente antelación para no ser detenidos y deportados a campos de concentración, y podemos añadirlos a los que los historiadores y estadísticos del Movimiento Sionista Internacional encontraron vivos en Europa en 1945.

He aquí, pues, sobre los datos del Centro mundial de documentación judía contemporánea, lo que resulta a escala de Europa nuestra estadística de cuatro columnas integrando en ella, con fecha de 1931, a los 300.000 judíos alemanes + los 180.000

[252-253]

Naturaleza de les indicaviones	1931	1945	Pérdidas oficiales	Emigrantes localizados	Pérdidas reales
Totales de la estadistica de la p. 146	8.297.500	2.288.100	6.009.400	—	—
Emigrantes alemanes reconocidos	300.000	300.000	—	—	—
Emigrantes austriacos reconocidos	180.000	180.000	—	—	—
Judios rusos salavados por las aut. sov.	1.000.000	1.000.000	—	—	—
Totales reales del Cent. doc. Jud. 1945	9.777.500	3.768.100	6.009.400	<——| |- >	—
Totales reales tal como resultan de este studio	9.777.500	3.768.100	—	4.524.108	1.485.290

La misma estadistica sobre los datos del señor Raul Hilberg (que no ha separado Rusia en dos zonas, pero que también ha reconocido 300.000 emigrantes alemanes y 180.000 austriacos)

Naturaleza de las indicaciones	1931	1945	Pérdidas oficiales	Emigrantes localizados	Pérdidas reales
Totales de la estdistica de la p. 147	9.190.000	3.770.500	5.419.500	—	—
Emigrados alemanes reconocidos	300.000	300.000	—	—	—
Emigrados austriacos reconocidos	180.000	180.000	—	—	—
Totales reales del Sr. Hilberg 1945	9.670.000	4.250.500	5.419.000	←----------	--------- ---|
Totales reales que resultan de este studio	9.670.000	4.250.500	—	4.524.108	895.392

[254] judíos austríacos dados como huidos de Europa por temor a Hitler + el millón de judíos de la zona rusa que nunca fue ocupada por las tropas alemanas y que el Centro había deducido arbitrariamente :

Veamos, pues, adónde hemos llegado (cf. pp. 252 y 253):

— El estudio de la estadística del Centro mundial de documentación judía contemporánea hace que aparezcan, según sus propios datos, ***1.485.292*** judíos europeos muertos a consecuencia de las persecuciones nazis, en campos de concentración o de otro modo.
— El estudio de la del señor Raul Hilberg sólo hace aparecer ***895.392***.

Por dos veces, me había inclinado sobre este problema : en *Ulises traicionado por los suyos,* publicado en Francia en 1960, y en una comunicación a la revista alemana *Deutsche Hochschullehrer-Zeitung.(*Tubíngen, n.° 1/2, febrero de 1963). Cada vez lo había hecho en función de los datos de fuente judía hechos públicos en la época. Pero, la primera vez, ni la Sentencia del Proceso de Jerusalén ni, con mayor motivo, el estudio de *The Jewish Communities of the World* de febrero de 1963 habían sido puestos en circulación. Y, en función de lo que era conocido, había llegado a la conclusión de que el número de los judíos europeos muertos a consecuencia de las persecuciones nazis, en campos de concentración o de otro modo, debía situarse en tomo a 1.000.000, poco más o poco menos. La segunda vez, estaba en posesión de la Sentencia de Jerusalén y había seguido día a día los debates del Proceso, pero no tenía aún conocimiento del estudio de *The Jewish Communities of the World*, que aún no había sido publicado : como corolario de mi comunicación a *Deutsche Hochschullehrer-Zeitung* (ob. cit., pp. 61-62), había pretendido que si el número era superior a 1.000.000, no podía en ningún caso sobrepasar las 1.655.300. víctimas. Hoy, disponiendo de todos esos documentos que no tenía entonces, puedo decir que, calculado sobre las informaciones
[255] anteriores del Centro mundial de documentación judía contemporánea, el número de las víctimas es de 1.485.292, y de 895.392 calculado sobre las del señor Raul Hilberg. Para llegar a una mayor precisión, hay que esperar a que nuevas cumbres sionistas tipo Shalom Baron, Poliakov, Borcwicz, etc. nos brinden nuevas confesiones, o a que un nuevo proceso tipo Jerusalén nos aporte nuevas luces sobre la cuestión : temo provocar la risa del lector diciéndole que, conociendo a los medios sionistas, ni la una ni la otra de esas dos hipótesis quedan excluidas, e incluso son más que probables, la una y la otra. En esos medios no faltan, en efecto, ni los charlatanes inconscientes y ávidos de publicidad, ni —¡por desgracia!— los jueces sedientos de venganza. Confío mucho también en otros dos órdenes de motivos : las disensiones latentes y continuas que existen entre Ben Gurion y Nahum Goldman, y las diferencias surgidas entre los señores Kruschev y Mao Tse Tung.

Desde hace mucho tiempo, el señor Nahum Goldman da señales de impaciencia y de fatiga ante la política de Ben Gurion con respecto a Alemania. Se sabía ya, lo había declarado públicamente él mismo, que la detención de Eichmann y el proceso subsiguiente no le habían entusiasmado. Por indiscreciones, de cuando en cuando, llega a saberse que no aprecia demasiado todos esos procesos incoados en Alemania contra antiguos miembros de alguna de las organizaciones nazis de la época de Hitler. En el propio Israel, apasionadas discusiones enfrentan a los de su clan con los del de Ben Gurion, cada vez que este último encuentra un ministro alemán lo bastante necio como para aceptar una invitación que Ben Gurion le hace con el único objetivo de hacerle insultar públicamente en Israel por sus partidarios y tener así un motivo para llamar la atención del mundo entero sobre la deuda que, al identificarse con Hitler en 1933, Alemania contrajo con Israel. Todo parece indicar que, no atreviéndose a tomar públicamente posición contra Ben Gurion a propósito de su política con respecto a Alemania, el señor Nahum Goldman se esfuerza, entre bastidores, en poner una sordina

a su tema central. Y el hecho de que en materia de judíos exterrninados las estadísticas que nos llegan del Movimiento Sionista
[256] norteamericano sean generalmente más moderadas que las que nos llegan de su rama europea (es el caso de la del señor Raul Hilberg comparada con la del Centro mundial de documentación judía contemporánea) podría ser perfectamente el reflejo de las disensiones que existen entre los dos hombres. Así se explicarían las divergencias y contradicciones que aparecen en las fuentes judías en materia estadística.

En cuanto a las diferencias surgidas entre los señores Kruschev y Mao Tse Tung, podrían tener consecuencias en virtud del hecho de que, con la de los Estados Unidos, la población judía de Rusia es el otro de los dos mayores enigmas que pesan sobre la solución del problema. El Institute of Jewish Affairs de Londres y *The Jewish Communities of the World* nos han dicho que en 1962 había 2,3 millones de judíos en Rusia. Pero el señor Raul Hílberg nos ha revelado que había 2.600.000 en 1946, y esta evaluación que puede ser considerada como confirmada por el periodista David Bergelson (*Die Einheit*, 5-XII-1942, ob. cit.), puede serlo también como dato mucho más próximo a la verdad. En este caso, los judíos existentes en Rusia no serían 2,3 millones, sino 2.600.000 + 16 % = 3.016.000. Si le tomamos la palabra a nuestro viejo conocido el Profesor Shalom Baron, serían incluso : 2.600.000 + 20 % = 3.120.000. Pero, no caigamos en la tentación : 3.016.000. En realidad, tienen que haber muchos más, puesto que el periodista David Bergelson nos ha dicho también, no lo olvidemos, que el 80 % de los judíos bálticos, polacos y rumanos que se encontraban en las líneas rusas por haber huido ante las tropas alemanas en 1941-42 habían sido salvados y encaminados hacia el Asia central por las autoridades soviéticas. A finales de 1942, calculaba en unos 5,2 millones, de ellos 3 millones de rusos, el número de los judíos que se encontraban en territorio soviético, y en esto estaba de acuerdo con la estadística del 17 de abril de 1943 del alemán Korherr ya citado. Pregunta : ¿qué ha sido de esos 2,2 millones de judíos no rusos? Respuesta : una parte logró escapar y alcanzar el continente americano o Israel, una parte no lo ha logrado aún. ¿Cuántos, en una y otra parte? Resulta imposible saberlo. Pero, puede asegurarse
[257] que mientras los señores Kruschev y Mao Tse Tung se entendían bien, los judíos conducidos al Asia central durante la guerra no encontraban ninguna facilidad para alcanzar el continente americano a través de China, y que los que lo lograron tuvieron que hacerlo clandestinamente. Las diferencias entre los dos grandes personajes del bolchevismo podría tener como consecuencia que Mao Tse Tung ayudara a los judíos a abandonar el territorio soviético, del mismo modo que la China de Chang Kai Chek les ayudaba a hacerlo antes de la segunda guerra mundial y por los mismos motivos. En tal caso, sería posible también que la presencia de un número muy importante de judíos fuera revelada súbitamente, un día, en todos los países del continente americano, tal vez incluso en Israel, y, en la medida en que el acontecimiento no podría ser mantenido oculto, proyectaría una nueva luz sobre las últimas estadísticas de los prohombres del movimiento sionista internacional. Esta hipótesis no puede ser excluida. Y si los Estados Unidos adoptaran por fin una política racional con respecto a Rusia, la verdad no tardaría en estallar.

Pero volvamos a nuestro problema en sus datos, tal como se nos presentan actualmente : establecido el número de los judíos europeos que murieron víctimas de las persecuciones nazis, sea de 1.485.292 personas según los datos del Centro mundial de documentación judía contemporánea confrontados con los Considerandos de la Sentencia de Jerusalén y con el estudio aparecido en febrero de 1963 de *The Jewish*

Communities of the World, sea de 895.392 según los del señor Raul Hilberg sometidos a la misma confrontación, queda por saber cómo se han distribuido en las otras partes del mundo los 4.524.108 judíos que estaban vivos en 1945 y que, no figurando como tales en las estadísticas europeas de fuente judía, se considera que abandonaron Europa entre 1931 y 1945. Es el problema de la segunda estadística, destinada en mi mente a dar la estructura por países de la población judía mundial en 1962. Y esta estadística resulta tan imposible de establecer como la anterior.

Sabemos ya una cosa que nos ha sido revelada por el estudio
[258] de la población judía israelí, y es que incluye a 1.055.657 judíos europeos que emigraron a Israel entre 1931 y 1962 (cf. la Estructura de la población israelí).

Quedan por distribuir: 4.524.108 - 1.055.657 = 3.468.451 judíos europeos en el resto del mundo. Y precisamente sobre este último aspecto del problema las fuentes judías se muestran más que discretas : son sumamente raros, en el estudio de *The Jewish Communities of the World* y en el *World Almanac* de 1963, los países no europeos en los que la población confesada es superior en más de su crecimiento natural a lo que era en 1926-27 ó 1928, según los casos, en la estadística de Arthur Ruppin. Los hay incluso que no alcanzan el índice normal de crecimiento, y éste es el caso, como hemos visto, de los Estados Unidos, que si hemos de creer a esas honorables publicaciones sólo han aumentado de 4.461.184 en 1926 a 5.500.000 en 1962 : pero, como hemos visto (cf. p. 191), con el índice medio anual de crecimiento natural del 1 %, no pueden haber menos de 6.067.210 judíos en los Estados Unidos, y con el índice de crecimiento del Profesor Shalom Baron tendrían que haber 6.745.310 (6.745.312, exactamente, contando los dos emigrados seguros que son la señora Hannah. Arendt y el señor Robert K. Kempner, pero sin contar a los otros que hacen mucho menos ruido y sobre los cuales tenemos muchas menos informaciones). Resumiendo : como países de los otros continentes que no son Europa en los que el Movimiento Sionista Internacional declara en 1962 una población judía superior en más a su crecimiento natural en relación con lo que era en 1926, sólo he encontrado Argentina, Canadá, Brasil y Africa del Sur. Para esos cuatro países, he aquí la estadística que se puede establecer (cf. p. 259) :

Crecimiento deducido, esto representa unos 200.000 emigrantes de origen europeo para esos cuatro países. A condición de que las cifras hechas públicas por las autoridades del Movimiento Sionista Internacional para 1962 sean exactas... y sería sorprendente que lo fueran. Si lo son, nos quedan todavía

[259]

País	1926	Crecimento natural: 36%	1962 Normal	1962 Confessados	Imigración crecimiento natural incluido
Argentina	240.000	86.400	326.000	450.000	123.600
Canadá	170.000	61.200	231.000	254.000	22.800
Brasil	40.000	14.400	54.400	140.000	85.000
Africa del Sur	60.000	21.000	81.600	110.000	28.400
Totales	510.000	183.600	693.600	954.000 ([43])	260.000

[43] El total permite admirar una vez más la seriedad de las estadísticas de fuente judía. Para Argentina, Canadá y Brasil el total es : 844.000. Sin embargo, hay también algunos judíos en otros países del continente americano, especialmente en Méjico (70.000), en Uruguay (60.000), en Chile (15.000), etc. En total, pues, para esos seis países : 844.000 + 70.000 + 60.000 + 15.000 = 989.000. Y, para todo el continente americano, la misma estadística da un total de 6,3 millones que *The Jerusalem Post Weekly* se complace en

[260] 3.468.451 - 200.000 = 3.268.451 judíos europeos por distribuir. Para conseguirlo, sería preciso poder realizar para todo el mundo los mismos cálculos que en los casos de Argentina, Canadá, Brasil y Africa del Sur, lo cual no resulta posible porque esos países son los únicos a propósito de los cuales el Movimiento Sionista Internacional da unas cifras que acusan una inmigración.

Sin embargo, es evidente que, si no están en Europa ni en Israel, esos 3.268.451 judíos que estaban vivos en 1945 se encuentran en alguna otra parte... ¡con el número de aquellos que han aumentado de un modo natural desde entonces!

¿Dónde? Para saberlo, es preciso esperar las nuevas revelaciones que los charlatanes inconscientes y ávidos de publicidad del Movimiento Síonista Internacional no dejarán de hacer un día u otro en un momento de descuido. Hasta entonces, sólo se puede conjeturar, y ese no es mi estilo. En consecuencia, me permitiré decir únicamente cuáles son los principios básicos que definen la orientación que preside las investigaciones a las que continúo entregado, y que son los mismos que me han guiado hasta ahora :

1. - No es probable, pero es posible que en agosto de 1945, fecha en la cual el señor Poliakov nos dijo (*El Tercer Reich y los Judíos*, ob. cit., p. 196) que las comunidades judías europeas procedían al inventario de sus pérdidas por cuenta del Juez Jackson y sólo encontraran 3.768.100 supervivientes (cf. p. 146) según el Centro mundial de documentación judía contemporánea, o 4.250.000 según el señor Raul Hilberg (cf. p. 147). Si digo que es posible, lo hago por dos motivos : el caos de *displaced persons* que en aquellas fechas era Europa y que hacía imposible todo censo serio, y el método utilizado por las comunidades judías que, en todas partes, sólo censaban a los judíos de la nacionalidad en cada país, pudieron determinar que se llegara a un resultado tan absurdo.
2. - Incluso si ese resultado no fuera absurdo (lo cual queda excluido), es seguro que, si todos los judíos que habían abandonado Europa entre 1931 y 1945 no habían regresado a ella
[261] todavía en agosto de 1945, muchos de ellos regresaron posteriormente, al menos en la Europa occidental, pues en lo que respecta a la Europa del otro lado del Telón de Acero puede darse por igualmente seguro que los que han regresado a ella constituyen la excepción. A este respecto, el caso de Francia es típico : 300.000 judíos en 1939, entre 450.000 y 500.000 a finales de 1962, después de que 130.000 judíos argelinos y dos decenas de millares de judíos marroquíes y tunecinos acudieran a buscar refugio en la metrópoli tras la concesión de la independencia a aquellos tres países : de 300.000 a 350.000 nacionales franceses en 1962, es decir, una cifra normal en relación a su población de 1939. Pero la estadística del Centro mundial de documentación judía contemporánea continúa pretendiendo, ante el mundo entero : 180.000 en 1945 + el índice de crecimiento natural del 16 % = 208.800 (216.000 si se aplica el índice de crecimiento natural del inefable Profesor Shalom Baron). Es muy probable que, si nos tomásemos la molestia, pudiéramos hacer comprobaciones semejantes para Bélgica (donde regresaron, además, de 20.000 a 25.000 judíos del Congo), Holanda, Austria, etc. Y tal vez incluso Alemania. Sin embargo, todos esos judíos que regresaron a Europa con posterioridad al mes de agosto de 1945, y cuyo número exacto no podrá

poner en evidencia. Si, de ese total para todo el continente se deducen esas 989.000 personas quedan para los Estados Unidos : 6.300.000 - 989.000 = 5.311.000 y no 5,5 millones como pretenden el comunicado del Institute of Jewish Affairs de Londres y el *World Almanac* de 1963. Es a lo que se llega a base de querer ocultar el total de la población judía de los Estados Unidos y también de escribir sin reflexionar...

darse mientras el Movimiento Sionista Internacional se niegue a comunicárnoslo (puesto que para no «provocar la cólera de Dios» (sic) se opone a todo censo oficial), son seguramente algunos cientos de miles, figurando en el número de esos 3.268.451 que ninguna fuente judía nos permite situar en parte alguna.

3. - El problema de los judíos polacos, bálticos y rumanos que en los años 1941-42 fueron evacuados al Asia central y que, si hemos de creer al periodista David Bergelson habrían sido de 2 a 2,2 millones en 1942, puesto que en 1939 había 3 millones de judíos en Rusia, y a finales de 1942 su número había aumentado a 5,2 millones. ¿Cuántos de ellos viven todavía en el «Asia central» (léase: Siberia) con su progenie? ¿Cuántos han logrado escapar de allí desde hace 16 años? ¿Adónde se marcharon? Todo indica que los que lograron escapar clandestinamente se
[262] dirigieron al continente americano, que era el más fácil de alcanzar para ellos. A este propósito, una hipótesis que no pasa de ser una hipótesis y que me libraré mucho de dar coma una certeza, bulle en mi mente: en 16 años, es posible que la mitad de ellos hayan logrado, a costa de dificultades sin cuento, abandonar el Asia central en dirección al continente americano. En tal caso, dado que el Movimiento Sionista Internacional no los sitúa ni en Argentina, ni en Canadá. ni en Brasil, ni en ningún otro país de aquel continente, se encuentran forzosamente en los Estados Unidos y la estadística que podría ser establecida para Rusia y los Estados Unidos se presentaría del modo siguiente :

A. RUSIA

— Encontrados vivos por el señor Raul Hilberg en 1945 ....2.600.000
— Vivos en Asia central según David Bergelson 2.200.000

Total en 1945 ....4.800.000

— Habrían logrado abandonar el Asia central y llegar a EE.UU...—1.100.000

Quedaron en Rusia 3.700.000

Crecimiento natural del 16 % desde 1947..................................+ 592.000

Total en Rusia en 1962 ....4.292.000

B. ESTADOS UNIDOS
— Estadística de 1926 ....4.461.184
— Crecimiento natural del 36 % desde 1926 ....+ 1.606.026

Total en 1962 .... 6.067.210

[263]
— Habrían llegado del Asia central desde 1946 ....1.100.000
— + su índ. de crecim. nat. del 16 % :..177.000

Total 1.277.000

Total en 1962 .... 7.344.210

Pero ese total de 7.344.210 sólo incluye la inmigración procedente del Asia central y no a los que, como la señora Hannah Arendt y el señor Robert W. Kempner llegaron de otra región de Europa, y de los que puede afirmarse que son muchos más de dos... ¿Cuántos? No lo sabemos, todavía. Lo único que se puede decir es que los hay y que con toda seguridad la población judía de los Estados Unidos es superior a 7.344.210 personas. Se puede asegurar también que cuando el *National Observer* (ob. cit., 2-VII-1962, cf. p. 140) pretende que en 1962 había 12 millones de judíos en los Estados Unidos, se trata de una exageración en sentido contrario, visiblemente inspirada por un antisemitismo tan desvergonzado como el Sionismo, pero no me asombraría si, algún día, una revelación improcedente de un personaje sionista revelara que en 1962 había alrededor de 8 millones de judíos en los Estados Unidos.

Repito que todo esto son conjeturas y no certezas : la hipótesis de trabajo que todos los investigadores necesitan como punto de partida de sus investigaciones y que orienta las mías. A mis ojos, resulta tan verosímil y expresa tanto más mi profunda convicción por cuanto que, hasta ahora, no sólo no me ha conducido a ningún callejón sin salida ni a ningún yerro, sino que me ha permitido anunciar con diez años de anticipación las conclusiones que se deducen de la Sentencia de Jerusalén y del estudio de *The Jewish Communities of the World*.

4. - Aquí se trata de una consideración muy próxima a la certeza, al menos a nivel de la magnitud : la población judía mundial en 1962. Por medio de estadísticas con fecha de 1926, 1927 ó 1928, según los países, Arthur Ruppin la evaluaba
[264] globalmente en 15.800.000 personas, Hemos visto (p. 136) que el *World Almanac* de 1951 la evaluaba en 16.643.120 en 1939 : comparada con la de Arthur Ruppin, esta evaluación es admisible, teniendo en cuenta que el índice de crecimiento natural de los judíos europeos ha descendido considerablemente entre 1925 y 1939 (Poliakov *dixit*, cf. p. 242). He aquí pues lo que era la población judía mundial de 1962, si se la calcula sobre los datos corregidos del Centro mundial de documentación judía contemporánea:

— Población judía mundial en 1939 .... 16.643.120
— Víctimas del nazismo .... -1.485.292

Quedaban en 1945 ([44]) 15.157.828
— Crecimiento natural del 16 % desde 1946 .... + 2.425.252

Total en 1962 ([45]) 17.583.080

Y he aquí lo que era calculada sobre los datos corregidos del señor Raul Hilberg:

— Población judía mundial en 1939 .... 16.643.120
— Víctimas del nazismo .... - 895.392

Quedaban en 1946 ....15.747.728
— Crecimiento natural del 16 % desde 1946 .... + 2.519.636

Total 18.267.364

[44] «Entre 15 y 18 millones en 1947», había dicho Hanson W. Baldwin.
[45] No hay que olvidar que este total es el que resulta del estudio de las estadísticas de fuente judía, es decir, tal como han sido hechas públicas, sea por el Movimiento Sionista Internacional, sea por el Rabinato tras una encuesta en las sinagogas. Pero si es cierto, como pretende Arthur Koestler (*A la sombra del Dinosauro*, ob. cit.), que no hay más de los 2/3 de los judíos del mundo inscritos en las sinagogas, cabe pensar que esa cifra debe ser corregida en aumento en la misina proporción.